

2



CESO



SOCIEDAD Y DESARROLLO

UNIVERSIDAD DE CHILE



3 5601 16258 6790



SOCIEDAD Y DESARROLLO



SOCIEDAD Y DESARROLLO

Revista trimestral del Centro de Estudios Socio-Económicos (CESO) de la Universidad de Chile, realizada en coedición con la Editorial Prensa Latinoamericana S. A. (PLA).

Redacción y Administración: Av. España 620, Stgo. de Chile (CESO)
Impresores: Root 537, Stgo. de Chile (PLA)

COMISION CONSULTIVA:

Clodomiro Almeyda (Chile), Louis Althusser (Francia), Samir Amin (Senegal), Giovanni Arrighi (Italia), Sergio Bagú (Argentina), Lelio Basso (Italia), Charles Bettelheim (Francia), Fernando H. Cardoso (Brasil), Maurice Dobb (Inglaterra), Manuel Antonio Garretón (Chile), Pablo González Casanova (México), Samuel Lichtensztejn (Uruguay), Ernesto Mandel (Bélgica), Fernando Martínez (Cuba), Aníbal Quijano (Perú), Héctor Silva Michelena (Venezuela), Paul Sweezy (Estados Unidos), Alain Touraine (Francia), Pedro Vuskovic (Chile).

COMITE EDITORIAL:

Cristina Hurtado, Ruy Mauro Marini, Roberto Pizarro, Tomás Vasconi.

DIRECTOR: THEOTONIO DOS SANTOS
EDITOR: GERMAN MARIN
SECRETARIA: MONICA GONZALEZ
PORTADISTA: MESSINA Y MORENO

Las opiniones expresadas en la revista no comprometen la opinión de la institución. Los trabajos publicados sólo pueden ser reproducidos con la autorización de la revista.

Precio de este ejemplar: E\$ 200

Suscripción anual (4 números), envío por correo ordinario:

Chile: E\$ 800.— Estudiantes: E\$ 700.— América: US\$ 10.— Vía Aérea US\$ 13.—
Europa y otros continentes: US\$ 10.— Vía Aérea US\$ 16.

Estos precios están sujetos a las variaciones de costos.

Para correspondencia, suscripciones y venta de números atrasados dirigirse a Av. España 620, fono 90038, Stgo. de Chile (CESO). Pedidos de librerías a Mac Iver 267, fono 393932, Stgo. de Chile (PLA).



SUMARIO

NUM. 2 / ABRIL-JUNIO 1972

IDEOLOGIA, APARATOS IDEOLOGICOS Y LUCHA IDEOLOGICA

Tomás Vasconi / Contra la Escuela (Borradores para una crítica marxista de la educación)	5
Marco A. García / Aparatos Ideológicos de Estado: transición y revolución	27
Michaël Lowy / Objetividad y punto de vista de clase en las ciencias sociales	37
Guillermo Labarca / Para un debate sobre planificación de recursos humanos	55
Agustín Cueva / Ciencia de la literatura e ideología de clase en A. Latina	67
Fernando H. Cardoso / ¿Althusserianismo o marxismo? A propósito del concepto de clases de Poulantzas	77

II

PROBLEMAS TEORICOS DE LA TRANSICION

Pablo González Casanova / Sistemas históricos	93
Samir Amin / El cuadro teórico de la problemática de la transición	111
Paul Sweezy / Transformación socio-cultural de los países en desarrollo	121

INVESTIGACIONES

José Bengoa / Conciencia campesina y cambio social	127
--	-----

CRITICA

Ruy Mauro Marini / Reforma y revolución: una crítica a Lelio Basso	147
José Valenzuela Feijóo / Notas sobre la economía china	154
Fanny Contreras / La educación en el período de transición	158

RESEÑA DE LIBROS	161
------------------	-----

CRONICAS	173
----------	-----

515537

UNIVERSIDAD DE CHILE
SEDE SANTIAGO CENTRAL
BIBLIOTECA CENTRAL

I

**IDEOLOGIA, APARATOS IDEOLOGICOS
Y LUCHA IDEOLOGICA**

TOMAS A. VASCONI

CONTRA LA ESCUELA

(Borradores para una crítica marxista de la educación)

I. *Sobre la imagen pequeñoburguesa de la Escuela* (1): la "pirámide escolar" y la "democratización"

"¿Educación popular igual? ¿qué se entiende por eso? ¿se cree que en la sociedad actual (que es de la que se trata) la educación puede ser igual para todas las clases?": K. Marx, **Crítica del Programa de Gotha.**

(*) La imagen que la mayor parte de los teóricos de la educación y de los docentes comparten con respecto a la Escuela y sus funciones —y que se difunden profusamente a través de los diversos tratados sobre educación o los proyectos de reformas educativas— corresponde típicamente a la que dentro de la sociedad sustenta la pequeña burguesía. O dicho de otra manera: aquello que se considera como las funciones generales de la educación son, más precisamente, las funciones que la Escuela realiza —con las limitaciones y distorsiones que señalaré más adelante— para aquella clase intermedia.

(1) Uso "Escuela" como concepto amplio referido al llamado "sistema educativo" en su conjunto.

(*) El presente artículo no constituye sino un conjunto de breves notas para la redacción de una obra mayor que contendrá los temas capitales para una teoría marxista de los procesos educativos.

La Escuela aparece concebida como un instrumento de "selección" y, sobre todo, de "promoción" social; así, en un conocido trabajo de "sociología de la educación" puede leerse:

"...el sistema educativo puede considerarse como una enorme máquina que clasifica, rotula y encamina a los individuos a través de la vida" (2). Se supone que esa selección —y por ende la "promoción" que de ella resulta— se funda en el "logro" (achievement) del educando; los más "capaces" llegarán más lejos (y "más alto" en la escala social).

Por supuesto que quienes sostienen este punto de vista no dejan de observar que, en las sociedades concretas, la Escuela no funciona de manera perfectamente adecuada a esa proposición; esto los lleva a desarrollar diversas críticas —¿En qué consisten esas críticas? Fundamentalmente en que la Escuela no cumple eficazmente el papel "promocional" que "la sociedad" le ha asignado. De las diversas formas que esta crítica asume, la más difundida hoy es la que denominaré "sociologizante". Esta —que ha dado, y da continuamente, origen a numerosas investigaciones (de algunas de las cuales he sido culpable)— se dirige particularmente a señalar (y "probar" empíricamente) la existencia de "obstáculos" para el cumplimiento de aquella función promocional, obstáculos que (y de allí lo de "sociologizante") se hallan, en general, fuera de la Escuela, en la sociedad (v.g., bajos ingresos, *background* cultural familiar, etc., etc.). La Escuela, es cierto, también resulta blanco de algunas críticas: tanto de sus aspectos materiales (insuficiencia, mala distribución, sin adecuada dotación de instrumental, etc.) como de su funcionamiento (deficiencias docentes, programas inadecuados, etc.). En todo caso, la Escuela, en su esencia "promocional" sale indemne; funciona mal, es cierto, en el hecho: pero *podría funcionar bien*.

Para precisar aún más, es posible remitirse a uno de los tipos más frecuentes de análisis que se llevan a cabo sobre la Escuela: me refiero a aquellos que hacen descansar sus consideraciones críticas sobre la llamada "pirámide escolar".

¿Qué muestra la pirámide escolar? Que de una cohorte determinada, el número de los que ingresan en el primer curso escolar, en un año cualquiera, va disminuyendo progresivamente en los años —y cursos— siguientes, hasta que lo que constituía una ancha base concluye por convertirse en aguda punta.

¿Qué se infiere de estas observaciones?

- 1º que el sistema no está suficientemente "democratizado". Un proceso de democratización progresiva iría asemejando la imagen familiar de la pirámide escolar escalonada a la de un rectángulo.
- 2º que existen "obstáculos" de diversa naturaleza —económicos, sociales, psicológicos, pedagógicos, etc.— que provocan el progresivo "desgranamiento" (3) de los educandos en los sucesivos años que comprende la escolaridad total.
- 3º y para mí, con mucho, lo más importante: que la Escuela, la "institución promotora", está allí, presta a ser utilizada, y eficaz, en todo caso, no bien se remuevan aquellos "obstáculos" que el análisis ha pretendido identificar.

Esta imagen de la Escuela constituye una de las dimensiones capitales de la imagen que de la sociedad nos ofrece la sociología empírica. Es decir, la sociedad formada por un conjunto de "estratos" superpuestos, entre los cuales median "diferencias" de ingreso, de prestigio, de educación, etc., pero a través de los cuales es posible "transitar" ("movilidad social" ascendente o descendente).

(2) W. R. Warner, R. J. Havighurst y M. B. Loeb, *Who shall be educated?*, New York, Harper and Brothers, 1954.

(3) Recuérdese que el llamado "desgranamiento" constituye una medida indirecta de la "deserción".

La mayor o menor "democratización" de una sociedad, estaría dada así por la mayor o menor facilidad de efectuar ese "tránsito". Y el "canal de movilidad" por excelencia, lo constituiría la Escuela; proporcionando ésta una de las formas más "legítimas" de ascenso social (el ascenso por el "logro", por las "dotes", por la "capacidad"). Como conclusión —y esto es esencial al pensamiento reformista—, la Escuela constituye un instrumento capital de democratización social.

Esta imagen (ideológica) de la sociedad difiere radicalmente —y aún más, se opone— a la concepción marxista (científica), fundada en el análisis del proceso de producción (4), de una sociedad dividida en clases, entre las cuales median relaciones específicas por las que una de ellas (la clase dominante), explota a la otra; por lo que los intereses y objetivos de una y otra clase son antagónicos, irreconciliables. Siendo esto así, ningún "tránsito" puede ser concebido, sino es como el eventual paso de la condición de explotado a explotador (o viceversa). La pirámide escolar nos proporciona la engañosa imagen de un "continuum"; en la realidad de su funcionamiento existe un punto (variable) de la "pirámide" en que la Escuela deja de producir explotados y pasa a producir explotadores (o agentes de la explotación) (5). En ese punto, las funciones de la Escuela —y también el carácter de la educación— cambian.

Pero si explotadores y explotados (o burguesía y proletariado en las formaciones sociales capitalistas) constituyen las dos clases fundamentales, y aquellas que con su lucha imponen la dinámica más profunda a la sociedad, es preciso reconocer, al nivel de una formación social concreta, la existencia de sectores heterogéneos (pequeña burguesía, campesinado, sectores medios) que ocupan un lugar intermedio entre aquellas clases y complican singularmente el cuadro social y político de una formación social (6). Y es para estas clases intermedias, al menos mientras el régimen capitalista mantenga su dominación mediante formas "democráticas" (7), que la Escuela tiene una significación particularmente importante.

La Escuela es uno de los aparatos más importantes para permitir que la pequeña burguesía, y los sectores intermedios, adquieran y/o mantengan un lugar al lado de los explotadores.

Por tanto, desde el punto de vista de la burguesía, la Escuela posee una importancia capital como mecanismo de mantenimiento de su dominación sobre la pequeña burguesía. Resulta por ello fundamental para la dominación burguesa el que se difunda y sostenga eficazmente dentro de la sociedad —y ello para todas las clases sociales y grupos— la imagen pequenoburguesa de la Escuela. No se trata sólo de que la Escuela cumpla con sus funciones de reproducción del régimen

(4) Para el concepto de "explotación" sobre el que descansan todas las consideraciones siguientes: K. Marx, *El Capital*, México, F. C. E., 4ª Ed., 1966, V. I. Sección Tercera, cap. V - IX.

(5) Claro está que cumple esta doble función veladamente, proporcionando una educación única e igual para todos. Para un excelente desarrollo de esta problemática sobre la que volveré enseguida, Ch. Baudelot y R. Estabiet, *L'école capitaliste en France*, París, F. Maspero, 1971.

(6) "Cualquier análisis serio de la situación política debe tomar como punto de partida las relaciones entre las tres clases: la burguesía, la pequeña burguesía (incluyendo el campesinado) y el proletariado. La gran burguesía, poderosa económicamente en sí misma, representa una minoría infinitesimal de la nación. Para reforzar la dominación debe asegurar una relación mutua definida con la pequeña burguesía y a través de ésta con el proletariado". L. Trotsky, *El Fascismo*, Es. As., Carlos Pérez ed., 1971, p. 88.

(7) Sobre la democracia como la "forma estatal más adecuada para el dominio de la clase capitalista", remito a Stanley Moore, *Crítica de la democracia capitalista*, Es. As. Siglo XXI, 1971, part. Cap. III, "Capitalismo y Democracia".

capitalista —es decir, la preparación de explotadores y explotados— sino que además se consolide la creencia acerca de su función promocional.

Resumiendo:

La imagen pequeñoburguesa supone la viabilidad del "reformismo". Aunque en la práctica la Escuela no cumpla cabalmente, como lo muestran numerosas observaciones, sus funciones de "democratización" progresiva, *por su esencia podría cumplirlas*, y así, siempre será posible postular e implementar reformas que "perfeccionen" el funcionamiento de la Escuela y tiendan, progresivamente, a remover los "obstáculos" que impiden que esa función se concrete. Si la Escuela, por sí es *neutra* en relación a las clases sociales, los "obstáculos" no afectan su esencia. *He aquí el fundamento conceptual del reformismo pequeñoburgués* que opera como intermediario de la dominación burguesa sobre el proletariado.

II. La Escuela Burguesa

"Y vuestra educación ¿no está también determinada por la sociedad, por las condiciones sociales en que educáis a vuestros hijos, por la intervención directa o indirecta de la sociedad a través de la escuela, etc.? Los comunistas no han inventado esta ingerencia de la sociedad en la educación; no hacen más que cambiar su carácter y arrancar la educación a la influencia de la clase dominante": K. Marx y F. Engels, *Manifiesto del Partido Comunista*.

1. Breves observaciones sobre la definición de la educación

Hasta aquí, una exposición de la imagen social de la Escuela y de su carácter pequeñoburgués; veamos ahora cómo caracteriza la ciencia burguesa la esencia de los procesos educativos.

La pretensión fundamental de toda la ciencia burguesa (sociológica, psicológica, pedagógica, etc.) ha sido la de formular una definición general de la educación (como ha pretendido también una definición de la economía, o de la sociedad, o del Estado) indiferente a cualquier situación específica y, por lo tanto, válida para cualquier época histórica o cualquier sociedad.

Es clásica aquella propuesta por Durkheim, la más elaborada de este tipo de definiciones. En ella la educación aparece como:

"...la acción ejercida por las generaciones adultas sobre aquellas que aún no están maduras para la vida social. Tiene por objeto suscitar y desarrollar en el niño cierto número de estados físicos, intelectuales y morales que exigen de él, la sociedad política en su conjunto y el medio especial al que está particularmente destinado" (8).

(8) E. Durkheim, *Education et Sociologie*, París, PUF, 1968, p. 41 (la traducción es mía). En la misma línea está también la Antropología Cultural. Véanse las obras de R. Linton, B. Malinowski, particularmente M. Mead, *Educación y Cultura*, Bs. As., Paidós, 1963. Un clásico del "funcionalismo" actual define así las funciones de la "clase escolar": "...desde el punto de vista funcional la clase escolar puede ser tratada como una agencia de socialización. Es decir, es un agente a través del cual las personalidades individuales son entrenadas para adecuarse motivacional y técnicamente al desempeño de los roles adultos". Parsons T., "The School Class as a Social System: some of its functions in American Society", in Halsey A. H., Floud, I. Ind. Anderson, C. A.: *Education, Economy and Society*, The Free Press; 1962, p. 435.

Esta definición sólo puede aportarnos un punto de partida para el análisis del conjunto de aquellos procesos concretos, que suelen englobarse bajo el "concepto general" de educación.

Decir que toda sociedad requiere alguna forma de educación (socialización) es como decir que toda sociedad necesita producir bienes para sobrevivir (o aprovisionarse de ellos, pero entonces esto es posible porque alguna otra sociedad produce). Puede ser un punto de partida —no de llegada— para el análisis: por sí, no caracteriza ningún proceso específico. Así como la producción siempre se realiza según modos de producción determinados —servil, capitalista, etc.— que suponen relaciones sociales de producción concretas, también la educación se procesa en contextos históricos específicos, los que le otorgan su significado, características y funciones también específicas.

Si la esencia del marxismo es, como lo quería Lenin, "el conocimiento concreto de una situación concreta", será necesario "elevarse" de aquella definición general abstracta para llegar, a través de "múltiples determinaciones" (9) a apre- hender las formas institucionales concretas en que el proceso se realiza para establecer sus funciones específicas en cada contexto histórico determinado.

Si una función general de la educación —como ya lo postulaba también Durkheim— es contribuir a la reproducción ("continuidad") de una sociedad, esa función adquiere connotaciones y significados particulares, si se trata, por ejemplo, de una sociedad sin clases o de una sociedad en que la existencia de clases supone un proceso de explotación de una clase por otra, en que la "reproducción de la sociedad es también, necesariamente la reproducción de la explotación".

De allí que una primera precisión necesaria con respecto al significado y funciones de la educación sea la determinación previa de si se trata de una función ejercida en una sociedad de clases o sin ellas.

La ciencia burguesa de la educación intenta establecer la relación Escuela-sociedad, sin pasar por las clases, ni tampoco por la especificidad de estas mismas clases en distintas sociedades históricas (y así hablan los tratados de la "Escuela" en la Antigüedad, en el Medioevo, en la Sociedad Moderna). El llamado "Sistema Educativo" de la sociedad burguesa es presentado como la culminación de un proceso continuo de crecimiento, llevado a cabo sin interrupciones desde que el primer adulto enseñó al primer niño la técnica necesaria para recoger el fruto de un árbol, a cazar el ave, que habrían de servirle de alimento.

La educación, sin embargo, ha sido revolucionada con cada revolución que la sociedad históricamente ha experimentado y es también, por ello, un producto de la lucha de clases.

En la sociedad primitiva, (es decir, sin clases), como lo señala Aníbal Ponce (10), la educación era una función espontánea de la sociedad en su conjunto.

Desde entonces —señala el mismo autor— se asistió a dos (11) grandes

(9) K. Marx, *El método de la economía política*, Santiago, CESO, 1970, mimeo.

(10) "La educación no estaba confiada a nadie en especial sino a la vigilancia difusa del ambiente. Gracias a una insensible y espontánea asimilación de su contorno, él mismo se iba conformando poco a poco dentro de los moldes reverenciales del grupo".

"Estábamos tan acostumbrados a identificar la Escuela con la Educación y a ésta con el plano individualista en que interviene siempre un educador y un educando, que nos cuesta un poco reconocer que la educación en la comunidad primitiva era una función espontánea de la sociedad en su conjunto...".

Aníbal Ponce, *Educación y lucha de clases*, Bs. As., Edit. Viento del Mundo, 1970, p. 8/10.

(11) Hoy, particularmente después de la Gran Revolución Cultural Proletaria, debemos hablar de una tercera revolución educacional.

revoluciones en la educación: "... cuando la sociedad primitiva se dividió en clases y cuando la burguesía del siglo XVIII sustituyó al feudalismo" (12).

La burguesía, al destruir y sustituir las formas feudales de propiedad y la producción artesanal, destruyó también las formas en que habían cristalizado su acción educativa las diferentes clases de la sociedad medieval. La educación militar-caballeresca, la educación del clero y el aprendizaje artesanal, fueron sustituidos por una práctica educativa nueva y "unificada" que dio nacimiento a los llamados "sistemas educativos". Los siglos XVII al XIX presenciaron el proceso de construcción de los sistemas educativos nacionales cuyo desarrollo acompañó el ascenso de la burguesía al poder. Fue este también el período en que se inició el desarrollo de la "ciencia" de la educación burguesa desde los *Pensamientos sobre Educación* de John Locke —publicados en 1693— a la pedagogía moderna, de la ideología de la Escuela como "sistema unificado", como "canal de ascenso social", como "instrumento capital de democratización", y, más modernamente, como "factor fundamental del desarrollo económico y social".

Quiero señalar que desde el punto de vista de la crítica marxista es imprescindible —y urgente— un replanteamiento global de estas proposiciones que inicie una "ruptura" con la dominación ideológica burguesa en esta esfera y abra el campo a una auténtica ciencia de los procesos educativos.

La Escuela, y por ende los procesos educativos, tal como los observamos en la sociedad actual, capitalista, lejos de constituir hechos universales, son una creación histórica de la burguesía en el poder, y cumplen funciones específicas en que se concretiza la función general de reproducción de la sociedad burguesa y de sus modalidades de explotación.

Esas "funciones específicas" se desarrollan en dos dimensiones principales: la de la capacitación de la mano de obra y el desarrollo de "capacidades", y la de la imposición y difusión de las formas ideológicas y culturales dominantes.

Para el cumplimiento de esas funciones, la Escuela no opera como una estructura unificada (a pesar de las apariencias —ideológicas— del "sistema educativo"), sino diferenciada internamente, y con funciones también diferenciadas, según las clases a las que su acción se dirige y a las que debe contribuir a producir.

Este "Aparato Educativo" (la Escuela), en su conformación actual es un resultado de las demandas objetivas de calificación originadas por el desarrollo del aparato productivo capitalista (y por ende de la "función" de las calificaciones en la sociedad burguesa) y de las características asumidas por la lucha (ideológica y política) de clases (13) en formaciones sociales concretas.

A partir de las brevísimas consideraciones precedentes, quisiera formular algunos planteamientos a cuyo desarrollo, creo, el pensamiento marxista deberá dedicar particular atención.

2. La Escuela y la división social del trabajo (el desarrollo del capitalismo y la preparación de "recursos humanos")

No me es posible narrar en esta ocasión la historia de los procesos educativos en su relación con los procesos de producción en las distintas etapas que se han identificado en el desarrollo del modo de producción capitalista. Esta historia nos mostraría las diversas modalidades que adoptó esa vinculación. Aquí sólo intentaré identificar algunos de los rasgos más típicos y generales de ésta.

(12) A. Ponce, op. cit., p. 170.

(13) Esa lucha asume a menudo, a nivel de la conciencia (psicológica) de individuos y grupos, la forma de "demandas subjetivas" por educación.

Para iniciar estas consideraciones es preciso tener presente que lograr la disminución del valor de la fuerza de trabajo es un problema esencial que enfrenta el desarrollo capitalista. Y esto porque: "La depreciación relativa de la fuerza de trabajo... implica una valorización más alta del capital; pues, todo lo que contribuye a reducir el tiempo necesario para la reproducción de la fuerza de trabajo, contribuye también a dilatar el radio de acción de la plusvalía" (14).

Ya señalé antes que la aparición de la burguesía y el desarrollo del modo de producción capitalista condujeron a la destrucción de las formas educativas anteriores. La larga y minuciosa formación del artesano (15) pasó a ser una forma obsoleta de educación en la medida en que se desarrolló la manufactura.

La superación de las formas artesanales de producción instaaura nuevas formas de organización del trabajo. Como lo señaló Marx: "La escala jerárquica se combina con la división pura y simple de los obreros en obreros especializados y peones. Los gastos de educación de éstos desaparecen; de los primeros disminuyen respecto al artesanado, al simplificarse sus funciones. El resultado en muchos casos, es la disminución del valor de la fuerza de trabajo" (16).

Esta menor exigencia de calificación (17) de la fuerza de trabajo, al disminuir los gastos en su educación, disminuye el tiempo de trabajo necesario, es decir, el tiempo que la fuerza de trabajo dedica a la reproducción de su propio valor.

Si bien la relación señalada constituye un hecho general, su misma generalidad obliga a introducir especificaciones en relación con las etapas del proceso histórico del desarrollo capitalista, y las exigencias que éste va generando en relación con la fuerza de trabajo. Lo que Marx llama el "desdoblamiento de la fuerza de trabajo", la aplicación de la ciencia a la producción, etc., etc., generan continuamente nuevas formas de organización del proceso de división social del trabajo que irán hallando respuesta en el crecimiento y complejización de los "sistemas educativos".

El desarrollo capitalista va, así, destruyendo continuamente formas anteriores e instaurando nuevas.

En la manufactura, la producción descansaba aún sobre el ejercicio —y por ende, el conocimiento— de un oficio. "El oficio manual —escribe Marx— sigue siendo la base de todo. Esta base técnica estrecha excluye un análisis verdaderamente científico del proceso de producción, ya que todo proceso parcial recorrido por el producto ha de ser necesariamente susceptible de ser ejecutado como trabajo parcial manual. Y éste, el hecho de que la pericia manual del operario forme aquí la base del proceso de producción, hace que cada obrero sólo se asimile a una función parcial y que su fuerza de trabajo se convierta en órgano vitalicio de esa función" (18).

Hasta este período, en que los instrumentos constituyen los medios de trabajo por excelencia, la habilidad —y por ende, conocimientos del operario— son esenciales al proceso productivo.

Con la introducción de la maquinaria y el desarrollo de la gran industria —que señala una fase superior en el desarrollo capitalista—, la actividad del obre-

(14) K. Marx, *El Capital*, Tomo I, Cap. XII, p. 285.

(15) "El artesano que deseaba trabajar en un oficio cualquiera debía inscribirse en el gremio respectivo, trabajar un primer tiempo como aprendiz y un segundo como oficial, antes de llegar a "Maestro", A. Ponce, op. cit., p. 99.

(16) K. Marx, *El Capital*, Tomo I, Cap. XII, pp. 284/5.

(17) Recuérdese que incluso en cierto período y para determinadas labores llegaron a preferirse niños infradotados intelectualmente. (Véase K. Marx, *El Capital*, Tomo I, Cap. XIII, p. 406).

(18) K. Marx, *El Capital*, Tomo I, Cap. XIII, p. 274.

ro pasará a estar "determinada en todos los sentidos por el movimiento de conjunto de las máquinas. La ciencia obliga a los elementos inanimados de la máquina, por su misma construcción, a que funcionen como autómatas útiles. Esta ciencia ya no existe, pues, en el cerebro de los trabajadores: a través de la máquina actúa más bien sobre ellos como una fuerza extraña" (19) (subrayado mío T.A.V.). Así "la acumulación de saber, de habilidad y de todas las fuerzas productivas generales del cerebro social, son entonces absorbidas en el capital que se opone al trabajo: tales acumulaciones aparecen en lo sucesivo, como una propiedad del capital, o más exactamente, del *capital fijo*, en la medida en la que éste entra en el proceso de trabajo como un medio de producción efectivo" (20).

En otra parte, Marx resume este proceso diciendo: "Lo que los obreros particulares pierden, se concentra, enfrentándose con ellos, en el capital. Es el resultado de la división manufacturera del trabajo el erigir frente a ellos, como *propiedad ajena y poder dominador*, las *potencias espirituales* del proceso material de producción. Este proceso de disociación comienza con la cooperación simple, donde el capitalista representa frente a los obreros individuales la unidad y la voluntad del cuerpo social del trabajo. El proceso sigue avanzando en la manufactura, que mutila al obrero, al convertirlo en hombre parcial. Y se remata en la gran industria, donde la *ciencia* es separada del trabajo como potencia independiente de producción y aherrojada al servicio del capital" (21).

Estos procesos fueron hallando respuesta en la organización (y también transformación y desarrollo progresivos del aparato escolar). A través de éste se consagra e institucionaliza —mediante una capacitación correspondiente— la separación entre el trabajo manual y el trabajo intelectual; la división entre productores (y transmisores) de conocimientos y los productores directos de bienes (mercancías). El desarrollo de la maquinaria y la implantación de la gran industria, trajeron continuamente nuevos requerimientos de científicos, cuadros técnicos, organizadores, administradores, etc., que hallaron su contrapartida en un enorme crecimiento y una complejización cada vez mayor del Aparato Escolar. Con la modificación de la composición orgánica del capital surgieron cada vez más nuevas funciones técnicas y organizativas que exigieron el desarrollo y la creación de "especialidades" más y más diversificadas. De este modo, también los campos del conocimiento se dividieron y subdividieron en ámbitos cada vez más parcelarios de la totalidad del mundo humano. Aquí se hacen imperiosas algunas observaciones:

- 1) No se trata de que toda la "ciencia burguesa" —que pasó a constituir cada vez más el núcleo de la Escuela Capitalista— sea una simple elaboración ideológica (en el sentido de conocimientos falseados, tergiversados). Para el

(19) K. Marx, Elementos fundamentales para la crítica de la economía política. (Grundrisse), Bs. As., Siglo XXI, 1971.

(20) Idem.

(21) El Capital, Tomo I, Cap. XII, p. 294.

En nota al pie de la misma página, Marx cita a W. Thompson quien dice: "Entre el hombre de cultura y el obrero productor se interpone un abismo y la ciencia que, puesta en manos del obrero serviría para intensificar sus propias fuerzas productivas, se coloca casi siempre enfrente de él. ... La cultura se convierte en un instrumento susceptible de vivir separado del trabajo y enfrentado con él. (W. Thompson, An Inquiry into the distribution of Wealth, Londres, 1824, citado por Marx, El Capital, Tomo I, nota 44, al pie de p. 294). Sobre la parcelación del trabajo, Marx cita en la misma obra, p. 296, a D. Urquhart (Familiar Words, Londres, 1835) quien sostiene: "Parcelar a un hombre, equivale a ejecutarlo, si merece la pena de muerte o a asesinarlo si no lo merece. La parcelación del trabajo es el asesinato de un pueblo".

capital resulta esencial llegar a conocer, con el mayor rigor posible, cómo se comporta la naturaleza y conocer sus leyes. Por otra parte, requiere de la invención de procedimientos que le permitan utilizarla. Por ello, *necesariamente*, impulsa el desarrollo científico y tecnológico. Sin embargo, éste no es un desarrollo cualquiera, *que libremente decidieran aquellos que hacen la ciencia*, sino el desarrollo que resulta más beneficioso para el mismo capital.

- 2) Del mismo modo en que el capital necesita de las ciencias exactas y naturales y de la tecnología para aumentar su valorización, también requiere hoy de las "ciencias sociales", como instrumentos que le garanticen una explotación siempre consciente, como medios de "racionalizar" la producción, incrementar la productividad de los obreros, desarrollar, "la *economía del trabajo* mediante el desarrollo de la fuerza productiva" (22) y todo esto, para seguir con la cita de Marx, "no persigue como finalidad, ni mucho menos, *acortar la jornada de trabajo*. Tiende simplemente a acortar el tiempo de trabajo necesario para la producción de una determinada cantidad de mercancías" (23).
- 3) Lo dicho, hace comprender que es totalmente ilusorio el pensar en una educación *científica* (en el sentido fuerte del término) en la sociedad capitalista. El desarrollo de la educación estará siempre ligado —subordinado— al desarrollo del sistema o, dicho de otro modo, a los intereses del capital. Por ello, esos conocimientos —tan exactos como pueden ser tomados en particular— se organizan en una estructura de "saber" consagrada y legitimada por la Escuela. Este saber no es de ningún modo, un saber *en general* sino, muy por el contrario, *un saber que tiene una marcada orientación de clase* (24). La Escuela, organizada en varias especialidades correspondientes a la estructura de ese saber no puede, por consecuencia, sino constituir una Escuela de *clase*.
- 4) Por ello, las "capacidades" y "especialidades" que la Escuela Contemporánea ha desarrollado no son, necesariamente, aquellas que corresponden al desarrollo de las fuerzas productivas o al desarrollo de la ciencia y la tecnología, que habrían impuesto —como *necesidad objetiva*— una cierta "división técnica" del trabajo, sino que responden a la "división social" del trabajo generada por el desarrollo histórico de la sociedad capitalista (25).
- 5) Pero además la Escuela, en la sociedad capitalista contemporánea, no sólo es el instrumento de preparación de *mano de obra calificada* en vinculación con

(22) K. Marx, El Capital, Tomo I, Cap. X, pp. 257/58.

(23) Idem.

(24) Cfr. J. Ranciere, "Sobre la teoría de la ideología (la política de Althusser)", en Varios Autores, Lectura de Althusser Bs. As., Galerna, pp. 321/357. Según este autor, el concepto de "saber" no es el de un mero contenido que pudiera ser o ideológico o científico. "El saber es un sistema en el que los contenidos no pueden pensarse fuera de sus formas de apropiación... Este sistema es el de la dominación ideológica de una clase, y de ningún modo la ciencia o la ideología. En él se articula la apropiación de clase de la ciencia y de la ideología de la clase dominante", pp. 338/9).

(25) Sobre este aspecto se hace necesario agregar algunas consideraciones particulares. Cuando el aparato educativo responde a una determinada "demanda de recursos humanos" (y por lo tanto, prepara individuos con diferentes niveles y tipos de "competencias") se supone, en general, que aquella "demanda" es un producto "objetivo" de un cierto estado de desarrollo de las fuerzas productivas, con una singular independencia del modo de producción —y además de la formación social— de que se trate. Este tipo de concepción es característica del pensamiento "desarrollista". Podría aceptarse, en términos muy generales, que un cierto "estado" de desarrollo (si es que existe algo así), provoque necesidades de preparación de

los requerimientos del aparato productor, sino también, de cuadros calificados, requeridos tanto por el Estado (profesionales, empleados, burócratas y técnicos de los ministerios, cuadros políticos propiamente dichos), como por la empresa (cuadros técnicos superiores, administradores y dirigentes de empresa, etc.) y también profesionales liberales, etc., etc. Así, este complicado Aparato, tiende a reproducir mediante la selección y la formación, todas las dimensiones de la división social del trabajo que impone la sociedad capitalista.

- 6) La Escuela, por otra parte, es uno de los instrumentos capitales para asegurar la hegemonía ideológica y cultural de la burguesía ⁽²⁶⁾ sobre las capas medias y la futura clase obrera, "por la promoción social y la práctica de la "meritocracia", el mito del saber científico y de su rol progresista, etc., etc., ⁽²⁷⁾". La doble función de la Escuela —económica e ideológica— que en conjunto contribuyen a la reproducción en el tiempo del sistema, se halla, en la sociedad contemporánea garantizada por el Estado: "la Escuela es un servicio público de la sociedad capitalista y no un apéndice del aparato productor. Esto significa que la gestión de la Escuela por el Estado es siempre una gestión política, es decir, que las elecciones que determinan la estructura, los programas, el desarrollo, la orientación de los diversos sectores de la instrucción dependen de las elecciones políticas de la burguesía tanto sobre el terreno de lo político o económico (y del desarrollo político nacional) como sobre aquel de las alianzas sociales" ⁽²⁸⁾.

Sobre este último aspecto creo necesario agregar algunos párrafos.

La extensión de la Escuela burguesa no puede entenderse cabalmente si sólo se considera su respuesta a los requerimientos del aparato productor. Así,

cierto tipo (y nivel, y aún cantidad) de "especialidades", "competencias" o como quiera llamarlas. Esto, se supone, responde a la necesidad —nuevamente "objetiva"— de una cierta división del trabajo. Ahora bien, es preciso establecer una clara distinción entre lo que podría llamarse una "división técnica del trabajo" (producto de requerimientos objetivos de la organización de la producción) y la "división social del trabajo" (producto de la organización de la producción en un modo de producción determinado, o como es nuestro caso, de una sociedad en la que rige la propiedad privada de los medios de producción y, por consecuencia, la explotación de la fuerza del trabajo). Siguiendo este orden de razonamiento podría plantearse, con toda justicia, la siguiente interrogante: ¿la división del trabajo que rige en la sociedad capitalista —y, por consecuencia, la división y estructuración del aparato escolar que no constituye sino una respuesta a aquélla— responde a "demandas objetivas" (en el sentido antes apuntado) es decir, insoslayablemente imputables al desarrollo de las fuerzas productivas y a la consecuente organización del aparato productor; o resultan de la forma en que la producción se realiza en esta sociedad en que impera un régimen de propiedad privada de los medios de producción y, por lo tanto, una dominación de clase? Y, para ampliar aún más esta discusión, téngase en cuenta que en la sociedad capitalista, esa "división del trabajo" —v.gr. la división básica que se establece entre el trabajo manual y el trabajo intelectual— no sólo supone conocimientos, habilidades, destrezas, etc., diferentes, sino también, jerarquía, Status, privilegios, ingresos y poder también diferentes. Sugiero; para esta discusión, la lectura de: Ch. Bettelheim, "China y URSS; dos modelos de industrialización", en Varios Autores, La Revolución Cultural China, Córdoba, Cuadernos de Pasado y Presente, N° 23, 1971, pp. 47/63; en esta misma recopilación, Rossana Rossanda; "El Marxismo de Mao Tse-tung" pp. 131/164. Véase también, R. Rossanda, et. al. "Thésés sur l'enseignement", II Manifesto, Analyses et Thésés de la Nouvelle Extrême Gauche Italienne, Paris, ed. du Seuil. Antonio Lettieri, "L'usine et l'école", Les Temps Modernes, 27^e année (Aout-Septembre 1971), N° 301-302, pp. 181/197.

(26) Sobre esto, cfr. el punto siguiente.

(27) G. Bolaffi y otros, "Rapport sur l'école", Les Temps Modernes, 27^e année, (Aout-Septembre 1970), N° 289 y 290, pp. 464/474.

(28) Idem.

las primeras leyes fabriles conteniendo disposiciones relativas a la salud y a la educación, en la Inglaterra del siglo XIX, respondieron más a razones de carácter político y a consideraciones sociales que a exigencias emanadas directamente del proceso mismo de la producción, Marx apuntaba en *El Capital*: "La degeneración intelectual producida artificialmente por el hecho de convertir a unos seres incipientes en simples máquinas para la producción de plusvalía —degeneración que no debe confundirse ni mucho menos con ese estado elemental de incultura que deja al espíritu en barbecho sin corromper sus dotes de desarrollo ni su fertilidad natural— obligó por fin al Parlamento inglés a decretar la enseñanza elemental como condición para el consumo productivo de niños menores de 14 años, en todas aquellas industrias sometidas a la ley fabril" ⁽²⁹⁾. Los empresarios resistieron, sin embargo, la aplicación de estas disposiciones. Como el mismo Marx lo señala a continuación, "En la frívola redacción de las llamadas cláusulas de educación de las leyes fabriles, en la carencia de aparato administrativo adecuado que, en gran parte, convierte en consigna ilusoria este deber de enseñanza, en la oposición desplegada por los patronos contra esta misma ley de enseñanza y en las artimañas y rodeos que acuden para infringirla, respaldada una vez más el espíritu de la producción capitalista" ⁽³⁰⁾.

Las luchas populares por educación, encabezadas siempre por sectores de la pequeña burguesía y de las capas medias, fueron creciendo a través de todo el siglo pasado, hasta un punto en que la burguesía no pudo detener la extensión de la educación popular. Este hecho se evidencia claramente en el crecimiento del índice de alfabetizados en todos los países de Europa Occidental, muy particularmente a través de la segunda mitad del siglo XIX ⁽³¹⁾.

Por otra parte, también fue creciendo paulatinamente el requerimiento de los mínimos necesarios de instrucción para la incorporación de la fuerza de trabajo a la producción ⁽³²⁾.

Así, la extensión de la educación popular, si por un lado es un producto de la lucha de masas por el acceso a la Escuela, por otro, resulta una necesidad para el desarrollo del proceso de explotación en que la existencia de la burguesía descansa.

(29) K. Marx, *El Capital*, Tomo I, Cap. XIII, 3, p. 328.

(30) Idem.

Otro autor (véase C. Cipolla, *Educación y Desarrollo en Occidente*, Barcelona, Ariel, 1970) concreta así esa resistencia de la burguesía inglesa a la aplicación de las disposiciones sobre educación.

"En Inglaterra, en 1807, Whiterbread presentó una propuesta de ley para la creación de escuelas elementales en todo el país. El proyecto fue derrotado en la Cámara de los Lores; entre los que se opusieron figuraba el presidente de la Royal Society, quien razonó de esta suerte: En teoría, el proyecto de dar una educación a las clases trabajadoras es ya bastante equívoco, y en la práctica, sería perjudicial para su moral y su felicidad. Enseñaría a las gentes del pueblo a despreñar su posición. En vez de enseñarle subordinación, los haría facciosos y rebeldes, como se ha visto en algunos condados industrializados. Podrían entonces leer panfletos sediciosos, libros peligrosos y publicaciones contra la cristiandad. Les haría insolentes ante sus superiores; en pocos años, el resultado sería que el gobierno tendría que sacar las fuerzas contra ellos"; y el mismo autor agrega en nota al pie de la página 81: "Los industriales se rebelaron ante la naturaleza constructiva de las leyes de 1802 y 1833 (...); como lo escribiera Sargant (...) las leyes de fábrica fueron aprobadas a pesar de la resistencia de los patronos, que las consideraron siempre expresión de los intereses de los propietarios terratenientes que dominaban entonces el Parlamento y eran hostiles a los industriales.

(31) Véase C. Cipolla, op. cit.

(32) Dice A. Ponce, "Las máquinas complicadas que la industria creaba sin cesar, no podían ser eficazmente dirigidas por el saber miserable de un siervo o un esclavo..." (op. cit., pp. 19/20) "... el asalariado no hubiera podido satisfacer los requerimientos del capitalista si hubiera quedado al margen de una instrucción elemental. Había que procurársela como una condición necesaria de su explotación", op. cit. p. 151.

Por ello, la burguesía no puede sino sustentar una actitud contradictoria respecto a la educación masiva. Por una parte requiere cada vez más que ésta se desarrolle y difunda como condición del desarrollo y explotación más provechosa de la fuerza de trabajo (33). Además —políticamente— no puede resistir las presiones sociales por esa ampliación. Pero por otro lado, necesita evitar los efectos negativos que —desde el punto de vista de sus intereses objetivos de clase— tendría una elevación demasiado grande de los niveles educativos del proletariado (al que es preciso mantener separado de la ciencia como condición necesaria para su explotación), y demás sectores populares sobre el comportamiento de estas clases explotadas.

Como ya lo observara A. Ponce, "La burguesía solucionó ese conflicto entre sus temores y sus intereses dosando con parsimonia la enseñanza primaria e impregnándola además de un cerrado espíritu de clase como para no comprometer, con el pretexto de "las luces" la explotación que está en la base misma de su existencia (34) (subrayado mío, T. A. V.).

Esta observación nos conduce directamente a la necesidad de introducir algunas consideraciones particulares sobre la función ideológica de la Escuela.

3. La Escuela y la Ideología Dominante (35)

Después de un cierto momento, la burguesía no resistirá más abiertamente el acceso de las masas a la educación; luchará en cambio, por todos los medios, porque no cambie la función de la Escuela como Aparato Ideológico del Estado Burgués.

"Las ideas de la clase dominante" —escribieron K. Marx y F. Engels en *La Ideología Alemana* (36)— "son las ideas dominantes en cada época; o, dicho en otros términos, la clase que ejerce el poder material dominante en la sociedad es, al mismo tiempo, su poder espiritual dominante. La clase que tiene a su disposición los medios para la producción material dispone con ello, al mismo tiempo, de los medios para la producción espiritual, lo que hace que se le sometan, al propio tiempo, por término medio, las ideas de quienes carecen de los medios necesarios para producir espiritualmente (subrayado mío, T. A. V.).

La dominación de clase —como condición de la reproducción del sistema— se expresa ante todo, es cierto, en la coacción, en la violencia física (y allí están para testimoniarlo, los Aparatos Armados del Estado, la Policía, las Fuerzas Armadas). Pero también, y no con menos importancia, como dominación ideológica y cultural. Y así como el Estado cuenta con aparatos destinados a la represión física, cuenta también con otros aparatos que son instrumentos de la difusión de la ideología dominante: los Aparatos Ideológicos de Estado. Y entre éstos, en la sociedad burguesa —y sin que ello signifique desconocer la importancia de otros que tienen funciones similares, como los llamados "medios de comunicación de masas"— la Escuela posee una significación singular. Ella es el lugar, por excelencia, de transmisión e imposición de las ideas y la cultura dominante.

Uso el concepto "imposición" para introducir un tratamiento correcto del funcionamiento de la Escuela en relación a la ideología dominante. A veces, pareciera pensarse que la ideología "se difunde", "se extiende" paulatinamente sobre

(33) Y de allí que apoye y difunda a los ideólogos del reformismo pequeñoburgués.

(34) op. cit., p. 151.

(35) En este apartado seguiré, en líneas generales, el desarrollo hecho por Ch. Baudelot y R. Establet, *L'école capitaliste en France* op. cit.

(36) Cito por la edición de Ediciones Pueblos Unidos, Montevideo, Ediciones Grijalbo, Barcelona, 1970, pp. 50/51.

la sociedad como se extiende una mancha de petróleo que va cubriendo toda su superficie hasta otorgarle esa "opacidad" que oculta los mecanismos profundos de su funcionamiento. Si esto último es exacto —como descripción del resultado de la difusión de la ideología dominante— no es correcta, en cambio, la imagen que sugieren las expresiones "se extiende", "se difunde". Estas expresiones suponen una actividad unilateral —la de la ideología que "se difunde"— y una total pasividad de los receptores de esa difusión (v. g. las clases explotadas). Lo cierto es que estos procesos sociales son diferentes y más complejos que lo que señala la expresión anotada y suponen —siempre y necesariamente— conflictos y luchas.

Y ello porque, como lo señala Poulantzas, "En una formación social, no existe solamente una ideología dominante: existen muchas ideologías o subsistemas ideológicos contradictorios, relacionados a las diversas clases en lucha. La ideología dominante no se constituye como tal más que logrando éxito en dominar, de manera particular, otras ideologías y subsistemas ideológicos; lo que logra precisamente por el "bias" de los Aparatos Ideológicos de Estado" (37).

La ideología burguesa, en la sociedad capitalista enfrenta a otras ideologías —"o fragmentos" o "elementos" de ideologías— diferentes y aún antagónicas (pequeñoburguesa, proletaria). Entendido así, el concepto de ideología es inseparable del de *Lucha* ideológica de clases. Y la dominación de la ideología burguesa en la sociedad capitalista supone la represión (o a veces, instrumentación, como ocurre en relación a la ideología pequeñoburguesa), de las otras.

La Escuela entonces, como lugar de transmisión e imposición de la ideología dominante, es el "lugar" en que se ejerce la violencia —aunque no física en este caso, sino "simbólica" (38)— de la clase dominante, y también, por lo mismo, "lugar privilegiado" de la lucha ideológica.

No basta, por lo tanto, con "difundir" una ideología para que se convierta en dominante; hay que imponerla (39); y, además, debe impedirse que formaciones ideológicas antagónicas, se desarrollen.

(37) *Fascisme et Dictature*, París, F. Maspero, 1971, p. 338.

J. Rancière (op. cit., p. 337) señala, por su parte, "...la ideología no es un simple contenido de discursos o un sistema de representaciones. No es lo que Althusser denomina, con un término significativo, una "atmósfera". La ideología dominante es un poder organizado, un conjunto de instituciones (sistemas de saber, sistemas de información, etc.).

(38) Véase para este concepto, P. Bourdieu et Jean Claude Passeron, *La Reproducción: élément pour une théorie du système d'enseignement*, París, Les Editions de Minuit, 1970. Allí puede leerse: "Toda acción pedagógica es objetivamente una violencia simbólica en tanto imposición, por un poder arbitrario, de un arbitrario cultural" (p. 19).

"La acción pedagógica es objetivamente una violencia simbólica, en un primer sentido, en tanto que las relaciones de fuerza entre los grupos o las clases constitutivas de una formación social están en el fundamento del poder arbitrario que es la condición de la instauración de una relación de comunicación pedagógica, i.e. de la imposición y de la inculcación de un arbitrario cultural según su modo arbitrario de imposición y de inculcación" (p. 20).

"En una formación social determinada, el arbitrario cultural que las relaciones de fuerza entre los grupos o clases constitutivas de esta formación social ponen en posición dominante, es aquel que expresa más completamente los intereses objetivos (materiales y simbólicos) de los grupos o clases dominantes" (p. 23).

"La acción pedagógica, en la que el poder arbitrario de imponer un arbitrario cultural reposa en último análisis sobre las relaciones de fuerza entre los grupos o clases constitutivos de la formación social en que ella se ejerce, contribuye, reproduciendo el arbitrario cultural que ella inculca, a reproducir las relaciones de fuerza que fundan su poder de imposición arbitraria" (pp. 24-25).

(39) "... la ideología de clase dominante no es solamente misteriosa, cifrada para las clases dominadas; ella es contraria a sus intereses objetivos. No se trata, pues, solamente para la clase dominante de transmitirla sino de imponerla". (Ch. Baudelot y R. Establet, op. cit., p. 315).

Se hace necesario introducir ahora una mayor precisión en cuanto a las características que asume la ideología dominante en la Escuela y de los mecanismos específicos de esta transmisión-imposición.

Ante todo, es preciso observar que en la sociedad burguesa, la Escuela realiza simultáneamente las funciones de preparación para el trabajo y de transmisión de la ideología dominante. Estas funciones no se llevan a cabo por separado, sino en un único acto, el del aprendizaje escolar. Por ello, no se trata de discriminar, puntualmente, cuáles de los contenidos transmitidos por la Escuela son "científicos" (en el sentido de "verdaderos") y cuáles "ideológicos" (falsos). Los conocimientos transmitidos se expresan, como lo señalé antes, en una estructura de "saber" (con toda la "carga" valorativa que ello supone) y contribuyen, como conjunto, a la producción y reproducción de la sociedad capitalista. Como lo indica J. Rancière, "... la dominación de la burguesía y de su ideología no se expresa en el contenido del saber sino en la configuración del medio donde es transmitido. El carácter científico del saber no afecta en nada al contenido de clase de la enseñanza. La ciencia no aparece frente a la ideología como su otro; aparece en el interior de las instituciones y en las formas de transmisión en que se manifiesta la dominación ideológica de la burguesía" (40). Téngase en cuenta que en la Escuela no sólo se enseñan las destrezas, habilidades y conocimientos propios de un oficio o profesión; también se inculcan los valores, actitudes, etc., vinculados a su ejercicio en la sociedad burguesa.

Pero hay más: en la sociedad burguesa, la Escuela no sólo prepara a los explotados del sistema, sino también a los explotadores. Y ambos no pueden poseer ese "saber" (ideológico) en la misma forma. Por ello, mientras hasta cierto nivel —particularmente el de la "escuela primaria"— sólo se transmiten "subproductos" de la cultura y de las ideas dominantes, así como las técnicas necesarias para su asimilación, hay en el llamado "sistema educativo" una ruptura a partir de la cual se inicia el tránsito de aquellos que han de ser difusores y aún creadores de esa ideología y esa cultura dominantes (los "poseedores" plenos de ese saber) (41).

Pero no es sólo bajo estas formas explícitas —las más visibles, y por ende las más frecuentemente cuestionadas— que la ideología dominante se transmite; también se efectiviza a través de las "prácticas" escolares cotidianas.

Una ideología no es sólo un conjunto de "contenidos" (valores, ideas, etc.); las ideas —como lo expresa L. Althusser— son también "... actos materiales, regulados por rituales materiales, ellos mismos definidos por el aparato ideológico en que las ideas se realizan..." (42), por ello "... en la escuela la sumisión a la ideología burguesa, es decir, la sumisión al mundo burgués tal como este aparece a los mismos burgueses, se efectúa por la sumisión de cada integrante a un conjunto de prácticas que constituyen el ritual material de la ideología burguesa" (43). Y estas prácticas, estos "rituales", mientras entronizan los contenidos de la ideología burguesa, son los instrumentos de represión —represión que a veces alcanza

expresiones físicas— de la ideología o de los "elementos" de la ideología y la cultura proletarias de que son portadores los educandos de ese origen. Si el proletariado es, objetivamente, fuente de una "concepción del mundo", ese mismo proletariado, es portador de "fragmentos", de "elementos" de esa concepción del mundo, que se expresan en un lenguaje, en unos valores, etc., que contradicen la "cultura oficial" de la Escuela. Y bien; aquellos "elementos" (lenguaje, actitudes, valores, etc.) serán duramente castigados, reprimidos (44). La ideología proletaria no tiene lugar en la Escuela; más aún: es necesario impedir, por todos los medios, que ella se desarrolle y así, la historia, la economía, la sociedad, aparecen deformadas, disfrazadas en los contenidos de la enseñanza, y el materialismo histórico —instrumento científico para el desarrollo de la ideología proletaria— es sistemáticamente ignorado.

De este modo, en el Aparato Escolar, a través de todo su funcionamiento, se vive cotidianamente una encarnizada lucha (45), destinada a imponer la hegemonía ideológica de la burguesía y a impedir, por todos los medios el desarrollo de formaciones ideológicas antagónicas. La Escuela es entonces, un "lugar" de expresión de las contradicciones de clase; pero éstas van mucho más allá de las hasta ahora señaladas, y hallan su base material en la estructura misma del Aparato Escolar.

4. Contradicciones y crisis de la Escuela burguesa contemporánea

Para los historiadores de la educación —y más aún para los "teóricos" de la "economics of education"— la educación en el "mundo occidental" aparece desarrollándose parsimoniosamente al compás del desarrollo económico o, como a veces prefieren decirlo, de la industrialización. La observación —y las interpretaciones que de ella derivan— inexacta es en varios sentidos. En primer lugar, esa aparente "armonía" no es de ningún modo el resultado de algún "ajuste" automático entre "oferta y demanda de recursos humanos", sino de la lucha de clases que condujo a la hegemonía burguesa y, por consecuencia, a la primacía de sus intereses de clase sobre toda la sociedad. Pero, por otra parte, esta hegemonía no puede entenderse como un tranquilo dominio sino como una lucha constantemente renovada por superar las contradicciones que el mismo desarrollo del capitalismo provoca, y, por último, tampoco la Escuela —como dicen Baudelot y Establet— es simplemente una "máquina bien aceitada" que funcionará perfectamente para mayor beneficio de la burguesía (46). Es también el lugar de múltiples contradicciones que no son sino efectos localizados —y por lo tanto específicos— de la contradicción fundamental entre el proletariado y la burguesía.

En la sociedad capitalista, el carácter "promotor" de la Escuela no puede ser sólo una mera ilusión ideológica. "Para que la Escuela sea aceptada como reproductora y garantizadora de una jerarquía, hace falta que la sociedad que la realiza tenga una capacidad suficiente, concreta y no simplemente ideológica, de integrar su producto. Ahora bien, el desarrollo de la enseñanza de masas en el curso de los últimos veinte años se ha hecho a un ritmo y según modelos de aspiraciones y necesidades en desajuste con relación al desarrollo productivo real así

(44) Véase a este respecto, el impresionante testimonio de los Alumnos de Barbiana, Carta a una Profesora, Bs. As., Marcha / Schapire, 1971.

(45) Claro está que esta lucha aparece disfrazada como una acción destinada a incorporar a los educandos a los valores —y por consecuencia "beneficios"— de "la civilización" y "la cultura".

(46) Ch. Baudelot y R. Establet, op. cit.

(40) J. Rancière, op. cit., pp. 336/337.

(41) Cfr. con el concepto de A. Gramsci de intelectuales orgánicos: La formación de los intelectuales, México, Grijalbo, Colección 70, 1967.

Como lo expresan Ch. Baudelot y R. Establet, "por un lado, a los futuros proletarios se les descarga un cuerpo compacto de ideas burguesas simples; por otro lado, los futuros burgueses aprenden, mediante toda una serie de aprendizajes apropiados a llegar a ser (en pequeña o en gran escala) intérpretes, actores e improvisadores de la ideología burguesa. Se trata ciertamente de la misma ideología: pero hay entre el proceso de vinculación en el primario-profesional (educación de los explotados) y el proceso de inculcación en el secundario-superior, la misma diferencia que entre el catecismo y la teología..." (p. 155).

(42) "Ideologie et Appareils Ideologiques d'Etat", La Pensée, N° 151 (Jun 1970).

(43) Ch. Baudelot y R. Establet, op. cit., p. 273.

como a la movilidad efectiva. La Escuela está en fase de inflación; ella está en tren de perder su valor (47).

El ensayo citado, del grupo *II Manifiesto*, reflexiona a partir de los acontecimientos de la gran crisis de mayo de 1968 en Francia y de los movimientos estudiantiles observados en Italia —y más en general, en toda Europa— en los últimos años de la década de los sesenta. (48). Estos movimientos de masa llevaron a un primer plano de la discusión política, la cuestión de la Escuela Capitalista. Como consecuencia de estas “prácticas”, —y de las ideologías, a veces confusas, a menudo utópicas, a que dieron origen— la imagen (ideológica) del “mecanismo integrador” se deshizo en pedazos y la Escuela apareció visiblemente como centro de contradicciones, como lugar de origen de actitudes y conductas que concluían en una recusación radical y global de la sociedad capitalista; y esto, justamente allí donde esta sociedad había alcanzado sus formas más desarrolladas.

¿Cómo explicar estos hechos? ¿Dónde hallar las bases estructurales —objetivas— de esas formaciones ideológicas, de esos comportamientos políticos?

Un aspecto particular del desarrollo de la Escuela en la sociedad capitalista aparece en la base: su modo y ritmo de crecimiento en la sociedad contemporánea.

Las críticas a la Escuela comenzaron por aquello que el rapidísimo crecimiento de la matrícula hacía más evidente: las condiciones materiales de su funcionamiento (es decir, falta de capacidad física para absorber contingentes, siempre crecientes, de alumnos, carencia de aulas, insuficiencia de bibliotecas, etc.).

De aquí a la crítica de los aspectos funcionales (organización y realización de las clases, sistemas de selección y promoción, jerarquías y *status* profesoraes, formas de ejercicio de la autoridad, etc., etc.), hay sólo un paso; y de allí al modo en que esas condiciones materiales y funcionales se relacionaban con el carácter asumido por la sociedad capitalista contemporánea, la distancia —que puede ser larga, pero que en esta oportunidad se traspuso de un solo salto— que media entre la reivindicación gremial y la lucha política. Fue la percepción de la evidencia de que la “Escuela promotora” no era más que una fantasía pequeñoburguesa, alimentada por la burguesía como instrumento ideológico de dominación (49).

El velo ideológico que cubría la Escuela y su íntima vinculación con la dominación burguesa se desgarró y cae en pedazos, permitiendo ver un mecanismo en el que la historia de la lucha de clases ha quedado reflejado. Aparece así la Escuela como el resultado, por un lado, de las demandas “objetivas” —y por ende de los intereses del capital— originadas en el desarrollo de la producción capitalista, pero también de las luchas populares por su incorporación a ella, en el marco de la dominación burguesa (50).

(47) Rossana Rossanda y otros, “Thésés sur l’enseignement”, *II Manifiesto*, op. cit., p. 162.

(48) La literatura aparecida sobre el tema es tan amplia que resulta imposible siquiera resumirla en una nota al pie de página. De todos modos, y para referirme a algunos trabajos que circulan en nuestro medio, remito a la recopilación, Francia 1968: ¿Una revolución fallida?, Córdoba, Cuadernos de Pasado y Presente, 1968; cfr. también el ensayo de D. Bensaid y H. Weber, Mayo / 68: un ensayo general, México, ERA, 1969.

(49) “... en el momento mismo en que las puertas de la Universidad son empujadas por una fuerza de masa, esta perspectiva de promoción se estanca; la instrucción, en tanto garantía de un rol fuertemente privilegiado, pierde todo crédito, no teniendo el sistema necesidad de tantos roles calificados. El estudiante descubre además su propia “miseria” como una estufa, la imposibilidad de transformarse en un cuadro, además —y la distancia es corta ya que no se trata de adquisición ideológica sino de constatar una situación real, material— siente la inconsecuencia de una estratificación que le es propuesta como un sistema racional, como un sistema injusto” (*II Manifiesto*, op. cit.).

(50) Estas luchas por la educación presentan a través de toda la historia de la Escuela un rasgo de profunda ambigüedad “... ambigüedad raramente percibida, entre el empuje igualitario (el derecho de todos a saber) y la aceptación de un modelo de promoción basado en la división no sólo técnica, sino también social del trabajo” (*II Manifiesto*, op. cit.).

La Escuela, como aparato reproductor del sistema, refleja internamente a través de la división en “especialidades”, la división (y jerarquización) social del trabajo en la sociedad burguesa, la división (y jerarquización) entre el trabajo manual y el trabajo intelectual. La superación de la Escuela reproductora del sistema, pasa así por el cuestionamiento de la división actual en “carreras”, “especialidades”, formación de “capacidades”, etc., mutilaciones del hombre que el sistema capitalista ha desarrollado hasta la exasperación.

Pero también la Escuela, aparato conservador y transmisor de “la cultura” muestra el verdadero significado de ésta en la sociedad burguesa: “valor de cambio” —no valor de uso— instrumentado por la “industria cultural” (51).

La Escuela burguesa contemporánea ha llevado así al paroxismo sus características de *Escuela de clase* y ha puesto al rojo vivo las contradicciones que desgarran sus entrañas: convertida finalmente en un aparato separado de la producción (52), que se hipertrofia sin cesar, que tiende a autorreproducirse (me refiero a la tendencia creciente a absorber en sí misma una parte cada vez mayor de las “capacidades” generadas por ella). Frente a estos desarrollos, la política burguesa respecto a la Escuela tiene cada vez menos alternativas. La posibilidad del mantenimiento de un *numerus clausus* resulta ya utópica frente a la presión de las masas. El alargamiento de los estudios más allá de lo necesario parece haber sido un recurso más eficaz; con ello se convierte a la Escuela en un lugar de “parking” (53) de la juventud y se retarda el vuelco masivo de ésta sobre un mercado de trabajo incapaz ya de absorber una “oferta” de mano de obra calificada de tal magnitud; sin embargo, también este hecho se vuelve de más en más evidente y es una condición más de la rebelión juvenil. Perdiendo progresivamente su “funcionalidad”, la Escuela burguesa anuncia ya la necesidad de su “extinción”.

Para una estrategia revolucionaria, no puede tratarse ya a la *instrucción* —la que la Escuela burguesa otorga— como a un *bien* que habría de repartirse en forma más justa (o tal vez mejor, “igualitaria”). La destrucción de las relaciones sociales de producción capitalista —y consecuentemente la superación de la división social del trabajo de la sociedad burguesa— supone la destrucción de su aparato de reproducción, la Escuela, y el tránsito hacia formas orgánicas superiores de formación y capacitación.

III. Breves notas sobre la especificidad de la Escuela de las sociedades capitalistas subdesarrolladas y dependientes. (El caso de América Latina)

Es fácil comprender que no vamos a desarrollar aquí todos los aspectos problemáticos que el título de este apartado sugiere (54). Me limitaré a señalar en breves proposiciones lo que considero los principales temas a desarrollar.

- 1) La Escuela latinoamericana, tanto en su origen como en su desarrollo —y eso hasta hoy— muestra una notable autonomía con relación a las condiciones histórico-concretas de funcionamiento del aparato productor.
- 2) Ella emerge, sobre todo, ligada a las características políticas del desarrollo

(51) Para un desarrollo de este aspecto, la obra de Th. Adorno, véase *La industria cultural*, Bs. As., Galerna, 1967. También los ensayos contenidos en *Crítica Cultural y Sociedad*, Barcelona, Ariel, 1969.

(52) Sobre este punto, cfr. A. Lettieri, “L’usine et l’école”, op. cit. y también Centro di Coordinamento Campari, *Les Temps Modernes*, N° 289/290, (Aout-Septembre, 1970), pp. 445/463.

(53) Véase Rossana Rossanda, op. cit.

(54) Sobre este aspecto en particular tenemos en preparación un trabajo de mayor aliento, *La Política Educativa del Subdesarrollo*, que comprenderá un análisis del desarrollo de la educación latinoamericana a partir de 1950.

latinoamericano y sus fundamentos se hallan más que todo vinculados a los requerimientos de la dominación ideológica⁽⁵⁵⁾ y refleja, en su desarrollo y sus cambios, las relaciones políticas de clase en el ámbito de las sociedades nacionales, y las características que asumiera históricamente, considerando un ámbito más amplio, la dominación, primero colonial, neocolonial después. En estas condiciones, la Escuela latinoamericana asumió, en su forma más visible, transparente, el carácter de Aparato Ideológico del Estado.

- 3) En el período de dominación ibérica (colonial), la educación jugó un papel capital en la "europeización" latinoamericana, operando con dos mecanismos diversos, aunque complementarios en sus funciones. Por una parte, (y por ello la temprana creación de Universidades) se trataba de preparar una élite colonial, tanto religiosa como laica (es decir, funcionarios, clérigos y también algunos profesionales); por otra, mediante lo que se conoce como "evangelización", de someter a las poblaciones autóctonas a los valores del conquistador europeo, y por lo tanto a éste como clase dominante en la colonia.
- 4) En los procesos de independización política y de subsecuente formación de los Estados nacionales —particularmente a partir de la segunda mitad del siglo XIX—, los sectores "liberales" de la clase dominante adjudicaron a la educación un papel fundamental en los procesos que denominaban de "integración nacional", y "civilización de las poblaciones bárbaras" (léase "europeización", aunque ya no hispana. Para los "liberales" latinoamericanos, "Europa" era Inglaterra en la economía y Francia en la cultura). Esto fue sobre todo visible en aquellos países en que, como Chile, Argentina, Uruguay (aunque no sólo en ellos, por supuesto), la clase dominante —compuesta particularmente por una burguesía terrateniente, y sectores comerciales urbanos ligados a la exportación— sustentaban un proyecto de integración a la economía internacional en desarrollo, hegemonizada en ese período por Inglaterra. Este proyecto suponía una "modernización" de las estructuras institucionales, particularmente del Estado, el que iba a asumir las características formales del Estado liberal-democrático capitalista, y también una legitimización de aquella misma clase dominante, mediante la difusión (e imposición, bastante violenta en general) de un sistema de valores que quedó expresado en las Cartas Constitucionales de inspiración liberal y positivista.
- 5) La expansión de los aparatos educativos observada en las primeras décadas del presente siglo, debe imputarse a la acción de la pequeña burguesía y capas medias urbanas —que a menudo arrastraron tras de sí al proletariado y otros sectores populares—, que se expresó sobre todo a través de los llamados Partidos Radicales y no a exigencias nuevas a "demandas objetivas" del aparato productor⁽⁵⁶⁾. Esta expansión, desde cierto punto de vista, puede ser calificada como un proceso de "democratización" relativa (si entendemos por

(55) Por supuesto que esto no significa que las características infraestructurales no constituyan un factor explicativo de las que asume el funcionamiento de la Escuela. La posibilidad de mantener fuera del alcance de los servicios educativos a una gran masa de población sólo se hace explicable si apelamos al hecho que, dadas las características del desarrollo del capitalismo dependiente, la fuerza de trabajo es sometida a un proceso de super-explotación, por un lado, y por otro, no cuenta como elemento fundamental para la realización de la plusvalía generada por una producción dirigida fundamentalmente a un mercado externo. (Sobre el particular véase Ruy Mauro Marini, *Dialéctica de la Dependencia*, Santiago, CESO, 1972; mimeo).

(56) A estos movimientos puede vincularse también la llamada Reforma Universitaria que, comenzada en la ciudad de Córdoba en 1918, se extendió a toda América Latina. Véase la colección de ensayos recopilados por A. Ciria y H. Sanguinetti, *Los Reformistas*, Bs. As., Jorge Alvarez, 1968.

ésta, el acceso de nuevos sectores al Aparato Escolar, esto es, en cuanto organización pedagógica, contenidos de la educación, etc.).

- 6) El proceso de industrialización iniciado, o acelerado según los países, luego de la gran depresión mundial de 1929, planteó, es verdad, algunas exigencias nuevas a los Aparatos Educativos montados a fines del siglo anterior. Nuevamente, sin embargo, éstos pudieron dar respuesta a exigencias mayores que aquellas que suscitaban su creación, mediante algunos "ajustes" o "agregados"⁽⁵⁷⁾. En este mismo período, es el reformismo "populista" el que llevará más lejos la expansión de la Escuela (que se convertirá en un importante instrumento de manipulación del proletariado y otros sectores populares, junto con una política "asistencialista" y la utilización de otro de los importantes Aparatos Ideológicos de Estado de la sociedad actual: el Sindicato) y que desarrollará expectativas con respecto a la misma, que se traducirán en un crecimiento cada vez más rápido de la matrícula (particularmente media y superior), que pronto habría de mostrarse desproporcionada en relación a las posibilidades ocupacionales que ofrecían los mercados nacionales de trabajo (a pesar de la industrialización y la expansión de la burocracia pública y privada)⁽⁵⁸⁾.
- 7) Desde mediados de la década de los 50, se observa un punto de inflexión en la historia del desarrollo del capitalismo dependiente en América Latina. Las condiciones generadas por lo que se ha llamado "el nuevo carácter de la dependencia"⁽⁵⁹⁾ se acentúan y profundizan. La inversión extranjera directa en el sector industrial conduce al predominio de la gran empresa monopólica (con el consecuente uso de técnicas de producción que suponen una modificación en la composición orgánica del capital a favor del capital fijo) y a la práctica liquidación del efímero dominio de las "burguesías nacionales" y su proyecto de capitalismo autónomo. Con esto, por un lado, se acentúa la tradicional *super-explotación*⁽⁶⁰⁾ de la fuerza de trabajo (lo que dificulta o impide por completo continuar con la manipulación de los sectores populares instaurada por el "bonapartismo populista", en tanto ésta supone, al menos en un cierto grado, una mayor participación de los sectores populares en el producto), y, por otro, se genera una exigencia de racionalización de las funciones (tanto públicas como privadas), complementarias a la producción. Y esto, —lo que constituye sin duda un rasgo peculiar en el desarrollo del capitalismo dependiente— sin que se eliminen completamente las condiciones del desarrollo anterior, sin que desaparezca ni sea suplantada por completo la economía "primario-exportadora" (sobre la que descansó de manera exclusiva el desarrollo latinoamericano durante largas décadas), creando así condiciones sociales y políticas muy singulares que tienen expresión específica en los Aparatos Educativos.
- 8) La Escuela en América Latina conservó a pesar de las reformas —ya lo observé

(57) Para estos aspectos puede consultarse mi ensayo *Educación y Cambio Social*, Santiago, CESO, 1968; aunque las interpretaciones y el lenguaje de este trabajo están aún impregnados de un fuerte sabor "cepalino".

(58) Para un estudio comparativo de las diferencias entre el desarrollo de los aparatos educativos en Europa Occidental y en América Latina, remitiré al lector a dos trabajos recientes: A. Solarí, "Algunas paradojas del desarrollo de la educación en América Latina", *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales*, junio-diciembre de 1971, pp. 87/102. Germán Rama, "Educación media y estructura social en América Latina", en *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales*, No 3 (junio 1972), pp. 95-142.

(59) Theotônio Dos Santos, *El nuevo carácter de la dependencia*, Santiago, CESO, 1968; del mismo autor, *Dependencia y cambio social*, Santiago, CESO, 1971.

(60) Para el concepto de superexplotación, cfr. Ruy Mauro Marini, *Subdesarrollo y Revolución*, México, Siglo XXI, 1969.

al pasar— un carácter fuertemente “tradicional”. Su estructura general y el tipo de estudios, el modo de reclutamiento de su personal (verdadero “estamento” social, particularmente si nos referimos a la Universidad) venían a mostrar ahora su “disfuncionalidad” en relación a los nuevos requerimientos. De todos los sectores —empresarios, tecnócratas, y aún estudiantes y padres de familia—, se cuestiona el predominio de las carreras jurídicas o “humanistas” en relación a las científicas o técnicas. Amplios movimientos de reforma —de “modernización”— se encaran, sea por la vía autoritaria (Brasil), sea involucrados en un proyecto burgués-liberal-desarrollista (como el expresado por el gobierno demócratacristiano en Chile) (61). La tarea no es simple; los sectores más tradicionales de las clases dominantes resisten —como ocurre también en otros órdenes de la economía y la sociedad— y a veces es preciso pactar con ellos frente al enemigo común (el proletariado) que cobra rápidamente conciencia de su condición social de superexplotado. De este modo se realiza un proceso de reforma y modernización, contradictorio, ambiguo, ecléctico que no hace sino sumar nuevas contradicciones a las tradicionales.

9) Sintetizo:

Los Aparatos Educativos en casi todos los países latinoamericanos están sometidos a reformas *modernizantes*, más o menos importantes, que tienden a ajustar su “producto” a las nuevas demandas derivadas de la modernización del capitalismo dependiente. Por otro lado, deben responder a la “demanda” —social esta vez— de grupos crecientes que aspiran a incorporarse y que van haciendo cada vez más utópico operar con el sistema de “*númerum clasum*”.

10) En esta medida, vamos viendo aparecer en América Latina, con creciente rapidez, aquella contradicción entre “oferta” de la Escuela y “demanda” del mercado de trabajo, que es típica de todas las sociedades capitalistas. Pero esta contradicción se halla envuelta en condiciones y contradicciones secundarias, que agravan la situación. Es difícil que la “solución” apuntada más arriba, esto es, convertir al sistema educativo en un lugar de “parking” de la juventud, sea viable en países de lento y trabajoso desarrollo cuyas posibilidades de “invertir” en educación, han llegado en general al límite. Por ello, aquí, el tradicional malestar por las condiciones materiales en que la labor educativa se lleva a cabo, crece rápidamente en directa proporción al aumento de la matrícula.

11) Pero hay más, estas contradicciones aparecen y se agravan y profundizan cuando aún no se han resuelto aquellas derivadas de la falta de acceso a la Escuela, aun en sus niveles más bajos. Mientras, por un lado, aumenta la oferta de individuos capacitados que saturan el mercado con la consecuente desvalorización de su mano de obra y el envilecimiento del “título” (62) como medio de promoción social, por otro, los analfabetos, si disminuyen su participación porcentual en la población, en cambio su número absoluto aumenta a través de las últimas décadas.

Así, no sólo para el proletariado y el campesinado, la Escuela ya no es una “solución”; la pequeña burguesía, amenazada por una proletarianización creciente como consecuencia de la acentuación del carácter monopólico del capitalismo dependiente, y vastos sectores de las capas medias, van dejando de lado las esperanzas de lograr una “promoción” a través del aparato escolar.

12) Por último —y ya en el plano más estrictamente ideológico y cultural— el viejo

(61) Véase Tomás A. Vasconi e Inés Reca, *Modernización y Crisis en la Universidad Latinoamericana*, Santiago, CESO, 1971.

(62) Véase A. Solari, op. cit.

“humanismo” de la Escuela europeizante ha entrado definitivamente en crisis sin que el positivismo y el cientificismo, de procedencia norteamericana, hayan logrado el “consenso” necesario para ocupar su lugar. Y esto no es un mero resultado de la confrontación entre “tendencias ideológicas” sino que encuentra una base material en las condiciones en que se opera el proceso productivo, que aplica conocimientos científicos y tecnológicos desarrollados en el centro imperialista (63). La producción —o lo que en definitiva es lo mismo, las burguesías dependientes para satisfacer sus intereses— no necesita en general científicos o tecnólogos “locales”.

13) Así, de este modo, la transformación revolucionaria de la educación latinoamericana enfrenta una doble tarea: por un lado, profundizar y concluir las reformas democrático-burguesas y de liberación nacional, que las burguesías nativas ya no están en condiciones de llevar a cabo; por otra, liquidar las estructuras de la escuela capitalista dependiente e instaurar nuevas Normas de educación. Al proletariado, hegemonizando una alianza de clases populares, parece corresponder hoy, en América Latina, la responsabilidad de estas tareas.

IV. *Conclusiones*. Para concluir estas notas, quiero incluir algunas tesis que por una parte resumen aspectos ya apuntados en los párrafos anteriores y, por otra, intentan abrir nuevas perspectivas problemáticas:

Primera Tesis. En la sociedad capitalista la Escuela es un instrumento de dominación de la burguesía. La Escuela es un Aparato Ideológico de Estado.

Segunda Tesis. La función fundamental de la Escuela —como Aparato Ideológico de Estado— es contribuir a la reproducción en el tiempo de la sociedad capitalista o, lo que es lo mismo, de las relaciones de explotación sobre las que ésta descansa.

Tercera Tesis. La Escuela capitalista no es simplemente una “máquina bien aceitada” que funciona perfectamente para mayor beneficio de la burguesía. Es también el lugar de múltiples contradicciones que no son sino efectos localizados —y por tanto específicos— de la contradicción entre el proletariado y la burguesía.

Cuarta Tesis. En la Escuela Capitalista, los cuadros docentes —más allá de sus propósitos individuales— operan como agentes ideológicos de la burguesía. Pero a nivel de conciencia —o, subjetivamente, si se prefiere la expresión— reproducen (“viven”) las contradicciones objetivas de la Escuela capitalista.

Quinta Tesis. Los estudiantes, inmersos en el sistema creado por la Escuela capitalista, expresan —en la sociedad contemporánea— de la manera más viva, las contradicciones del sistema.

Sexta Tesis. No es posible *reformular* la Escuela capitalista para utilizarla en una sociedad socialista. El período de transición constituye así un período de destrucción del Aparato Escolar —como Aparato Ideológico de Estado— y de tránsito hacia formas orgánicas superiores.

Una tarea fundamental, que nos impone el futuro, es desarrollar y profundizar en estas dimensiones problemáticas, como forma de contribuir, en un ámbito que si bien limitado resulta altamente significativo, a la superación de la sociedad burguesa y las formas institucionales en que su desarrollo ha cristalizado.

(63) Si el cientificismo tuvo una breve vigencia hacia fines de los años 50, sus crisis se acentúan y sus portadores más conspicuos de ayer son hoy sus más acerbos críticos. Véase, como ejemplo, O. Varsausky, *Ciencia, Política y Cientificismo*, Bs. As., Centro Editor de América Latina, 1969. (cfr.), también A. O. Herrera, *Ciencia y Política en América Latina*, México, Siglo XXI, 1971; también las discusiones publicadas en *Ciencia Nueva*, Revista de Ciencia y Tecnología, editada en Bs. As.

AGAINST THE SCHOOL

The author begins by criticizing the bourgeois and petty-bourgeois ideologies of education, utilizing as an object of analysis the most frequently offered definitions of the school and its functions. He demonstrates that the school (the Educational Apparatus) is a creation of the bourgeois and its development, which, in Capitalist society fulfills the function of Ideological Apparatus of the State. He proceeds to analyze the contradictions that appear within the Educational Apparatus, to conclude that the revolutionary supersession of capitalist society also supposes the destruction of the School Apparatus. The article concludes with a brief reference to Latin America, and a series of propositions for continuing and deepening the theoretical investigation of the theme.

MARCO AURELIO GARCIA

APARATOS IDEOLOGICOS DE ESTADO:

TRANSICION Y REVOLUCION

La problemática de los Aparatos Ideológicos de Estado se transformó en uno de los temas centrales de discusión entre investigadores y científicos sociales en los dos últimos años. Apenas surgen las "Notas para una investigación", de Althusser ⁽¹⁾, se multiplican los comentarios y críticas del concepto ⁽²⁾, los análisis concretos fundados en las indicaciones generales contenidas en el estudio, la utilización de la expresión en la actividad política ⁽³⁾.

El hecho indica algo más que una simple moda.

(1) Louis Althusser, "Idéologie et Appareils Idéologiques d'Etat", *La Pensée*, N° 151, jun, 1970.

(2) Antes y después del artículo publicado en *La Pensée* se pueden mencionar los estudios de Bordieu-Passeron sobre el sistema educativo, el libro de Establiet-Baudelot, *L'école Capitaliste en France*, París, Francois Maspero, 1972, innumerables artículos publicados en revistas como *Les Temps Modernes*, *La Pensée*, *Crítica Marxista*, etc. En Chile esta problemática fue tratada particularmente por Tomás Vasconi a través de investigaciones acerca de la Universidad. Véase, entre otros, Tomás Vasconi e Inés Reca, *Modernización y Crisis en la Universidad Latinoamericana*, Santiago, CESO, 1971. Véase también Guillermo Labarca, *Aparato educacional ideología y superestructura*, Santiago, CESO, 1972.

(3) Las asambleas y reuniones estudiantiles en la reciente crisis que atravesó la Universidad de Chile no son el único ejemplo, aunque son significativas.

En efecto, se trata no sólo de hacer progresar la teoría marxista de la "superestructura", sino que de desarrollar una temática cuya incidencia en la práctica política es significativa.

Fue fundamentalmente la percepción de este último aspecto de la cuestión la que nos llevó a elaborar estas notas acerca del problema. Al llamar la atención hacia su carácter precario, más que cumplir con un ritual de modestia intelectual, nos interesa apuntar los límites reales y las intenciones específicas de las observaciones que siguen, que son las de constituirse básicamente en un elemento de problematización de algunos temas que aparecen en forma no sistemática en la discusión política.

Creemos que esta intención se ve facilitada al vincular el estudio de los Aparatos Ideológicos de Estado a la problemática del cambio político.

En América Latina, los temas de la transición y de la revolución hace mucho tiempo que dejaron el lejano horizonte del discurso ideológico para presentarse con toda la fuerza de una cuestión "candente" en los días que vivimos. Es sumamente provechoso, pues, ampliar su discusión a través de algunas indicaciones generales en torno al rol que juegan en esos dos momentos históricos los Aparatos Ideológicos de Estado, estableciendo así su vinculación con el proceso de lucha de clases. En Chile, particularmente, es evidente la dimensión práctica de los temas en discusión y esto de "per se" justificaría nuestras notas.

Antecedentes del concepto

El estudio de la problemática de los Aparatos Ideológicos de Estado sufre el retraso que caracteriza toda la investigación marxista sobre aspectos superestructurales de las sociedades.

La producción del concepto por Althusser (4) no se da "ex nihilo"; no es difícil ubicar en innumerables párrafos de la obra de Marx elementos capaces de constituir su soporte teórico.

Lo mismo se puede decir respecto a Lenin, aunque en el caso de su obra la incidencia de la temática se dé más bien bajo la forma de análisis concretos, de textos políticos, programas o proyectos de programas, etc.

Bastaría recordar el lugar que ocupan en los escritos posteriores a 1917 las cuestiones referentes a la educación, la cultura, y los sindicatos en el período de construcción de la sociedad socialista o su concepción del Partido como "guía ideológico" de la revolución. (5).

Otra fuente significativa para la problemática de los Aparatos Ideológicos de Estado es la obra de Antonio Gramsci.

Los innumerables *Cuadernos de la Cárcel*, en los cuales figura lo más relevante de su obra, están llenos de sugerencias respecto a las relaciones que mantienen entre sí la base material de una sociedad y sus distintas formas superestructurales (véase el concepto de *bloque histórico*), particularmente la ideología, la religión y la Iglesia, los partidos, los sindicatos, etc.

Será con las "Notas" de Althusser, sin embargo, que la temática ganará más especificidad teórica. La importancia del texto está dada por el hecho de que éste constituye un primer esfuerzo de sistematización del problema, aunque marcado por un carácter todavía abstracto y formal (6).

(4) Althusser, op. cit.

(5) V. I. Lenin "Actitud del Partido Obrero ante la religión", en *La Ideología y la Cultura Socialista*, Edit. Progreso, Moscú, p. 61.

(6) Véase a este respecto la crítica de Nicos Poulantzas en *Fascisme et Dictature*, Paris, Francois Maspero, 1970, pp. 329 y ss.

La cuestión de los Aparatos Ideológicos de Estado, ahí sistematizada, ya había surgido prácticamente antes en Europa y continuaría desarrollándose teniendo como temas centrales, por una parte, el análisis del sistema educacional capitalista (7) y, por otra, la Revolución Cultural China (8).

El primer problema refleja la emergencia del movimiento estudiantil en Europa en los últimos años de la última década, y, en forma especial, los acontecimientos de mayo de 1968 en Francia.

En este episodio, se hace claro el lugar del aparato educativo en la mantención y reproducción del sistema de dominación capitalista y la posibilidad de que este sistema en su conjunto se pueda hundir en una crisis profunda y general a partir de una crisis aguda, circunscrita inicialmente a un Aparato Ideológico de Estado, como la Universidad.

La Universidad aparece como "el eslabón más débil" del sistema y el movimiento estudiantil como el "detonador" de un proceso de crisis.

El hecho de que esta crisis del capitalismo francés no haya sido resuelta favorablemente en favor del proletariado será fundamentalmente el resultado de las debilidades de su conducción política —vale decir, de la inexistencia de un partido capaz de vanguardizarlo— y del hecho de que ningún otro sector de la sociedad, incluyendo aquí este protagonista transitorio que fue el movimiento estudiantil, pudiera llenar el vacío producido por la ausencia de una clase obrera conducida revolucionariamente (9).

En la Revolución Cultural China, a su vez, una parte de la "intelligencia" europea de izquierda va a encontrar el acontecimiento histórico capaz de sugerir nuevos planteamientos con referencia a las cuestiones concernientes a la transición al socialismo y al rol de los Aparatos Ideológicos de Estado en este proceso. El enfoque será desigual, oscilando entre análisis serios y rigurosos y la apología fácil, consecuencia de una lectura apresurada de un proceso histórico sumamente complejo y de la mistificación de ciertos temas, como resultado directo de los límites políticos del movimiento y de la incapacidad de amplios sectores en captarlos.

Planteando temas más bien "ideológicos" que políticos, la Revolución Cultural no permitía un verdadero "ajuste de cuentas" con la herencia de 50 años de un socialismo que esta misma intelectualidad había justificado hasta el día en que vio "el Dios desnudo".

Ideología y Aparatos Ideológicos de Estado

La problemática de los Aparatos Ideológicos de Estado emerge ligada a los estudios más generales hechos por Althusser y Poulantzas acerca de la instancia ideológica, de su autonomía relativa en el todo social articulado y de su eficacia específica como consecuencia de esta autonomía relativa. No nos parece necesario volver a dichos planteamientos, ampliamente desarrollados en diversos textos (10).

(7) Los estudios ya mencionados de Bourdieu-Passeron, por ejemplo.

(8) Para citar solamente lo que se conoce en castellano, bastaría mencionar K. H. Fann, *La revolución cultural china*, México, Edit. Era, 1970, y Enrica Colliotti Pischel, *La revolución cultural china*, Bs. As., Cuadernos de Pasado y Presente, 1971.

(9) A este respecto véase el excelente análisis de Daniel Bensaid y Henri Weber, *Mai, 1968, Répétition Générale*, Paris, Francois Maspero, 1968.

(10) Véase, entre otras referencias, Louis Althusser, "Práctica teórica y lucha ideológica", en *La filosofía como arma de la revolución*, pp. 21-73, Córdoba, Cuadernos de Pasado y Presente, 1968; Louis Althusser y otros, *Polémica sobre marxismo y humanismo*, México, Siglo XXI, 1969; Nicos Poulantzas, *Pouvoir Politique et Classes Sociales*, pp. 210-243, Paris, Francois Maspero, 1968.

Sería conveniente, sin embargo, subrayar el hecho que la cuestión de la eficacia específica de la instancia ideológica en la sociedad capitalista aparece frecuentemente —al nivel del discurso althusseriano— unilateralizada. Partiendo correctamente del planteamiento de Marx según el cual la ideología dominante es la ideología de la clase dominante y de las observaciones de Gramsci acerca del rol de cohesión (“cemento”) que cumple la ideología en la sociedad, Althusser casi reduce la instancia ideológica a la ideología dominante, sin apuntar con el debido énfasis el papel que cabe a las tendencias ideológicas antagónicas que se desarrollan en el seno de la sociedad, como resultado de la práctica histórica de las clases dominadas, más particularmente del proletariado, en el caso de la sociedad capitalista. Estas limitaciones tienen un trasfondo más amplio, reflejando, a la vez, las dificultades teóricas que enfrenta Althusser para solucionar los intrincados problemas concernientes a las relaciones entre “estructuras” y “prácticas”, y las cuestiones más directamente relacionadas con la “práctica política”. Es evidente, por otra parte, que ésta tiene mucho que ver con los límites de su horizonte político personal. Aunque el mismo Althusser se haya percatado del problema en general ⁽¹¹⁾, lo cierto es que la cuestión no fue efectivamente resuelta por él. Sin embargo, esto no disminuye la enorme significación teórica de sus planteamientos ⁽¹²⁾.

Es la necesidad de pensar la eficacia específica de la instancia ideológica bajo la perspectiva de la lucha de clases que nos hace estar de acuerdo con Ipola ⁽¹³⁾ al expresar que “las ideologías (de las clases) dominantes tienden efectivamente a asegurar la cohesión de la formación social, procurando garantizar en su nivel propio, la reproducción de las relaciones de dominación existentes. A esta tendencia objetiva se oponen las ideologías revolucionarias, cuyo objetivo es la subversión, en su nivel propio, de dichas relaciones de dominación”.

Al enfrentar la cuestión de los Aparatos Ideológicos de Estado, Althusser no sólo avanza sobre sus propias posiciones en el sentido de mostrar que la instancia ideológica refleja concretamente el nivel alcanzado por la lucha de clases en una sociedad, sino que insiste en el hecho de que la dominación ideológica no puede hacerse efectiva sin la existencia de aparatos que la realicen ⁽¹⁴⁾.

(11) Aquí nos estamos refiriendo a textos como el prólogo a la edición brasileña de Pour Marx, Zahar Editores, Río, al prólogo a la edición española de Para leer El Capital, Siglo XXI, México y en cierta medida la presentación de la sexta edición del libro de Marta Harnecker, Los conceptos elementales del materialismo histórico, pp. XI-XVI, México, Siglo XXI, 1971, además de correspondencia con marxistas italianos de la escuela Della Voipe.

(12) Es justo que se diga que en su artículo sobre los aparatos ideológicos de Estado, Althusser hace más presente la ligazón entre esta problemática y la lucha de clases. Véase op. cit. pp. 15 y ss., además de las observaciones muy pertinentes del post-scriptum.

(13) Véase Emilio de Ipola, Análisis de ideologías, notas de seminario, p. 8, Santiago, ELAS/FLACSO, 1971, mimeo.

(14) Efectivamente, el Estado y sus aparatos solamente tienen sentido desde el punto de vista de la lucha de clases asegurando la opresión de clase, y garantizando las condiciones de la explotación y de su reproducción. Pero no hay lucha de clases sin clases antagónicas. Quien habla en lucha de clases de la clase dominante está hablando en resistencia, revuelta y lucha de clases de la clase dominada.

“De ahí por qué los aparatos ideológicos de Estado no son la realización de la ideología en general, ni la realización sin conflictos de la ideología de la clase dominante. La ideología de la clase dominante no deviene ideología dominante por la gracia del cielo, ni por el simple hecho de la toma del poder del Estado. Es por la implantación de los aparatos ideológicos de Estado, en los cuales esta ideología se encuentra realizada y se realiza, que ella se hace dominante. Ahora bien, esta implantación no se hace sola, ella es más bien, el dominio de una lucha de clases muy dura e ininterrumpida: inicialmente en contra de las antiguas clases dominantes y sus posiciones en los antiguos y nuevos aparatos ideológicos de Estado, seguida contra la clase explotada”, Althusser, *Ideologie et Apparats...*, pp. 37-38.

A estos aparatos llamaré Aparatos Ideológicos de Estado, definidos en función de la forma específica y principal por la cual ejercen su papel en el sistema de dominación, vale decir a través de la *ideología*, a diferencia de los aparatos represivos del Estado cuyo elemento fundamental es la *violencia*. ⁽¹⁵⁾.

Althusser llamará Aparatos Ideológicos de Estado a “un cierto número de realidades que se presentan al observador superficial bajo formas de instituciones distintas y especializadas” ⁽¹⁶⁾ proponiendo “una lista empírica que exigirá naturalmente ser examinada en forma detallada, puesta a prueba, rectificada y rehecha”: Aparatos Ideológicos de Estado religioso (sistema de distintas Iglesias), escolar, familiar, jurídico, político (los partidos, p. ej.), sindical, de información, cultural, etc. ⁽¹⁷⁾.

Quedaría un último problema en esta breve presentación del concepto: el del estatuto de los Aparatos Ideológicos en tanto aparatos de Estado, una vez que en ellos se encuentran instituciones que, a primera vista, no pertenecen necesariamente al dominio “público” sino que al dominio “privado”. Ya Gramsci llamó la atención hacia la precariedad de esta división entre “público” y “privado” ⁽¹⁸⁾, insistiendo Poulantzas en la misma dirección al caracterizar la distinción como puramente jurídica ⁽¹⁹⁾, sin menospreciarla, dado que la ubicación de un aparato ideológico de Estado en uno u otro de estos dominios jurídicos, incide directamente en su mayor o menor grado de autonomía relativa y por ende en su mayor o menor capacidad de permeabilidad frente a las ideologías dominadas.

Este último problema es de capital importancia para la comprensión de la problemática del cambio sociopolítico en la medida en que introduce teórica y prácticamente la cuestión de la vulnerabilidad de un sistema de dominación dado —sea en una coyuntura revolucionaria, sea en una etapa de transición al comunismo— a partir de una parte del aparato de Estado, que puede estar, incluso, bajo control, aunque transitorio, de una clase o fracción de clase no integrante del bloque social que tiene el poder político.

Además, la pertenencia de los Aparatos Ideológicos de Estado aunque mediatizada por su relativa autonomía del aparato de Estado en sentido amplio, los hace blanco de la lucha de clases en su dimensión política, que tiene como objeto la coyuntura y como objetivo el poder que integra ⁽²⁰⁾.

Los Aparatos Ideológicos de Estado en la transición al comunismo

La discusión del tema no puede empezar sin la previa aclaración de un problema: ¿cuál es la especificidad histórica de este período que caracterizamos como de “transición al comunismo”?

En los días que corren, bajo el título general de *transición al socialismo*

(15) Poulantzas llama la atención, a nuestro juicio correctamente, hacia el hecho de que el aparato de Estado no puede ser comprendido como el resultado de la suma del aparato represivo y del aparato ideológico. Al criticar a Althusser por desconocer teóricamente las funciones específicamente económicas del Estado capitalista, Poulantzas apunta a lo que nos parece fundamental, cual es la necesidad de enfocar el aparato de Estado como un todo complejo que articula los distintos aparatos. Todo articulado, agregaríamos, en el cual el aspecto represivo juega el rol dominante. Véase *Fascisme et Dictature*, pp. 332-333.

(16) Althusser, *Ideologie et Apparats...*, p. 13.

(17) *Ibid.*

(18) “Pero qué significa esto, sino que por “Estado” se debe entender además del aparato de Gobierno, también el aparato “privado” de hegemonía o “sociedad civil”. Antonio Gramsci, *Note sul Machiavelli sulla politica e sullo stato moderno*, p. 130, Torino, Giulio Einaudi Editore, 1966.

(19) Nicos Poulantzas, *Fascisme et Dictature*, p. 334.

(20) Nicos Poulantzas, *Pouvoir Politique et Classes Sociales*, p. 97.

o al comunismo se desarrolla una amplia literatura que tiene como objeto el estudio de coyunturas históricas concretas que, a nuestro juicio, no pueden ser, teórica ni políticamente asimiladas unas a las otras. Empleando un método de relativización teórica, no sin un claro trasfondo político, se pretende muchas veces examinar bajo la misma óptica procesos de cambios socio-políticos cualitativamente distintos como los de URSS, China y Cuba, por una parte, y los de Egipto, India y Chile, por otra, para solamente citar algunos ejemplos.

Intentemos enfrentar este problema.

Llamaremos *transición al comunismo* al período histórico que se inicia con la toma del poder político por el proletariado —acto que conlleva la destrucción del antiguo aparato de Estado y su reemplazo por un nuevo y particular tipo de Estado—, que termina con la “extinción” (Engels) de este nuevo tipo de Estado, como consecuencia de la desaparición de la sociedad de clases que lo justificaba.

Planteado de esta forma el problema, queda claro que el aspecto principal de la transformación que da origen al proceso de transición está en la instancia política, sin que esto implique desconocer el carácter necesario de las transformaciones al nivel de la estructura económica, particularmente la instauración creciente de nuevas relaciones de producción.

Sin embargo, la construcción de una nueva economía y, especialmente, el establecimiento de nuevas relaciones de producción, serán fundamentalmente el resultado de las políticas impuestas por la clase que está en el poder a través del Estado y del Partido. (Posibilidad de “transformación de la Economía Política en Política Económica”, Lenin).

De ahí que la *transición al comunismo* tenga como elemento central de diferenciación, respecto a otros procesos históricos, la cuestión de la naturaleza del poder político.

Lenin ya llamaba la atención sobre este punto en 1917 al afirmar: “El problema clave de toda revolución es, indudablemente, el problema del poder estatal. Qué clase tiene el poder; eso dice todo” (21).

Lo mismo piensa Bettelheim, al subrayar que “si el nuevo aparato de Estado es semejante, en lo esencial, al antiguo aparato, él asegurará la reproducción de las mismas relaciones sociales” (22).

Ahora bien, este nuevo tipo de poder político que emerge, la *Dictadura del Proletariado*, ocupa un lugar tan central en el período de transición al comunismo que es frecuentemente asimilado a esta transición, pese al hecho que Marx establezca entre los dos aspectos una relación de *correspondencia necesaria* (23) y no de identidad. La advertencia de Marx no elimina, ni mucho menos, la cuestión de que siempre que se trata de caracterizar la transición el énfasis es dado en lo político, como garantía de las transformaciones de la base económica (24).

Un último problema:

¿Por qué hablar de *transición al comunismo*?

(21) V.I. Lenin, *Uno de los problemas fundamentales de la Revolución*, Obras Completas, vol. XXVI, p. 449, Bs. As., Edit. Cartago, 1970.

(22) Charles Bettelheim y Paul Sweezy, “Dictature du Proletariat, Classes Sociales et Idéologie Proletarienne”, pp. 1764-1765, *Les Temps Modernes*, N° 297, París, abril, 1971.

(23) “Entre la sociedad capitalista y la sociedad socialista media el período de la transformación revolucionaria de la primera en la segunda. A este período corresponde también un período de transición, cuyo Estado no puede ser otro que la dictadura revolucionaria del proletariado”, Carlos Marx, *Crítica del Programa de Gotha*, Obras Escogidas, vol. II, p. 25, Moscú, Edit. Progreso (el subrayado es nuestro).

(24) En Lenin este tema es ampliamente tratado en varios textos. Véase, particularmente, *El Estado y la Revolución*, Obras Completas, vol. XXVII, Bs. As., Edit. Cartago, 1971 y *La Revolución Proletaria y el renegado Kautsky*, Obras Escogidas, vol. III, Moscú, Edit. Progreso.

Hay que reconocer que el uso indiferenciado por algunos autores de las expresiones de *transición al socialismo* o *transición al comunismo*, corresponde al precario desarrollo del estudio de la diferencia específica de los conceptos de socialismo y de comunismo.

Lenin, por ejemplo, pese al hecho de hablar casi siempre de *transición al comunismo*, al enfrentar el problema de esta distinción, prefiere hablar de “primera fase” y de “fase superior” del comunismo (25). El planteamiento queda, sin embargo, al nivel descriptivo.

Si adoptamos la expresión *transición al comunismo* es porque con esto a) apuntamos hacia el objetivo final del proceso y su carácter ininterrumpido y b) enfatizamos la hegemonía del nivel político en el período, expresada en sus límites históricos: por una parte, la dictadura de la burguesía y, por otra, la desaparición de las clases y con ellas del instrumento a través del cual una de ellas ejercía su dominación sobre las otras, vale decir, el aparato de Estado (en el caso de la Dictadura del Proletariado).

La relevancia dada a la instancia política en el período de transición al comunismo explica la importancia que en él tendrán los Aparatos Ideológicos de Estado.

Elegimos dos aspectos del problema que nos parece apuntan hacia cuestiones neurálgicas: el problema de la continuidad y de la ruptura y el problema de la función y de la eficacia específica de los Aparatos Ideológicos de Estado.

La revolución proletaria siempre fue pensada por los marxistas en términos de *ruptura* con el orden anterior. Esta cuestión, más que tener dimensión teórica, presenta un significado político y siempre se constituyó en elemento importante en la lucha ideológica en contra del reformismo.

Es necesario, sin embargo, establecer los exactos términos de esta ruptura. Al plantear los problemas de la sociedad en transición al comunismo, Marx ya apuntó que “de lo que aquí se trata no es de una sociedad capitalista y que, por lo tanto, presenta todavía en todos sus aspectos, en el económico, en el moral y en el intelectual, el sello de la vieja sociedad de cuya entraña procede”. (26).

Esta cuestión general encuentra su dimensión histórica concreta en todos los procesos de transición al comunismo. Bastaría recordar el caso de las discusiones que marcaran los primeros años de existencia de Rusia Soviética. En lo económico, para no mencionar otros temas, el debate sobre la NEP y la polémica de los últimos años de la década del 20 acerca de la industrialización. En lo político, la cuestión del aprovechamiento de los técnicos del antiguo régimen y de los oficiales zaristas en el Ejército Rojo. En lo ideológico, y de forma especial en lo que concierne a los Aparatos Ideológicos de Estado, las cuestiones de la educación y de la Proletkult.

La presencia, no solamente en el planteamiento de Marx, sino que también en los ejemplos históricos referidos del “sello” de la antigua sociedad exige que se establezca un criterio para el examen del problema, so pena de no poderse dar una solución a la contradicción continuidad-ruptura.

La ruptura que la revolución proletaria representa y que se manifiesta de manera creciente en el período de la transición ocurre fundamentalmente —y esto lo apuntamos antes— en lo político. La revolución ahí significa el desalojo de una clase en el poder por otra, el quiebre de esta estructura de poder y la construcción de una nueva. Sin embargo, incluso este quiebre, que es fundamental, no se realiza de un solo golpe. El nuevo aparato de Estado no se puede constituir de una sola vez.

(25) V.I. Lenin, *El Estado y la Revolución*, op. cit., pp. 99 y ss.

(26) Karl Marx, *Crítica del Programa de Gotha*, p. 15.

El proletariado toma el poder e inmediatamente se ve forzado a destruir el aparato de Estado burgués. Sin embargo, son tocados apenas los elementos que aseguran centralmente la dominación de clase de la burguesía, en forma especial el aparato represivo. A estos pasos absolutamente necesarios —sin los cuales la revolución corre el riesgo de ser derrotada— se seguirán otras transformaciones, cuyo ritmo e intensidad serán determinados por una serie de complejos factores objetivos, y cuya iniciativa estará a cargo del Partido Revolucionario.

Centrémonos en las cuestiones de los Aparatos Ideológicos de Estado. En el poder, el proletariado se percata de la importancia de los Aparatos Ideológicos de Estado para afirmar su hegemonía y para eliminar por completo la influencia de la clase derribada y cerrar el camino de la restauración.

La lucha de clases no termina una vez que el proletariado está en el poder. Internamente ella asume fundamentalmente la forma de lucha ideológica (Mao) y los Aparatos Ideológicos de Estado, como lugar de esta lucha, pasan a jugar un rol decisivo.

La actitud del proletariado con respecto a los Aparatos Ideológicos de Estado no puede ser exactamente la misma adoptada frente al núcleo central del aparato del Estado. Poulantzas llama la atención hacia esto al afirmar que “los aparatos ideológicos no pueden ser quebrados” ni de la misma manera, ni al mismo tiempo que el aparato de Estado” (27). Esta proposición tiene una dimensión fundamentalmente táctica. En ninguna medida elimina el carácter absolutamente necesario de la tarea estratégica de destrucción de los antiguos aparatos ideológicos y de su reemplazo por otros.

Y no elimina ni mucho menos la necesidad de que el Partido Revolucionario se convierta en los Aparatos Ideológicos de Estado privilegiados, del período de la transición al comunismo, articulando todas las dimensiones particulares de la lucha de clases en sus distintos niveles y la lucha ideológica en sus distintos frentes, vale decir, en los distintos aparatos ideológicos heredados del “ancien régime”.

Es la existencia de estos Aparatos Ideológicos de Estado privilegiados —el Partido— que permite por otra parte, resolver la cuestión de la compatibilidad de la ruptura y de la continuidad que deben estar dialécticamente combinadas en un proceso revolucionario.

Toda esta herencia cultural e ideológica de las sociedades pasadas que es, en gran medida, el contenido que determina la forma de los Aparatos Ideológicos de Estado, puede ser rescatada por el proletariado (28).

Pero para “guardar esta herencia cultural de otra forma que los archivistas, es decir, para preservar lo vivo y lo productivo, es necesario someterla a un examen crítico a partir del punto de vista de la clase obrera”. (29). Ahora bien, quien mejor que el Partido de vanguardia de esta clase (“su guía ideológico”, según Lenin) está capacitado para este examen crítico “a partir del punto de vista de la clase obrera”, para determinar, pues, la naturaleza de la ruptura y los límites de la continuidad.

(27) Nicos Poulantzas, *Fascisme et Dictature*, p. 335.

(28) “La vieja escuela forjaba los dóciles criados que necesitaban los capitalistas, hacia de los hombres de ciencia personas obligadas a escribir y hablar al gusto de los capitalistas. Eso quiere decir que debemos quitarla de en medio. Pero si debemos suprimirla, destruirla, se deduce que no debemos saber distinguir lo que necesitaba el capitalismo y lo que necesitaba el comunismo”. V. I. Lenin, “Tareas de las Juventudes Comunistas”, en *La Ideología y la Cultura Socialistas*, Edit. Progreso, Moscú.

(29) Georges Cogniot, “Rupture et Continuité de la tradition Culturelle selon Lénine”, *La Pensée*, N° 150, París, abril, 1970, pp. 24-25.

Sin la sólida presencia del Partido en el período de la transición, tan o más importante que en los períodos que preceden a la toma del poder, los Aparatos Ideológicos de Estado no tienen función revolucionaria en la Dictadura del Proletariado. Quedan en manos de los enemigos de clase, que ahí buscan reunir fuerzas para derrotar el poder proletario (30) o se “neutralizan” políticamente dejando de jugar, al lado de la clase obrera, un rol en el proceso de lucha de clases permitiendo que la revolución sufra un proceso de autodestrucción, lo que las corrientes pro-chinas llaman restauración del capitalismo, pero que nos parece más correcto calificar como de degeneración burocrática, aunque reconociendo que las dos caracterizaciones se mantienen a un nivel descriptivo (31).

Se ve frustrada la tarea central de los Aparatos Ideológicos de Estado en la transición, como centros de difusión y elaboración de la ideología del proletariado, elemento fundamental para la cohesión de la nueva sociedad. (32).

El hecho que el proletariado no cuente con los Aparatos Ideológicos de Estado, especialmente que no disponga en toda su plenitud de este aparato privilegiado en la transición, que es el Partido revolucionario, puede provocar una hipertrofia de las otras formas a través de las cuales se ejerce su hegemonía de clase. Esto puede explicar en gran medida por qué el empleo de la represión en contra de las clases o fracciones de clase que fueron aliadas de la clase obrera en el proceso de toma del poder, coincide con los momentos de debilitamiento político del Partido.

Los Aparatos Ideológicos de Estado y la revolución

Los Aparatos Ideológicos de Estado, en tanto partes del aparato de Estado, integran el objetivo del proletariado en su lucha por el poder político. Ya vimos que, una vez victoriosa la revolución proletaria, el “quiebre” y reemplazo de los Aparatos Ideológicos de Estado burgueses por otros aparatos se operan según distintos ritmos. No solamente el aparato de Estado no será destruido al mismo tiempo y de la misma forma que los Aparatos Ideológicos de Estado, sino que cada aparato ideológico sufrirá un tipo de acción distinta por parte del proletariado, ejercida, además, en momentos distintos.

El primer hecho se explica por la naturaleza específica de cada uno de los aparatos, que configuran formas de dominación distintas: dominación por la violencia y dominación por la ideología. El aparato de Estado (su núcleo central) es más homogéneo, reflejando claramente los intereses históricos del bloque de clases dominante o de una fracción de la clase dominante. Esta heterogeneidad y el hecho que funcione básicamente “por la ideología”, lo hace más “permeable” a las posiciones de las ideologías revolucionarias en la sociedad capitalista.

(30) Sobre el problema véanse las referencias del Che respecto a las relaciones entre la Universidad y la Revolución Cubana en sus primeros años de vida en “Reforma Universitaria y Revolución”, “Que la Universidad se pinte de negro, de mulato, de obrero, de campesino” y “El papel de la Universidad en el desarrollo económico de Cuba”, Ernesto Che Guevara, *Obras 1957 - 1967, II: La Transformación Política, Económica y Social*, París, François Maspero, 1970.

(31) Sobre la primera posición, además de los documentos oficiales chinos, véanse los escritos recientes de Bettelheim y del grupo II Manifiesto, en Italia, y, como texto muy significativo, el anexo 2. (La restauración del capitalismo en URSS y la revolución cultural china) Mahmoud Hussein, *La lutte de classes en Egypte*, pp. 369 y ss., París, François Maspero, 1971. Sobre la segunda posición son textos relevantes entre otros, los de León Trotsky, *La Révolution Trahnie*, en *De la Révolution*, París, Les Editions de Minuit, 1963 y Ernest Mandel, *La Burocracia*, Santiago, Ediciones Carlos Mariátegui, 1972.

(32) Un texto lleno de sugerencias, pese a su carácter “ideológico”, es el de Ernesto Che Guevara, “El socialismo y el hombre en Cuba”, pp. 367 y ss., en *Obras*; II.

Heterogeneidad y permeabilidad a las posiciones de la clase antagónica, más que elementos para el análisis teórico de los Aparatos Ideológicos de Estado son puntos importantes para un estudio político de la dominación burguesa y de los caminos a seguir para eliminarla.

El hecho de que estos "lugares de la lucha de clases" —los Aparatos Ideológicos de Estado— sean más vulnerables a las posiciones del proletariado, asigna a los Aparatos Ideológicos de Estado un rol importante en la vía que lleva el proletariado al poder.

Eslabón importante del sistema de dominación, principalmente en las democracias burguesas más desarrolladas, donde el peso específico de la coerción ideológica es más grande, los Aparatos Ideológicos de Estado pueden transformarse en el eslabón más débil del sistema, punto de partida para la respuesta global y destrucción de la sociedad capitalista ⁽³³⁾.

Sin embargo, el aprovechamiento revolucionario de este eslabón significa trazar un plan de lucha específico para el frente, a su vez conectado con el plan global de transformación de la sociedad. A partir de ahí podemos comprender la exacta importancia y los exactos límites de las luchas sectoriales en el capitalismo, en nuestro ejemplo, las luchas circunscritas a los Aparatos Ideológicos de Estado. Es básico, pues, comprender las contradicciones específicas y el nivel particular que la lucha de clases puede alcanzar, articulada con las contradicciones fundamentales de una sociedad y la lucha de clases en sentido amplio.

Así como los Aparatos Ideológicos de Estado pueden ser instrumentos contrarrevolucionarios en el período de transición, en función de su autonomía relativa frente al aparato del Estado, ellos pueden ser importantes puntos de apoyo en la lucha del proletariado cuando éste no está todavía en el poder, como consecuencia de esta misma autonomía relativa.

El proletariado libra una batalla en múltiples frentes y conquista victorias parciales en el frente ideológico, las cuales pueden ser la señal que la clase, bajo la dirección de su partido, se desarrolló de tal forma que la toma del poder se avecina. Este es el momento crucial de una Revolución, cuando la clase obrera alcanza la hegemonía ideológica que Gramsci consideraba como pre-requisito para su asalto final al poder.

Emerge un "doble poder ideológico" que anticipa el *doble poder* al nivel de la sociedad global, situación transitoria cuyo resultado inmediato puede ser la victoria definitiva de la clase obrera.

En su lucha, el proletariado puede tener los Aparatos Ideológicos de Estado como "lugar" de una primera batalla en la fase final del asalto al poder, y puede ahí conseguir su primera victoria.

IDEOLOGICAL APPARATUSES

The author discusses the role of State Ideological Apparatuses in the revolutionary process and during the transition to comunism. He begins with a critical discourse about the concept starting from Althusser's position —as expressed in this essay *Ideologie et Appareils Ideologiques d'Etat*— focussing this attention on the problem of its specific application. He raises the transformation of the Ideological Apparatuses of the State so that they may become the domain where the class struggle takes place. By studying the Proletarian Revolution, he shows how the proletarian seizure of power may be preceded by ideological combat within the State Ideological Apparatuses.

(33) Véase el ya mencionado caso de Francia en 1968.

MICHAEL LOWY

OBJETIVIDAD Y PUNTO DE VISTA DE CLASE EN LAS CIENCIAS SOCIALES

"La verdad es siempre revolucionaria"

Antonio Gramsci

¿Es posible la objetividad en las ciencias sociales? ¿Se trata de una objetividad del mismo tipo que aquella de las ciencias naturales, como afirman los positivistas? ¿No es la ciencia social necesariamente "comprometida", es decir, ligada al punto de vista de una clase social? ¿Cómo conciliar este carácter partidario con el conocimiento objetivo de la verdad?

Estas cuestiones están, desde hace más de un siglo, en el centro del debate metodológico de la sociología, la historia, la economía política, la antropología, la ciencia política y de la epistemología. Intentaremos mostrar por qué solamente el marxismo es capaz de dar una solución radical y coherente a este problema (aún cuando sea necesario reconocer que los textos de los autores marxistas sólo nos ofrecen sus primeros elementos), solución cuya primera condición (de posibilidad) es la ruptura epistemológica total con el positivismo.

1. *El positivismo*

La idea central de la corriente positivista es de una simplicidad evangélica: en las ciencias sociales, como en las ciencias de la naturaleza, es necesario alejar los prejuicios y los presupuestos, separar los juicios de hecho de los juicios de valor,

la ciencia de la ideología. El objetivo del sociólogo o del historiador debe ser alcanzar la misma neutralidad serena, imparcial y objetiva del físico, del químico y del biólogo. Pasemos la palabra al augusto antepasado Auguste Comte:

"Entiendo por física social la ciencia que tiene por objeto propio el estudio de los fenómenos sociales, considerados con el mismo espíritu que los fenómenos astronómicos, físicos, químicos y fisiológicos; es decir, como sometidos a leyes naturales invariables, cuyo descubrimiento es el objetivo especial de sus investigaciones" (Comte, "Considerations philosophiques sur la science et les savants", en *Politique d'Auguste Comte*, Colin, París, p. 71) "Sin admirar ni maldecir los hechos políticos y viéndolos esencialmente, como en toda otra ciencia, en cuanto simples temas de investigación, la física social considera cada fenómeno bajo el doble punto de vista elemental de su armonía con los fenómenos coexistentes y su encadenamiento con el estado anterior..." (Comte, *Cours de Philosophie Positive*, Schleicher Frères Editeurs, París, 1908, Tomo IV, p. 214).

El positivismo comtiano se apoya, entonces, sobre dos premisas esenciales estrechamente ligadas:

- 1) La sociedad puede ser epistemológicamente asimilada a la naturaleza (lo que nosotros llamaremos el "naturalismo positivista"); en la vida social reina una armonía natural.
- 2) La sociedad está regida por leyes naturales, es decir, por leyes invariables, independientes de la voluntad y de la acción humana.

Resulta de estas premisas que el método en las ciencias sociales puede y debe ser el mismo que en las ciencias de la naturaleza, con los mismos procedimientos de investigación y, sobre todo, con el mismo carácter de observación "neutral", objetiva y alejada de los fenómenos.

Las consecuencias ideológicas conservadoras, reaccionarias y contrarrevolucionarias de este planteamiento son evidentes y además explícitamente formuladas por Comte, cuya franqueza no es uno de sus méritos menores. Dado que las leyes sociales son leyes naturales, la sociedad no puede ser transformada. Contra los sueños revolucionarios utópicos y negativos, el positivismo preconiza la aceptación pasiva del statu quo social:

"el positivismo tiende poderosamente, por su naturaleza, a consolidar el orden público por el desarrollo de una sabia resignación (...) Sólo como consecuencia de un profundo sentimiento de las leyes naturales que rigen los distintos géneros de fenómenos naturales, puede existir una verdadera resignación, es decir, disposición permanente para soportar con constancia y sin ninguna esperanza de compensación, los males inevitables. Esta disposición sólo se refiere a la filosofía positiva, a cualquier tema que ella examine y, por ende, también a los males políticos". (Comte, *Cours de Philosophie Positive*, Tomo IV, p. 100).

Este párrafo, verdadera joya del naturalismo positivista, es uno de los escasos momentos en que el discurso sociológico burgués se manifiesta en toda su pureza, en estado primitivo. A partir de él —tomándolo como referencia—, se puede captar mejor el verdadero sentido de la palabra "positivo" empleada por Comte para distinguir, o mejor para oponer su doctrina a las peligrosas teorías negativas, críticas, destructivas, disolventes, subversivas, en una palabra revolucionarias, de la filosofía de las luces de la Revolución Francesa y del socialismo. (Cif. Comte, *Discours sur l'esprit positif*, 10/18, p. 73).

DISCURSO SOBRE EL ESPIRITU POSITIVO

Durkheim, más que Comte, se convertirá en el verdadero inspirador teórico

de la sociología positivista moderna. Su naturalismo sociológico es de origen comtiano, como lo reconoce él explícitamente en *Las reglas del método sociológico*. "La primera y más fundamental regla es considerar los hechos sociales como cosas (...). Comte, es cierto, proclamó que los fenómenos sociales son hechos naturales sometidos a leyes naturales. Con esto implícitamente reconoció su carácter de cosas, pues sólo existen cosas en la naturaleza". (Durkheim, *Les règles de la méthode sociologique*, París, 1956, pp. 15/19).

Durkheim aplicará varias veces modelos de analogías naturalistas para "explicar" los fenómenos sociales, modelos que tienen un rol ideológico siempre conservador. Según Durkheim, por ejemplo, la sociedad es como el animal, un sistema de órganos distintos, cada uno con un rol especial". Algunos órganos sociales tienen una situación particular y si se quiere "privilegiada". Esta situación es completamente natural, funcional e inevitable: "ella se debe a la naturaleza del rol que él desempeña y no a causas extrañas a sus funciones". Este privilegio es, pues, un fenómeno absolutamente normal que encontramos en todo organismo vivo. "Es así que, en el animal, la preeminencia del sistema nervioso sobre los otros sistemas se reduce al derecho, si así puede decirse, de recibir un alimento más escogido y tener su porción antes que los otros". (Durkheim *La división du travail social*, PUF, París, 1960, pp. 157/58). En otros párrafos de Durkheim, se observa una fusión entre la analogía "organista" y el modelo social-darwinista de la "sobrevivencia de los más aptos en la lucha por la vida".

"Porque si nada traba o favorece indebidamente a los adversarios que se disputan las tareas, es inevitable que aquellos que son los más aptos para cada tipo de actividad la logren... Se dirá que no hay nunca suficiente para contentar a todos los hombres, que hay quienes desean siempre más que sus aptitudes. Es cierto, pero son casos excepcionales y se puede decir mórbidos (sic!). Normalmente, el hombre encuentra la felicidad al realizar su naturaleza, sus necesidades están en relación con sus medios. Es así, como en el organismo, cada órgano sólo exige una cantidad de alimento proporcional a su dignidad" (Durkheim, *La división du travail social*, pp. 369/70).

Como Comte, Durkheim estaba consciente del carácter profundamente reaccionario de su naturalismo sociológico y lo proclamaba con un orgullo un poco ingenuo en el prefacio de "Las reglas del método". "Nuestro método no tiene nada de revolucionario". (¡Es lo menos que se puede decir!, M.L.). Es, incluso en un cierto sentido, esencialmente conservador, ya que considera los hechos sociales como cosas cuya naturaleza, por flexible y maleable que sea, no es modificable a gusto (Durkheim, *Les règles de la méthode sociologique*, préface, p. VIII).

El discurso durkheimiano, como vemos, pasa fácilmente de la ley de la selva a las leyes naturales de la sociedad y de éstas a los organismos vivos.

Este asombroso vagabundeo de la investigación está basado en una presunción metodológica esencial: la homogeneidad epistemológica del terreno recorrido y, por ende, de las ciencias que lo estudian. Presunción que tiene como corolario la exigencia central y decisiva de todas las corrientes positivas: "que el sociólogo tenga el ánimo que tienen físicos, químicos, fisiólogos, cuando se lanzan en una región todavía inexplorada de su dominio científico" (Durkheim, *Les règles de la méthode sociologique*, préface, p. XIV).

¿Cómo puede el científico social "tener el estado de ánimo" del químico, si su objeto, la sociedad, es también el objeto de un debate político encarnizado entre concepciones del mundo opuestas?

La respuesta de Durkheim es de una ingenuidad que desarma, llena de "buena voluntad" positivista. "La sociología así entendida no será ni individualista, ni comunista, ni socialista, en el sentido que suele atribuirse a estas palabras. Por principio, ella ignorará estas teorías a las cuales no reconocerá valor científico dado

que ellas tienden directamente no a expresar los hechos, sino a reformarlos". En otros términos, el sociólogo debe "ignorar" los conflictos ideológicos, callar las pasiones y los prejuicios y "apartar sistemáticamente todas las prenociiones". (Ibid, pp. 140/144-31, subrayada por nosotros, M.L.).

Durkheim, como buen positivista, cree que los "prejuicios" y las "prenociiones" pueden ser "apartados" como uno aparta un par de anteojos oscuros para ver más claro. No comprende que estos prejuicios (es decir, las ideologías) son como el estrabismo y el daltonismo, parte integrante de la mirada, elemento constitutivo del punto de vista. El mismo Durkheim es, por lo demás, la prueba viva de que "la buena voluntad" y el ardiente deseo de su objetivo no son suficientes para callar los prejuicios (en su caso, conservadores y contrarrevolucionarios)...

El positivismo no es, de manera alguna, un fenómeno del siglo XIX. Corrientes visiblemente neopositivistas ejercen todavía hoy una influencia decisiva, si no hegemónica, sobre las ciencias sociales universitarias, académicas, "oficiales" e institucionalizadas, en especial en USA. Evidentemente, las formas han cambiado: el behaviorismo y el funcionalismo substituyeron la metafísica anticuada de Auguste Comte y el modelo cibernético substituye ventajosamente el organicismo biológico de Durkheim. Pero el principio fundamental se conserva. Georges A. Lundberg, autor de un manual de sociología moderna muy apreciado en USA, no vacila en escribir estas líneas que parecen directamente extraídas del *Curso de Filosofía Positiva*: "Considerando la sociología como una ciencia natural, estudiaremos la conducta social humana con el mismo espíritu objetivo que un biólogo estudia un nido de abejas, una colonia de termitas, la organización y el funcionamiento de un organismo vivo". (G. Lundberg, C. Silvy, O. Larsen, *Sociology*, N. York, 1954, p. 5. Cf. también B. Berelson, "Introduction to the behavioural sciences" in *The Behavioral Sciences Today*, N. York, p. 3, 1963: "El objetivo científico es de establecer generalizaciones sobre la conducta humana sostenidas por evidencias empíricas reunidas de manera impersonal y objetiva... El fin último es comprender, explicar y prever el comportamiento humano en el mismo sentido en que los científicos comprenden, explican y prevean el comportamiento de fuerzas físicas o de factores biológicos o, lo que está más cerca de nosotros, el comportamiento de bienes y precios en el mercado económico". Véase sobre este tema, la obra de I. Kon: *Der Positivismus in der Soziologie*, Akademie, Verlag, Berlín, 1968.

Es necesario añadir que la tesis positivista de la separación entre juicio de hecho y juicio de valor, de la objetividad gracias a la eliminación voluntaria de las "prenociiones", influyó la sociología mucho más allá de los límites de la corriente positivista en el sentido estricto. Basta con mencionar a Max Weber, difícilmente clasificable como un positivista, quien subrayara la especificidad de las "ciencias de la cultura" con relación a las ciencias naturales y quien, sin embargo, creía que la ciencia social podía y debía ser "sin presupuesto y posición" y "no valorativa" (*Wertfrei*). Según Weber, los conceptos de las ciencias sociales no deben ser "espadas para atacar al adversario", sino solamente "rejas de arado para medir el inmenso campo del pensamiento contemplativo, porque, cada vez que un hombre de ciencia hace intervenir su propio juicio, se acaba la comprensión integral de los hechos". (Max Weber, *Le savant et la politique*, Ed. 10/18, Paris, 1969, pp. 80/82). Es cierto que, en algunos escritos metodológicos, Weber reconoce que los valores del observador en las ciencias sociales desempeñan un cierto rol en la selección del objeto de la investigación científica, en la determinación de la problemática, de las cuestiones por plantear. Pero él hace notar que las respuestas aportadas, la propia investigación, el trabajo empírico del cientista, deben estar libres de cualquier valoración y sus resultados ser aceptables para todos. (Cf. Max Weber: "Die Objektivität Sozialwissenschaftlicher und Sozialpolitischer Erkenntnis" in *Gesammelte Aufsätze Zur Wissenschaftslehre*, Tübingen, feb. Mohr, 1922, pp. 170/184). ¡Cómo si

la opción en las cuestiones no impusiera, en gran medida, las mismas respuestas! Lucien Goldmann subraya, con razón, el carácter contradictorio de la posición de Weber, quien se sitúa a medio camino entre el desconocimiento del determinismo social del pensamiento sociológico por los positivistas y su aceptación integral por los marxistas. "Los elementos escogidos predeterminan obviamente el resultado del estudio, como los valores son los de una u otra clase social, aquello que un enfoque eliminará como no-esencial, puede ser muy importante en otro enfoque... En este punto, el pensamiento de Weber se revela insostenible". Lucien Goldmann, *Sciences Humaines et Philosophie*, Gonthies, Paris, 1966, p. 43. El análisis de Goldmann sobre el problema de la objetividad nos parece uno de los más importantes en toda la literatura marxista contemporánea.

El error fundamental del positivismo es, pues, la incomprensión de la especificidad metodológica de las ciencias sociales en relación a las ciencias naturales, especificidad cuyas causas principales son:

- 1) El carácter histórico de los fenómenos sociales, transitorios, perecederos, susceptibles de ser transformados por la acción del hombre.
- 2) La identidad parcial entre el sujeto y el objeto del conocimiento.
- 3) El hecho que los problemas sociales sean el dominio de concepciones antagónicas de distintas clases sociales.
- 4) Las implicaciones político-ideológicas de la teoría social: el conocimiento de la verdad puede tener consecuencias directas sobre la lucha de clases.

Estas razones (estrechamente ligadas entre ellas) hacen que el método de las ciencias sociales se distinga del método científico-naturalista, no solamente en el nivel de los modelos teóricos, de las técnicas de investigación y de los procedimientos de análisis, sino, también y sobre todo, en el nivel de la *relación con las clases sociales*.

Las visiones del mundo, las "ideologías" (en el sentido amplio de sistemas coherentes de ideas y valores) de las clases sociales, moldean de manera decisiva (directa o indirecta, consciente o inconscientemente) las ciencias sociales planteando así el problema de su objetividad en términos completamente distintos de aquellos de las ciencias de la naturaleza.

La realidad social, como toda realidad, es infinita. Toda ciencia implica una opción y, en las ciencias históricas, esta opción no es un producto del acaso, sino una relación orgánica con una cierta perspectiva global. Las visiones del mundo de las clases sociales condicionan, entonces, no solamente la última etapa de la investigación científica social: la interpretación de los hechos, la formulación de las teorías; sino que la opción misma del objeto de estudio, la definición de lo que es esencial y de lo que es accesorio, las cuestiones que se plantean a la realidad; en una palabra, la *problemática* de la investigación. Por ejemplo, la cuestión que plantea constantemente Durkheim en *La división du travail social*: ¿Cuáles son los factores que obstaculizan la libre concurrencia de los individuos en la lucha por la vida? no es absolutamente "inocente", sino que trae consigo la marca de hierro candente de la visión del mundo social-darwinista de la burguesía en la época del capitalismo competitivo. Independientemente de la "respuesta" encontrada por Durkheim, esta cuestión orientará su teoría sociológica en una cierta *dirección*, dándole un carácter necesariamente "tendencioso".

Dicho esto, es cierto que la distinción entre las ciencias naturales y sociales no debe ser absolutizada; ella es histórica y relativa.

Histórica, porque durante todo un período, las ciencias de la naturaleza han sido también el dominio de un combate ideológico. Desde el siglo XV hasta el XIX, las clases dominantes clérico-feudales combatieron a las ciencias de la naturaleza

que constituían un desafío a su sistema ideológico. La astronomía ha sido, durante siglos, el campo de una lucha de clases encarnizada, ideológica y a veces también política, y los hombres de ciencias han sido frecuentemente víctimas de la represión de los aparatos del Estado. (G. Bruno, Galileo, etc.). Ha sido sólo gracias a la supresión del modo de producción feudal y a la decadencia (o modernización) de su ideología que la ciencia natural se ha vuelto, progresivamente, un campo "neutral" desde un punto de vista ideológico. Sin embargo, incluso en el siglo XVI, la relación epistemológica entre la ciencia astronómica y las clases sociales no era del mismo tipo que aquella que encontramos en las ciencias sociales. Volveremos sobre esto.

Relativa, porque el grado de "compromiso ideológico" no es el mismo en todas las ciencias sociales (ni el de "neutralidad ideológica" en todas las ciencias naturales) y, en el interior de una misma ciencia, algunos problemas son mucho más "sensibles" que otros: la historia de la Revolución Francesa revela evidentemente más antagonismo con contenidos de clase que aquella de las guerras del Peloponeso...

Conclusión: Los positivistas insisten mucho en la heterogeneidad entre juicio de hecho y juicio de valor y en la necesidad lógica de su separación. Por otra parte, ellos subrayan, con razón, que no se puede nunca deducir un juicio valorativo de un juicio factual. Según la célebre fórmula de Poincaré: las premisas en el indicativo no tienen conclusión lógica en el imperativo. Weber observa, con ironía, que jamás se podrá demostrar científicamente la exactitud o el error del sermón de la montaña. Bueno: esto es totalmente verdadero e irrefutable; pero lo que los señores positivistas y Weber olvidan es la relación *inversa* entre la ciencia y lo normativo: los valores que orientan, influncian y condicionan los juicios de hecho. Relación que no es lógica sino sociológica. El punto de vista de clase (que implica elementos normativos) es el que define, en gran medida, *el campo de visibilidad de los hechos*, lo que una teoría social "ve" y lo que ella "no ve", sus "visiones" y sus "equivocaciones", su luz y su ceguera, su miopía y su hipermetropía.

II. El intento ecléctico de Mannheim

Bajo el impacto del marxismo, el mito positivista de una ciencia social neutral y asexuada, como los ángeles de la teoría medieval, ha sido severamente criticado. El problema del condicionamiento social del conocimiento no podía seguir siendo fácilmente ignorado. Un nuevo intento de resolver el problema, ni positivista ni marxista, sería realizado por un tráfuga del marxismo, Karl Mannheim, en su brillante obra *Ideología y Utopía (Ideologie et Utopie)*, 1929, que fundaría una nueva rama de la ciencia social universitaria: la sociología del conocimiento.

Mannheim reconoce, como los marxistas, que la posición social del científico, del observador, condiciona su *perspectiva*; es decir, la manera como ve su objeto, lo que percibe en este objeto y cómo lo interpreta. Esta perspectiva está, pues, en relación con las concepciones del mundo (*Weltanschauungen*) de las distintas clases y grupos sociales en conflicto en el seno de la sociedad. Estas distintas visiones particulares sólo descubren un aspecto del objeto, de la realidad social: ellas son necesariamente *unilaterales* y fragmentarias. Esto implica, según Mannheim, la posibilidad de una "interpretación de los distintos puntos de vista mutuamente complementarios en una totalidad comprensiva"; es decir, la posibilidad de una "síntesis de perspectivas".

La cuestión central es, evidentemente: ¿quién hará esta síntesis? ¿Cuál es la clase o grupo social que puede servir de base a esta "mediación dinámica" de puntos de vista antagónicos? Según Mannheim, existe un grupo que, por sus características especiales, es capaz de ejecutar esta tarea delicada y llegar así a un má-

ximo de conocimiento completo y objetivo de la realidad: "la inteligencia sin lazos" (*freischwebende Intelligenz*), que se encuentra sobre todo en las universidades e instituciones de enseñanza superior...

Ahora bien, estos intelectuales que se creen "sin lazos" (y que no están ligados a ninguna de las dos principales clases en conflicto: la burguesía y el proletariado) ¿no son ellos, precisamente, quienes están ligados a la clase de la cual son mayoritariamente originarios y que es la más cercana de su situación social, a saber, *la pequeña burguesía*? Y su "síntesis" dinámica, ¿puede ser otra cosa que un *justo término medio ecléctico* entre las grandes concepciones del mundo en conflicto, término medio *estructuralmente homólogo* a la posición intermedia de su capa social?

El tipo de "síntesis" que el mismo Mannheim ha fabricado constituye una respuesta muy esclarecedora a estas cuestiones. En su libro *Libertad, Poder y Planificación Democrática (Liberté, Pouvoir et Planification Démocratique)*, él preconiza una "Tercera Vía", un sistema de reformas pacíficas y graduales, fundado sobre "la planificación social"; sistema gracias al cual, "la sociedad capitalista contemporánea puede todavía ser equilibrada", por "la concesión suficiente de servicios y mejoramientos sociales a las clases inferiores, para que éstas estén también interesadas en la mantención del orden social". No es necesario insistir en el carácter muy poco dinámico de una "mediación" de ese tipo...

III. El debate en el seno del marxismo

Según Mannheim, el marxismo jamás se aplicó a sí mismo los procedimientos de "desenmascaramiento ideológico" empleados contra sus adversarios y jamás levantó el problema de la determinación social de su propia posición. Un tal "auto-desenmascaramiento" demostraría que el marxismo constituye, en cuanto ideología del proletariado, un punto de vista tan "partidario" como el de las ideologías de las otras clases (Mannheim, *Idéologie et Utopie*, Marcel Rivière, París, 1956, p. 312).

En realidad, contrariamente a lo que pretende Mannheim (y también en un contexto distinto, Althusser), Marx jamás ocultó la perspectiva de clase que orienta su pensamiento. No solamente "reveló" el carácter *burgués* de la obra de sus adversarios (economía política clásica y vulgar), sino también afirmó con energía, el carácter *proletario* de su propio punto de vista. En una de sus primeras obras económicas, escribía ya: "Así como los economistas son los representantes científicos de la clase burguesa, también los socialistas y los comunistas son los teóricos de la clase proletaria (...). La ciencia producida por el movimiento histórico y asociada a éste conscientemente, dejó de ser doctrinaria y se ha vuelto revolucionaria (Marx, *la Misère de la Philosophie*, Ed. Sociales, 1948, p. 100) Cf. también F. Engels: "*El comunismo*, en la medida en que es una teoría, es la expresión teórica de la posición del proletariado en la lucha de clases..." (*Die Kommunisten und Karl Heizen*", in Marx, Engels, *Werke*, Dietz, Berlín, Band 4, p. 322).

¿Se trata de una obra de juventud (1847), de una posición de Marx "antes de la madurez"? En realidad, Marx reafirmará explícitamente, en el posfacio a la segunda edición de *El Capital*, el carácter "partidario" de su crítica de la economía política y su inserción en un punto de vista de clase: "En la medida en que esta crítica representa una clase, ella no puede representar más que la clase cuya misión histórica es la de desquiciar el modo de producción capitalista y la abolición final de las clases — el proletariado (Marx, *El Capital I, (Das Kapital I)*, *Werke*, 23, Dietz Verlag, Berlín, 1968, p. 22, Cf. también *Mensaje Inaugural de la I Internacional*, donde Marx opone "la economía política de la clase obrera" a "la economía política de la clase media").

Por ende, el método de Marx no es "neutral", "positivo" o científico-natura-

lista; este método, que él llama *dialéctico-racional*, es “un escándalo y una abominación para la burguesía y sus portavoces doctrinarios, porque en la comprensión positiva de las cosas existentes, él incluye al mismo tiempo la comprensión de su negación de su decadencia necesaria... El es esencialmente *crítico y revolucionario*” (Marx, *El Capital, Das Kapital I*, Werke, pp. 23/28, subrayado por nosotros, M.L.).

En una palabra, Marx consideraba su ciencia como revolucionaria y proletaria y, en cuanto tal, opuesta (y superior) a la ciencia conservadora y burguesa de los economistas clásicos. El “corte” entre Marx y sus predecesores es, para él, un corte *de clase*, en el interior de la historia de la ciencia económica.

Este punto de vista era compartido por Lenin, quien hacía notar, en su célebre texto sobre las fuentes del marxismo: “en una sociedad fundada sobre la lucha de clases, no podría existir una ciencia social “imparcial”. Toda la ciencia social oficial y liberal defiende, de una u otra manera, la esclavitud asalariada, mientras que el marxismo ha declarado una guerra implacable a esta esclavitud” (Lenin: “Les trois sources et les trois parties constitutives du marxisme”, 1913, in *Marx, Engels, Marxisme*, Ed. en Langues Etrangères, Moscú, p. 71). Según Lenin, “pedir una ciencia imparcial en una sociedad fundada sobre la esclavitud asalariada, es de una ingenuidad tan pueril como pedir a los fabricantes que se mostraran imparciales en la cuestión de saber si conviene disminuir las ganancias del capital, para aumentar el sueldo a los obreros”.

Rechazando explícitamente toda separación entre ciencia e ideología revolucionaria, “juicio de valor”, objetividad y punto de vista de clase, Lenin aprehende el marxismo en su unidad dialéctica en cuanto “*ciencia revolucionaria del proletariado*”, en cuanto doctrina que “asocia el espíritu revolucionario a un carácter altamente científico (siendo la última palabra de las ciencias sociales), y no lo hace por casualidad, ni solamente porque el fundador de esta doctrina reunía, en sí, las cualidades del sabio y del revolucionario; “*ella los asocia en la misma teoría íntima e indisolublemente*”. (Lenin, “Ce que sont les amis du peuple” en *Marx, Engels, Marxisme*, p. 102, subrayado por nosotros, M.L.).

La tesis del carácter proletario del marxismo es también afirmada por Rosa Luxemburgo, en su polémica contra Bernstein (“como la sociedad verdadera se compone de clases que tienen intereses, aspiraciones, concepciones diametralmente opuestas, una ciencia general humana en las cuestiones sociales, un liberalismo abstracto, una moral abstracta, son por ahora una ilusión, una pura utopía”. (*Reforme ou Revolution*, Spartacus, París, 1947, p. 75). Para Lukacs, Korsch y Gramsci, es decir, para la corriente impropriadamente llamada “izquierdista teórica”, pero que constituye, en realidad, con Lenin y Trotsky, la gran corriente *dialéctica revolucionaria del marxismo* moderno, la contribución de Lukacs es particularmente importante, porque él presionará el sentido del concepto “punto de vista del proletariado”: no se trata de la experiencia inmediata, de la conciencia empírica de la clase obrera, sino del *punto de vista que corresponde racionalmente a sus intereses históricos objetivos*.

La relación epistemológica entre el marxismo y el proletariado será, en cambio, negada, bajo distintas formas; pero todas marcadas por la huella del positivismo, por los portavoces del revisionismo y de la “ortodoxia” en el seno de la II Internacional: los “hermanos enemigos” Bernstein y Kautsky.

Bernstein exige la compartimentación rigurosa, estanca y absoluta entre “los hechos” y “los valores”; entre la ciencia pura en el estilo de Comte y la moral pura, en aquel de Kant. Una de sus críticas a Marx es, justamente, haber confundido ambas, lo que explica, en su opinión, el carácter tendencioso de sus obras económicas, su “utopismo” y sus “a priori”.

La ciencia económica, para Bernstein, debe ubicarse más allá de los conflictos de clase, ser empírica, no partidaria, sin presuposiciones; en una palabra:

ha de ser *positiva*. “Mi modo de pensar me habría predispuesto más a la filosofía y a la sociología positivista”, confiesa en un ensayo autobiográfico (in Angel: *E. Bernstein et l'évolution du socialisme allemand*, Didier, 1961, p. 194).

Kautsky era, en principio, el defensor del “marxismo ortodoxo” contra Bernstein. En realidad, su posición sobre el problema de la objetividad (entre otros) no era tan lejana de aquella sustentada por Bernstein. Se debe, según él, distinguir con cuidado entre “el ideal socialista” y “el estudio científico de las leyes de la evolución del organismo social”. Como lo revela su terminología, la biología evolucionista de Darwin era, para Kautsky, el modelo para la ciencia marxista, cuyo objetivo final sería “el descubrimiento de las leyes de la evolución común a las plantas, a los animales y a los hombres”. (Kautsky, *Die Materialistische Geschichtsauffassung*, 1927, Bd. 2, p. 631). Kautsky en realidad hará suyas las premisas metodológicas positivistas de Bernstein e, incluso, en una cierta medida, las críticas revisionistas de carácter “tendencioso” de los escritos de Marx: “se entrevé, a veces incluso en Marx, en su investigación científica, la acción de un ideal moral. Pero él siempre se esforzó, con justa razón, en rechazarlo, en la medida de lo posible. Pues, en la ciencia, el ideal moral se convierte en una fuente de errores si se le permite prescribir sus fines”. (Kautsky: “Ethique et conception matérialiste de l'histoire”, citado por Lucien Goldmann, *Recherches Dialectiques*, Gallimard, p. 284).

El problema se complica un tanto en Bernstein y Kautsky, porque ellos sólo abordan la discusión sobre el punto de vista de clase, haciendo un rodeo, el de la ética y aquel del ideal moral. Pero se trata de la misma cuestión: la ética no es sino un aspecto de la visión del mundo que constituye el punto de vista particular, la perspectiva de una clase social; perspectiva que condiciona (en un grado variable), y por todo un sistema de mediaciones complejas, la tendencia de toda ciencia social.

En su último gran escrito teórico “La conception matérialiste de l'histoire” (1927), Kautsky es más claro y coherente, al explicar que el materialismo histórico es “una teoría puramente científica, que en tanto tal, no está de manera alguna ligada al proletariado”.

El stalinismo introducirá un nuevo aspecto en la problemática de la relación entre ciencia e ideología, caricatura del punto de vista del proletariado y que, en realidad, no es sino el punto de vista de otra capa social: la burocracia. Esta distancia, esta distorsión creará para el stalinismo, la necesidad de un “ocultamiento ideológico”: la burocracia debe, por cualquier medio, esconder a las masas (y a veces a sí misma, por un proceso de automistificación) la distancia entre su perspectiva y aquella del proletariado. Resulta de esto una instrumentalización extrema de la ciencia, directamente sometida a las necesidades político-ideológicas de la burocracia; instrumentalización que tiene, como ejemplo más clásico y más chocante, la célebre *Historia del Partido Comunista (b)*, de la URSS, con sus numerosas reediciones “revisadas y corregidas”, en función de los cambios de línea de la dirección del Partido y caracterizadas todas por la más grosera y más desvergonzada deformación de los hechos históricos.

Este aspecto del stalinismo es conocido hasta la saciedad, y es del todo ocioso insistir en él. Agreguemos solamente que la “falsificación” no es un elemento accidental, arbitrario o contingente del stalinismo, sino una dimensión orgánica y esencial, que resulta de su carácter de punto de vista de la burocracia que se presenta bajo la forma de punto de vista del proletariado.

Pero, lo más interesante desde el punto de vista epistemológico es que la instrumentalización de la ciencia alcanzó incluso a las ciencias de la naturaleza, las que fueran sometidas a un proceso de “ideologización”, particularmente en el curso del período 1948/53. Se opuso de manera esquemática, brutal y contrastante, la ciencia proletaria a la ciencia burguesa en el terreno del estudio de la naturaleza

en general y de la biología, en especial. Se intentó (vanamente), demostrar la superioridad de la ciencia soviética, de la biología pretendidamente "proletaria" de Lyssenko, sobre la ciencia occidental representada por la biología "reaccionaria y burguesa" de Mendel-Wasserman; esto no solamente en URSS, sino en todo el movimiento comunista mundial. En Francia, *La Nouvelle Critique*, revista de intelectuales del PCF, organiza, en 1950, un gran coloquio dedicado al tema: "Ciencia burguesa y ciencia proletaria" y publica una serie de artículos en honor a Lyssenko, de los cuales el más notable y sabroso es el de un cierto Francis Cohen. Lyssenko había escrito en el *Izvestia* del 15/12/1949, que los descubrimientos de los biólogos soviéticos fueron posibles gracias a "las enseñanzas de Stalin sobre las transformaciones cuantitativas, graduales, escondidas, invisibles, que conducen a una rápida modificación cualitativa fundamental". Francis Cohen cita este texto del ilustre "biólogo proletario" y lo analiza desde el punto de vista de la epistemología stalinista de las ciencias:

"Esta cita exige algunos comentarios. Ella nos muestra, primero, el proceso mismo de la elaboración de la ciencia proletaria: el hecho experimental en la base, después la interpretación ayudada por la teoría marxista-leninista, muy precisamente aquí por el capítulo IV, (F. Cohen, "Mendel, Lyssenko et le rôle de la science", *Histoire du PC* (b), Nº 13, febrero 1950, p. 61). El capítulo IV, redactado por Stalin, contiene un "resumen" de los principios del materialismo histórico y dialéctico. El ve, pues, cómo la *Histoire du PC* (b), esta suma teológica del stalinismo, llega a ser, no solamente la matriz de toda ciencia política, sino también la fuente del progreso en las ciencias naturales. Contra los que osarían poner en duda la pertinencia de los escritos de Stalin para la ciencia biológica, bajo pretexto de que no se trataría de un "argumento de autoridad", Francis Cohen proclama con indignación:

"Para un comunista, y por las razones que Desanti ha expuesto aquí, Stalin es la máxima autoridad científica del mundo (...) Esto aclarará singularmente la cuestión de los argumentos de autoridad. Poner en duda una afirmación hecha en tales circunstancias, es poner en duda contra la evidencia, la eficacia, la exactitud, la unidad del stalinismo. Es asimilar a un sabio proletario stalinista comprometido con la construcción del comunismo, a un sabio burgués aislado, privado de teoría directiva, irresponsable". (Ibid, p. 62. Desanti, en esta época miembro del PCF, había escrito en *La Nouvelle Critique* Nº 11, de Dic. 1949, un artículo llamado "Stalin, sabio de un nuevo tipo". Aquí están algunos subtítulos: "La ciencia stalinista, ciencia de partido", "La ciencia stalinista, ciencia universal, ciencia enciclopédica", "La ciencia stalinista, ciencia rigurosa". Agreguemos, en defensa de Desanti, respetable matemático y eminente hombre de ciencia, que su artículo ha sido escrito "con la ayuda de una comisión creada especialmente en esta ocasión, presidida por Victor Joanes, miembro del Comité Central").

El extraordinario artículo de Francis Cohen, espécimen de la visión del mundo stalinista, termina con el siguiente llamado, que borra eufóricamente toda distinción epistemológica entre ideología, política y ciencia natural.

"No puede haber otro compromiso ideológico en materia de ciencia que en materia de lucha sindical o de lucha por la paz. La lucha de la clase obrera se da también en los laboratorios y el camino de la victoria está en todos los campos, señalado por el país de la clase obrera, su Partido bolchevique y José Stalin, el guía de los trabajadores y el hombre de ciencia más grande de nuestra época" (p. 70).

En una reseña de la conferencia de *La Nouvelle Critique* sobre ciencia burguesa y ciencia proletaria, la redacción de la revista explicita algunos de los supuestos de esta grosera sociologización de las ciencias de la naturaleza —la ciencia es "una ideología históricamente relativa"; —"la práctica burguesa y la práctica

proletaria" se enfrentan y "definen dos ciencias fundamentalmente contradictorias: la ciencia burguesa y la ciencia proletaria".

¿Se trata de las ciencias sociales, de la economía política, de la historia? No, se trata lisa y llanamente de la *biología*.

"Los descubrimientos mitchounianos, los trabajos de Lyssenko, son parte de esta ciencia socialista. Ubicarse en sus posiciones, haciendo suyos sus criterios, es la condición de objetividad en la discusión científica, en la discusión *sobre el detalle científico*", ("La science, idéologie historiquement relative", *La Nouvelle Critique*, Nº 15, abril, 1950, p. 46).

Nos enfrentamos a un *positivismo al revés*. Como el positivismo, no reconoce la distinción metodológica fundamental entre las ciencias sociales y naturales. Mientras que el positivismo quiere "naturalizar" las ciencias históricas, el stalinismo-lyssenkismo intenta "ideologizar" las ciencias de la naturaleza. Se llega así al absurdo de una biología "proletaria", y se dan las condiciones que permiten una química, una física y una astronomía "proletaria"...

El problema de la objetividad es resuelto por la proclamación canónica y dogmática de la infalibilidad papal del Guía de los Pueblos y El Mayor Hombre de Ciencia de Nuestra Epoca, inspirador teórico de historiadores, economistas, biólogos, geneticistas; solución que tiene evidentemente la doble ventaja de la simplicidad y de la coherencia.

Louis Althusser ha participado del gran festival de la ciencia proletaria de los años 50. En el comienzo de los años 60, después de la muerte de Stalin, el XX Congreso y la confesión de los soviéticos de la impostura de Lyssenko, se traumatiza: él tuvo, como describe, un verdadero "shock". Simplemente arrepentido de sus pecados de juventud, al buscar la vía de la verdad objetiva, Althusser será poseído por un santo horror frente al concepto de "ciencia proletaria", que denunciará como anatema, no solamente en el campo de las ciencias de la naturaleza (lo que sería plenamente justificable) sino en *todas* las ciencias, incluso el marxismo.

En nuestra memoria filosófica, este tiempo permanece como aquel de los intelectuales armados... dividiendo el mundo con un solo corte (literatura, filosofía, ciencias), con el despiadado corte de las clases —tiempo cuya caricatura puede resumirse en una sola frase: bandera izada que flamea en el vacío: 'ciencia burguesa', 'ciencia proletaria'".

Algunos dirigentes, para defender, contra el furor de los ataques burgueses, un marxismo entonces aventurado en la "biología" de Lyssenko, habían vuelto a lanzar la vieja fórmula izquierdista, que había sido anteriormente la consigna de Bogdanov y del Proletkult. Una vez proclamada, lo dominaría todo (...). Se nos hacía tratar la ciencia, cuya rúbrica cubría las obras mismas de Marx, como una ideología cualquiera *aparecida* (Althusser, *La revolución teórica de Marx*, p. 14, Ed. Siglo XXI, o *Pour Marx*, Maspero, 1965, p. 121).

La posición que asumirá Althusser es el revés simétrico de Lyssenko y comparte con él el mismo error capital: el desconocimiento de la diferencia (relativa pero esencial) entre historia y naturaleza, ciencia histórica y ciencia natural; diferencia que explica por qué no puede existir una genética "proletaria" ni historia supra-clases (o "no partidaria") de la Revolución Rusa...

Así, también, la aceptación ayer del "espíritu de partido" stalinista y hoy el rechazo a la ciencia "proletaria" (en el campo de las ciencias históricas), se fundan en la misma distorsión, la confusión entre el punto de vista del proletariado y su pobre caricatura burocrática: Las dos eran adoradas ayer y quemadas juntas hoy día.

Althusser se sitúa, por ende, en una posición cercana, en ciertos aspectos, a la del positivismo. Por otra parte, no esconde su admiración por A. Comte, "el único espíritu digno de interés" que produjo la filosofía francesa en los 130 años

que seguirán la revolución de 1789 (Althusser, *La revolución teórica de Marx*, p. 16. Cf. también *Lenin et la Philosophie*, p. 13.) La filosofía francesa "sólo puede ser salvada de su propia historia por los grandes espíritus sobre los cuales se encarnizó, como Comte y Durkheim".

Al contrario, critica severamente el "izquierdismo teórico" de Lukács y Korsch por haber proclamado que el marxismo es una ciencia proletaria y por haberlo puesto a la ciencia burguesa: "la interpretación historicista-humanista... proclamaba una vuelta radical a Hegel, al joven Lukacs Korsch, y elaboraba una teoría que ponía la doctrina de Marx en relación de expresión directa con la clase obrera. De esta época data la famosa oposición entre "ciencia burguesa" y "ciencia proletaria", donde triunfaba una interpretación idealista y voluntarista del marxismo como expresión y producto exclusivo de la práctica proletaria". (Althusser, *Para leer El Capital II*, p. 104).

Señalemos, de paso, que se trata de una interpretación bastante arbitraria de las tesis del joven Lukacs, que no habla de ninguna manera del marxismo como expresión "directa" o "producto exclusivo" de la práctica proletaria, sino como un punto de vista que corresponde racionalmente a los intereses objetivos del proletariado, la "célebre conciencia de clase adjudicada" (Zugerechnetes Bewusstsein).

Althusser criticará también a Gramsci y sus discípulos italianos, porque definen como históricas las condiciones de todo conocimiento de un objeto histórico (*Para leer El Capital*, p. 77). Para él, al contrario, la ciencia (social o natural) tiene una historia propia, independiente y separada de la historia social y política; es decir, ella no está condicionada por la lucha de clases y no forma parte del "bloque histórico" (Ibid p. 93). Tesis que está en oposición no solamente con Gramsci, este incorregible izquierdista teórico, sino también con Lenin ortodoxo y científico del materialismo y empiro-criticismo (del cual Althusser reclama con frecuencia) quien escribía: "El materialismo dialéctico de Marx y Engels contiene, por cierto, el relativismo, pero no puede ser reducido al relativismo, es decir, reconoce la relatividad de todo nuestro conocimiento, no en el sentido de negar la verdad objetiva, sino en el sentido en que los límites de la aproximación de nuestro conocimiento a la realidad son históricamente condicionados". (*Materialism and empiro-criticism*, Proppes Publishers, Moscow, 1967, pp. 123/24).

La irresistible inclinación de Althusser por el positivismo se manifiesta también en su insistencia sobre la heterogeneidad radical, la ruptura total (la célebre "ruptura epistemológica" entre *ciencia e ideología*). La ideología está, según él, "gobernada por intereses extraños a la necesidad del conocimiento". (*Para leer el Capital II*, p. 105). Resulta, implícitamente, que la ciencia es gobernada solamente por la voluntad de conocimiento. Para Althusser, por ende, es posible una ciencia social y política, que se abstraiga de los "intereses exteriores". Supone, como Durkheim y los positivistas, que esos intereses pueden ser dejados "fuera" de la investigación científica, como uno deja los cuchillos en el momento de entrar en un salón de billar honesto. Supone, también, que la ciencia del propio Marx no estaba influida por ninguno de estos intereses exteriores, (equivalente althusseriano de los "juicios de valor" en los positivistas). Para él, Marx ha inaugurado una nueva ciencia, la ciencia de la historia, por una "ruptura" con la ideología burguesa de la economía clásica. Pero, no explica en parte alguna, las condiciones sociales, políticas, históricas que permitieron esta ruptura. Dado que niega cualquier lazo epistemológico entre la ciencia marxista y el proletariado, sólo puede presentar la escisión entre Marx y sus predecesores como un fenómeno puramente intelectual, que ocurre en la cabeza de Marx, gracias a su genio extraordinario. (Cf. a este respecto el notable trabajo de Norman Geras: "Althusserian-Marxism: an Exposition and Assesment", por aparecer en breve en Inglaterra en el libro *Western Marxism*).

Althusser no distingue metodológicamente entre ciencia de la naturaleza y ciencia de la historia, porque ignora el carácter socialmente condicionado de las ciencias sociales, lo que le permite comparar constantemente a Marx con Galileo y Lavoisier, subrayando la similitud, o mejor, la *identidad epistemológica* de sus descubrimientos:

"Para comprender Marx, debemos tratarlo como un sabio entre otros y aplicar, a su obra científica, los mismos conceptos epistemológicos e históricos que aplicamos a otros: en este caso a Lavoisier. Marx aparece así como un fundador de ciencia, comparable a Galileo y Lavoisier" (Althusser, *Para leer El Capital*, II, p. 119, subrayado por nosotros, M. L.) Ahora bien, ¿cómo tratar como "sabio entre otros" a este Marx que escribía en 1845: "los filósofos hasta hoy sólo interpretaron el mundo; se trata de transformarlo"?, a menos que se considere esta XI Tesis sobre Feuerbach como el grito de un exaltado joven "izquierdista teórico", todavía no plenamente maduro... (Cf. la interesante introducción de J.M. Brohm al libro de Jakubowsky, *Les superstructures idéologiques dans la conception materialiste de la histoire*, Ed. I, 1972).

Hay un párrafo de Althusser donde parece tocar el problema que nos ocupa: "La ciencia económica está particularmente expuesta a las presiones de la ideología: las ciencias de la sociedad no tienen la serenidad de las ciencias matemáticas".

Hobbes decía ya: "la geometría une los hombres, la ciencia social los divide. La "ciencia económica" es la arena y el dominio de grandes combates políticos de la historia". (*Para leer El Capital II*, p. 65).

Desgraciadamente, según el contexto en donde se encuentra este párrafo, parece que la "presión ideológica" sólo existe para los economistas burgueses, Marx representa una ciencia liberada de las "presiones", ascéptica, serena, que sólo retoma, en un nuevo dominio, las exigencias metodológicas que hace mucho se impusieron a la práctica de las ciencias que alcanzaron su autonomía", es decir, las ciencias exactas y las ciencias de la naturaleza. Lo que nos lleva de nuevo a la pendiente jabonosa del neopositivismo.

Althusser tiene razón en subrayar la *especificidad* de la práctica científica; su *autonomía* en relación a la estructura social, a las condiciones históricas. Su error es *absolutizar* esta autonomía, transformándola en una *independencia*, una separación, una ruptura casi total. Para él, la historia de la ciencia económica es como la historia de la ciencia química, marcada por un descubrimiento genial que insta a la "ruptura epistemológica" entre ciencia e ideología, sin ninguna relación con una clase social y su punto de vista. Althusser no parece sospechar que el lazo entre Marx y el proletariado revolucionario no es exactamente de la misma naturaleza que aquel que existió entre Lavoisier y la burguesía revolucionaria de 1789... No porque ésta hizo guillotinar al ilustre sabio, sino porque el descubrimiento del oxígeno no tenía ninguna relación epistemológica con los hechos, las aspiraciones y los intereses del Tercer Estado.

Se concluye:

- 1) Las tesis de Althusser están en contradicción explícita con Marx, quien proclamaba que su crítica de la economía política representa el punto de vista del proletariado; así como con Lenin, que subrayaba el carácter "de clase" de toda ciencia social.
- 2) Althusser sólo reconoce dos posibilidades:
 - la ciencia social como práctica independiente en relación a las luchas sociales y liberada de toda pertenencia de clase (tesis que él defiende);

— la ciencia social como expresión inmediata y exclusiva del proletariado (tesis injustamente atribuida a los “izquierdistas teóricos”).

Olvida una tercera variante que, en nuestra opinión, es precisamente la única correcta: la ciencia histórica se sitúa necesariamente en el punto de vista de una clase, pero es relativamente autónoma en su esfera de actividad propia.

- 3) Como reacción contra el zhadanovo-lyssenkismo de los años 50, Althusser tira a la alcantarilla del “izquierdismo” al nene marxista y conserva el agua sucia stalinista, para situarse en un campo teórico minado por el positivismo.

Una “sociología del althusserianismo” descubriría probablemente, bajo sus tesis, la resistencia (muy comprensible) de algunas capas de intelectuales del PCF contra la sumisión a los imperativos políticos cambiantes del Partido y el reconocimiento de la independencia y de la dignidad del trabajo científico. Sin embargo, incapaces de distinguir la perspectiva histórica del proletariado, de su caricatura burocrática stalinista, transforman sus deseos de emancipación del aparato del Partido en teoría de la liberación de la ciencia marxista del proletariado.

IV Conclusión: el punto de vista del proletariado

Si se acepta la tesis del marxismo revolucionario, según la cual toda ciencia social es, conscientemente o no, directa o indirectamente “comprometida”, “orientada”, “tendenciosa”, “partidaria”, ligada a la visión del mundo, al punto de vista de una clase social, se debe encontrar una salida para evitar el camino sin salida del relativismo. Para el relativismo consecuente no hay verdad objetiva: hay varias verdades, la del proletariado, la de la burguesía, la de los conservadores, la de los revolucionarios, cada una igualmente parcial, igualmente verdadera o falsa. Se cree así, en la célebre noche relativista donde todas las vacas son negras, y se termina por negar la posibilidad de un conocimiento objetivo. Por ejemplo, no había una verdadera historia de la Revolución Francesa, sino distintas historias que se equivalen todas, historias contrarrevolucionarias, historia liberal, historia jacobina, historia socialista. La de Joseph de Maistre, que explica 1789 por el castigo divino a los franceses culpables de pecados abominables, sería tan buena (o tan mala) como la de Jaurés, que interpreta los sucesos en términos de la lucha de clases...

Dado que tal posición agnóstica es estéril y claramente absurda, es forzoso reconocer que algunos puntos de vista son relativamente más verdaderos que otros, o, para ser más preciso, que algunas perspectivas permiten una aproximación relativamente mayor a la verdad objetiva. Ahora bien, ¿cuál es la visión del mundo epistemológicamente privilegiada? ¿cuál es el punto de vista más favorable al conocimiento de lo real?

La primera respuesta que se puede avanzar —respuesta correcta aunque insuficiente— es la siguiente: el punto de vista de la clase revolucionaria es, en cada período histórico, superior a aquel de las clases conservadoras, porque sólo él es capaz de reconocer y proclamar el proceso de cambio social: la burguesía revolucionaria hasta el siglo XVIII, el proletariado a partir del siglo XX.

De hecho, es sólo desde el punto de vista del proletariado como clase revolucionaria, que la historicidad del capitalismo y de sus leyes económicas se hace visible. Como lo destaca Rosa Luxemburgo: “es precisa y únicamente porque Marx consideraba la economía capitalista primero en cuanto socialista, es decir, desde un punto de vista histórico, que ha podido descifrar sus jeroglíficos...” (*Reforme ou Revolution*, p. 55). Para los economistas burgueses, las leyes capitalistas son las “leyes naturales” de la producción en general, de la producción en cuanto tal. El

método de Marx, al contrario —“escándalo y abominación” para la burguesía— aprehende cada forma “por su lado transitorio”, histórico, perecible, porque se sitúa en la perspectiva de la clase portadora del proyecto revolucionario. (No es por casualidad que Althusser, quien niega que la ciencia marxista se sitúe en el punto de vista del proletariado, quiera también negar que el historicismo sea la distinción metodológica capital entre Marx y la economía político-burguesa).

En un texto muy conocido de la *Miseria de la Filosofía*, Marx constata que la burguesía había proclamado, con razón, que las instituciones del feudalismo eran históricas, superadas, arcaicas; mientras que esta misma burguesía se obstinaba en presentar las instituciones del orden capitalista como naturales y eternas. “Así, hubo historia, pero no la hay más, agrega irónicamente Marx. La burguesía revolucionaria había percibido y denunciado el carácter histórico y transitorio del sistema feudal; sólo el proletariado es capaz de percibir y denunciar la historicidad del sistema burgués”.

Se puede pues concluir con Adam Schaff, quien resume la tesis planteada por la mayoría de los autores marxistas que examinaron el problema de las condiciones de posibilidad de la superioridad epistemológica de la “ciencia proletaria”:

“Los miembros y los partidarios de la clase ubicada objetivamente en situación revolucionaria, cuyos intereses colectivos e individuales coinciden con las tendencias de desarrollo de la sociedad, escapan a la acción de los frenos psíquicos que intervienen en la aprehensión cognoscitiva de la realidad social; al contrario, sus intereses contribuyen a agudizar la percepción de los procesos de desarrollo, de los síntomas de descomposición del orden antiguo y de los signos precursores del orden nuevo, del cual, esperan el advenimiento (...). Nosotros, con esto, no afirmamos de manera alguna que esta vía conduzca a la verdad absoluta; pretendemos únicamente que estas posiciones sean un punto de partida y una perspectiva mejores en la búsqueda de la verdad objetiva, por cierto relativa, pero óptimamente integral, en relación al nivel dado de desarrollo del saber humano”. (A. Schaff, *Histoire et Vérité*, Ed. Anthropos, Paris, 1971, pp. 193/194 y 326).

Esta tesis, que afirma la superioridad general del punto de vista de toda clase revolucionaria, nos parece parcialmente correcta; pero plantea un cierto número de dificultades. Se sabe que, en el pasado, la clase conservadora tenía, a veces, intuiciones parciales más “verdaderas” o más “realistas” que la clase ascendente. ¿Cómo negar, por ejemplo, la verdad relativa del contrarrevolucionario inglés Burke en su crítica del carácter abstracto, ahistórico y arbitrario de la ideología burguesa revolucionaria de los “derechos naturales”?

Por esta razón, Manheim aboga por “la síntesis de perspectivas” de las distintas clases, que posee cada una su verdad relativa y parcial. Schaff, en la medida en que habla de las clases revolucionarias en general y no del proletariado en particular, está obligado a hacer concesiones a Manheim y aceptar, con reservas, la tesis de la “multiplicación de las perspectivas” para obtener una visión más completa, más global del objeto (Schaff, *Ibid*, p. 314). Esto, en nuestra opinión, está peligrosamente cercano al eclecticismo y no resuelve cosa alguna ¿Cuál es el criterio que permitiría hacer tal “síntesis”?

La tesis defendida por Schaff subestima la especificidad del punto de vista proletario con relación a aquel de las clases revolucionarias del pasado, (esencialmente la burguesía ascendente).

1. La burguesía revolucionaria tenía intereses particulares que defender, distintos del interés general de las masas populares: Ella quería, a la vez, la revolución antifeudal y su dominación en cuanto clase explotadora, lo que hace necesario el ocultamiento ideológico (consciente o no), de sus verdaderos fines y del verdadero sentido del proceso histórico.

El proletariado, al contrario, clase universal cuyo interés coincide con aquél de la gran mayoría y cuyo objetivo es la abolición de toda dominación de clase, no está obligado a ocultar el contenido histórico de su lucha; es, por ende, la primera clase revolucionaria cuya ideología tiene la *posibilidad objetiva* de ser *transparente*.

No es pues, de ninguna manera, una casualidad que el proletariado —al contrario de la burguesía revolucionaria— presente abiertamente su revolución como realizada, no en nombre de pretendidos “derechos naturales” o de (dichos) “Principios Eternos de la Libertad y la Justicia”, sino en nombre de sus *intereses de clase*. ¡Una comparación entre el *Manifiesto Comunista* y la Declaración de los Derechos del Hombre de 1789 es altamente instructiva respecto a esto!

2. La burguesía ha podido llegar al poder sin una comprensión clara del proceso histórico, sin una conciencia precisa del sentido de los acontecimientos, transportada por la “astucia de la razón” del desarrollo económico-social. El conocimiento científico del movimiento de liberación no era, de manera alguna, una condición para su victoria y la auto-mistificación ideológica caracterizaba, en general, su comportamiento en cuanto clase revolucionaria.

El proletariado, en cambio, sólo puede tomar el poder y transformar la sociedad por un acto *deliberado y consciente*. El conocimiento objetivo de la realidad, de la estructura social, de la coyuntura política es, por ende, una condición necesaria de su práctica revolucionaria; corresponde, pues, a su interés de clase. ¡El socialismo será científico o no será! (Véase al respecto a Lukacs. (*Geischichte und Klassenbewusstsein*, Luchterhand, 1968, pp. 246, 243 y 399).

Por ende, la superioridad epistemológica de la perspectiva proletaria no es solamente aquella de las clases revolucionarias en general, sino que ésta tiene un carácter particular, cualitativamente distinto de las otras clases, específico del proletariado en cuanto *última clase revolucionaria* y en cuanto clase cuya revolución inaugura el “reino de la libertad”; es decir, la dominación consciente y racional sobre la vida social por los hombres. En este sentido, la ciencia proletaria es una forma de transición hacia la ciencia comunista, la ciencia de la sociedad sin clases, que podrá alcanzar un grado mucho mayor de objetividad, porque el conocimiento de la sociedad dejará de ser el dominio de una lucha política y social. Las limitaciones que existen en el punto de vista del proletariado, en el marxismo, sólo serán visibles en este momento; todo intento por superarlas antes de este período, antes del advenimiento de la sociedad comunista mundial, sólo llevaría a retrocesos, hacia el punto de vista de otras clases más limitadas que el proletariado. En este sentido, efectivamente, *el marxismo es el horizonte científico de nuestra época*, (Sartre dixit).

¿Significa esto que el error no es posible para quienes se sitúan en la perspectiva proletaria? El principio epistemológico según el cual el punto de vista del proletariado es el que ofrece la mejor *posibilidad objetiva* de un conocimiento de la verdad no significa, de manera alguna, que es *suficiente* situarse en este punto de vista para conocer la verdad. Una gran montaña permite una mejor visión del paisaje que una pequeña colina, pero un miopo ubicado en la cumbre de la montaña no verá mucho... Por otro lado, el punto de vista de las otras clases, incluso siendo inferior, no produce solamente mentiras, construye verdades y errores.

En una palabra: existe una *autonomía relativa* de la ciencia social, una continuidad relativa en el interior de la historia de esta ciencia, (Marx continúa, crítica y supera a Ricardo), una lógica interna de la investigación científica, una especificidad de la ciencia en cuanto práctica que tiene por objeto el descubrimiento de la verdad. Esta “autonomía” —en el sentido etimológico griego: “regida por

sus propias leyes”— es relativa, pero real. Ella explica, no solamente los errores que pudieran cometer pensadores marxistas, incluso Marx y Engels (por ejemplo la previsión de la inminencia de una revolución proletaria en Alemania en 1848/50), sino también los conocimientos verdaderos que puede producir, en el interior de sus límites, una ciencia histórica situada desde un punto de vista burgués (por ejemplo, los análisis de Hobbes sobre la violencia como base del Estado moderno).

La ciencia del proletariado demuestra su superioridad precisamente por su capacidad de incorporar estas verdades parciales producidas por las ciencias “burguesas”, superándolas dialécticamente (Aufhebung), criticando-negando sus límites de clase. La actitud contraria, que proclama la infalibilidad a priori de toda ciencia situada en la perspectiva proletaria y el error absoluto y necesario de toda investigación que tenga como base otro punto de vista, es en realidad *dogmática y reduccionista*, porque ignora la autonomía relativa de la producción científica en relación a las clases sociales.

Como conclusión: el punto de vista del proletariado no es una condición suficiente para el conocimiento de la verdad objetiva, pero es aquel que ofrece mayores posibilidades de acceso a esta verdad; y esto, porque la verdad es, para el proletariado, un medio de lucha, un arma indispensable para la revolución. Las clases dominantes, la burguesía (y también los burócratas, en otro contexto) necesitan mentiras para mantener su poder. El proletariado revolucionario necesita la verdad.

Traducción de Elizabeth Souza-Lobo

CLASS OBJECTIVITY AND POINT OF VIEW IN SOCIAL SCIENCES

Is the kind of objectivity found in the natural sciences possible in the social sciences? What does it mean to know the truth about Society?

I. Positivism

The fundamental epistemological error of Comte, Durkheim, and Weber, is that they do not comprehend the specific method of the social sciences.

This specific method is necessary basically because of the partial identity of the student with the object of this studies. Before, during, and after the study of society, the subject and the object are mutually acting to shape one another. Thus, there can be no objective distance between the two.

II. Mannheim's Eclectic Intent

Mannheim, in *Ideology and Utopia* claimed that it was possible to interpret the positions of different classes into a coherent whole. Subsequently, in *Liberty, Power, and Democratic Planning* it became clear that this so called objective and dynamic approach was a petty-bourgeois, class-determined, analysis.

III. The Debate Within Marxism

Marx and Engels did not claim to be objective, but rather to have a clearly proletarian perspective. This method was a rational-dialectical, and fundamentally critical and revolutionary. Lenin, Rosa Luxemburg, Lukacs, Gramsci, and Korsch continued in this tradition. Reformists such as Kautsky claimed a purely scientific objectivity, like the positivist.

In the 1950's there were some Stalinist epistemological errors, especially attempts to overextend the proletarian basis of science Proletarian Biology. Apparently in reaction to this Louis Althusser has taken an almost positivist position, which is opposed to Marx, Lenin, Luckacs, etc. He recognizes only two possibilities 1, A social Sciences independent of classes, 2, A social science immediately and exclusively from a proletarian class perspective.

IV. Conclusion: The Proletarian Point of View

The solution to the problem lies with neither of Althusser options. The first thing to accept is the simple fact of relativism. But not a sterile relativism, rather one which understands the clear advantages that the proletarian view point has no specific interests to defend and a clear conception of history, both are notably lacking in the bourgeois conceptions of the world. Secondly, it should be realized that a relative autonomy of Social Sciences exists within the sphere of its own historical development. Here too, the true critical proletarian science demonstrates its superiority to the bourgeois science, by its ability to accept and advance the partial truths of bourgeois science. Social Science which has a true consciousness of its basis in the proletariat, and the heritage of developing truth of science as a whole, is truly revolutionary.

GUILLERMO LABARCA

PARA UN DEBATE SOBRE LA PLANIFICACION DE RECURSOS HUMANOS

Cuando se quiere analizar la capacidad de adecuación del sistema de educación a los fines que se le atribuyen, se corre el riesgo de dejarse imponer las categorías de oferta y demanda y de productividad; es decir, de reducir el problema educativo a un problema económico, lo que tiene como consecuencia una simplificación excesiva de una problemática compleja, simplificación ésta que se realiza al sustituir un conjunto de fenómenos reales por una construcción artificial.

La preocupación por rentabilizar las inversiones en educación y por adecuar la producción del sistema educativo a la demanda planteada por el aparato productivo, (preocupación perceptible en las consideraciones de la "economía de la educación"), oculta, la mayor parte de las veces, las dimensiones reales de la educación, lo que transforma la racionalización de los servicios educativos en un ejercicio limitado y excluyente.

La ruptura con las preconstrucciones de la "economía de la educación" es tanto más necesaria cuanto que sus simplificaciones excesivas amenazan con esconder la naturaleza de una problemática relevante, a saber, las modificaciones y reformas que deben introducirse en el sistema educativo para que éste pueda dinamizar los procesos de transición.

El análisis sociológico debe tomar por objeto de sus preocupaciones, el objeto construido al interior del marco proporcionado por la "economía de la educa-

ción", que impide aprehender la naturaleza del problema. Esto es posible solamente si, en un primer paso, se rechaza la aparente neutralidad del sistema educativo, tanto de sus formas organizacionales, contenidos e historia; es decir, su aparente independencia de la estructura de clases de la sociedad y, en un segundo paso, si se somete al análisis crítico, los supuestos que sostienen la objetivación económica del sistema educativo.

Esto implica analizar el sistema educativo al interior de un determinado "proyecto de civilización"; es decir, reconocer el carácter decisivo que juega la estructura política en las características de funcionamiento del sistema educativo. Asumir explícitamente esta perspectiva es la condición necesaria para el análisis fructífero de los supuestos de la economía de la educación.

Las técnicas de planificación de recursos humanos y las de cálculo de rentabilidad de la educación son la mejor expresión de los planteamientos de la economía de la educación. Estas son, de día en día, más sofisticadas; sin embargo, se fundamentan en razonamientos simples. Son estos razonamientos los que interesa examinar.

Los procedimientos más usuales y a los que hacemos expresa referencia son: a) el propuesto por Harbison y Myers; b) la extrapolación de la tendencia histórica; c) el modelo de Tinbergen y Bos; y, finalmente d) el análisis de costo-beneficio a partir de la estimación de tasas de retorno.

Las limitaciones para la aplicación de estos sistemas, señalados por los seguidores de tales métodos, son: las dificultades para encontrar datos suficientemente desagregados para hacer las estimaciones. Plantean también que el perfil de rentabilidad se puede modificar por factores diferentes a la educación y que la diferencia de ingresos (indicador de productividad) puede ser debida, más bien, al nivel intelectual que a los años de escolaridad. También apuntan que no todos los costos de educación pueden ser considerados como inversión, lo que falseará los cálculos, porque algunos de los insumos deben ser considerados como consumo; etc.

Estas observaciones, sin embargo, son menos importantes que aquellas que han de hacerse en el nivel de los supuestos que fundamentan estos métodos. Previamente expondremos, simplídicamente, los métodos anteriormente mencionados.

a) Harbison y Myers: La determinación de "objetivos nacionales" es el punto central de la metodología propuesta por estos autores. Estos objetivos son fijados por medio de comparaciones entre los países o entre regiones, tomando como referencia los países o regiones de desarrollo relativo más importante; es decir, el país o la región cuyo aparato productivo presenta un grado superior de modernización, medido éste por el grado de industrialización, población urbana, etc. En otras palabras, el volumen de recursos humanos que se debe alcanzar en los diferentes sectores de la economía es función de la proporción de recursos humanos en los países cuyo desarrollo sirve de modelo.

Formalmente, esto se puede expresar así:

$$\frac{L_k}{P} = f \left(\frac{L_{kd}}{P_d} \right)$$

donde: L = fuerza de trabajo.

k = sector de la actividad económica.

P = población del país.

d = región que sirve de modelo.

Así, la cantidad de mano de obra calificada deseable para cada sector es proporcionalmente la misma que existe en los países cuyo desarrollo sirve de modelo. Es claro que si en el país modelo hay carencia o exceso de mano de obra en algún sector, deben ser modificadas las estimaciones. En otras palabras, hay aquí una concepción gradualista del desarrollo económico y, en consecuencia, la aceptación implícita de un determinado modelo de desarrollo como único aceptable o posible, precisamente el modelo seguido por las sociedades industriales. La crítica a las concepciones gradualistas de desarrollo está hecha en repetidas ocasiones por diversos autores. Volveremos más adelante sobre los aspectos particulares que aquí interesan.

b) Extrapolación de la tendencia histórica: Se estima la demanda futura a partir de proyecciones de la demanda anterior. Es decir, se utiliza la distribución sectorial de las diversas especialidades y la tendencia a cada una de ellas durante un cierto número de años que se proyecta a fin de obtener una estimación de la demanda futura. Se emplea, sobre todo, para estimaciones a mediano y corto plazo. Estas estimaciones pueden ser corregidas con la introducción de otras variables, como la tasa de crecimiento sectorial, el producto que de ellas se desprende, etc.

Una expresión formal simplificada de este método es la siguiente:

$$L_k(t) = f(A + (L_k A(t-1) + (L_k A(t-2) \dots (L_k A(t-n)))$$

donde: t = tiempo

A = stock disponible

Al estimar la demanda futura a partir de proyecciones de la demanda histórica, se supone que el proceso de desarrollo es un proceso de crecimiento puramente cuantitativo; es decir, que el tiempo es la variable principal en el aumento de la demanda. Por otra parte, se supone, implícitamente, que no se producirán cambios cualitativos ni en las tecnologías ni en el desempeño profesional; es decir, que la demanda futura de obreros calificados, médicos o arquitectos será una demanda de mano de obra con la misma calificación con la que se ha venido produciendo; en otras palabras, que no habrá incorporación de tecnologías diferentes o que el desempeño profesional tendrá las mismas características en el futuro. Es este último aspecto el que interesa señalar en este trabajo. Es aquí donde lo sustentado expresa una posición conservadora de las relaciones de trabajo. Como veremos más adelante, las categorías profesionales actualmente existentes tienen una funcionalidad política precisa.

c) Modelo de Tinbergen y Bos: Este modelo pretende superar las deficiencias técnicas de los modelos anteriores. Así, sin utilizar la tendencia histórica ni tampoco directamente las comparaciones internacionales, estima los recursos humanos necesarios para un determinado grado de desarrollo, en función del ingreso nacional y del ingreso per cápita.

Formalizando, tenemos:

$$L = f \left(Y \left(\frac{Y}{P} \right) \right)$$

donde:

Y = ingreso nacional

Tinbergen, derivando regresiones hechas con datos de veinte países desarrollados y subdesarrollados, logra las expresiones siguientes:

$$G = 5.2 \left(Y \cdot 10^{-6} \right)^{1.202} \left(\frac{Y}{P} \right)^{-0.164}$$

$$S = 163.7 (Y \cdot 10^{-6})^{1.314} \left(\frac{Y}{P} \right)^{-0.655}$$

donde: G = mano de obra
 S = mano de obra con formación secundaria
 Y = PGB en US. dólares de 1957
 $\frac{Y}{P}$ = $\frac{PGB}{capita}$ en US. dólares de 1957

Formulaciones de este tipo permiten dos aplicaciones diferentes:

1. Sustituyendo los valores actuales de Y y de P en la ecuación y comparando la solución obtenida para G y S con su valor conocido, se verifica si un país tiene el volumen "adecuado" de graduados o, lo que en este caso es su equivalente, de fuerza de trabajo.

2. Sustituyendo los valores proyectados de las tasas de crecimiento de Y y P, se obtiene una adecuada tasa de crecimiento para G y S.

Estas formulaciones suponen que hay una correspondencia entre el número de graduados en los diferentes niveles y el número de empleos equivalentes a la formación recibida. Con este método, se pretende racionalizar la formación universitaria y secundaria en términos de formación profesional y de empleos. Como veremos más adelante, no siempre hay una correspondencia, en la práctica, entre empleo y personal calificado y entre formación profesional y educación institucional. Por otra parte, están aquí, aunque de manera menos explícita, los mismos supuestos que encontramos en Harbison y Myers al utilizar comparaciones internacionales para validar estas ecuaciones, lo que equivale, por una parte, a considerar cualitativamente iguales los procesos de desarrollo y, por otra, que las condiciones de desempeño profesional que existen en los países puestos en correlación deben ser o son idénticas en todo proceso productivo.

Hay que precisar que Tinbergen obtiene altos coeficientes de correlación para estas ecuaciones (0.845 para la primera y 0.857 para la segunda). Estos coeficientes, que no pueden ser atribuidos a una pura casualidad, indican que en una cierta forma de organización de la producción y dado un determinado ingreso nacional e ingreso per capita, se puede aspirar razonablemente a "producir" un determinado contingente de graduados universitarios o secundarios. Los coeficientes de correlación no permiten inferir nada más y no validan, por lo tanto, las ecuaciones en el sentido en que las entiende Tinbergen.

d) Finalmente, con una sofisticada metodología, se estima la tasa de retorno de la inversión en educación y la de las ganancias del capital convencional, las que después de ser comparadas permitirán tomar decisiones en inversiones futuras, en el monto de las inversiones como en los sectores de la educación en que se debe invertir.

La intención de tal método es proporcionar un cálculo económico de la educación, económico en términos de rentabilidad. Independientemente de toda la crítica ideológica que se puede hacer al método mismo, esto es a la utilización de los ingresos personales como medida de rentabilidad de las inversiones en educación, hay que hacer una serie de consideraciones sobre las consecuencias prácticas de estas estimaciones; es decir, sobre la concepción que dice que las inversiones en educación son alternativas a las inversiones en capital convencional. Sobre estos aspectos, volveremos más adelante. Ahora conviene destacar que este método persigue obtener un máximo beneficio económico de las inversiones y nada más que

eso, lo que naturalmente deja de lado otros aspectos de la educación. Este objetivo de rentabilizar las inversiones destinadas a la formación de recursos humanos, que sin duda es positivo, resulta desvirtuado cuando se considera la educación escolar como formación profesional; es decir, en estos cálculos, la educación queda reducida a la formación profesional. Tal reducción es inevitable, si se hacen las estimaciones a partir de los años de permanencia en el sistema escolar y universitario. Dado que este método establece esa identidad, no contribuye a una modificación de las estructuras escolares, en la práctica que se desprende de sus conclusiones. Todas estas proposiciones metodológicas, a excepción de la proyección de la tendencia pasada, tienen, en su base explícita o implícitamente, comparaciones internacionales o regionales, las que merecen una serie de objeciones que ya han sido planteadas por diferentes autores. M. Debeauvais se refiere a los supuestos que implican dichas comparaciones:

"Se supone implícitamente, que cada país sigue una evolución similar a la de otros países y que los países desarrollados constituyen los "modelos de desarrollo", lo que es muy discutible.

Se supone también en este tipo de análisis econométrico que la situación mundial en su conjunto presenta un óptimo económico o una situación de equilibrio. Es decir, no se toman en cuenta las posibles deficiencias del mercado de trabajo mundial o de un país particular.

En el método de cálculo adoptado, que es el método común de análisis de regresión, cada país cuenta por una observación, es decir que cada país tiene el mismo "peso" que otro, cualquiera que sea la dimensión de su economía o de la población. No hay economías de escala.

Se descuida completamente el mecanismo de los precios del mercado de trabajo, es decir, se supone que no hay ajuste entre la oferta y la demanda en el mercado de trabajo de los profesionales calificados. Si, por ejemplo, faltan ingenieros, la conclusión será que disminuye la producción. (Este es un tipo de razonamiento que se utiliza en los modelos de programación lineal del tipo de Leontieff con coeficiente de imput-output, donde se supone que no hay sustitución posible de factores de producción, por ejemplo, no hay sustitución posible entre capital y trabajo). No hay posibilidad de sustitución entre una ocupación y otra, o un nivel de educación y los otros" (1).

A las observaciones a los métodos basados en comparaciones internacionales, hay que agregar aquella que afecta a la metodología que emplea la proyección de la demanda histórica para hacer una estimación de la demanda futura. Al respecto, hay que decir que las tendencias pasadas son producto de condiciones que sería arbitrario pretender vayan a continuar en lo futuro y, por otra parte, este método no cuestiona la eficiencia de las tendencias históricas.

Estas críticas, si bien son válidas, no superan la limitación de un enfoque economicista, dado que siguen considerando la educación un "factor económico"; es decir, las inversiones en educación como inversiones de capital (recursos humanos); los productos (egresados) del sistema educativo, como insumos de la producción. La crítica economicista de las técnicas de planificación y cálculo de la rentabilidad de la educación son una manera más sofisticada de escamotear el problema sin darle una salida verdadera.

Para plantear el problema de las relaciones entre el sistema de educación y el aparato productivo en su debida forma, es necesario, como un paso previo de ruptura con las concepciones que hemos venido presentando, abocarse a un análisis de los supuestos ideológicos de esas metodologías.

(1) M. Debeauvais: "Métodos de Previsión de la Demanda y la Oferta de Profesionales de Alta Calificación" en PLANDES, Boletín Nº 38-39, Stgo., 1970.

Considerar la educación como un insumo más, es algo que hay que examinar de cerca. Para ello nos basaremos en datos empíricos del caso chileno. Dado que el supuesto básico del enfoque que estamos analizando es que la educación escolar y universitaria es formación profesional, hay que establecer cómo se dan, en la práctica, las relaciones entre aparato productivo y sistema de educación.

A.— Según datos muestrales, se tiene que:

NIVELES DE CALIFICACION

Nivel de estudios	Profesionales técnicos	Otros prof. universit.	Técnicos prácticos	Adminis- trativos	Trabaj. Calif.	Semi- Calif.	No Calif.	Total
Universitaria	14,3	33,3	6,3	21,9	1,9			77,7
Media Profesional			15,9	107,8	47,5	8,0	8,8	188,0
Secundaria			13,4	333,0	204,5	56,6	67,9	675,9
Primaria			2,6	141,6	469,4	195,4	664,0	1473,0

(Cifras en miles) Fuente: Dirección de Estadísticas y Censos: "Muestra racional de hogares", Santiago.

B.— El análisis de los contenidos de programas de enseñanza en Chile indica que:

- 1.— La enseñanza primaria no considera, en sus programas, el aprendizaje de tecnología (salvo la de leer y escribir).
- 2.— La enseñanza secundaria general tampoco considera, en sus programas, la divulgación de tecnologías aplicables a la producción (salvo aprendizaje de idiomas, que es efectivo solamente en colegios de origen extranjero).
- 3.— La enseñanza media-técnica profesional considera, en sus programas, la divulgación de tecnología (entre 40 y 60% del total del programa); pero, en las distintas ramas, oscila entre un 30 y un 70% de los egresados de este nivel de enseñanza que trabajan fuera del sector de estudios (2).

Estas observaciones A y B nos permiten sacar algunas conclusiones:

- 1.— Más del 57% de los egresados de la enseñanza media profesional desempeñan tareas administrativas y de nivel medio. Sólo un 43%, desempeñan tareas técnicas en cualquiera de sus niveles. A esto hay que añadir que muchos de aquellos que tienen tareas técnicas las tienen en un área diferente del área de estudios.
- 2.— Más del 50% de los egresados de la enseñanza secundaria están empleados en tareas predominantemente manuales o técnicas y, la gran mayoría de ellos, en tareas que exigen algún nivel de calificación. Por el contrario, sólo la mitad de los de la enseñanza media tiene empleos administrativos de nivel medio.
- 3.— Si bien la gran mayoría de los egresados de la enseñanza primaria tiene empleos manuales (más del 90%), al interior de esa categoría, 472 mil desempeñan tareas de obrero calificado o "técnicos prácticos" y 664 mil lo hacen como trabajadores no calificados (no consideramos en esta comparación los trabajadores semicalificados por la ambigüedad que esta categoría comporta).

Sin duda sería conveniente hacer un análisis más detallado de los contenidos de la enseñanza, así como exponer el material empírico pertinente. Desgraciadamente ello no es posible en los límites de este trabajo. Nos limitaremos a las observaciones más generales anotadas arriba. Más adelante, volveremos sobre el caso particular de la enseñanza universitaria.

(2) Escudero, E., op. cit. (Hay que hacer notar que los trabajadores egresados de la enseñanza media profesional que trabajan fuera del sector de estudios alegan la carencia de mercado de trabajo y preparación insuficiente como dos de los motivos más importantes para trabajar en un sector que "no les corresponde").

La constatación, aquí indicada, del desajuste cualitativo y cuantitativo existente entre el sistema de educación y el aparato productivo, podría llevar a postular la racionalización de los servicios educativos (a la cual prestarían un valioso aporte las técnicas de planificación), racionalización que se haría en términos de eficiencia. Sin embargo, tal solución significa caer en la trampa de dejarse imponer el enfoque con el que se quiere romper. Ruptura necesaria para develar la significación del objeto construido con categorías económicas y para transformar la educación en un agente dinámico de los procesos de transición al socialismo.

Todos los modelos de planificación, aquí reseñados, para ser eficaces deben desagregar las categorías profesionales; de lo contrario, las estimaciones, por demasiado generales, perderían toda relevancia. Esto implica aceptar una organización de la producción de las unidades productivas y una estructura profesional que tengan en cuenta dichas especializaciones.

Las relaciones sociales, al interior de las unidades productivas, así como la tecnología empleada (proporción de recursos humanos y financieros) determinan tanto los roles como los niveles de conocimiento tecnológico de los trabajadores, técnicos y directivos, lo que naturalmente remite a las condiciones de trabajo, poder político en la producción, etc. Cuando, en una unidad productiva, todo el conocimiento técnico está en manos de unos pocos, serán éstos quienes tomen las decisiones técnicas y además estarán en el centro de decisiones de otro orden, como son por ejemplo aquellas que se tomen sobre remuneraciones. Sin embargo, es posible que, en determinadas circunstancias, sean obreros o trabajadores menos calificados quienes tomen dichas decisiones, pero ésta será solamente una situación coyuntural. El poder político deberá tener a su favor a quien tenga el conocimiento técnico. Esto tiene consecuencias para la planificación de recursos humanos. Cuando se planifica la cantidad de ingenieros que se necesitarán, se opta por una forma de organización de la producción y por relaciones de producción, en las que el ingeniero cumple un papel dado por el conocimiento técnico que debe poseer y que monopoliza. Esto implica, además, una estructura en que están definidos los roles y, en consecuencia, el conocimiento tecnológico de todos los trabajadores restantes. Más adelante examinaremos tanto el carácter político de esta situación como el valor real de la calificación y formación profesional.

Por otra parte, se confirma en esas técnicas una determinada manera de organizar el trabajo, al ser utilizadas comparaciones internacionales como método operativo o para validar las estimaciones.

Las especializaciones profesionales, tanto en el nivel nacional como internacional, son funcionales e indisolublemente ligadas a la división técnica del trabajo del sistema capitalista. Sin embargo, dichas especializaciones y la consiguiente división del trabajo, del que son una manifestación, no son un imperativo técnico sino político e ideológico. La inadecuación, tanto cualitativa como cuantitativa, entre mercado del empleo y sistema de educación es una indicación de este fenómeno.

Las siguientes consideraciones se imponen:

Se supone, por ejemplo, en toda estimación de planificación, que la enseñanza media profesional prepara mano de obra calificada. Sin embargo, ni la mitad de los egresados de este nivel se emplean como obreros calificados. Esto puede ser interpretado de dos maneras extremas. Una, que la escuela prepara para los empleos profesionales; pero, el aparato productivo, por deficiencias de uno u otro orden, no puede emplearlos a todos. La otra interpretación posible, que la enseñanza media-profesional no califica para las labores productivas en las condiciones reales en que ésta se realiza. Ambas interpretaciones son válidas, en el sentido siguiente: los contenidos de la enseñanza media-profesional, o de cualquier otro nivel escolar de enseñanza, no son "conocimientos reales"; es decir, no pueden ser utilizados directamente ni en la producción ni en la transformación del medio. En segundo

lugar, no es necesario haber pasado por la enseñanza media-profesional para estar empleado como obrero calificado. (Hay gran cantidad de obreros calificados con enseñanza media general o solamente primaria).

Una solución técnica a esta realidad sería decir que hay que disminuir el número de los alumnos de la enseñanza profesional, a fin de calificar realmente, de tal manera que su calidad técnica les impida verse desplazados por egresados de otros niveles de la enseñanza. Tal solución sería, sin embargo, como poner la carreta delante de los bueyes, dado que gran parte de la población que trabaja en empleos calificados no ha pasado por el sistema regular de educación destinado a tal efecto, lo que lleva a postular la posibilidad de efectuar la calificación en el trabajo mismo independientemente de las instituciones educativas.

Por otra parte, hay que considerar todos los niveles de la enseñanza, en términos del sistema social en su conjunto; es decir, la escuela no puede ser examinada solamente desde el punto de vista de sus objetivos económicos a fin de mejorarla si no los cumple; lo que se precisa es descubrir su significación social real. En nuestro caso, la escuela contribuye al desarrollo de las fuerzas productivas de una manera tal, que éstas entran en contradicción con los medios de producción al interior de la estructura social. En otras palabras, el desarrollo de la escuela aparece como un desarrollo anómalo en la sociedad global. Una racionalización de los servicios educativos que hiciera coincidir la demanda y la oferta tanto cualitativa como cuantitativamente, implicaría crear tensiones sociales que el sistema no podría resistir. Así, sería impensable reducir el volumen excedentario de mano de obra escolarizada, sin encontrar una resistencia conflictiva. Ninguna "racionalización" puede permitirse esa situación.

Sin embargo, el problema básico de las postulaciones de la planificación de los recursos humanos no es su aplicabilidad; sino, más bien, lo que su eventual aplicación supone.

Las categorías profesionales utilizadas en las estimaciones de planificación de recursos humanos apuntan a reproducir las ya existentes. No está aún demostrado que esa división técnica del trabajo, supuesta por las categorías profesionales, sea una necesidad para la producción, ni tampoco que las tareas al interior de las labores productivas deban distribuirse en forma ya conocida. Pero tampoco hay demasiadas evidencias para afirmar que las especializaciones actualmente en uso no sean una fatalidad de las labores productivas industriales (3). Lo que sí aparece más claro es que esa división del trabajo genera privilegios para los trabajadores no manuales. La planificación contribuye a mantener y reproducir tales privilegios al reproducir las categorías profesionales. Aquí se plantea un problema: dado que, en definitiva, es la división del trabajo, propia de las relaciones de producción capitalistas, la que genera privilegios, es decir una determinada estructura social; la que permite tratamientos desiguales para unos y otros, ¿las técnicas de recursos humanos aquí señaladas contribuyen a generar privilegios solamente en el marco de una sociedad capitalista? en otras palabras, ¿son ellas neutras ideológica y políticamente? ¿Podrían aplicarse tales modelos a cualquier sociedad?

Si la especialización y la división técnica del trabajo fueran una necesidad de una sociedad socialista, lo que está por demostrarse, éstas deberían ser el fruto de necesidades técnicas y no de otro orden. Ello debe llevar a concebir la especialización como una necesidad para el cumplimiento de tareas específicas en el proceso productivo y no en términos de profesionales, como sucede actualmente. Se

(3) Los intentos de innovación que, en este sentido, se quieren imponer en la República Popular China dan una indicación de la posibilidad de superar la división técnica que se supone inevitable en la producción industrial. Estas innovaciones tienen el valor de experimentos que deben ser reformulados, teniendo en cuenta las condiciones locales específicas.

trataría entonces de una división funcional del trabajo; es decir, de una división realmente técnica.

Ahora bien, las técnicas de planificación de recursos humanos se apoyan en dos supuestos que hacen imposible su aplicación en el marco de una sociedad que quiere superar la división social del trabajo: uno, es que las categorías escolares y profesionales que éstas utilizan son las dadas por el sistema de educación actual (4) y el otro, que en alguna medida es consecuencia del primero, que actualmente la planificación de recursos humanos es más bien planificación del sistema educativo que planificación de recursos humanos.

Esto significa replantear el problema inicial de otra manera, vale decir en cuanto a la utilidad del sistema de educación actual, de su estructura, objetivos, diversificación interna y métodos de evaluación para una sociedad que quiere transitar hacia el socialismo.

La diversificación interna del sistema de educación, que se traduce en las categorías profesionales y en los niveles en que éste se divide, conduce a títulos y grados cuya mayor significación, en términos económicos, es la de otorgar valor de mercado a la fuerza de trabajo. Valor que no refleja necesariamente calificación real de los trabajadores. Existe evidencia empírica para afirmar que el nivel de remuneración es, en gran medida, función del ciclo de estudios terminado y no únicamente de las tareas, productivas o no, ejercidas en el sistema económico. El subempleo profesional, fenómeno no cuantificado, pero sin duda importante en el país, muchas veces no se refleja en el salario de estos "trabajadores". El título o grado alcanzado en el sistema educativo garantiza, en estos casos, un nivel de remuneración equivalente al que obtienen aquellos trabajadores, con similar nivel de estudios, que ejercen sus labores empleando plenamente su capacidad. Esto no quiere decir que todo egresado de cualquier nivel de la enseñanza tenga necesariamente asegurado un nivel de remuneración determinado, sino más bien que muchos de ellos, en particular los egresados de la enseñanza superior, protegen un nivel de salarios con el título o grado adquirido. Por otra parte, se da el fenómeno complementario de trabajadores que ejercen tareas para las que teóricamente no están capacitados por el sistema escolar; pero que, por no tener grados escolares suficientes ven su nivel de remuneración disminuido. Esta disminución se justifica precisamente por falta de escolaridad.

Esto es tanto más contradictorio cuanto que, como se ha visto anteriormente, la formación escolar y, en alguna medida, la universitaria, no pueden considerarse "strictu sensu" calificación.

No queremos ponernos en la posición extrema de negar todo valor formativo para el trabajo a la enseñanza institucionalizada. Así, leer y escribir y algunos conocimientos técnicos como calcular son indispensables hoy día en la producción industrial; conocimientos que, hoy en día, se adquieren en el sistema regular de educación. Solamente queremos mostrar que gran parte de la educación, si no la mayor parte de ella, tiene un valor simbólico; es decir, ideológico, que contribuye a mantener la división del trabajo en términos políticos o lo que es igual, de poder.

La educación y, en particular, la formación profesional tienen un valor simbólico análogo al que tienen los ritos de iniciación en las sociedades primitivas; ritos que integran a algunos individuos a grupos herméticos, con prácticas secretas y conocimientos esotéricos que, muchas veces, no son funcionales con las tareas específicas que éstos desempeñan al interior de la sociedad. Esto es sensible en todos los niveles de la enseñanza. Los datos empíricos, tanto de la relación edu-

(4) Véase más arriba las formalizaciones que hemos hecho de los diferentes modelos. No hay que olvidar la dependencia que estos modelos tienen de las estructuras profesionales y escolares actualmente vigentes y, en particular, su referencia a los países desarrollados.

cación-trabajo como de los contenidos de la enseñanza, nos dan una indicación de ello. El valor del paso por la universidad es el valor del título. Por otra parte, en este nivel de enseñanza, el volumen de la información recibida, gran parte de la cual es abstracta e inaplicable, no se justifica ni cualitativa ni cuantitativamente. No es fácil aceptar racionalmente la cantidad de materias aprendidas por los profesionales ni el tiempo empleado en ello, si se examinan las tareas que éstos posteriormente hacen y los conocimientos que aplican, amén de la necesidad, experimentada por todos los egresados de la enseñanza universitaria, de transformar lo aprendido en "conocimiento real" en la práctica laboral.

La planificación de recursos humanos mantiene esa situación al reproducir técnicamente esa división profesional; es decir, al continuar distribuyendo la fuerza de trabajo en función de títulos, grados, diplomas y niveles escolares.

Una sociedad socialista debe llevar al desarrollo armónico y total de las fuerzas productivas. Postulamos que ese objetivo es imposible de alcanzar, si es el sistema de educación el que se encarga de la formación y calificación de los trabajadores, dado que éste opera en manifiesta desvinculación de las tareas productivas y sociales (desvinculación que encuentra su explicación en la esfera de lo político); que utiliza recursos producidos por toda la sociedad en forma irracional (irracional, en el sentido que los recursos empleados son para impartir información que no es "conocimiento real", es decir, no apto para la vida social y productiva) que no puede, en consecuencia, por causas objetivas, lograr una democratización real de la enseñanza y, finalmente, que no estimula ni prepara para la creación y la innovación.

Considerar las inversiones en la educación como inversiones de capital y aún más considerarlas como inversiones alternativas, es un razonamiento impracticable en una sociedad contemporánea, cualquiera que sean las relaciones de producción al interior de ella, además de contradictorio y absurdo en una sociedad socialista.

Impracticable, porque las inversiones en educación son hoy ineludibles. Ninguna sociedad puede desviar recursos destinados a la educación para invertirlos en capital convencional. Las inversiones en educación no son alternativas a otras inversiones y los criterios de inversión en esa área no son ni pueden ser los de rentabilidad, sino los de demanda social, que muchas veces están reñidos con la posibilidad de mayores ganancias en otras inversiones eventuales. Decimos además que es absurdo en el marco de una sociedad socialista, porque ésta, si quiere ser tal, dada una elección política, explícitamente expresada en la lucha social, no puede hipotecar cierto nivel mínimo de bienestar (la educación pertenece a ese nivel mínimo), en pro de una posible mayor tasa de ganancia. Por otra parte, dado que en una sociedad socialista se replantea el problema de la educación desde sus raíces, es posible que no existan inversiones en educación tal como las conocemos hoy día. Esto quiere decir, que, si se concibe el proceso educativo como un proceso estrechamente vinculado a la vida social y económica, pasa a ser toda la sociedad la que educa. En lo que se refiere al problema particular de la calificación, gran parte de ésta debería ser dada en las unidades productivas y de servicios mismos, o en instituciones que se diferencien de las unidades estrictamente productivas, en la edad y destreza de los trabajadores y en la distribución de los horarios, lo que hace difícil la distinción entre inversiones en educación y otros sectores.

No hay que desconocer, sin embargo, que siempre habrá, en el proceso de aprender, una interacción en la que el individuo se apropiará de la experiencia de los otros. Pero ésta no debe estar fatalmente ligada a prestigio, status o poder de parte de los intelectuales. La transmisión de conocimientos e informaciones debe ser una forma de trabajo, que haga aparecer en el cuerpo social al "trabajador estudiante"; además, la relación profesor-estudiante debe superar su carácter autoritario para transformarse en un intercambio de diferentes niveles de experiencia.

Aquí, sin duda, nos movemos en el terreno de la utopía; sin embargo, ésta es necesaria para contraponer un ideal al que se quiere llegar con la realidad actual y, más específicamente, para mostrar el contenido ideológico y político de las técnicas de todo orden actualmente en uso.

Hay otros dos aspectos implícitos en las suposiciones de planificación que examinamos: el primero es la suposición de determinadas funciones de producción y de organización del trabajo a las que serían funcionales los productos de tal sistema de planificación de recursos humanos y el segundo, la centralización de las decisiones, en esta materia, en las manos de un grupo de técnicos.

La función de producción supuesta aquí está basada en las "técnicas más modernas", o mejor, es aquella utilizada en los países de desarrollo capitalista más avanzado. La industrialización basada en las "técnicas más modernas" o a intensidad de capital exige una tasa elevada de inversión y no permite dotar de medios de producción eficientes o competitivos más que a un número limitado de trabajadores. Ello impide un desarrollo armónico de todas las fuerzas productivas, considerando, entre éstas, los recursos humanos potencialmente disponibles. Esto se traduce, en el nivel global, en el desarrollo de la empresa o grupo de empresas donde se encuentran concentrados los medios de producción y no en el desarrollo total de las fuerzas de producción.

Tal esquema tecnológico (que mejor que moderno deberíamos llamar tradicional en la medida en que estos términos comportan juicios de valor), refuerzan relaciones de producción que quieren ser superadas, debiendo buscarse esquemas tecnológicos realmente modernos, es decir, de acuerdo a los objetivos a los que se aspira. Este esquema tecnológico tradicional impide una liberación de la energía humana.

El carácter distintivo de esa tecnología es la separación entre trabajo intelectual y manual supuesta en los grados y niveles de la educación. Es, desde un punto de vista político, una tecnología opresiva, en el sentido que deja en manos de la minoría que ha llegado a los niveles más elevados del sistema educativo, toda decisión, reduciendo el trabajo obrero a un simple trabajo manual de ejecución. Impide así, toda colaboración entre trabajadores manuales e intelectuales y la posibilidad para los obreros de sacar partido de la experiencia práctica (léase conocimiento real) adquirida en la producción.

La centralización de la toma de decisiones en materia de planificación de recursos humanos comporta el grave inconveniente del subjetivismo y la arbitrariedad, dado que la elaboración del plan y la elección de la técnica por aplicar, así como su aplicación misma, exigen una serie de conocimientos que los técnicos no pueden tener. Conocimientos o informaciones de orden cualitativo, como es por ejemplo el tiempo necesario para el aprendizaje de una técnica, la organización de currícula, métodos y el sistema de aprendizaje, etc., que no son, en ningún momento considerados por los métodos disponibles para la elaboración del plan. Se suple esa falta de información y conocimientos por decisiones intuitivas tomadas arbitrariamente por los planificadores, lo que va en desmedro de un aprovechamiento eficaz de los recursos y de un verdadero desarrollo de las posibilidades que ofrece la educación.

Es así que la planificación centralizada, en el marco de la división burguesa del trabajo, es la causa de una calidad mediocre de la enseñanza, de derroche de recursos, de una mala utilización de las instalaciones y de la inadecuación de los egresados de la enseñanza a las necesidades del aparato productivo, amén de la conservación del aparato escolar que permanece funcional a esa división del trabajo.

La racionalidad en términos contables de las inversiones en educación, o la racionalización en términos de ajuste entre oferta y demanda de recursos humanos

no es corrientemente racional desde el punto de vista del desarrollo integral y armónico de las fuerzas productivas, ni mucho menos desde el punto de vista del desarrollo de la sociedad en su conjunto.

El proceso de transición debe tender a la superación de la estratificación social, a través de una lucha que liquide las antiguas relaciones de producción y con ellas la división social del trabajo. Esto lleva necesariamente a transformar la división técnica y las antiguas profesiones, con la aparición de nuevos niveles y formas de calificación.

Esto implica un análisis que distingue claramente la educación de la calificación propiamente tal. La primera es necesaria en toda sociedad, dado que no hay sociedad sin ideología ni valores. La configuración y especificación del saber práctico o calificación no podrá ser perfilada solamente al interior de la escuela ni tampoco determinada a priori por los responsables de la elaboración de un plan de recursos humanos. Este surgirá en el lugar mismo donde las competencias se ejercen. Ese análisis demostrará que toda profesión comporta, además de conocimientos, valores sociales ligados más bien a las relaciones de producción capitalistas que a las tareas específicas en los procesos productivos.

Las nuevas profesiones deberán surgir, previa distinción entre educación y calificación, como una necesidad funcional a las tareas productivas y en las unidades productivas o lugares donde se ejerce la labor social. Estas deben, además, asumir los conocimientos engendrados en la actividad social, conocimientos que comportan una visión de su propia finalidad.

Es así como las profesiones y niveles de enseñanza profesional de una sociedad en tránsito hacia el socialismo deben ser concebidas en función de las tareas productivas por realizar, lo que introduce la necesidad del dominio de los trabajadores de las condiciones concretas de su trabajo y de una transformación radical de las relaciones ideológicas y políticas al interior de las unidades productivas. Es solamente una vez cumplida esa condición que se poseen los elementos de juicio para definir la funcionalidad de las diferentes tareas en el cuerpo social.

TOWARDS A DEBATE ON HUMAN RESOURCE PLANNING

The purpose of this article is to analyze some of the most common techniques used in the area of human resource planning. The objective of the analysis is to expose the ideological content underlying these techniques and to bring to light the political consequences engendered by their application.

The study focuses particularly on the methods proposed by Harbison and Myers, on extrapolating from historical tendencies; on the Tinbergen and Bos Models, and finally on the short term benefit model.

The argument sustained here is that if one claims to solve educational and human resource planning problems using methods like those referred to above, one inevitably succumbs to non-democratic political options.

Finally, this article stresses the need to elaborate an alternative to this kind of planning, an alternative which is born within the struggle to abolish the existing relationships of production.

AGUSTIN CUEVA

CIENCIA DE LA LITERATURA E IDEOLOGIA DE CLASE EN AMERICA LATINA

I

Pedro Henríquez Ureña publicó, hace un cuarto de siglo, (1945), un libro en inglés que con el pasar del tiempo devendría célebre en todo el Continente. Traducido con el nombre de *Las corrientes literarias en la América hispánica*, ha conocido desde entonces múltiples reediciones y es hoy un manual obligado de consulta en colegios y universidades. Suerte similar ha corrido su *Historia de la cultura en la América hispánica*, que poco difiere del anterior.

Las tesis sustentadas por Henríquez son fáciles de resumir, pues se reducen a una voluntad manifiesta de mostrar que los hispanoamericanos somos dueños de una larga y sólida tradición cultural; que por fortuna esta cultura es *mestiza*, como lo probaría la simple inclusión de productos vernáculos en nuestra alimentación; y que el "humanismo" que nos caracteriza no data de hoy: "A pesar de los males de que ninguna conquista está exenta, (la de América) tuvo una calidad humana única" y, "por muchos que hayan sido sus errores, la España del siglo XVI merece el nombre que le ha dado Karl Vossler de mentora de la ética entre las naciones europeas" (1). Dentro de esta perspectiva, se comprende que

(1) Todas las citas son tomadas de la 4ª ed. de *Las corrientes literarias*, Fondo de Cultura Económica, 1965.

el capítulo consagrado al "florecimiento del mundo colonial" tenga relevancia particular, siendo el más extenso del libro.

En cuanto a la sociedad colonial, Henríquez Ureña reconoce que fue claudista y racista, pero advierte que, sin embargo, "en su conjunto se mantuvo en condición fluida, debido a los cambios frecuentes en las fortunas de los individuos, a su movilidad y a su adaptación a las nuevas circunstancias". No estaba del todo mal, en definitiva, y lo que es más, tuvo el mérito de engendrar al Mesías prometido: el "mestizo". "Proclamada la independencia, (las discriminaciones) no sólo quedaron legalmente abolidas sino que, poco a poco, fueron dejando de hacer sentir su peso sobre la costumbre".

Rico en erudición (¡más de dos mil autores desfilan en un texto de doscientas páginas!), el libro *Las corrientes literarias* no sustenta, finalmente, ninguna tesis científica, digna de discutirse. Ni siquiera está animado por una intención crítica, mucho menos explicativa de nuestro proceso cultural. Se trata, simplemente, de una descripción fenoménica de los avatares del "alma mestiza".

Por la misma época, Mariano Picón Salas publicó su obra *De la conquista a la independencia. Tres siglos de historia cultural hispanoamericana*, la cual ha conocido un éxito que nada tiene que envidiarle al de Henríquez Ureña. Prologado precisamente por éste, en 1945, el ensayo de Picón es también una "refundición de varios cursos dictados sobre el problema en universidades y colleges de los Estados Unidos", (2) y persigue fines semejantes a los de su colega dominicano. Adopta como él una posición "comprensiva" frente al hecho colonial ("es uno de los primeros intentos de síntesis de las nuevas maneras de considerar los tres siglos coloniales", dice el prologuista); se ufana de nuestra añeja y "refinada" tradición y finca sus esperanzas en el mestizaje. En un momento de exaltación llega a estampar estas frases cargadas de mesianismo:

"Contra el hispanismo jactancioso y contra el indigenismo que querría volver a la prehistoria, la síntesis de América es la definitiva conciliación mestiza. El mestizaje americano consiste en mucho más que mezclar sangres y razas; es unificar en el templo histórico esas disonancias de condición, de formas y módulos vitales en que se desarrolló nuestro antagonismo".

Para que esta "unificación" advenga lo más pronto, el autor invita a aprovechar ciertas lecciones de nuestra propia historia:

"Conciliar dos sociedades y dos mundos opuestos —el del conquistador ensoberbecido y el del indio medroso— es la difícil tarea de justicia y equilibrio que corresponde a la iglesia en el pensamiento de Zumárraga. Si no se fortifica junto al poder de la guerra un poder espiritual pacífico —ya lo había comprendido, con intuición de gran hombre de estado, Hernán Cortés— no es posible lograr el sometimiento de las masas indígenas".

Así que: "La política de asimilación del indígena en países como Perú, Guatemala, Ecuador, Bolivia o el propio México, no debería olvidar la preciosa experiencia del siglo XVI mexicano".

Tesis irreprochable, la de este profeta de la cultura mestiza. La dominación —y esto lo han comprendido no sólo Cortés, sino también Johnson y Nixon— tiene que afianzarse a través de una contrarrevolución cultural ininterrumpida, que en América Latina habría dado ya los frutos apetecidos de no ser por la tozudez del "medroso indio". La burguesía de aquellos países ha tratado, en efecto, de aplicarla sistemática y científicamente en las últimas décadas, con asesoramiento de institutos "indigenistas" y antropólogos bien conocidos.

Picón Salas nos ofrece, además, una interpretación del hecho colonial que sirve de clave para explicar nuestro subdesarrollo. Los conquistadores no vinieron

(2) Citamos según la 4ª ed., Fondo de Cultura Económica, 1963.

a buscar riquezas materiales en América, sino movidos por un "idealismo medieval", que hasta hoy es causa fundamental del atraso:

"Hay, pues, en los orígenes, y contra la otra corriente pragmática y utilitaria que ya comenzaba a formarse en el norte de Europa y que llegaría a su apogeo con el industrialismo y la civilización maquinista del siglo 19, cierto desdén e inferioridad económica que nos retrasaría en la gran aventura técnica y utilitaria del mundo moderno. Acaso la orgullosa y a veces envanecida conciencia de su hombría hizo al español tan rebelde a lo mecánico. Su medievalismo le hacía preferir el guerrero al comerciante, el alma al cuerpo. Hasta hoy los pueblos hispánicos no han conocido plenamente el estilo de la economía capitalista".

En espera de que tal "estilo" nos llegue, Picón realiza el inventario de lo único que poseemos: los productos culturales y especialmente literarios de esa alma criolla, mestiza. Basado en premisas ideológicas semejantes, obviamente no consigue salir del "laberinto barroco" que tanto admira.

En fin y para completar la trilogía, Arturo Uslar Pietri publicó su ensayo *Las nubes*, con prólogo de Picón Salas, datado de 1945. Como es fácil suponer, las tesis de Uslar poco difieren de las del prologuista y, por ende, son casi idénticas a las de Henríquez. Una comunidad de ideales había venido forjándose en el seno de esta sagrada familia, cuyo último vástago resultó ser un predestinado para comprender y analizar la realidad "mestiza". Su nombre mismo lo atestigua, pues, según Picón, "no se han mezclado arbitrariamente el céltico y legendario Rey Arturo, el apellido germano Uslar y el muy meridional clásico Pietri en el escritor venezolano" (3).

Fiel a su sino, Uslar no vacila en proponer una tesis sobre la esencia del fenómeno literario latinoamericano; tesis que, en el capítulo titulado "Lo criollo en la literatura", toca al delirio.

El rasgo que mejor nos permite conocer esa esencia "es el que podríamos llamar del mestizaje. O de la aptitud y vocación de la literatura, como de la vida criolla, para el mestizaje. La literatura hispanoamericana nace mezclada e impura y mezclada alcanza sus más altas expresiones. No hay en su historia nada que se parezca a la ordenada sucesión de escuelas; las tendencias y las épocas que caracterizan, por ejemplo, a la literatura francesa. En ella nada termina y nada está separado. Todo tiende a superponerse y a fundirse. Lo clásico, lo romántico, lo antiguo con lo moderno, lo popular con lo refinado, lo tradicional con lo exótico, lo racional con lo mágico. Su curso es como el de un río, que acumula y arrastra aguas, troncos, cuerpos y hojas de infinitas procedencias. Es aluvial. Nada es más difícil que clasificar a un escritor hispanoamericano de acuerdo con características de estilos y escuelas. Tiende a extravasarse, a mezclar, a ser mestizo".

Constatación que en el plano *descriptivo* no es del todo inexacta, en la medida en que nuestra literatura no repite paso a paso el proceso de otras literaturas. Lo cual es obvio, por lo demás, como explicable es que, en formaciones sociales caracterizadas por una acentuada heterogeneidad estructural, la superestructura ideológica (cultural) manifieste análoga situación.

Lo que resulta insólito e inaceptable es creer, como Uslar y sus seguidores, (4) que nuestra historia literaria en una especie de caos en donde no existe otra legalidad que la aberración, o que los hechos culturales de América Latina se explican por el "carácter específico del espíritu criollo". Tal puede ser la apariencia (en el primer caso) o el mito (en el segundo), pero la labor científica consiste precisamente en descubrir las leyes que rigen, desde la infraestructura, la organiza-

(3) Citamos de la edición chilena de *Las nubes*, Santiago, Ed. Universitaria, 1956.

(4) Guillermo de Torre, por ejemplo, en *Claves para la literatura hispanoamericana*, Madrid, Taurus, S. A., 1959.

ción de ese "caos", y una verdadera ciencia de la literatura puede, sin duda, lograrlo. Después de todo, el que se haya reconocido la existencia de una literatura "de la independencia" o "de la conquista", por ejemplo, pone de manifiesto que el proceso es mucho menos arbitrario de lo que pudiera suponerse. Hasta el esotérico "barroco" refleja en su conjunto la situación de la clase social que lo produjo; no se diga la literatura "política" del siglo XIX o la "social" del XX.

Pues, lo paradójico de Uslar reside en que, al mismo tiempo que afirma que la literatura latinoamericana está "preponderantemente concebida como instrumento" y "lleva generalmente un propósito que va más allá de lo literario", por otro lado concluye que "nada es más difícil que clasificar a un escritor hispanoamericano de acuerdo con las características de estilos y escuelas".

II

Si la relación entre infraestructura y fenómenos literarios es más visible en las sociedades latinoamericanas que en otras, ¿qué dificultad hay en clasificar y explicar esos hechos? De acuerdo con características estrictamente formales, ciertamente no es posible, y menos aún cuando se pretende encajarlos en tipos ideales europeos. Mas, ello no obedece a "fallas", "impurezas" o aberraciones del objeto, sino a deficiencias inherentes a la teoría (ideología, en realidad) y los métodos con que se intenta abordarlo.

Considerada como ente absolutamente autónomo, independiente del proceso histórico, la estructura social y la lucha de clases, la literatura latinoamericana tiene que aparecer, necesariamente, como una serie de acontecimientos discontinuos, arbitrarios, gratuitos. ¿Cómo se produjo el paso de la crónica "medieval" a la literatura "barroca"? ¿Por qué, en relación con Europa, hay "anacronismo" en el primer caso, cuando los autores son precisamente europeos, y perfecta "sincronía" en el segundo, cuando éstos son ya americanos? ¿Por qué no se desarrollaron la novela picaresca, la novela de caballería y un teatro como el del siglo de oro español en las colonias? ¿Por qué el "gongorismo" fue el único "trasplante" que prosperó en tierras indias durante el siglo XVII y buena parte del XVIII? ¿Por qué no hubo novela hasta el siglo XIX y la creación dramática sigue siendo hermana pobre de los demás géneros hasta hoy? ¿Cómo pudo pasarse de la épica de la independencia a ese otro "anacronismo" que sería el *Martín Fierro*, mediando entre los dos un "sincrónico" romanticismo? ¿De qué modo, finalmente, Bernal Díaz "engendró" a Sor Juana, ésta a Espejo y Olmedo, Hernández a Rubén Darío y Ciro Alegría a Borges o inversamente?

Misterios y más misterios, imposibles de desentrañar⁽⁵⁾. Somos "mestizos", eso explica y glorifica todo, para qué buscar una racionalidad histórico-social en lo que por definición son manifestaciones fenoménicas del "espíritu" americano. Tal es la interpretación propuesta por esos autores y repetida por muchos otros, con un éxito fulgurante que ciertamente no corresponde al valor científico de sus trabajos, pero que tampoco es producto de la casualidad.

Recordemos, para comenzar, que las tesis "hispanoamericanistas" de los años 40 y siguientes fueron acogidas con simpatía y beneplácito en los Estados Unidos. Hecho nada sorprendente pues, en realidad, el neocolonizador no tenía por qué inquietarse. Al contrario, podía respirar tranquilo al constatar que el nativo de "muy lindo acatamiento" y "grande y perspicaz ingenio", con que soñó Colón, se había encarnado por fin en estos intelectuales latinoamericanos que no

(5) A este respecto, véase las acrobacias "teóricas" de Guillermo de Torre, por ejemplo (op. cit.), o las de Juan Loveluck y otros en *La novela hispanoamericana*, Santiago de Chile, Ed. Universitaria, 1969, cps. I y II. Loveluck llega a hablar de una "novela pura" y una "novela impura" (sic).

vacilaban en ufanarse de su cultura colonialista y de la "elasticidad" de su sociedad clasista y dependiente, para la que en el mejor de los casos sugerían una transición del "feudalismo" (?) al capitalismo.

Por razones obvias, a la Metrópoli del Norte le interesa la difusión de esas ideas, y qué mejor si de ello se encargaban los propios "criollos", con su lenguaje, su retórica y sus mitos. Así que los contratos en universidades y colleges yanquis no hicieron más que multiplicarse para nuestros profesores de literatura, a tal punto que, desde entonces, todas o casi todas las "figuras" de este campo han terminado o "culminado" su carrera en la Metrópoli. Orgullosos de trabajar para ésta, sabedores de que un producto que lleva el sello USA tiene asegurado el éxito en los mercados subdesarrollados, se han preocupado de dejar en cada una de sus obras la constancia de haberla realizado en algún centro de estudios yanqui. Desde ahí se ha irradiado la ideología literaria dominante, sea en forma de libros o revistas de valor "reconocido en el extranjero", sea por medio del "asesoramiento" que las universidades estadounidenses han prestado a las nuestras, con nativos dóciles y bien entrenados.

El hecho es de dominio público y constituye el primer dato de relieve para explicar la orientación y difusión de esos trabajos, como sus limitaciones de orden científico. Nos encontramos frente a una manifestación más del conocido fenómeno de dependencia, que ha determinado que el desarrollo de la ciencia latinoamericana de la literatura esté íntimamente ligado a los requerimientos metropolitanos.

Ello no obstante, sería errado pensar que esta dependencia ha actuado como simple coacción externa, desligada de intereses muy concretos, incubados en el seno de nuestra propia sociedad. Al contrario, un análisis, por somero que sea, de las tesis sustentadas por los autores en cuestión, pone de relieve que ellas se estructuraron en función de una evidente ideología de clase.

Cuando Henríquez Ureña afirma que, clasista y aún racista, la sociedad colonial no estaba del todo mal, puesto que permitía cierta "movilidad", no hace más que juzgarla con ojos pequeñoburgueses: poco importa que la burguesía explote inmisericordemente al proletariado y otros sectores populares, a condición de que se muestre "elástica" con la clase media. Y, cuando Picón Salas dice rechazar las posiciones extremas del "hispanismo" y el "indigenismo", sin duda es sincero consigo. En verdad no trata de volver a las tesis de los conservadores hispanófilos del siglo pasado, ni de buscar legitimidad para su clase en la filiación indígena (cosa que para un venezolano sería, por lo demás, muy difícil), sino de forjar un nuevo mito. El templo por construir es el del "mestizaje"; sus sacerdotes, los intelectuales pequeñoburgueses. Todas las "disonancias de condición", todos los antagonismos serán superados en el ritual de una "misa criolla"; la lucha de clases deviene anacrónica gracias a la providencial mediación mestiza.

En estos autores, "mestizo" aparece, además, como sinónimo de "criollo", aunque los dos términos hayan designado, históricamente, categorías distintas (el primero remite a un corte racial y cultural; el segundo a un corte geográfico, socialmente connotado). Confusión que hubiera podido menoscabar la solidez de un trabajo científico, pero que tratándose de discursos ideológicos más bien los consolida.

En efecto, la ideología del mesianismo *mestizo* (en sentido estricto), sólo podía tener vigencia en aquellos países de estructura social sobredeterminada por el factor "raza" (México, Guatemala, Ecuador, Perú y Bolivia, principalmente), donde la pequeña burguesía recién "promovida" necesitaba redimirse del pecado original de ser "mestiza", redefiniendo en términos positivos su cultura de clase, frente a la de la burguesía "blanca" y el proletariado y campesinado "indios". En

las demás áreas (del Caribe o del Río de la Plata, por ejemplo), el "mestizo" había desaparecido hace mucho como categoría social y, por lo tanto, dicha ideología carecía de asidero o, por lo menos, no podía arraigar con fuerza de mito. No quedaba otro remedio que ampliarla hasta un límite que le permitiese funcionar como ideología pequeñoburguesa de toda América Latina, y es lo que se hizo, fundiendo los términos "mestizo" y "criollo".

Ampliada de este modo, la tesis del mesianismo mestizo se extendió, cual reguero de pólvora, a lo largo y ancho del Continente. No sólo los ensayistas e historiadores de nuestras letras la asumieron, sino también los artistas creadores. Incluso los de izquierda, amalgamando, como habría dicho Lukacs, "una ética de izquierda y una epistemología de derecha" (si de epistemología cabe hablar en este caso). Aún hoy pueden detectarse huellas de este proceso en obras como *La expresión americana*, de José Lezama Lima, por ejemplo.

Por su parte, antropólogos y sociólogos se entregaron a la tarea de convertir la ideología del mestizaje en "ciencia" aplicada⁽⁶⁾, estudiando los llamados "procesos de aculturación" y elaborando recetas para acelerar la "incorporación" del indio a la cultura "nacional mestiza". Es que, conocida la meta, sólo quedaba por trazar el camino más corto hacia la Tierra Prometida.

Quizás no sea superfluo mostrar, incluso, ciertas analogías entre la ideología "hispanoamericanista" de los autores que venimos analizando y el pensamiento político "populista" del mismo período. Tales manifestaciones tienen en común, por lo menos, su actitud conciliadora de antagonismos, su reivindicación retórica y mistificada de "lo nuestro", su "criollismo" paralelo de una praxis al servicio del orden establecido. Ingredientes pequeñoburgueses perfectamente compatibles con los intereses de la dominación en su conjunto, a la que han reforzado desde todo punto de vista.

Dicho orden, claro está, no ha sido estático, y la ideología ha tenido que evolucionar de acuerdo con los requerimientos del sistema. Al entrar el capitalismo latinoamericano en una fase crucial de su desarrollo (predominio del sector industrial de alta tecnología, estrechamente ligado al capital monopólico extranjero; contrapartida de pauperización creciente de los sectores populares excluidos del islote de "modernidad"; insurgencia armada, etc.), la burguesía tuvo que elaborar una nueva respuesta política e ideológica que reemplazara al fallido "populismo".

Como se sabe, tal respuesta fue de índole represiva (en menos de 10 años todos los gobiernos populistas fueron sustituidos por dictaduras militares), pero se presentó envuelta, como afirman Cardoso y Faletto, en el "ropaje de una especie de *arbitraje tecnocrático* que se pretende asignar a las intervenciones militares en la vida económica, política y social"⁽⁷⁾. Ropaje del que se pudo echar mano con relativa facilidad porque, ya desde mediados de la década del 50 el proceso de desarrollo capitalista había conferido importancia creciente al sector tecnoburocrático de la pequeña burguesía, que terminó por imponer su impronta ideológica a la clase entera. Incluso a los sectores más tradicionales de ella, que en adelante ya no sólo justificarán su *status* y actitud clasista a título de depositarios del acervo cultural "mestizo", sino además como portadores de un saber especializado y casi mágico: la técnica.

(6) Cfr. Carlos Guzmán Bockler y Jean-Loup Herbert, *Guatemala: una interpretación histórico-social*, México, Ed. Siglo XXI, 1970, cap. VII, donde se hace una acertada crítica de esta "ciencia".

(7) *Desarrollo y dependencia en América Latina*, México, Ed. Siglo XXI, 1970, p. 56. El subrayado es nuestro. Véase especialmente el cap. VI: "La internacionalización del mercado: el nuevo carácter de la dependencia".

En nuestro campo, resulta interesante constatar como la "ciencia" latinoamericana de la literatura no fue ajena a este proceso. Aún en el estilo, sus cultores fueron alejándose poco a poco de la grandilocuencia de cuño populista, para alcanzar una expresión cada vez más "objetiva": no hay sino que comparar la retórica de los años 40 con la que hoy predomina en las revistas publicadas por los profesores latinoamericanos residentes en los Estados Unidos.

Sin renegar de las tesis de sus maestros, los propios discípulos de Henríquez y Picón trataron de representarlas aliñadas con ingredientes al gusto de la época, precedidas, en todo caso, de un *hors-d'oeuvre* metodológico empirista y por supuesto "apolítico". Sólo que, como la Metrópoli del Norte no se interesa mayormente en desarrollar instrumentos refinados de análisis en este campo (donde no hay producción de bienes materiales en juego y sólo cuenta la rentabilidad ideológica), los nuevos estudiosos tuvieron que conformarse con los improvisados en una área tan subdesarrollada como la nuestra: España.

Adoptaron, pues, el método llamado *generacional*, cuyos supuestos sería ocioso recapitular y discutir aquí. Tanto la "filosofía" como las principales instancias metodológicas de este curioso engendro (que no vacila en explicar la historia de América por la fecha de nacimiento de Colón) han sido ampliamente expuestas por Ortega y Gasset y Julián Marías; así que nos limitaremos a mostrar algunos de los resultados de su aplicación entre nosotros, "combinada con otros criterios", para que se aprecie hasta qué punto todo ese aparato no es sino la coartada destinada a encubrir la ideología dominante bajo la apariencia de una neutralidad "metodológica". Si al hacerlo nos vemos obligados a bajar hasta niveles intrascendentes, el lector sabrá disculparnos. Los mitos de la pequeña burguesía en ascenso poseían al menos la amplitud de cierta tensión vital; los arabescos tecnicistas con que la clase media burocratizada justifica su "función social", traducen necesariamente su chatura y la rutina de la "especialidad"⁽⁸⁾.

Primer ejemplo, de alcance continental. En el prólogo a su *Historia de la literatura hispanoamericana*,⁽⁹⁾ E. Anderson Imbert declara, y muy en serio, que "por miedo a falsear el desarrollo literario con figuras subjetivas" (sic), prefiere elegir "un criterio *inofensivo*: la clasificación histórico-política en tres partes: "La Colonia", "Cien años de República" y "Epoca Contemporánea". Sobre la base de este "prudente" primer corte opera otro, que es el generacional, aplicado de manera muy flexible: "Cuando el sentido histórico lo demande, alteraremos ese esquema y situaremos a un escritor fronterizo en el lado que más convenga". Por último Anderson Imbert precisa: "Que ordenemos los materiales de nuestra historia en períodos no quiere decir que desatendamos otros criterios ordenadores: los de nacionalidad, géneros, escuelas, temas... Lo que hemos hecho es subordinar estos criterios a la cronología. En otras palabras, nuestro método es sistemático cuando agrupa cronológicamente los fenómenos literarios fundamentales; y asistemático en todo lo demás".

Aclaraciones que nos dispensan de todo comentario, pues, ¿qué cabe añadir sobre el valor científico de un trabajo en que se comienza por recortar el

(8) Por esta razón, la mitología de los creadores, que hasta los años 50 se confundió con la de los profesores de literatura, se separa de éstos en la década del 60. Cortázar y otros elaboran una subideología de grupo centrada en el tema del poder omnívoto de la imaginación, en parte por reacción contra la techno-burocratización del resto de la clase. Proceso, éste, que sin embargo no deja de reflejarse en algunas obras: la "escritura automática" del mismo Cortázar viene acompañada de un "tablero de control" y otros aditamentos técnicos en Rayuela.

(9) Citaremos de la 6ª edición, Fondo de Cultura Económica, 1967.

objeto de estudio con un criterio "inofensivo", se altera después el esquema propuesto cada vez que se revelan sus ineptitudes más groseras y, por último, se reconoce que sólo hay sistematización en la medida en que, salvo tratamiento contrario, los escritores nacidos en 1910 aparecen antes que los nacidos en 1920?

En cambio el valor ideológico de esa *Historia* es muy grande. Anderson no deja de destacar el alcance poético, los rasgos de estilo y la grandeza "épica" de textos coloniales que ni siquiera son literarios; mientras que con algunos de los más grandes autores contemporáneos se muestra bastante menos entusiasta. Del Neruda del *Canto General* afirma: "El lirismo era la fuerza de Neruda, no lo épico. Por eso cae en mazacotes en prosa en verso, en bodrios utilitarios ajenos a la literatura". Sobre Jorge Icaza: "La lectura de *Huasipungo*, su más famosa novela, sólo satisface a quienes buscan en la literatura documentos sociológicos o emociones políticas, no virtudes literarias". *El mundo es ancho y ajeno*, de Ciro Alegría, en rigor nos sería permitido leer: "Novela de protesta, sin unidad de tono, pero legible y eficaz", etc.

En resumen, los textos ubicados en la perspectiva de la dominación le parecen fascinantes, como detestables los que apuntan en otra dirección. Esto, desde un punto de vista exclusivamente "artístico", en el cual, como puede constatare, no intervienen para nada criterios políticos.

De poca envergadura y menor difusión que el anterior, el segundo ejemplo que queremos analizar es, sin embargo, muy significativo, por tratarse de un libro escrito por el asesor en literatura enviado por la Universidad de Pittsburgh a la Universidad Central del Ecuador: *Letras y cultura de la Promesa*, tesis doctoral de Saúl Sibirsky, dirigida por Alfredo Roggiano⁽¹⁰⁾.

El método empleado es siempre el generacional, ahora refinado con últimos descubrimientos, como los de José Juan Arrom, para quien "el origen de tanta confusión" reside en que todavía no se ha definido con precisión el "punto de arranque de las generaciones coloniales", que en su opinión se sitúa en 1474 y no en 1492. Descubrimiento de trascendental importancia para interpretar *La Araucana*, los *Comentarios Reales* o *Los de abajo*, ¡cómo dudarlo!

Tras este montaje "científico" apenas si se oculta, claro está, la ideología de clase. El Inca Garcilaso, por ejemplo, resulta admirable por ser el forjador de una "cosmovisión criolla" constituida por: la *resignación* ("para él resulta sumamente palmario que la Conquista es un hecho irremediable"); la *sumisión ideológica* (Garcilaso "declara allí que los incas están subyugados por las fuerzas peninsulares, pero que esa condición es preferible a la que prevalecía con anterioridad"); el *arribismo* ("la singularidad de su actitud radica en que él también deseaba una cultura conquistadora, en la que se reconociera su genealogía"); el *patrioterismo* mistificador ("criollo hasta los tuétanos, orgulloso de la tradición de su patria chica, quiere que llegue a formar parte del repertorio de Occidente").

Lo menos que puede decirse es que esta admirada figura del Inca está recortada con las tijeras del pequenoburgués de América Latina. Esa contemplación es casi un acto de narcisismo; como reveladoras de la mentalidad de Sibirsky y su equipo son las reflexiones sobre Francisco Terrazas, otro "criollo típico". De una parte, Sibirsky señala que este poeta "describe al cacique Cane-tabo como monstruo de la naturaleza y a otros indios como "tratable gente y algo más humana"; de otra afirma que "indios y españoles no aparecen para que el autor tome una posición a favor de ellos o contraria. La Conquista y el indígena, y su cultura, son tratados en función de la obra de arte".... En reali-

(10) Quito, Ed. Universitaria, 1966.

dad! Terrazas parece haber sido un poeta sumamente objetivo, que se limitaba a hacer arte: sólo que lo hacía a la manera del asesor Sibirsky.

IV

Ultimo ejemplo con que ilustraremos los avatares de la "ciencia" burguesa de la literatura es *La novela chilena. Los mitos degradados*, del profesor Cedomil Goic⁽¹¹⁾. En este libro, *chef-d'oeuvre* del tecnicismo, una sola cosa queda en claro: la voluntad de amurallarse en una concepción *formalista-idealista*, típicamente burguesa de la literatura ("concepción de la obra literaria como estructura de lenguaje, concepción de la literatura como esfera autónoma"). El resto es un verdadero caos conceptual y metodológico.

Para comenzar, Goic señala que "con el mismo criterio (generacional) aquí establecido, la serie de obras y autores pudo variar y puede legítimamente variar para quienquiera que sea". En otros términos, y generalizando este primer postulado metodológico, lo mismo daría trabajar con el *Quijote* de Cervantes que con el de Avellaneda. Como en los *self-service*, uno puede tomar el plato que le apetezca.

Después, resulta que "la novela puede ser abordada a partir de cualesquiera de sus elementos sin que pierda su sentido de totalidad y por lo mismo, cualesquiera de sus elementos fundamentales puede constituirse en criterio de clasificación y periodización". Sí; sólo que Goic no advierte que de allí se derivan algunos problemas. Primero: rechazada toda fundamentación teórica, es imposible determinar qué elementos son fundamentales y cuáles no. Así que una clasificación de las novelas según su tamaño, por ejemplo, sería tan legítima como otras. Segundo: si tales elementos están ordenados *jerárquicamente* (y Goic lo asevera en otro pasaje de su "Introducción", sin percatarse de las implicaciones de esto), tienen estatutos teóricos distintos y, por lo tanto, no se puede abordar el objeto a partir de cualesquiera de ellos. Tercero: una vez escogidos los criterios de clasificación, aunque sea arbitrariamente, es aconsejable no cambiarlos "sistemáticamente" en el curso de la investigación, como lo hace dicho profesor.

En fin, Goic ni siquiera parece sospechar que está mezclando métodos incompatibles: el generacional y el del desarrollo "típico-ideal" de la literatura (incompatibles como métodos, recalquémoslo, pues, en el plano ideológico no hay inconsecuencia: el empirismo y el platonismo son dos caras del idealismo).

En su exposición comienza, en efecto, por manifestar que cada autor representa a una generación y cada obra a un autor; pero luego no tiene reparos en afirmar que "las novelas aparecen, en primer término, como actualizaciones de un género o tipo de novela". Y como pasa de la teoría a la práctica, uno se topa con sorpresas. Cualquier estudiante de literatura chilena advierte que María Luisa Bombal no puede "representar" a la llamada *generación del 38*, puesto que va en dirección opuesta. Es, por así decirlo, la excepción a la regla. Su inclusión en *La novela chilena* sólo puede justificarse, entonces, como momento de un desarrollo "típico-ideal" del género; pero, de ser así, habría que precisar con qué criterios se ha construido el modelo y abandonar, por supuesto, el método generacional, que nada tendría que hacer en ese caso. Pues, es dudoso que esos rasgos típicos hayan sido extraídos de la generación latinoamericana correspondiente (Jorge Icaza, Ciro Alegría, etc.), o de la europea a la que pertenecen Sartre y Camus, por ejemplo. Aparte de lo grotesco que resulta colocar una novela escrita en 1951 (*Hijo de ladrón*) como momento anterior de una que fue escrita 16 años antes: *La última niebla*, de 1935.

(11) Santiago, Ed. Universitaria, 1968.

Y no nos alarguemos más sobre este libro, donde entre el laberinto de "estructuras cósmicas" (?) se deslizan contrasentidos tan evidentes como el de repetir el manido discurso sobre la "renuncia a la omnisciencia", a propósito de una obrita menor en la que la autora se limita a presentar, como en el resto de su producción, un drama íntimo de frigidéz, relaciones incestuosas y sentimiento de culpa.

Lo que nos interesaba mostrar es que, del hispanoamericanismo utópico de Henríquez Ureña al oportunismo "científico" de Anderson Imbert, de los mitos mesiánicos de los años 40 a los "mitos degradados" de Cedomil Goic, la verdad de la ciencia latinoamericana de la literatura sigue siendo substancialmente la misma. Producto burgués elaborado con ingredientes pequenoburgueses y bajo patente extranjera, no ha buscado en ningún momento descubrir la raíz profunda de nuestros hechos culturales, explicarlos científicamente, sino producir mitos de clase o echar un velo formalista-idealista sobre las prácticas literarias y, a través de ellas, sobre la realidad toda.

Urge, por lo tanto, estudiar el proceso literario de América Latina a la luz de una teoría capaz de desentrañar su verdadero sentido, desvelando esas raíces que no pueden hallarse en otra parte que en la infraestructura de estas sociedades dependientes, en su historia y la de los intereses e ideologías de clase a partir de las cuales se han gestado las obras que constituyen nuestra literatura. Es la tarea que debemos emprender.

LITERATURE SCIENCE AND CLASS IDEOLOGY IN LATIN AMERICA

For the last quarter of a Century the study of literature of Latin America has been dominated by a petty bourgeois conception, the glorification of *mestizo* and a kind of mestizo messianism. This pseudo-scientific analysis has served the interests of the U. S. imperialist regime and has been fostered by that regime. This is a cultural-ideological arm of the petty bourgeois political ascendancy which has taken various forms, among them populism, and technocratic domination of political and cultural life.

A new study of the history of Latin American literature is needed, using new and more consistent methodological tools, to understand the true nature of the literary heritage of the continent.

FERNANDO H. CARDOSO

¿ALTHUSSERIANISMO O MARXISMO? A PROPOSITO DEL CONCEPTO DE CLASES EN POULANTZAS

I

(*) El trabajo de Poulantzas permite dos lecturas distintas y, hasta cierto punto, opuestas. No digo esto simplemente para coquetear con la moda actual que procura leer en las entrelíneas lo que el autor niega expresamente en las líneas. Al contrario, pienso que las dos interpretaciones se desprenden directamente del texto. Sin embargo, no se trata de un puro defecto de exposición. Creo, más bien, que existe una contradicción entre el modo por el cual Poulantzas hace análisis de procesos históricos y la forma por la cual trata de elaborar las categorías y los procedimientos que atribuye a la interpretación marxista de las diversas "teorías regionales" en que se dividiría el materialismo histórico. Esta contradicción —que no es simple *diferencia* en cuanto al grado de generalización— indica, por lo demás, la dificultad metodológica en que se debaten los

(*) Ponencia presentada en el seminario sobre el tema, "La conceptualización de las clases sociales en América Latina", para comentar el trabajo de Nicos Poulantzas, "Las clases sociales", presentado en la misma reunión, Mérida, México, 12 al 17 de Diciembre de 1971.

marxistas que parten de la interpretación que Althusser dio a la diferencia entre materialismo histórico y materialismo dialéctico.

En efecto, en las conclusiones del artículo, Poulantzas reafirma que el análisis de clases realizado por el marxismo difiere de las interpretaciones efectuadas por otras corrientes del pensamiento (1), principalmente porque para Marx la concepción de la lucha de clases como "motor de la historia" es fundamental. Esto quiere decir que "las clases no existen más que en la lucha de clases", lo que agrega un elemento histórico y dinámico a su análisis: "La constitución y, por lo tanto, la definición misma de las clases, de las fracciones, de las capas, de las categorías, no puede hacerse más que tomando en consideración el factor dinámico de la lucha de clases (...). La delimitación de las clases no se reduce, así, jamás, a un simple estudio "estadístico" de las estadísticas: depende del proceso histórico" (p. 43).

Fiel a este aspecto de su comprensión del método marxista, Poulantzas mantiene todo el tiempo un diálogo con algunos analistas de la actual política francesa, eligiendo para ello a los autores del *Traité d'économie marxiste*, y con las fuerzas políticas que se sirven del tipo de interpretación contenida en aquel libro para definir la política de alianzas que correspondería a los intereses de la clase proletaria en la etapa actual de desarrollo del "capitalismo monopolista de Estado". Se opone a la concepción del tipo de alianza propuesto, mostrando que las equivocaciones en la caracterización de la situación concreta de la clase obrera y de las demás clases sociales en el capitalismo monopolístico llevan a errores en la práctica política que impiden una práctica revolucionaria.

Sin embargo, en el conjunto del texto, Poulantzas diluye el problema real que está enfrentando. En el discurso teórico que hace sobre las clases, desaparece la concepción fundamental del concepto de clase como una *relación determinada* que se explicita en la constitución de una "totalidad concreta". La retórica formalista que privilegia *definiciones*, como si éstas fuesen la substantivación de contradicciones reales, disimula el problema teórico y práctico que —simultáneamente— preocupa a Poulantzas.

Por cierto, en los ejemplos expuestos y en las líneas de interpretación sugeridas por Poulantzas para la comprensión del gaulismo, por ejemplo, o para que se entiendan los intereses específicos de la burocracia, como categoría social, en una situación en que la burguesía monopolista se vuelve la fracción dominante de la clase, o aún cuando indica las diferencias entre clases dominantes y "clases reinantes", la inspiración metodológica que guía al autor es la primera y más correcta a que antes aludí.

Sin embargo, el carácter de relación antagónica entre conjuntos sociales, consecuencia de contradicciones que se dan simultánea y circularmente en varios niveles (económico "determinante", político, ideológico) de la realidad, que caracteriza el análisis concreto que hace Poulantzas de las clases, da lugar a un discurso formal en los textos teóricos.

El formalismo cuasi clasificatorio de las definiciones no se produce en el texto por motivos aleatorios que tengan que ver con la estructura formal y literaria del artículo. Al contrario, existe, según creo, un modo de análisis formal consecuente con el punto de partida teórico de Poulantzas y que, si no impide ocasionalmente que el autor muestre la fuerza creadora de sus análisis concretos, desorienta a los que se aproximan a sus textos en busca de una "inspiración metodológica" para utilizar la dialéctica marxista.

La crítica más general que me gustaría formular con respecto a este as-

(1) Reproduzco la distinción entre el marxismo y "todas las otras corrientes" con el mismo grado de generalidad que se encuentra en el texto de Poulantzas.

pecto está referida a la distinción, aceptada por Poulantzas, entre "objeto de pensamiento" y "objeto real", que fundamenta la distinción althusseriana entre "práctica teórica", la Teoría con T mayúscula, por un lado, y proceso real por otro (2). Antes, por tanto, de intentar mostrar los efectos negativos de esa concepción en el análisis presentado por Poulantzas, trataré de explicitar la crítica que hago al punto de partida de la comprensión del marxismo aceptada por Poulantzas.

II

El horror a la problemática del sujeto contenida en el historicismo y la crítica al economicismo y al empirismo han llevado a los adeptos del althusserianismo a bordear, por un lado, el estructuralismo, evitando la historia, y, por otro, el formalismo idealista: sus catecismos marxistas terminan por exaltar el examen de la Revelación Teórica encarnada en el Concepto, considerado este último como el resultado de una praxis teórica que fundamenta una meta-teoría. Así, el "materialismo dialéctico", por ejemplo, pasa a ser la teoría general, "teóricamente producida"—esto es, consecuencia de la "praxis teórica"—de *todos* los modos de producción, tocándole además la especificación de las "instancias regionales", o sea, de la teoría económica, de la teoría de las ideologías (?) y de la teoría política, en los diversos modos de producción. El "materialismo histórico", a su vez, viene a ser la ciencia que explica la constitución y transformación de las formaciones sociales concretas.

No me parece que esta separación arbitraria entre el nivel teórico y el proceso histórico tenga fundamento explícito en las obras de Marx o pueda ser recuperado en los trabajos de investigación influidos por el marxismo. Al contrario, la crítica de la economía política contenida en *El Capital* tiene como uno de sus objetivos rechazar todo tipo de separación entre teorías generales e instancias particulares y el aislamiento de esas instancias particulares entre sí. Por otro lado, el marxismo como ciencia de la historia —si no se confunde con el empirismo histórico— significa precisamente un esfuerzo de reconstrucción de "totalidades concretas". Estas implican tanto la elaboración de los *conceptos* que explican las relaciones históricamente constituidas como la comprensión de estos mismos conceptos como expresión de relaciones reales (3). Esas relaciones son puestas y repuestas, continuamente, en los modos de producción que articulan tanto las prácticas de las diferentes clases, como las categorías que pueden explicarlas. No cabe, por tanto, para Marx, ninguna tentativa de elaboración de una meta-teoría fundamentada en una *praxis* abstracta que se sustente en los diferentes modos de producción, como si fuese la Razón postrándose frente a lo real.

Esa interpretación no contiene ninguna forma implícita de historicismo o empirismo. Por historia se entiende el movimiento que deriva de la tensión entre fuerzas que objetivamente se contraponen. El movimiento (la "historia") es, de esa manera, inseparable de la estructura: la relación característica entre las partes que mantienen la unidad de la diversidad (el *todo*), es una relación dialéctica, o sea, de *negación* que se abre hacia una superación (*negación de la negación*)

(2) Poulantzas repite y acepta los argumentos de Althusser en *Lire le Capital*. Véase Nicos Poulantzas, "Breves remarques sur l'objet du Capital", en Victor Fay, *En Partant du "Capital"*, Editions Anthropos, París, 1968, pp. 235-247.

(3) "Se puede decir, al respecto, que la categoría más simple puede expresar tan bien las relaciones esenciales de un conjunto todavía poco desarrollado como las relaciones secundarias de un conjunto muy desarrollado; estas relaciones ya existían históricamente antes que el conjunto se hubiese desarrollado a nivel de la categoría más concreta. El camino del pensamiento abstracto, que se eleva de lo simple a lo complejo, refleja así el proceso histórico real". Karl Marx, *Grundrisse*, Editions Anthropos, París, 1967, p. 32.

Al decir eso, restituyo la cuestión del universal-concreto (4), que los althusserianos desprecian, temerosos de volver a Hegel.

En efecto, la separación entre "objeto de conocimiento" y "objeto real", que es el punto de partida del análisis althusseriano, también es su punto más débil. Rehusando la interpretación de que el método marxista al construir sus categorías retiene teóricamente el movimiento que va de lo abstracto a lo concreto, reproduciendo un proceso de abstracción real —esto es, que ocurre en la práctica social como un universal (una abstracción) concreto (que se da en la historia)— Althusser rechaza no sólo la influencia de la lógica de Hegel sobre Marx (la negación de la negación), sino que, además, rechaza el *materialismo* de la doctrina marxista. A partir de allí, puesto que Althusser no acepta que el orden lógico contiene una dimensión ontológica —es decir, producida objetivamente por las relaciones entre los hombres e ininterrumpidamente reproducidas, negadas y transformadas por ellos— termina por valorizar la "práctica teórica", como recurso para garantizar la objetividad del proceso de conocimiento. Entretanto, un ejemplo de este universal que se sitúa abstractamente en el nivel de la propia práctica humana se encuentra, entre otros análisis, en el estudio del fetichismo, en el libro primero de *El Capital*: las relaciones previas entre los hombres son proyectadas sobre las cosas que pasan a relacionarse formalmente (5).

Al minimizar el papel de los universales concretos, "se confiere a la teoría una espesura que ella no posee, de ningún modo, salvo en el seno del positivismo. Apoyándose sobre el hecho histórico de que la ciencia inicia siempre su trabajo con el auxilio de instrumentos elaborados por doctrinas anteriores, Althusser diseña una epistemología donde la ciencia "no trabaja" sobre un dato puramente objetivo, que sería el de los "hechos" puros y absolutos. Su trabajo peculiar consiste, al contrario, en elaborar sus propios hechos científicos por intermedio de una crítica de los "hechos ideológicos elaborados por la práctica teórica ideológica anterior" (*Pour Marx*, p. 187). Sin embargo, esto lleva a conferir a la teoría la opacidad del hecho, retomando la tradición comtiana que pretendía construir su lógica a partir de la consideración de "todas las teorías científicas como otros tantos grandes hechos lógicos". El paralelismo de los textos es inmediato, uno y otro implican la substantivación del discurso científico y la transformación de las doctrinas en material original para la investigación" (6).

Pienso, como Giannotti, que el método de Marx, al contrario de lo que dice Althusser, si bien no confundía el "objeto de pensamiento" y el "objeto real", resaltaba que aquél reproduce "una síntesis esencial situada fuera de la práctica teó-

(4) Este análisis reproduce los argumentos de José Arthur Giannotti contra Althusser, en el brillante prefacio a la edición francesa de su libro *Origines de la Dialectique du Travail*, Aubier-Montaigne, París, 1971.

(5) No quiero citar demasiado. Indico, sin embargo, dos textos: el de las p.p. 80-81, Tomo I, Vol. I de *El Capital*: "El carácter misterioso de la forma mercancía estriba, por tanto, pura y simplemente, en que proyecta ante los hombres el carácter social del trabajo de éstos como si fuese un carácter material de los propios productos de su trabajo, un don natural social de estos objetos y como si, por tanto, la relación social que media entre los productores y el trabajo colectivo de la sociedad fuese una relación social establecida entre los mismos objetos, al margen de sus productores (...)", y el de la p. 84: "Pero esta forma acabada del mundo de las mercancías —la forma dinero—, lejos de revelar el carácter social de los trabajos privados y, por tanto, las relaciones sociales entre los productores privados, lo que hace es encubrirlos (...)". "Estas formas son precisamente las que constituyen las categorías de la economía burguesa. Son formas mentales aceptadas por la sociedad, y por tanto objetivas, en que se expresan las condiciones de producción de este régimen social de producción históricamente dado que es la producción de mercancías".

(6) José Arthur Giannotti, op. cit., pp. 24-25.

rica" (7). Althusser cree que formulaciones de este tipo llevan al empirismo en la medida en que la abstracción es contemplada como un proceso producido por lo real y que la esencia (los conceptos) pasa a ser un momento de la propia realidad. Sin embargo, no es ésta la acepción que los defensores de una lectura ontológica de *El Capital* pontifican. Recorro otra vez a Giannotti para exponer sintéticamente el argumento: "así entendido (como un proceso trascendental de *fundación*) el concepto o la esencia, deja de habitar lo real como uno de sus pedazos para restituir un elemento que lo viene a animar, de manera más completa y sutil, a pesar de que entre lo singular y lo universal fundado se teje toda una trama de articulaciones que conviene investigar. La misma cosa puede darse con la categoría marxista, desde que se descubra un proceso de *abstracción* real que opere allende la investigación científica" (8).

Existe, por tanto, en el marxismo una especie de "reflexión objetiva", que no supone la separación metafísica entre teoría y práctica social, entre "objeto de pensamiento" y "objeto real" y que, por otro lado, evita la separación, también propia de la metafísica idealista, entre sujeto y objeto. Ciertamente, el pensamiento se da concretamente, en el cerebro de personas particulares. Estas, sin embargo, son —y con ellas el pensamiento que producen— reales y no se oponen, como "conciencia", a la "materia", como cree el idealismo ingenuo, ni es posible, a partir de allí, fundamentar las distinciones entre "sujeto empírico", "sujeto de conocimiento", "objeto empírico" y "objeto conocimiento". Eso no pasa de ser un juego formal basado en distinciones de la metafísica idealista.

Los textos de Marx en este sentido son innumerables. Voy a limitarme a reproducir uno, en el cual Marx trata del paso de la relación de identidad a la relación de igualdad, en la constitución del concepto de valor, echando mano de un tercer término, abstracto y general, en el caso del trabajo humano abstracto: "La disolución de todas las mercancías en tiempo de trabajo no es una abstracción mayor ni, al mismo tiempo, menos real que la disolución en aire de todos los cuerpos orgánicos. El trabajo que es medido así por el tiempo no aparece, pues, como trabajo de sujetos distintos, sino que los diferentes individuos que trabajan aparecen más bien como simple órgano de trabajo. O aún, el trabajo, tal como se presenta en los valores de cambio, puede expresarse como trabajo humano general. Esta abstracción del trabajo humano general existe en el trabajo medio que todo individuo medio de una sociedad humana dada puede ejecutar, es un gasto productivo determinado de músculo, nervio, cerebro, etc., humanos" (9).

Por otro lado, esa "reflexión objetiva" (10) no se confunde con el idealismo hegeliano. Si es cierto que el concepto forma parte de un momento de lo concreto, éste, por otro lado, no se agota en aquél. Lo determina, como *expresión* suya, y se constituye históricamente como un conjunto de muchas determinaciones parciales. Tanto así que, en el método marxista, caben los análisis de situaciones particulares y la historia del proceso de desarrollo de los modos de producción, las cuales siguen, en expresión de Marx, en general, un camino opuesto al de la reflexión sobre la génesis categorial:

(7) Idem. *Ibidem*, p. 14.

(8) Idem. *Ibidem*, p. 15.

(9) Karl Marx, *Zur Kritik der Politische Ökonomie*, Dietz Verlag, Berlín, 1958, p. 23. Texto traducido al portugués por J. A. Giannotti.

(10) "En lo que concierne a las ciencias históricas y sociales, es preciso retener que el sujeto —aquí, la sociedad burguesa moderna— está dado a la vez en la realidad y en el espíritu. Las categorías expresan, por tanto, formas y modos de existencia, y con frecuencia simples aspectos de esta sociedad, de este sujeto: del punto de vista científico, su existencia es anterior al momento en el que se comienza a hablar de ella en tanto tal (esto es cierto también de las categorías económicas). Es una regla a retener, pues nos ofrece elementos esenciales para el plan de nuestro estudio". Marx, *Grundrisse*, p. 36.

“La reflexión acerca de las formas de la vida humana, incluyendo por tanto el análisis científico de ésta, sigue en general un camino opuesto al curso real de las cosas. Comienza *post festum* y arranca, por tanto, de los resultados preestablecidos del proceso histórico”, (*El Capital*, p. 40).

El proceso histórico y la génesis de su entendimiento, tal como son propuestos por la práctica social, están inmersos, no obstante, en el “fetichismo de las cosas” (véase los textos de la nota 5), que encubren relaciones sociales de explotación.

La explicación científica del proceso histórico-estructural, la constitución de las “totalidades concretas-explicativas” sólo se completa cuando se determinan, en el análisis, los conceptos cuya proposición se da en la historia: cuando los universales-concretos son reproducidos en el pensamiento científico y se vuelven elementos fundamentales para la explicación de las totalidades (11).

No existe, por tanto, la falacia empirista de la identidad entre el “objeto de conocimiento” y el “objeto real”, pero tampoco existe la separación radical de la metafísica althusseriana, entre la Razón que conoce y la Historia que actúa, que lleva al idealismo y al formalismo.

III

La consecuencia metodológica inmediata de la aceptación de la diferencia radical entre “objeto teórico” y “objeto real” es, para Poulantzas, la de la elaboración de las “teorías particulares” de las distintas “instancias regionales” en que se diversifican la realidad y el pensamiento. Esa preocupación con una “coupure” formal (esto es, que contiene necesariamente una concepción estática del proceso social) entre lo económico, lo político, lo ideológico, etc., inspira permanentemente la problemática de Poulantzas, en este texto como, más aún, en *Pouvoir Politique et Classes Sociales*.

Así, al principio de su trabajo, Poulantzas define las clases sociales para la teoría marxista como si fuesen “grupos de agentes sociales, hombres, definidos principalmente, pero no exclusivamente, por su lugar en el proceso de producción, es decir, en la esfera económica” (p. 1). Dejando de lado el descuido de que las clases sociales son “grupos de hombres” (pues, aquí sí, existe una concepción empirista del marxismo), sobresa el problema, a mi juicio falso, de la separación, autonomía o autonomía relativa de lo económico frente a lo político. Para Marx, no se trataba de “campos distintos de prácticas humanas y de áreas teóricas diversas, sino de niveles de complejidad de lo real que se articulaban en totalidades complejas de pensamiento”. No quiero reproducir nuevamente textos, por lo demás archiconocidos, sobre el método marxista, especialmente el famoso texto, ya mencionado, del postfacio de la *Crítica de la Economía Política*. Claramente, al criticar el método de la economía política, Marx critica también la idea de una *economía* (no es por azar que *El Capital* se titulaba, en el sentido fuerte de la palabra, “crítica de la economía política”) como algo aparte de lo social y de lo político. Recuerdo, entre textos innumerables, la crítica hecha al mercantilismo porque éste era incapaz de ver la moneda como expresión de una relación entre los hombres. Por lo demás, (tengo casi pudor de decir esas trivialidades) para Marx el capital es una relación social y un proceso de reproducción de las condiciones sociales que aseguran su existencia (expropiación de los medios de producción, mercantilización de la fuerza de trabajo, etc.). ¿Qué sentido tiene, frente a esa concepción, intentar establecer especificidades, en el sentido de la ciencia positiva (esto es, un “objeto

propio” y las inferencias teóricas que lo explicitan), entre lo económico y lo político? ¿No se estará cayendo, en sentido opuesto, en la misma trampa del “economicismo”? Para afirmar que Marx no hacía análisis economicistas y no disolvía las relaciones políticas e ideológicas en la “órbita de la producción”, basta mostrar cómo pensaba Marx el proceso de producción (12). Resulta obvio que, para él, fuerzas productivas y relaciones de producción no son conceptos que se refieren a dos campos de lo real con cuya “suma” o “combinatoria” se va a construir el todo que explica. Son conceptos que se refieren a relaciones abstractas (en el sentido explicado anteriormente) que deben ser articulados en esquemas significativos más ricos y que mientras más determinados, esto es, mientras más especificados en sus relaciones con otras tantas relaciones abstractas, más se aproximan a la reconstrucción teórica de una totalidad concreta.

Por esto, a pesar de que alcanzar el punto de llegada implicaba, para Marx, en el ejemplo clásico, *elevarse* hasta lo concreto (el Estado, el cambio entre las naciones, el mercado mundial, la población), para llegar allá es preciso determinar las relaciones parciales y los conceptos que las expresan y explican: por ejemplo, ciñéndome al texto de los *Grundrisse*, reconocer las clases sociales de que se compone la población, analizar el trabajo asalariado y el capital, sin los cuales “las clases sociales son vacías de sentido” (p. 29), etc. La elaboración de estos conceptos constituye momentos del paso de lo abstracto a lo concreto y no “práctica teórica de elaboración de las instancias específicas de teorías regionales” (13).

Transformar el procedimiento metodológico de la dialéctica marxista en un esfuerzo para determinar teóricamente (en este caso quiere decir, *sistemáticamente*) los conceptos explicativos posibles en cada “instancia regional” implica la formalización del marxismo. Evidentemente, como muestran los textos frecuentemente citados por Poulantzas y por los althusserianos, Marx no elaboró conceptos en *El Capital* para explicar otros modos de producción. Quienquiera explicarlos deberá recorrer el arduo camino recorrido por Marx. Pero no fue por azar que Marx evitó tanto escribir un “Manual” de las reglas de aplicación del método materialista dialéctico, como hacer apreciaciones sistemáticas sobre, por ejemplo, “el papel de lo político en general”, o sobre “la política en los diversos modos de producción”. Esta pretensión no concuerda con la visión científica de Marx: obligaría al autor a negar, al hacerlo, los fundamentos de su método, a saber: que la “totalidad concreta”, si se constituye como un “concreto pensado”, es también una manera de apropiarse de lo concreto real. O sea, supone el análisis del proceso histórico que produce tanto las relaciones a ser explicadas como los conceptos que las explican. No será, por lo visto, “raciocinando sobre las condiciones de posibilidad de lo político, o sobre las matrices de combinaciones entre elementos sociales, que se reproducirá lo real como concreto. Al contrario, será por el descubrimiento y por el

(12) Por lo demás, Poulantzas conoce todo eso. Tanto así que escribe: “Producción, en esas sociedades, significa al mismo tiempo, y en un mismo movimiento, división en clases, explotación y lucha de clases”, p. 6.

(13) Conviene llamar otra vez la atención hacia lo obvio: el camino recorrido de lo abstracto a lo concreto es radicalmente distinto del camino recorrido de lo particular a lo general. Si es cierto que en la teoría marxista una “relación abstracta” significa una “relación parcial” y por tanto indeterminada, su determinación (“totalización”) y concreción depende de una síntesis teórica. La noción de síntesis se aleja de la idea de inducción. El concepto totalizante para el marxismo no equivale al concepto general, del positivismo y del empirismo, que retiene y abrevia los elementos comunes de muchas situaciones distintas, ni a la identificación de las partes, de cuya enumeración y resumen (en términos, para el caso, de probabilidades) resultará el conocimiento general: las leyes empíricas o las tendencias estadísticas. Por cierto, el análisis marxista puede apropiarse de conocimientos así producidos, pero tendrá que redefinirlos, en términos de su peculiar forma de construcción de los conceptos y del encadenamiento de las explicaciones.

(11) Sobre este procedimiento los textos clásicos se encuentran en el estudio sobre “El método de la economía política”. Véase especialmente Marx, *Grundrisse*, op. cit., pp. 30-31.

análisis de las categorías abstractas y por su articulación y determinación que se reproduce el movimiento de lo real como un concreto pensado. Para eso, es preciso rehacer *todo el camino recorrido*, esto es, mostrar de qué modo la población, en tal o cual situación, se articula en clases —qué elementos económicos las componen—, cómo se da la apropiación del excedente, en qué forma interviene el Estado, qué papel juega la ideología, etc. Pero este camino recorrido no se hace “en general”, esto es, que considera las “variaciones” formales de un modo de producción con otro, de una formación social con otra (tal como hace la sociología comparada o la ciencia política contemporánea cuando estudia el “desarrollo político”, para advertir las invariabilidades y las diferencias específicas) y sí, en cambio, en un modo *dado* de producción, en un tipo dado de sociedad. La referencia a las formas generales sólo adquiere sentido cuando están articuladas en un todo que las redefine en sus relaciones con las determinaciones particulares de cada modo de producción o de cada formación social.

Por haberse alejado de este modo de análisis, Poulantzas, inclusive en este trabajo que estoy comentando (donde, repito, trasluce, al mismo tiempo, una preocupación substantiva), termina por hacer afirmaciones formales: discutiendo las “nacionalizaciones” (p. 4) está, obviamente, preocupado con la propiedad estatal en los países socialistas. Sin embargo, con el sesgo teorizante y generalizante que el formalismo da al marxismo, hace una referencia doblemente indeterminada. A partir de la separación entre propiedad económica y propiedad jurídica (que, obviamente, al mismo tiempo que se distinguen, se relacionan y se integran) concluye que “las nacionalizaciones remiten al poder del Estado, con lo cual, siendo éste burgués, las ‘nacionalizaciones’ se pliegan a los intereses de la burguesía”. Así, se afirman dos tesis distintas que están por demostrarse: que en todas las sociedades burguesas (independientemente, por tanto, del análisis concreto de la situación de las clases y de la lucha política) las nacionalizaciones refuerzan a la burguesía o, si el texto, como indica el contexto, se refiere a los países llamados socialistas, que en éstos predominan los intereses de la burguesía.

En la formalización del análisis es más directo. Defiende, por ejemplo, la existencia de lo *económico en general*, concepción contra la cual existen innumerables textos de Marx y que contraría, a mi juicio, la propia base de la dialéctica marxista. No obstante, Poulantzas escribe: “lo económico en general está constituido por ciertos *elementos* —invariantes— que en realidad no existen más que en su *combinación* —variable—” (14). Es difícil sostener la existencia de invariantes que solamente existen en términos de sus combinaciones variables. Aquí sí, nos aproximamos al idealismo a ultranza o a la contradicción formal: la esencia —los invariantes— se realiza en la multiplicidad de combinaciones variables. Aunque, obviamente, no es esta la intención de Poulantzas. Pero para escapar a la crítica de una interpretación esencialista e idealista, cae en el empirismo: “Los elementos invariantes de lo económico en general son los siguientes:

1. El trabajador o “productor directo”, es decir, la *fuerza de trabajo*.
2. Los *medios de producción*, es decir, el *objeto* y los *medios* de trabajo.
3. El *no-trabajador* que se apropia del sobretrabajo, es decir, el *producto* (15).

¿Qué pensar, en efecto, frente a la confusión entre fuerza de trabajo y trabajador? Todo el esfuerzo de Marx de categorizar la fuerza de trabajo independientemente del trabajo para permitir resolver el problema complicado de la venta de fuerza de trabajo por su valor y, al mismo tiempo, el de la apropiación de plusvalía producida por la fuerza de trabajo, cae por tierra. Peor, es el *hombre*, el “trabajador”, el que juega, para Poulantzas, el papel de invariante, haciéndolo asu-

(14) N. Poulantzas op. cit., pp. 22-23.

(15) Idem. Ibidem.

mir, en este caso, no sólo los riesgos que él mismo designa como una “antropología fundante”, sino de una antropología conservadora por definición: existen *siempre* hombres que trabajan, medios de producción que no les pertenecen y “apropiadores del sobretrabajo”. Esto es, existen siempre las condiciones dadas históricamente sólo en la producción mercantil. Esto para no mencionar la categoría (?) confusa de “no-trabajador en general” que se apropia de los productos. En verdad, ninguna antropología suscribiría estas afirmaciones que rozan el empirismo ingenuo de un materialismo estático.

Por cierto, el fundamento de estas interpretaciones se encuentra en Balibar (16). A pesar de que la gimnasia intelectual de Balibar es más rigurosa, lleva igualmente al formalismo:

“Podemos definir este análisis (la relación entre los medios, el modo de trabajo y el trabajador) como la *determinación diferencial de formas*, y definir un “modo” como un sistema de formas que representa un *estado de variación* del conjunto de elementos que entran necesariamente en el *proceso considerado*”, (Balibar, op. cit., p. 204). (...) “Esta *combinación*, casi una combinatoria, que constituye la esencia actual de un modo de producción determinado, donde los elementos (siempre los mismos) no son sino elementos virtuales fuera de su relación según un modo de producción determinado (...)”, (p. 205). “Por la combinación variada de estos elementos entre ellos según las dos relaciones (relación de propiedad y relación de apropiación real), que pertenecen a la estructura de todo modo de producción, nosotros podemos reconstituir los diversos modos de producción. Es decir, nosotros podemos enunciar los “presupuestos” de su conocimiento teórico, que son sólo y simplemente los conceptos de sus condiciones de existencia histórica. (...) Se llegaría, finalmente, a una tabla comparativa de las formas de los diferentes modos de producción que, todos ellos, combinan los mismos factores” (p. 211).

Digo que el ejercicio formal de Balibar es más riguroso porque él dice explícitamente que Marx llamaba “combinación” a la articulación entre partes en una totalidad concreta, esto es, que relaciona niveles distintos (económico, político, etc.), diversos, pero unidos (p. 209), lo que obviamente es distinto de la interpretación formalista de Balibar... Y también, porque al referirse al “no-trabajador, que se apropia del sobretrabajo”, Balibar agrega que Marx lo designa como representante de la “clase propietaria” y se refiere al capitalista. Evidentemente, siendo más fiel a los textos de Marx, este autor muestra también, implícitamente..., lo infundado de sus interpretaciones que, en último término, padecen de los mismos equívocos de las interpretaciones de Poulantzas. Más grave todavía. Todo el montaje para sostener la idea de invariantes que se combinan en una casi combinatoria (sin permutaciones, por cierto...) supone una “segunda lectura” que interprete en contra el sentido explícito de los famosos textos del postfacio de la *Crítica de la Economía Política*.

El resultado no puede ser otro que el de la confusión entre la construcción de las “totalidades concretas” como un proceso de paso de lo abstracto a lo concreto —camino de Marx— con el de la particularización y generalización considerados como una “determinación nueva de los mismos elementos por la variación de su relación” (p. 331). Así, la dialéctica marxista se transforma en un rompecabezas de posibilidades finitas. Son siempre los mismos términos que se combinan de manera diferente, como en un caleidoscopio. De allí que para Balibar sea posible “recuperar” las combinaciones que nunca se dieron de manera independiente en la historia y aquellas que pudieran llegar a ocurrir en el futuro, como por ejemplo en el modo de producción socialista, lo que naturalmente contraría la po-

(16) Etienne Balibar: “Sur les concepts fondamentaux du matérialisme historique”, en Althusser, Lire le Capital, F. Maspéro, Paris, 1967, Tomo II, pp. 187-332.

sición de Marx que rehusaba "teorizar" sobre el futuro. La negatividad de la práctica social, la lucha de clases, el movimiento de la historia, etc., son implícita, cuando no explícitamente, dejados de lado, por incurrir en vicios "historicistas" en beneficio de un análisis diacrónico y de un análisis sincrónico dado, que no difieren mucho de lo que hace el funcionalismo en la sociología y, con más rigor, porque no aspira a ninguna dialéctica, el estructuralismo en la antropología.

Marx se refería expresamente, como se evidencia en los mismos textos usados por Balibar, a lo *general* en el sentido indicado por mí: "... la producción en general es una abstracción, pero una abstracción razonable, por el hecho de que pone de relieve y fija el carácter común, evitándonos, por tanto, las repeticiones. Este carácter general, sin embargo, o este elemento común, diferenciado por comparación, está organizado de manera compleja y diferente en distintas determinaciones" (17).

Y, en el mismo libro, Marx dice explícitamente:

"En resumen: todos los estadios de la producción tienen caracteres comunes que el pensamiento fija como determinaciones generales; pero las llamadas *condiciones generales* de toda producción no son más que esos momentos abstractos que no permiten comprender ningún estadio histórico real de la producción" (p. 207).

Creo que no es preciso abundar más para demostrar lo infundado y lo equívoco de estas interpretaciones que están de moda.

IV

Volvamos a lo que nos interesa substantivamente. Poulantzas, en la caracterización que hace de las clases sociales, todavía guiado por la inspiración althusseriana, propone una distinción entre relaciones de producción y relaciones sociales de producción que, a mi juicio, tampoco encuentra cabida en la metodología marxista.

La idea básica de Poulantzas, es, al respecto, la de que las clases sociales en la teoría marxista deben ser pensadas como el resultado de los efectos pertinentes de las tres instancias regionales fundamentales, la económica, la política y la ideológica, sobre los agentes que constituyen el soporte de las estructuras correspondientes a aquellas tres instancias:

"Más exactamente, la clase social es un concepto que indica los efectos del conjunto de las estructuras, de la matriz de un modo de producción o de una formación social sobre los agentes que constituyen sus apoyos: ese concepto indica, pues, los efectos de la estructura global en el dominio de las relaciones sociales", *Pouvoir Politique et Classes Sociales*, (p. 69).

El lenguaje complicado de la definición deriva de la necesidad teórica que Poulantzas siente de subrayar que el concepto de clase no tiene en el marxismo el mismo estatuto teórico que los conceptos que se refieren a las estructuras regionales o parciales de la estructura global, a saber: la económica, la política y la ideológica. En consecuencia, no permite fundamentar la sociología como disciplina regional autónoma. Y, por otro lado, el concepto de clase se refiere a "relaciones sociales" y no a estructuras, en el sentido fuerte y teórico de la expresión:

"... entre el concepto de clase, que expresa relaciones sociales, y los conceptos que expresan estructuras *no hay homogeneidad teórica*" (p. 70).

Y de nuevo:

"... la clase social no puede ser vista teóricamente como una estructura regional o

(17) Cito a partir de la traducción de F. Fernández de la *Contribución a la Crítica de la Economía Política*, Editora Flama, Sao Paulo, 1946. Balibar tradujo la parte final diciendo: "este carácter general, o estos trazos comunes, que la comparación permite destacar, forman, ellos mismos, un conjunto muy complejo del cual los elementos divergen por revestir determinaciones muy diferentes", *Lire le Capital*, II, p. 326.

parcial de la estructura social, del mismo modo, por ejemplo, que las relaciones de producción, el Estado o la ideología constituyen efectivamente sus estructuras regionales" (p. 69).

Las clases pasarían a ser, por tanto, el *efecto* de las distintas estructuras sobre los agentes sociales. Expresarían procesos y relaciones, o, para usar el lenguaje de cierto tipo de sociología en que esa caracterización corre el riesgo de caer: son interacciones.

Nuevamente, aquí se trasparenta la concepción de lo real y del objeto de pensamiento compuesto por varias capas estructuradas, relativamente independientes entre sí y que producen "efectos", "consecuencias" sobre el comportamiento social. No voy a repetir la crítica metodológica ya hecha para mostrar que no es éste el procedimiento que usa Marx para conceptualizar y para explicar. Está dicho expresamente por Marx en el texto del postfacio de la *Crítica de la Economía Política* que, desde el punto de vista conceptual, las clases son relaciones cuya determinación se enriquece a través de otras tantas determinaciones como capital, trabajo asalariado, etc. Precisamente, es la síntesis de esas determinaciones la que permite la reconstitución de las totalidades concretas. No hay diferencias de status teórico-metodológico, en este sentido, entre los conceptos "económicos", los conceptos "ideológicos", los "políticos" y el concepto de clase. Inclusive porque Marx no pensaba en términos de "instancias regionales". Sin embargo, las totalidades concretas, para Marx (como por lo demás también para Althusser), *no son indeterminadas*. Pero, Poulantzas creó un concepto de clase que es indeterminado en la medida en que las clases pueden ser "efectos pertinentes" tanto de las estructuras económicas como de estructuras políticas e ideológicas.

Para justificar eso y las diferencias que estableció Poulantzas al "releer" los textos de Marx, establece una distinción que el autor no hacía entre "relaciones de producción" (relativas a la estructura económica) y "relaciones sociales de producción" (relativas a los efectos de las otras estructuras sobre la estructura social, concebida esta última como una categoría-efecto). Poulantzas dice explícitamente, lo que es cierto, que esta distinción no era hecha por Marx. Sin ella (et pour cause...) no sería posible pensar el dominio de los "efectos de clase" como una instancia aparte, aunque subordinada a las estructuras de lo económico, de lo político y de lo ideológico. Por eso Poulantzas se ve obligado a crear una distinción que no sólo no existía en Marx, sino que *es contraria a su método*, en la medida en que éste no supone este tipo de recorte abstracto de la realidad.

La discusión presentada por Poulantzas para criticar el "economicismo" y el "historicismo" —que casi se transforman en dos entelequias— se hace sobre bases equivocadas. La "unidad del método marxista", su procedimiento sintetizador de pasaje de lo abstracto a lo concreto, permite la crítica de aquellas tendencias de una forma directa y simple, sin que se incurra, por otro lado, en el riesgo del "politicismo" o del "ideologuismo", del cual los textos de Poulantzas no siempre escapan.

En fin, es preciso reafirmar que para Marx las totalidades concretas son *determinadas*. En esta determinación, en el caso de las clases sociales —conceptos que, al decir de Marx, se refieren a situaciones que existen "en fases históricas determinadas del desarrollo de la producción" (carta de 5/3/1852 a Weydemeyer)—, las relaciones de producción juegan un papel decisivo. No fue otra jamás, la comprensión de todos los autores marxistas que escribieron sobre el asunto. Y en eso no va ningún "economicismo". La organización de la sociedad en clases, en oposición a otras categorías de estructuración social, quiere decir simultáneamente el privilegio del modo de producción capitalista, en el cual lo económico, en última instancia, determina, etc., etc.: ¿para qué repetir el padre nuestro al cura?

Justamente porque el marxismo *no elabora* categorías generales (lo económico en general, lo político en general, las clases en general, etc.) no existe el fantasma

del economicismo en la comprensión de las clases sociales como categorías económicamente determinadas: ellas, como concepto, sólo se aplican en situaciones en las que la distribución social de los hombres en la producción es el criterio fundamental —de esta situación o modo de producción particular— para la estructuración de las capas de la población.

V

En el trabajo sobre "Las Clases Sociales", cuando Poulantzas se refiere a las categorías sociales, como a la burocracia o a los intelectuales, así como cuando se refiere a las fracciones de clase, utiliza el método marxista tomando las precauciones que antes señalé. O sea, no olvida que para la determinación de la posición de clase las relaciones de producción constituyen la base fundamental. Sin embargo, fragmentos de su interpretación inicial, contenida en *Pouvoir Politique et Classes Sociales*, permanecen presentes en algunas formulaciones. Por ejemplo: "Pertenecer o no a la clase obrera para este grupo social (técnicos y asalariados vinculados orgánicamente a la empresa), cuyo desarrollo en el seno de las empresas se halla vinculado a la producción moderna, depende de los criterios políticos e ideológicos, especialmente: ¿cuál es su conciencia de clase, y cuál es su posición política concreta en el seno de la empresa? (...) La cuestión decisiva que se suscita así, en cuanto a su adscripción de clase, es la de saber si esa "autoridad" en la organización capitalista "despótica" del trabajo es la que tiene la primacía en la práctica política efectiva, o bien si es su solidaridad con la clase obrera" (pp. 14-15).

El análisis de la posición política de los grupos en la lucha de clases es, en efecto, requisito indispensable para la caracterización concreta de las clases sociales. En este sentido, no tengo ninguna observación que hacer a la interpretación de Poulantzas, sea con respecto a los grupos referidos en la cita anterior, sea, por ejemplo, cuando analiza las oposiciones entre "burguesía nacional" y "burguesía entregada" (pp. 23-24). Sin embargo, no se trata de *criterios* ideológicos y políticos, en oposición a *criterios* económicos. Poulantzas utiliza este tipo de metodología para escapar a la distinción entre "clase en sí" y "clase para sí", dada su posición metodológica general. Pero, de nuevo, la crítica que tengo que hacer es la de que la preocupación clasificatoria induce al lector a engaños: sería conveniente subrayar que, en este tipo de análisis, el hecho de pertenecer o no a una clase no puede ser visto aisladamente del conjunto de relaciones que estructuran la situación de clase. La clase no es un *atributo* que se define por criterios, por más sutiles que estos sean, aunque incorporen "dimensiones" políticas e ideológicas. Al contrario, como expresamente dice Poulantzas, en otros textos de su trabajo, es preciso comprender a las clases sociales por su lugar en la división social del trabajo. Esta última resulta, a su vez, del proceso social de producción que, en las sociedades capitalistas, "significa al mismo tiempo, y en un mismo movimiento, división en clases, explotación y lucha de clases" (p. 6, subrayados míos).

En suma, me parece que existe en el trabajo comentado ("Las clases sociales") una revisión de las interpretaciones de *Pouvoir Politique et Classes Sociales*. Esta revisión, si se lleva adelante, conduce efectivamente a la comprensión del método marxista para el análisis de las clases sociales. En él, las clases se conciben como dependientes del "proceso histórico" (p. 43) y del proceso dinámico de la lucha de clases, vistos uno y otro como la expresión de contradicciones estructuradas y determinadas. Sin embargo, para que la nueva postura teórica-metodológica de Poulantzas se complete, es preciso que la ruptura con el formalismo de la interpretación althusseriana del marxismo sea explícita, que vaya más allá del ámbito de los análisis de situaciones, y que lleve a la redefinición de su análisis de la metodología marxista.

ALTHUSSERIANISM OR MARXISM? ON THE CONCEPT OF CLASSES IN POULANTZAS

Fernando Henrique Cardoso, in his article "¿Althusserianismo o Marxismo? A propósito del concepto de clases en Poulantzas" (Althusserianism or marxism? On the concept of classes in Poulantzas), develops a series of criticisms of Poulantzas' work "The Social Classes", presented in the Merida Seminar, Mexico, December 1971.

Referring constantly to Marx's works, Cardoso criticizes the position of Poulantzas who, for his part, departs from Althusser's own interpretation in relation to the difference between historical materialism and dialectical materialism. This would have led Poulantzas to introduce a fundamental contradiction in his work, which is manifested "between the mode in which he analyzes historical processes and the form in which he tries to elaborate the categories and methods he attributes to the marxist interpretation of the diverse 'general theories' in which historical materialism is divided". According to Cardoso, this contradiction would indicate the methodological difficulties with which these marxists—who depart from the interpretation Althusser gave of the difference between historical materialism and dialectical materialism, which is expressed in the "theoretical practice" and "real process" at that author—find themselves struggling. The immediate consequence of accepting the radical difference between "theoretical object" and "real object" is, for Poulantzas, that of the elaboration of the "particular theories" of the distinct "regional instances" in which reality and thought are separated, and which are criticized by Cardoso.

L'HOMME ET LA SOCIÉTÉ

Revue internationale
de recherches et de synthèses sociologiques

Editions Anthropos

Direction - Rédaction, 95, boulevard Saint-Michel, Paris-5, Tél. 325.18.95

Administration - Abonnements, 15, rue Racine, Paris-6, Tél. 326-99-99

Directeurs Serge Jonas - Jean Pronteau

N° 22

octobre - novembre - décembre

1971

S O M M A I R E

Débats, études théoriques, synthèses

Henri Lefebvre / La re-production des rapport de production

Adam Schaff / Au sujet de la traduction des thèses de Marx sur Feuerbach

Celso Furtado / Dépendance externe et théorie économique

Arghiri Emmanuel / Le colonialisme des "poor-whites" et le mythe de l'impérialisme d'investissement?

Henri Denis / Marchés nouveaux et accumulation du capital

Isaac Guelfat / Les derniers étendards — De John Maynard Keynes à Milton Friedman

Recherches

Gérard Lagneau / Directions générales et participation singulières

Georges Lapassade / La macumba — Une contre-culture en noir et rouge

Etudes critiques

André Regnier / De la morphologie selon V I. Propp à la notion de système préinterprétatif

Laura Makarius / L'apothéose de Cinna — Mythe de naissance du structuralisme

Bernard Delfendahl / Critique de l'anthropologie savante Claude Lévi-Strauss, homéliste et socialiste

Oliver Capre / La "conversation modale" selon Jacques Berque dans l'orient second

Yves Guossault / L'éducation des masses paysannes dans les économies capitalistes dépendantes

II

PROBLEMAS TEORICOS DE LA TRANSICION

PABLO GONZALEZ CASANOVA

SISTEMAS HISTORICOS

I

Este ensayo tiene varios objetivos. El principal consiste en preguntarse cuál es la historia de los sistemas o cómo se caracteriza el cambio intersistémico. Otro, consiste en indagar cómo se mejoran las decisiones políticas durante los períodos en que cambian los sistemas.

Cuando nos preguntamos por la historia de los sistemas lo que buscamos saber es cómo cambian, en el tiempo, las características de un sistema hasta que desaparece y surge *otro*; igualmente nos preguntamos cuáles son los factores que determinan el cambio, y qué papel juega cada uno de los elementos de la estructura durante la desaparición del sistema.

Por otra parte, cuando nos preguntamos por la mejor decisión política, en la crisis de un sistema, el problema se nos plantea como personas, grupos y clases que interactúan dentro de un contexto (o como el de *sus* asesores y expertos). El sujeto que se pregunta por la decisión óptima se constituye en el *módulo* que busca resolver de la mejor manera posible sus propios problemas.

Dicho de otro modo, en el primer caso buscamos más bien explicar los cambios de sistemas, los factores o la causa que determinan estos cambios en la *historia pasada o presente*; en el segundo, buscamos elegir la mejor estrategia y la mejor táctica para alcanzar un propósito o un valor, dentro de *una situación histórica* y social en que nos encontramos, como sujetos, y en que te-

nemos, como sujetos, el problema de mejorar hasta el máximo posible nuestra decisión.

El primer tipo de problemas tiene amplios antecedentes en la historiografía clásica, que los estudia manejando múltiples variables y la idea de una causa final. Durante el siglo XIX la investigación científica empirista y positivista busca la explicación trabajando por lo general con dos, tres o a lo sumo cuatro variables que analiza como factores, o como causas. En ocasiones se limita a la investigación de los factores y desecha la noción de causa, por metafísica; esto es, sólo acepta explicar el comportamiento de una variable en función de otra u otras, pero no acepta explicar el comportamiento de las variables en función de las estructuras esenciales —de dominación, de explotación— características del sistema. Lo científico no sólo consiste en olvidarse de Dios sino de la esencia del sistema, que se vuelve sagrada, intocable.

El segundo tipo de problemas tiene antecedentes en el llamado "arte de gobernar", con todo lo que el arte tiene de intuitivo; pero desde la segunda guerra mundial adquiere una nueva calidad con la investigación de operaciones y los modelos matemáticos, que permiten un análisis de muchas variables para optimizar las decisiones y para alcanzar más eficazmente las metas. Estas metas no incluyen por lo general valores que supongan la desaparición del sistema de explotación y dominación, lo cual sería una *contradictio in adjecto*, dado que esas técnicas son predominantemente utilizadas por las clases gobernantes para mantenerse y mantener el sistema. Por lo demás la filosofía empirista, que interpreta y usa las técnicas, en general desprestigia el análisis técnico de valores. En estas circunstancias, cuando se pasa del "arte de gobernar" a la investigación de los sistemas sociales, lo "científico" es no buscar otro sistema, ni pensar, como solución en otro sistema. Los valores propios son constantes, "sagrados".

Para facilitar la identificación de estos dos tipos de estudio, al primero lo vamos a llamar *investigación científica de sistemas* —incluso cuando no estudia las causas— y al segundo lo vamos a llamar *investigación técnica de sistemas* —incluso cuando no estudia los valores—. Con ello queremos destacar que aquél hace énfasis en los problemas de la explicación, y éste en los problemas de la decisión; aquél utiliza la descripción, el análisis, sobre todo para buscar el papel que juegan los distintos factores y estructuras, mientras éste los utiliza para precisar la decisión óptima a tomar.

Por supuesto, la investigación científica *se auto-limita* y hasta *se cancela* cuando desecha la noción de causa, esto es, cuando considera constante el sistema; y la investigación técnica se limita y hasta llega a ser anulada en los efectos buscados, cuando toma al propio sistema como un "dato" o "constreñimiento lateral" permanente, y no analiza la forma de "optimizar" las decisiones cuyos valores u objetivos generales suponen la desaparición del sistema.

En todo caso, los dos tipos de investigaciones se distinguen claramente entre sí, y se distinguen además según su cerrazón o apertura al considerar a los sujetos dominantes y sus estructuras de dominación y explotación como parte esencial del problema histórico o del problema moral del sistema. Estas diferencias se dan también en la metodología.

La explicación cualitativa, con muchas variables, y la explicación cuantitativa, con dos o tres variables, parecen haber quedado adscritas por una tradición a la *investigación científica del cambio de sistemas*, mientras las matemáticas modernas, ricas para el análisis de las decisiones, parecen haber quedado adscritas a la *investigación técnica del cambio de sistemas*, que no busca la explicación del cambio, ni busca cambiar los sistemas. En esas circunstancias los métodos del siglo XX han quedado apegados a problemas puramente técnicos, y a las técnicas del *statu quo*. Ligados a una técnica de los valores dominantes en la

clase dominante, parecen estar encajonados en la clase o grupo que tendería a desaparecer con la desaparición del sistema.

Si reparamos en la división absurda de estos dos enfoques, parece conveniente destacar que el objetivo principal de este ensayo es precisar cómo podemos estudiar el cambio de los sistemas contemporáneos, considerados como sistemas históricos, en particular el cambio del sistema capitalista a uno socialista, o el de un socialismo primitivo a uno avanzado, y a la vez optimizar las decisiones para que se logre ese cambio, mediante el uso de las técnicas de análisis clásicas y modernas.

Pero ese objetivo, obviamente, no se puede lograr sino bajo los siguientes supuestos:

1º Que la investigación científica sobre el cambio histórico de los sistemas incluya la noción de causa (es decir, a las estructuras esenciales de dominación y explotación del sistema), como factor determinante del cambio de sistema, y que incluya los problemas y métodos más modernos de la investigación de operaciones, y la cultura cibernética que emplean las clases dominantes, como un problema a estudiar y un método a emplear en la historia actual del cambio de sistemas, y

2º Que la investigación técnica de sistemas comprenda los valores, es decir, las metas que consisten en cambiar de sistema, y que incluya los métodos de la explicación clásica, que analizan la ruptura histórica de los sistemas, a partir de la *hipótesis* de que se dará la ruptura del propio sistema, por más técnicas que empleen las clases dominantes, por más procesos homeostáticos o morfogenéticos que generen para adaptarse al contexto en que operan, pues el sistema, como fenómeno natural, es un fenómeno histórico, con un principio y un fin, con una contradicción interna que crece como en cualquier otro fenómeno natural hasta la desaparición del organismo —del sistema de dominación o de explotación— en formas que no necesariamente conducen a una entropía atómica.

Con las aclaraciones anteriores pasemos a precisar el más importante de nuestros objetivos, la historia de la sustitución de sistemas, despejando el primer obstáculo, que es el desconocimiento mismo del problema.

Desde luego la historia de la sustitución de sistemas se encuentra en las antípodas del pensamiento que ha prevalecido durante la postguerra en la sociología norteamericana sobre el cambio de sistemas. Los grandes teóricos de la sociología empirista, y en particular Parsons, se han planteado precisamente el problema opuesto, el problema de saber cómo se mantiene un sistema, cómo se conserva un sistema. Este planteamiento teórico es sin duda legítimo, pues en cualquier sistema existen grupos o clases interesados en conservar el sistema, y preocupados por los problemas sociales y políticos relacionados con la preservación del sistema. Pero el otro problema, el de la sustitución de un sistema por otro, también existe, y no se lo plantea la sociología empirista de la postguerra, sino en formas muy secundarias y por lo general retrospectivas.

El objetivo clásico de la sociología empirista consiste en estudiar todo proceso, para ver cómo se alcanza el equilibrio, cómo se logra la integración social. En ello la sociología norteamericana es legítima heredera de Comte y de Durkheim. Los fenómenos que estudia son la "socialización" o adopción de normas que permiten una conducta regular en un sistema estable, y que se complementan por otros mecanismos de control social, mediante los cuales se recupera el equilibrio y se vuelve a la integración, cuando eventualmente éstos se pierden. (Lockwood, 1956).

El cambio social se concibe como una variación, en el tiempo, de un sistema constante. El cambio es más bien lento, gradual, continuo.

Los principales factores del cambio son exógenos, contextuales, y el sis-

tema social, como cualquier organismo biológico, se adapta y ajusta a los distintos contextos, sin que se contemple la posibilidad esencial de su "muerte". Los cambios internos son producto más bien de la inteligencia, del espíritu de innovación, de las invenciones y de la división del trabajo, estructural y funcional.

Los fenómenos de desintegración se contemplan como anormales, los desequilibrios como disfuncionales; las tensiones, oposiciones y contradicciones o luchas, que alteran el orden "sistemático", o su estructura y funciones, se entienden como desviaciones, como aberraciones, como fenómenos patológicos.

Los mecanismos de ajuste, de control social, la *capacidad* de respuesta a los desequilibrios provisionales, a las desviaciones, o la *posibilidad* política y técnica de mantener el sistema, su integración, su equilibrio, sus estructuras, sus funciones, sus instituciones, corresponden a un postulado básico, a la idea de que el sistema es "abierto", *suficientemente adaptable*, y *constante*.

La noción de un poderío técnico y de una capacidad, prácticamente ilimitada, de adaptación y readaptación del sistema, se fortalece con la idea de una *tendencia natural* a la permanencia del sistema. El sistema, así, es cabalmente abierto, libre, comprensivo, y las clases gobernantes son las representantes implícitas del sistema, son "el sistema". Por ello estos autores generalmente afirman que "el sistema", como sujeto, actúa, opera, se adapta, etc. Las clases gobernantes son el "sistema" y el sistema es un sujeto que no tiene sujeción insalvable.

Sin duda al sistema se le concibe como un conjunto de elementos en interacción. Pero se trata de un conjunto en que los elementos guardan relaciones funcionales entre sí, en que el poder del "sistema" cumple la función de distribución —en un mundo de recursos escasos—, o la función de integración —frente a las desviaciones—, o la de equilibrio —frente a los desajustes—, o la readaptación —frente a los cambios de contexto—.

Los elementos que forman el sistema se conciben como individuos cuyas interacciones son objeto de estudio, o como estructuras de agregados individuales. El carácter funcional de las relaciones que guardan los elementos entre sí se opone *satisfactoriamente* al de la sociedad tradicional, y el carácter abierto del sistema —que en el fondo coincide con la libertad de acción de las clases invisibles— se opone a los sistemas "cerrados", en que desaparece esa libertad. Así, en esta percepción del sistema no existen clases de hombres, categorías reales unidas o ligadas en sus luchas, ni relaciones contradictorias entre clases. La dominación es funcional, y la explotación no existe, o a lo sumo es periférica y accidental.

Los conflictos y luchas inevitables constituyen, en la mayoría de los casos, un mecanismo para el ajuste de las normas a las nuevas condiciones, y son también funcionales al sistema. Sólo cuando el sistema es demasiado rígido surgen otro tipo de conflictos que no ayudan a la solución de problemas, que derivan en acciones estériles, en "válvulas de escape" mediante las cuales se descargan las tensiones, sin resultados específicos, en un vacío de acción. Se trata de conflictos ajenos a todo realismo, ineficaces, inútiles, (Coser, 1956), y en todo caso, si el sistema se vuelve flexible los conflictos inútiles desaparecen. El sistema —según esta perspectiva teórica— *siempre* puede volverse flexible. La moral del sistema es su flexibilidad, y se identifica con su eficacia, sin que medie contradicción alguna. Esto es, el sistema puede ser eficaz para lograr *todo* lo que es posible a la naturaleza humana, porque es el mejor de los sistemas posibles, en un mundo de recursos escasos, y de luchas despiadadas del hombre contra el hombre (*homo homini lupus*), de los sistemas contra los sistemas, en que, *el propio*, es un sistema *protector* y *libre*.

El cambio social, como variación en el tiempo de un sistema variable, esto es, de un sistema que es substituido por otro sistema no se concibe, en una visión extremadamente conservadora, que va a prevalecer hasta la década de los

sesenta, cuando empiezan a surgir nuevas perspectivas de una sociología reformista, mientras se difunden y transforman las viejas tesis de la filosofía marxista, y surgen otras, de la nueva izquierda.

Estas nuevas teorías, o la recuperación y reelaboración de las antiguas, tienen mucho que ver con los problemas históricos de los sistemas. En primer término significan una apertura a la idea de que los sistemas pueden variar en algunas de sus estructuras (*Estructurae homini lupus*). Otras, del marxismo clásico y de sus versiones actuales, plantean francamente la posibilidad y la necesidad del cambio de sistemas.

La corriente neoempirista empieza así a enfrentar el problema teórico de reformas de estructura, de alteraciones en la distribución del poder y en la distribución del excedente, *más* funcionales al sistema, pero que constituyen un cambio o variedad en las estructuras, y no postula ya una mera adaptación del individuo a estructuras rígidas y funcionales. El neoempirismo se plantea el problema teórico de la "elaboración de nuevas estructuras", de procesos no sólo homeostáticos, de adaptación del sistema al contexto, sino morfogenéticos, en que aparece la *imaginación* de nuevas estructuras, "la búsqueda de objetos inexistentes", a que se refiere Taylor (1950), que caracterizan a los sistemas sociales, y que los distinguen de un mero servo-mecanismo incapaz de "concebir el Santo Grial", una estructura inexistente, o una utopía. Conforme la crisis se acentúa, la investigación empirista descubre que a más de la retro-alimentación negativa, que tiende a corregir las desviaciones, se da la retro-alimentación positiva que tiende a aumentarlas, a amplificarlas, y a canalizarlas dentro del sistema (Mayurama, 1951).

La filosofía empirista empieza incluso a descubrir la importancia de las "contradicciones" y a pedir que el estructuralismo-funcionalismo las tome en cuenta para una mejor comprensión de los conflictos a que se enfrenta el sistema, y para una acción más adecuada en defensa de la continuidad del sistema (Sjoberg, 1959). Pero de esta adopción conservadora de la dialéctica se pasa a otra más abierta, en que se reconocen los cambios que generan más y más desajustes, los procesos de desintegración creciente, las disfunciones acumulativas; y se admite la existencia de cambios súbitos y profundos, revolucionarios —generados por el sistema mismo—, endógenos. (Van den Berghe, 1963).

En esta época se recuperan artículos como el de Lockwood, publicado en el *British Journal of Sociology* por los cincuenta, en que el autor ya registraba la existencia de contradicciones esenciales al sistema —como la explotación—. Se empieza a percibir, desde posiciones culturales empiristas, que hay ciertas metas incompatibles con el sistema capitalista, valores normativos incongruentes con valores materiales, intereses generales opuestos a los particulares.

La "contradicción", la "dialéctica", los módulos, las díadas, las entidades que constituyen una relación, las propias relaciones contradictorias van cobrando una importancia teórica cada vez mayor. Marx adquiere, otra vez, un nuevo peso entre los investigadores no marxistas, aunque la percepción de las contradicciones del sistema capitalista nunca alcanza el peso que tiene en Marx.

Sin duda, una parte importante de este nuevo enfoque del empirismo va a servir como base teórica para una serie de manipulaciones de las estructuras, que superan las meras manipulaciones psicológicas y políticas de los individuos, y va a contribuir a una "elaboración de estructuras" útil para la contrainsurgencia y la "nation-building", funcional a las clases gobernantes.

Teóricamente se empieza a abrir aquella posibilidad que veía con horror el capitán Galula —experto en contrainsurgencia— de que las clases gobernantes hicieran en un momento dadas tantas reformas para impedir la revolución, que a la postre hicieran lo que los revolucionarios estaban pidiendo (Galula, 1964). Pero eso sólo ocurre en principio, en parte. Las reformas de estructuras presen-

tan posibilidades nuevas, y límites pavorosos. Lo que en el capitán Galula es temor, en otros es mistificación y esperanza. La teoría de la historia contemporánea todavía no ha podido precisar suficientemente los nuevos límites y posibilidades de las reformas de estructura.

En cualquier caso, durante los sesenta hay una crisis brutal de la "gran teoría". La crisis registra la existencia de incongruencias y postula una nueva perspectiva de reformas, con base en la teoría general de los sistemas, en la cultura cibernética y, a veces, hasta con una cierta apertura a los conceptos marxistas de contradicción y dialéctica.

El desprestigio del estructuralismo-funcionalismo va mucho más lejos. Al marxismo, más o menos clásico, se añaden nuevas versiones de la sociología, que arrancan de C. Wright Mills, y otras, que plantean las contradicciones con una teoría de raíces marxistas y una expresión típica de grupos de presión en rebeldía —negros y estudiantes—, más que de clases sociales del mundo clásico del marxismo. Estos grupos de presión revolucionaria buscan explicarse su propia sociedad y su historia, recurriendo a los marxismos del mundo colonial, desde el del joven Mao o el de Fanon hasta los más recientes de Fidel, Che Guevara, e incluso Marighella.

En todo caso, el clima teórico se transforma substancialmente, y este cambio tiene implicaciones profundas en la historia teórica y práctica del cambio de sistemas.

Desde luego se percibe la existencia de cambios "naturales" de algunas estructuras, y en ocasiones se proponen cambios inducidos. La profundidad teórica sobre estos últimos no siempre es muy grande, o porque se postulan cambios en estructuras laterales, no esenciales al sistema, o porque se proponen cambios a partir de estructuras laterales: de negros y estudiantes. La clase social no aparece en general ni como esencia teórica ni como punto de apoyo políticamente consciente. Pero el cambio ideológico es lo bastante profundo para que se replantee, en distintos círculos, el problema del cambio intersistémico y no sólo intrasistémico, de los sistemas como fenómenos históricos.

Así se replantea un viejo problema en una nueva perspectiva: ¿A qué puede parecerse la historia de los sistemas?, y ¿Cómo puede hacerse el análisis histórico de los sistemas en el último tercio del siglo XX? ¿Cuál puede ser esta historia? El problema no es de fácil solución, entre otras razones por la pérdida de *status* que la historia ha tenido durante estos años, por su relativo aislamiento de otras disciplinas sociales más avanzadas en el uso de técnicas modernas, y por la necesidad de integrar una serie de marcos teóricos clásicos y dialécticos con una cultura cibernética, que se vincula y limita al análisis de sistemas organizados.

II

A las dificultades anteriores se añaden otras más, relacionadas con la explicación en la historia y con el estudio de las estructuras y factores del curso histórico. Todas ellas nos inducen a esbozar el problema considerando cinco posibilidades de análisis, que consisten en el estudio de la *historia como proceso*, de la *historia como lucha*, de la *historia como organización*, de la *historia como reorganización social* y de la *historia como espontaneidad*. El historiador de los sistemas no siempre está consciente de todas estas posibilidades, menos aún quienes van a la historia como fuente para mejorar sus decisiones políticas en períodos de cambio o crisis de sistemas. Por ello puede ser útil precisar las características principales de cada una de estas ocurrencias históricas, susceptibles de análisis científicos distintos y complementarios.

La *historia como proceso* es aquella en que "los protagonistas son los he-

chos". (Gramsci, *II Risorgimento*, 1949). Es la "historia invisible" de que hablaba Hegel, en que se producen esos cambios lentos, a lo largo de grandes períodos, que van a determinar la decadencia o la crisis de un sistema y a generar, bruscamente, otro nuevo. Es la historia que ocurre entre el Paleolítico y el Neolítico, la del paso del salvajismo a la barbarie, de la barbarie a la civilización; la historia del desarrollo de la agricultura, o de las ciudades ribereñas del cercano Oriente; de la evolución de la *polis* griega, del desarrollo del molino de agua y otras tecnologías en el Bajo Imperio, del crecimiento de los burgos al fin de la Edad Media, y de la burguesía al fin del feudalismo, o del desarrollo industrial del Norte que precede a la Guerra Civil en los Estados Unidos, o del capitalismo ruso anterior a la revolución bolchevique.

La *historia como proceso* busca describir el comportamiento de una serie de hechos, de categorías, de variables, en períodos largos: sus tendencias lineares y cíclicas, sus convariaciones. Corresponde a la teoría sobre el desarrollo de las fuerzas productivas y su contradicción con las relaciones de producción; o a las teorías sobre la decadencia de las instituciones y las costumbres, sobre los desequilibrios y las disfunciones múltiples, sobre el incremento de las desigualdades y disimetrías, sobre las recesiones y las crisis económicas, políticas, morales.

En la época actual esta historia busca precisar sus conceptos mediante un análisis numérico de los hechos de un sistema social que tiende a su vez a la producción de datos numéricos, en grado muy superior al que generaron sistemas anteriores. Pero desde la época clásica existe esta historia de los grandes procesos.

La *historia como lucha* es la más característica del concepto clásico de la historia. En ella se hace énfasis en los fenómenos políticos y militares, y en los problemas de táctica y estrategia; en las alianzas y rupturas de los grupos en pugna, en sus polémicas, en sus errores y aciertos, en sus sueños y su realismo. El cambio de un sistema a otro se contempla como problema político y frecuentemente se ubica en el contexto "natural" de la historia como proceso.

Es la historia de las invasiones de los bárbaros, de las luchas de los esclavos contra los césares, la historia política y militar de la Revolución Francesa, de la Revolución de Octubre, de la Revolución China y Cubana. Es también la historia de los levantamientos campesinos en la Inglaterra capitalista de principios del siglo XIX, o la historia del 48 y de la Comuna, o la historia de los levantamientos de indios y otros intentos fallidos de acabar con un sistema dominante. Dentro de ella cabe también la historia de las luchas de liberación de los pueblos de Asia, Africa y América Latina.

La historia como lucha busca describir el comportamiento político y militar de los líderes, de los grupos políticos y las clases durante los momentos críticos de enfrentamiento, que derivan en el cambio de un sistema, o en un fracaso de quienes lo intentan. En el marxismo corresponde a la idea esencial de la historia como lucha de clases, como guerra civil, como acción revolucionaria.

Mientras el modelo de la *historia como proceso* tiende a darnos la imagen de una historia natural, de una "revolución pasiva" con "modificaciones moleculares" que cambian las relaciones de fuerza y "así se convierten en matrices de nuevas modificaciones" (Gramsci, *Note sul...*, 1949) esta *historia de las luchas* hace énfasis en categorías humanas, políticas, con relaciones dialécticas, con "acciones recíprocas", que no son "simples relaciones de causa a efecto", pues, en medio de las "regularidades históricas", generan una serie de novedades, o singularidades, en su "forma" de desarrollo y en "el orden de su desarrollo" (V. I. Lenin, *Sobre nuestra revolución*, 1923).

El estudio plenamente racional de estas singularidades y novedades sólo aparece, sin embargo, en el análisis de la historia como organización y como reor-

ganización; las singularidades no sólo se dan en nuevas estructuras, sino con nuevas técnicas, con novedades técnicas a la vez conservadoras y acumulativas.

La *historia como organización*, es, en buena parte, la historia de las instituciones que nacen de las luchas, de la costumbre y el derecho, y que cumplen funciones distintas en los nuevos procesos y luchas por la seguridad, la distribución del excedente y la cultura. Es la historia del Estado, del ejército, de la propiedad, de la familia, de las empresas, de la burocracia, de los partidos, de las asociaciones.

Desde el siglo XIX esta historia plantea el problema de las relaciones entre las estructuras sociales "naturales" y las "artificiales", entre los conjuntos de relaciones humanas que no corresponden a una elaboración deliberada de estructuras, y aquéllas que se implantan a propósito para alcanzar objetivos políticos, económicos o culturales más o menos definidos.

El problema más profundo de esta historia consiste en analizar las relaciones entre la estructura social y la organización política, entre la estructura "natural" y la estructura política (1).

En la *historia como organización* destacan de un lado, las estructuras en que caben las organizaciones, y de otro, el papel de las organizaciones en el desarrollo de las luchas. En forma no siempre sistemática, la historia como organización constituye un lazo entre la historia de los procesos y la historia de las luchas, al registrar cómo se desprende de la estructura "natural" la organización funcional para alcanzar un objetivo, y cómo surge la organización en medio de las propias luchas por alcanzar un objetivo.

En este tipo de historia se observa cómo se integran las organizaciones a partir de estructuras variantes, y cómo las variaciones de las estructuras también desintegran las organizaciones. De la estructura nace la organización que más tarde la estructura desintegra, o dicho de otro modo, de los conjuntos de relaciones no controladas surgen conjuntos de relaciones controladas, que más tarde son destruidos por la evolución natural —contradictoria, desequilibrada, disimétrica— de aquéllos.

Pero este es sólo un enfoque en que se hace énfasis en el papel que juegan las estructuras "naturales" para la determinación de las organizaciones, para su génesis y extinción. El otro enfoque hace énfasis en la forma en que las organizaciones se elaboran en función de las luchas y objetivos, para dar una mayor racionalidad a la lucha, y alcanzar de modo programático los objetivos.

En una visión más completa se combinan los enfoques anteriores a fin de observar cómo se integran nuevas organizaciones que deshacen a las que dominaban (y se hallan tambaleantes por las evoluciones desequilibradas y contradictorias de las estructuras), mediante una lucha en que la organización rebelde encuentra apoyo favorable en las nuevas condiciones estructurales.

En la historia como organización aparecen con más nitidez ciertas formas de *racionalidad política* que no son tan claras en la historia de los procesos ni en la historia de las luchas. Estos elementos racionales son los que se refieren a la propia organización, en tanto ésta constituye un arreglo o disposición más funcional para alcanzar determinados fines, y también se refieren a ciertas características acumulativas, propias de todo conocimiento técnico. En la historia como proceso destaca una racionalidad más "natural", y en la historia como lucha no siempre ocupa un primer plano el carácter técnico y acumulativo de la misma.

La historia como organización supone siempre el preguntarse cómo ha ido evolucionando el cúmulo de conocimientos y aprendizajes en materia de organización, y qué proporción del conjunto social ha ido pasando de las estructuras natura-

les a las estructuras organizadas. En la historia como organización se plantea así el problema de la reorganización, y se apunta el problema de la reorganización del conjunto social.

En la evolución humana la historia de las burocracias es la más larga historia de las organizaciones y se halla ligada a la historia de la concentración del poder, de la especialización de tareas administrativas y políticas, de la normatización y coordinación de esfuerzos, y de la expansión de los imperios y los mercados. Los ejércitos burocratizados y las empresas burocratizadas son los antecedentes más remotos de las estructuras dominantes que definen su objetivo, esto es, que señalan "una situación final en que el objeto activo (el grupo o clase organizada) alcanza una correlación definitiva en el tiempo o el espacio con otro objeto o hecho" (Rosenbluth & Wiener, 1950). Las burocracias del gobierno civil y militar y de las empresas son también las que tienen los más remotos antecedentes de un proceso técnico acumulativo; desde el siglo XVI van a aplicar cada vez más el método científico para perfeccionar sus técnicas, para mejorar los procesos de aprendizaje o reajuste, que les permiten a su vez perfeccionar las técnicas—de—alcanzar objetivos de acuerdo con experiencias anteriores, en procesos de retro-alimentación (*feedback*) que van a construir, en formas crecientes, toda una filosofía y una cultura de la efectividad institucionalizada u organizada.

Las burocracias son así las más antiguas estructuras políticas que organizan sus canales de aprendizaje y retroimpulso, sus conmutadores y distribuidores de "atención" o rechazo de mensajes funcionales para lograr sus objetivos; de variables y unidades de datos, de combinaciones, asociaciones, recombinaciones de mensajes que permiten mejorar y optimizar las decisiones.

La historia de las burocracias es una historia de las variaciones en la atención organizada, en la información y en la teoría institucionales; es la historia de las redes de información, de investigación, tratamiento y comunicación de datos; la historia de la conciencia articulada de los grupos y clases dominantes, a través de comités, juntas, jefes, directores, que disponen de centros de documentación y procesamiento, de información de alto nivel (resúmenes, proyectos) basada en la información que está por debajo del "nivel de la conciencia", ignorante de los propósitos de la organización; es la historia de la demanda de nuevas síntesis, de nuevos registros y bloqueos de información, de nuevas transmisiones o relaciones.

La historia de las organizaciones es la historia de la voluntad institucional, de los "patrones de preferencias e inhibiciones... conscientemente clasificadas para una porción de los miembros y aplicadas a guiar las acciones y a restringir las experiencias subsecuentes del grupo y sus miembros" (K. W. Deutsch, 1951).

La voluntad organizada y su historia se manifiestan en la historia de los rótulos y "etiquetas", adscritos a "canales de conducta que desatan una reacción automática por la ruta o canal, cuando se pronuncian, en el momento de la decisión, y que tienen prevista la superación de obstáculos, el no dejar de proseguir la ruta por circunstancias adversas". La historia de la voluntad organizada de las clases y los grupos dominantes es la historia de la legislación, de la censura, de la policía, del adoctrinamiento, de la propaganda que hacen las burocracias civiles, militares y magisteriales.

La historia de la organización es la historia de la historiografía oficial o del grupo, de la información acumulada, de la agilidad para recordar y combinar recuerdos, o para captar y combinar nuevos datos sobre la propia organización y sobre las partes que la integran, o sobre el mundo que la rodea. Es la historia de la "integridad" organizada (nacional, de clase, de grupo), y de cómo se pierde cuando se ataca el funcionamiento de los canales que conducen a la autodeterminación, a las redes que ligan sus receptores, a sus instrumentos de acción, y sus

(1) Se trata del problema que precisamente descuida el llamado "análisis de sistemas".

controles del retro-alimentación coartándolos o sobrealimentándolos; haciendo que pierdan su "aprendizaje autónomo", su "habilidad para usar su personalidad", su lenguaje, su información o nivel de comunicación, sus procesos de abstracción y explicación (Cf. Deutsch, 1951, para una visión sincrónica del problema).

La historia como organización nos da así una nueva versión de la lucha, más técnica, acumulativa, y más racional sobre todo para las clases gobernantes.

Pero esa historia también va a aparecer en algunos movimientos organizados contra el *statu quo*, que en Occidente existen desde los cristianos hasta los bolcheviques, pasando por los jacobinos. Los rebeldes de Occidente dan una extrema importancia a la organización y a las características técnicas y acumulativas de la misma. El fenómeno de la organización revolucionaria se acentúa y alcanza una de sus mayores cúspides con la teoría leninista de la revolución y del Estado Revolucionario.

La historia de las organizaciones que luchan por reorganizar a la sociedad y por alterar los sistemas sociales tiene necesariamente que recurrir a las características de la historia de las burocracias del *statu quo* para observar cuáles de sus técnicas se aplican y son funcionales a los objetivos reformistas o revolucionarios, y a la toma del poder en distintas situaciones históricas. Con frecuencia las organizaciones revolucionarias han tenido muchos más elementos espontáneos que las burocráticas y su discontinuidad ha sido mayor, lo que les ha restado una eficacia técnica frente a las clases gobernantes, que no se convierte en la preocupación primordial de la lucha revolucionaria sino hasta el desarrollo político-militar del marxismo en el pensamiento leninista. Pero Lenin no sólo desarrolla la teoría y técnica de la organización de los revolucionarios para tomar el poder, y presentar una *alternativa* político-militar en una situación de crisis y descontento agudos, sino que desarrolla la teoría del nuevo Estado en un sistema económico también nuevo, de alcances ecuménicos. Así Lenin pasa de la organización más idónea de los revolucionarios para la toma del poder a la organización más idónea del Estado revolucionario, mediante "la dictadura del proletariado", para alcanzar una sociedad sin clases, esto es una organización en que desaparecerá el Estado al servicio de una clase, sea ésta burguesa o proletaria.

El aporte de Lenin constituye en su tiempo el más alto nivel de conciencia de las organizaciones revolucionarias que se trazan un programa de acción para alcanzar un objetivo. En la historia de estas organizaciones no hay un precedente igual de racionalidad en el uso de la técnica revolucionaria, de sus redes de aprendizaje, retro-alimentación, conciencia y voluntad organizadas. Puede decirse por ello que si se compara la cantidad y calidad de las distintas características de una organización revolucionaria anterior al leninismo, con las del partido bolchevique, se encuentra éste muy por encima de las anteriores.

Pero en cualquier caso, tanto las organizaciones burocráticas como las revolucionarias, van a confrontar desviaciones muy significativas, que llevan a un nivel también más alto el problema de la reorganización social. A este nivel se plantea evidentemente la incongruencia entre los objetivos y los valores de la organización y los de la sociedad, o entre los valores del grupo burocrático o del propio grupo revolucionario, y los valores de la sociedad global, esto es entre los valores morales que buscan uno y otro y que en la edad contemporánea corresponden a la igualdad, la libertad, la fraternidad —en sus versiones liberales y socialistas— y los valores particulares, de uso del excedente económico, y de dominación.

En todo caso, el siglo XX presenta hechos muy novedosos en lo que se refiere al carácter acumulativo de sus técnicas de organización y reorganización, y otros no menos notables en lo que se refiere a la proporción de las estructuras sociales que se encuentran articuladas y organizadas.

Desde las técnicas mágicas hasta la cultura de la retro-alimentación y el análisis dialéctico más refinado hay una distancia gigantesca de carácter acumulativo, y desde la precaria proporción de relaciones humanas organizadas y articuladas en el paleolítico hasta la enorme proporción del mundo organizado en el segundo tercio del siglo XX hay diferencias tan agudas en el uso de la filosofía científica y en el peso de las relaciones humanas articuladas para propósitos definidos, que la situación contemporánea no tiene precedente y plantea problemas también nuevos de tipo práctico y técnico. Uno de ellos consiste en estudiar la historia de la organización de la sociedad y de su reorganización, y no sólo la de las organizaciones en la sociedad. Otro problema significativo consiste en estudiar la historia de la organización de los intereses particulares y su papel en la historia de la organización del interés general.

III

En la *historia como reorganización social* obviamente no desaparece la historia como organización, o la historia de las organizaciones particulares; simplemente el acento se pone en los problemas relacionados con aquel tipo de reorganización que busca satisfacer los intereses generales, y que plantea los problemas del humanismo y de la organización, esto es, los problemas de la reorganización humana acorde con valores.

La apertura técnica y política a una historia moral de la organización conduce, en primer término, a la historia de la reorganización que es sólo *funcional* a las clases y grupos dominantes, pero deriva, necesariamente, en una *historia dialéctica* de la reorganización.

Esta historia contiene varios elementos significativos: a) los valores de la sociedad moderna (libertad, igualdad, fraternidad); b) los sistemas de la sociedad moderna, el capitalismo y el socialismo con la dictadura —democrática o autoritaria— de la burguesía, del proletariado y de los grupos o partidos que dominan o articulan el sistema correspondiente; c) la reestructuración natural de grandes conjuntos sociales en la época moderna dentro de un mismo sistema, o en el tránsito de un sistema a otro, como resultado conjunto de políticas parciales, de ajustes *funcionales* para la sobrevivencia y expansión de las organizaciones *dentro* del sistema (fenómenos de concentración del capital, del tránsito de la economía de mercado libre a la economía monopólica, del capitalismo clásico al neocapitalismo, del proletario típico a la "aristocracia obrera" metropolitana con los trabajadores coloniales; del capitalismo liberal al capitalismo de Estado); d) la reestructuración de grandes conjuntos sociales a raíz del triunfo de las organizaciones revolucionarias en el derrocamiento de un sistema político y social (Francia en el siglo XVIII Rusia, China en el XX); e) el desarrollo científico de los procesos cibernéticos y dialécticos, esto es el desarrollo de la actitud científica de tipo empirista, de las formalizaciones matemáticas de una cultura tecnológica, que tiende a corregir errores (retroimpulso negativo) y a actuar cada vez con más eficiencia, de acuerdo con las experiencias previas, y también de la ciencia histórica para el estudio de las contradicciones entre la realidad y los valores, entre las clases y grupos, fenómenos que alteran, amplificando y precisando, el conocimiento cibernético y dialéctico del contrarrevolucionario y del revolucionario, dándole a uno y otro un carácter acumulativo y novedoso, singular; f) la cultura política del compromiso, de la negociación, de las reformas, esto es, de las alianzas de unos grupos con otros, en sus distintas combinaciones económicas y políticas, que van desde la "revolución respetable" de Guillermo de Orange, (*Studien über die Revolution*, 1970) hasta el desarrollo de los estados neocapitalistas cuyo máximo ejemplo son los países escandinavos, pasando por las alian-

zas que derivan en un "capitalismo oligárquico" como en Italia, (*op. cit.*) o por el acuerdo de la burguesía alemana con el feudalismo prusiano, o por negociaciones similares entre aristócratas y burgueses que caracterizan el desarrollo del capitalismo en Europa Central y Oriental (*op. cit.*), o las de la burguesía privilegiada con los grandes propietarios *junishianos*, semif feudales, del Japón (*op. cit.*). Todas estas alianzas y compromisos, y muchos otros más que llegan hasta el siglo XX —con los propios países socialistas— adquieren una dimensión nueva en la historia, por la presencia de la cultura negociadora de la burguesía, y por una posibilidad de las clases gobernantes —económica, política y cultural— mucho mayor que la de cualquier época pasada, que les permite hacer nuevas combinaciones y variaciones en la distribución del excedente, con transferencia de pérdidas a los puntos más débiles del conjunto social, así como grandes reformas de sus estructuras, de sus empresas, de sus gobiernos, de su propiedad y poder, y concesiones, transacciones, acuerdos que buscan resolver el conflicto, y hacen de la resolución organizada de conflictos, una parte muy significativa de la historia moderna.

Sin embargo, el elemento más importante es una combinación de rebeliones y de compromisos, de rebeliones y de reformas. Dicho de otro modo, la nueva esencia de la historia está formada por la violencia contrarrevolucionaria y por el compromiso, por la guerra, el fascismo y la transacción social. Esta característica es mucho más evidente cuando se compara la historia moderna con períodos anteriores. Si bien aparecen hechos radicales como la Revolución Francesa y la Revolución Rusa, en que la toma del poder se torna mucho más profunda por la inflexibilidad de las aristocracias y las oligarquías, se dan también largos procesos de reformas que tienden a canalizar las rebeliones burguesas, obreras y campesinas, particularmente en las regiones más desarrolladas y ricas de la tierra, mediante concesiones y transacciones por lo que la revolución y el compromiso son las dos constantes de la crisis moderna de sistemas y cambios de estructura. (Ya Marx registraba algunos de estos hechos en *El Capital*, Libro III, Cap. XX).

Dentro de la larga trayectoria de combinaciones entre la violencia y la reforma, parece también que la reforma social nunca surge como acto meramente racional o conciliador, sino asociada a fenómenos de violencia, que a veces derivan en el fascismo y otras más en la revolución. Los gobiernos revolucionarios, fascistas, o conservadores, realizan combinaciones técnicas de los subconjuntos sociales, en formas más o menos funcionales a sus intereses. De hecho se dan posibilidades técnicas de reorganización y control social que son mucho más amplias y complejas que las de cualquier etapa histórica anterior. La planificación de la economía y la cultura técnica, que buscan controlar los efectos más desfavorables de los ciclos económicos, mediante políticas de bienestar y de guerra; o la que explora otras posibilidades basadas en la propia estructura neocapitalista y monopólica, en la teoría general de los sistemas y en la cultura cibernética, no son sino la culminación tecnológica de un proceso estructural y político que arranca de las primeras negociaciones de la revolución holandesa del siglo XVI, o de la inglesa del XVII, y que en la lucha de la burguesía con la clase obrera encuentran su ejemplo clásico en el período de reformas que va de 1830 a 1848, cuando se busca separar a las clases medias de las obreras, fenómeno que después se va a repetir con la separación de los obreros metropolitanos respecto de los coloniales, e incluso con los grandes reajustes de los estratos sociales y del capital social y privado en la Europa capitalista más avanzada del siglo XX.

La historia como reorganización tiene que considerar hoy todos estos elementos. Es la historia de un nuevo maquiavelismo que más que ocuparse de manipular a los hombres se ocupa de manipular las estructuras, esto es, los "arreglos" y "formaciones" de la dominación y explotación. Pero es un maquiavelis-

mo que supone siempre una posible transacción con los intereses generales, y por lo tanto una concesión parcial.

El *homo faber*, el demiurgo, alcanzan en la técnica de reorganización social su expresión máxima, con las limitaciones morales de la planificación socialista conocida, y con las más profundas y variadas de la investigación de operaciones y de la cultura cibernética en el imperialismo. Sobre la eventual superación de aquéllas han escrito un libro extraordinario veinte miembros de la Academia de Ciencias de Checoslovaquia (Richta, *et. al.*, 1969); sobre la de ésta, ligada a la historia más reciente de la burguesía, vale la pena destacar algunos puntos.

La historia como reorganización de las estructuras de un sistema, en función de valores generales, se sigue enfrentando a la historia de la organización del sistema para el logro de valores particulares. La historia de la reorganización para la igualdad, la libertad, la fraternidad se sigue enfrentando a la historia de la desorganización de esos valores por la organización óptima de las empresas para el superlucro, la explotación y la dominación.

Pero la historia de la reorganización general presenta algunas novedades en la edad moderna, en tanto las clases gobernantes llevan sus características negociadoras, reformistas, a un grado técnico y macro-económico que no tiene precedentes en la historia humana, y que les permite realizar una serie de procesos funcionales, en que no sólo tienden a controlar a los sujetos mediante manipulaciones políticas y psicológicas de tipo clásico, sino mediante combinaciones y variaciones de estructuras, mediante procesos no sólo morfoestáticos, sino también morfogenéticos. Estos procesos alteran los contextos de la acción política en el sistema, con alteraciones de los intereses generales; a base de concesiones en los subconjuntos más vulnerables, se modifican las relaciones de algunos subconjuntos disfuncionales al sistema, con la restricción esencial de que no desaparezca el superlucro de las grandes corporaciones, y de que se mantenga su dominio general.

Esta historia adquiere en la segunda mitad del siglo XX una magnitud y calidad nuevas, con el desarrollo de la estructura capitalista y de las técnicas relacionadas con la teoría general de los sistemas, con la teoría de los conjuntos, con la investigación de operaciones, con los modelos de simulación, con el retroimpulso positivo, cuyo racionalismo funcional a las clases dominantes es muy superior al del pasado.

La historia de la reorganización social en el siglo XX presenta así nuevas características técnicas. Las clases dominantes inducen cambios macropolíticos de las estructuras, al través de la violencia y la negociación, con base en modelos. A una historia de la reorganización que ocurre en sistemas relativamente morfoestáticos, sucede una historia de la reorganización en sistemas relativamente morfogenéticos, en que se transforma el carácter cuasi-mecánico de la ruptura de los sistemas, dada una mayor flexibilidad de las estructuras en el capitalismo contemporáneo, y una mayor conciencia de esta flexibilidad en medio de una restricción esencial: los superlucros (2).

Ciertos elementos de racionalidad en el cambio histórico de las estructuras cobran una significación política que no se puede ignorar, y aunque esos elementos de racionalidad son exagerados por los ideólogos de las clases dominantes —que sólo reparan en el racionalismo funcional, negociador y reformista y en su capacidad de reorganizar a la sociedad de acuerdo con los valores generales—, no cabe duda que la historia universal de la reorganización mediante la

(2) Es más bien impredecible la historia futura de esta restricción en el sistema, pero no se le puede considerar como un valor constante. El espíritu negociador puede operar en formas nuevas bajo circunstancias de extrema gravedad.

pura violencia y sin la negociación, o sin reformas estructurales parciales son fenómenos del pasado histórico. Aunque la reorganización mediante la violencia, sin negociación y sin reformas sigue constituyendo parte importante de la historia contemporánea, por lo menos en períodos relativamente largos y zonas relativamente mayoritarias de la sociedad; sin embargo, la historia de la reorganización social en nuestro tiempo no puede ignorar la relación estrecha entre las rebeliones y las reformas, entre las rebeliones, la contra-insurgencia y las concesiones o las negociaciones sociales.

La historia del racionalismo de los negociantes y del racionalismo funcional, cibernético, en tanto que sorpresa política del siglo XX puede constituir uno de los elementos más importantes de una predicción que no conduzca a la entropía atómica. En la reflexión sobre los procesos revolucionarios hace pensar que se seguirán repitiendo dos caminos al socialismo, el que lleve al socialismo sin reformas previas y el que lleve al socialismo con reformas previas, con concesiones y transacciones que hagan el paso relativamente menos doloroso, o menos catastrófico. En todo caso el racionalismo cibernético no podrá ignorar el dialéctico, ni éste podrá ignorar aquél en la "agenda histórica" del cambio de sistema.

La historia como espontaneidad es la historia de los *desesperados*, los *rabiosos* y los *locos*, considerados como héroes, mártires o santos, y considerados como masas.

La historia de "los locos que cambiaron el mundo" de Beranger, o de "la locura sabia" de que hablaba Pascal, aunque no siempre, a veces es la historia de los precursores inmediatos o lejanos de una Revolución. Como movimiento, se encuentra en el extremo opuesto de casi todo lo organizado y de casi toda organización.

Los movimientos espontáneos de las masas, sin dirección, sin disciplina, sin la mayor parte de las características de las organizaciones constituyen —como ha observado Gramsci— la historia característica de "las clases subalternas" y "de los elementos marginales y periféricos de estas clases" (Gramsci, *Passato e Presente*, 1953). Pero esta historia, sin documentos sobre sí misma, sin conciencia de sí misma, sin dirección ni voluntad organizadas, es fuente de conocimientos sobre posibilidades históricas imprevistas, antecedente ocasional de personalidades y acciones revolucionarias organizadas, y no se le puede ignorar en el análisis histórico del cambio de sistemas.

Esta historia de hombres que "sueñan despiertos" y tienen fantasías, en que no se "relaciona, ni se diagnostica, ni se profetiza, ni se observa, ni se comenta...", ni se hacen "teorías" —como afirman orgullosamente sus protagonistas—, suele revelar rupturas impredecibles en la estructura, que no sólo son motivo de exaltación entre los desesperados y los rabiosos, entre los héroes y mártires precursores, sino que son utilizadas por las organizaciones revolucionarias para aprovechar los "flujos naturales", y hacer la revolución, o por las organizaciones conservadoras para generar movimientos abortivos.

En el extremo opuesto de la historia como organización y como reorganización la historia como espontaneidad es un elemento básico para la explicación del cambio de sistemas.

Esta historia de los "quebrantadores de hábitos", a que se refiere Deutch, que rompen circuitos de conducta, patrones aprendidos del pasado y "substituyen viejas configuraciones altamente probables por otras nuevas y menos probables", en ocasiones permite que resalten, en medio de la espontaneidad, "potencialidades contenidas en la red y que no eran percibidas", y suele ser el origen de los fenómenos que amplifican las desviaciones, en distribuciones espectaculares (de Poisson) que crecen como hongos, y que en su propio desarrollo cobran formas

nuevas que no se encontraban en su origen, y a veces "crean la historia sin que haya posibilidad de calcular, infaliblemente, por adelantado, las posibilidades de éxito" (Lenin).

Revoluciones prematuras terriblemente discontinuadas, y movimientos detonadores, plantea la dialéctica eterna entre los realistas jacobinos y Robespierre y los "rabiosos" voluntaristas de Jacques Roux, una dialéctica que parece repetirse en todos los procesos revolucionarios, y que hoy aprovechan los modelos imperialistas de retro-alimentación positiva para "percibir", y destruir, potencialidades contenidas en la red, peligrosas para el imperialismo.

Los movimientos espontáneos se enfrentan en la actualidad al carácter acumulativo de la organización política, a los modelos "contrainsurgentes" de la simulación electrónica conservadora, y luchan a la vez contra la eficiencia limitada de las organizaciones revolucionarias a las que critican por su incapacidad para alcanzar valores generales, o por su burocracia. Dirigidos por estudiantes e intelectuales, deliberadamente asumen éstos las actitudes heroicas de la nueva izquierda que cambia el mundo en circunstancias prematuras concretas, imitando los movimientos espontáneos de las clases subordinadas.

La historia como espontaneidad se encuentra así en el extremo opuesto de la historia como proceso —como destino— y parece la historia como voluntad. En medio se encuentran la historia como lucha, como organización y reorganización social, y en verdad, sólo éstos cinco tipos de historia permiten alcanzar un modelo de explicación de los sistemas históricos y un modelo de decisión en la agenda histórica del cambio de sistemas.

La historia de los sistemas encierra así varias historias coincidentes y divergentes, sin las cuales es imposible entender los cambios de un sistema a otro, o explicar los factores o causas que determinan esos cambios, o mejorar, hasta el máximo posible, la conducta propia en el curso de un período histórico en que un sistema es substituido por otro. Pero cuando se contemplan las historias arriba señaladas, la explicación y la acción parecen acercarse más al entendimiento y al éxito del cambio de sistemas en el último tercio del siglo XX.

IV

Hoy la cibernética es parte importante de la dialéctica, de los procesos, las luchas, las organizaciones, la reorganización social y hasta la espontaneidad. Sigue la dialéctica explicando los procesos y el cambio de sistemas, pero en una situación concreta de historia cibernética que tiende a mejorar las decisiones.

El cambio intersistémico tiene hoy varias características que no pueden ser ignoradas; algunas de ellas son muy nuevas, en particular la posibilidad de la manipulación macro-estructural y de la negociación, que conducen a la vez a las políticas contrarrevolucionarias y a las reformas sociales. Estas posibilidades de reorganización social en una perspectiva nacional, e incluso mundial, no eliminan las crecientes contradicciones, las luchas de clases, la importancia de las organizaciones revolucionarias y hasta de los movimientos espontáneos; pero sí cambian su sentido y su peso en el proceso general de cambio intersistémico.

La cultura cibernética, en una sociedad relativamente articulada, "significa que ha pasado la época de las revoluciones que podían evolucionar de acuerdo con sus propias leyes", y que de veras ha pasado (Brokenau, *The Spanish Cockpit*, 1938). La recuperación y la represión, el fascismo y la dictadura se hallan hoy cuidadosamente mezclados con la reforma y la reorganización social, que se procuran realizar de acuerdo con los modelos más sofisticados de la cultura burguesa de la transacción y de la guerra contrarrevolucionaria; por su parte el marxismo y el leninismo han encontrado nuevas e inesperadas perspectivas

con la transacción del "socialismo en un solo país", con la alianza y las contradicciones de los distintos países socialistas, o con la guerra revolucionaria del tercer mundo y aún es posible que encuentren otras más en una especie de leninismo cibernético que comprenda y englobe los modelos reformistas y contrarrevolucionarios dentro del materialismo histórico, en una especie de *feedback* que dé a las organizaciones revolucionarias la carta cibernética de la reforma y la revolución con el respaldo simultáneo de las masas populares y la lógica sencilla de Giap. En estas condiciones, la esencia del problema consiste en que realmente ignoramos las nuevas posibilidades, tanto de la reforma como de la revolución. Estas nuevas posibilidades pueden ser descubiertas sólo si empleamos las técnicas tradicionales y recientes de análisis, y si observamos y actuamos con un acercamiento simultáneo a la historia como proceso, como lucha, como organización y espontaneidad, en un nuevo mundo salvaje y cibernético en que la historia de la reorganización social debe ser el principal objeto de atención. La solución no es fácil. Un proyecto de investigación de ese tipo puede resultar una utopía, dadas las actuales circunstancias de la investigación organizada, que descansa en las burocracias existentes, nacionales e internacionales. Los burócratas, los tecnócratas y los empresarios tienen una comprensión limitada de la transacción, de la reorganización social que obedece a valores, y de los efectos autodestructivos de la violencia; por su parte, los visionarios y los quebrantadores de hábitos alimentan un desdén considerable por la tecnología militar y social. La cultura dialéctica y la cibernética se encuentran naturalmente separadas por la lucha de clases. Una mezcla ética de las mismas parece hoy improbable.

Sin embargo, la historia contemporánea de los sistemas va a plantear nuevos problemas en la toma de decisiones, tanto a los revolucionarios que actúan en un mundo "tecnocrático" de la contrarrevolución y la reforma, como a los conservadores del *statu quo* que quieren negociar a tiempo para la sobrevivencia de la raza humana.

Lo que sí parece probable es que van a disminuir en el futuro inmediato los movimientos espontáneos del tipo de la "nueva-izquierda" y de las guerrillas latinoamericanas de los sesenta. Las organizaciones revolucionarias y los burócratas revolucionarios muy probablemente tomarán la delantera de nuevo en su lucha contra los tecnócratas burgueses; la mejor decisión política para los revolucionarios será cada vez más la búsqueda de la organización efectiva, y la mejor decisión política de los conservadores será la macro-manipulación de las reformas estructurales que conduzca a la transformación de la sociedad. Parece, sin embargo, que el cambio intersistémico se enfrentará aún a muchos movimientos espontáneos, a la violencia y la guerra contrarrevolucionaria, y que no se dará un mundo de reformas sin revolución, o un mundo de revolución sin reformas. La optimización de decisiones de las grandes potencias considerará sin duda estos hechos, en tanto la reforma se convierta en la última salida del cambio intersistémico contemporáneo en un modelo complejo de "guerra limitada" y de "revolución limitada" que llevará al socialismo.

HISTORICAL SYSTEMS

The two approaches are to inquire how to characterize the intersystemic change, and how to improve political decision-making during the periods of change. Both are closely related to the study of contemporary systems-changes (especially the change, from a capitalist to socialist systems) and at the same time to attempts

to improve decision-making in the process of achieving this change through the use of classic and modern analysis techniques.

"The main prerequisites to achieving this goal:

a) The work must include a concept of cause (that is, it must describe the essential structures of domination and exploitation within the system as the determining elements of its change).

b) That the research technique must include the goals and methods of classical analysis, envisioning the historical breaks within the systems as inherent to their internal structures. The empirical and neoempirical trends intend to study every process to find out how systems can be maintained and preserved. The new marxist sociology gives a new perspective to the problem of systems history. This sociology points out five kinds of possible analysis: history as process; history as struggle; history as organization; history as social reorganization and history as spontaneity.

It is difficult at present to predict the direction of the change. It can only be done considering these five approaches, and stressing the aspect of social reorganization. Nevertheless, "it seems that the intersystemic change will face many spontaneous movements violence and counterrevolutionary war.

It will not come to pass in a world of reform without war, or a world of war without reform without reforms. The improvement of decision making process in the major powers will undoubtedly take these facts into account, as reform becomes the last hope for intersystemic change in a complex pattern of 'limited war' and 'limited revolution' that will lead to socialism".

CRITICA MARXISTA

Nº 1 — 1972

Armando Cossutta / Sovversivismo delle classi dominanti ed estremismo

Alberto Scandone / Cattolici e rivoluzione a dieci anni dall'iniziativa giovannea

Gaetano Di Marino / Unità sindacale e unità contadina

Valentino Gerratana / Formazione sociale e società di transizione

Maurice Godeller / Come definire una formazione economico-sociale? L'esempio degli Incas

Note a Rassegne

Dino Ferreri / Rosa Luxemburg o "luxemburghismo?"

Paolo Cantelli / Il modo di produzione capitalistico: interpretazioni sul metodo di indagine marxiano

Anna Maria Nassisi / Il plusvalore assoluto e relativo in Marx. Per una analisi comparativa

Alberto Scaponi / La "nuova classe operaia" in un dibattito nella Rft
Giovanna Cavallari / A proposito di uno studio su Arturo Labriola

Documenti

Marisa Barbera Veracini / Carlo Cafiero e i "liberi pensatori". Nove lettere inedite

Rubriche

I paesi socialisti: p. 204: Ritorno a Marx o all'utopia? (Adriano Guerra); p. 211, La classe operaia in Polonia (c.f.); p. 214. Pubblicazioni sovietiche sulla classe operaia (s.d.); p. 215, Sociologi jugoslavi sui conflitti del lavoro (m.d.); p. 217, Bibliografie occidentali.

Il marxismo nel mondo: p. 219, Lenin e la pratica scientifica (s.g.); p. 220, Critici marxisti di Monod in Francia; p. 222, Marxismo e scienze della natura; p. 223, Storia comparata e sociologia storica (g.p.); p. 225, Scienze sociali in Polonia (c.m.).

Storia del movimento operaio: p. 228, Cgdl e movimento operaio italiano dal 1905 al 1911 (Silvano Levrero).

Direttore responsabile: Ernesto Ragionieri

Redattori: Bernardino Fantini, Carlo Fredduzzi

Direzione e Redaz.: Via Botteghe Oscure, 4 - 00186 Roma - Tel. 684.101

Amministr. S.g.r.a., s.r.l. - Via dei Frentani, 4 - 00185 Roma - Tel. 49.56.778

SAMIR AMIN

EL CUADRO TEORICO DE LA PROBLEMATICA DE LA TRANSICION

El paso del modelo de desarrollo subdesarrollado, dependiente (fundado sobre la articulación principal 1-3) al modelo de desarrollo verdadero, autónomo y autocentrado (fundado sobre la articulación 2-4) constituye el contenido esencial de la problemática de la *transición*. La integración de los países que han llegado a ser subdesarrollados en el sistema mundial está en el origen de una contradicción específica de este sistema que tiende a transformarse en su contradicción principal: por una parte ella crea las condiciones objetivas de una necesidad de desarrollo sentida como tal por los pueblos de la periferia, pero, por otra parte, ella ha cerrado para estos países la vía de un desarrollo capitalista acabado que ha sido la respuesta histórica al problema de la acumulación, condición previa del socialismo. Por tanto, esta contradicción específica se ha vuelto la contradicción principal, es decir, aquella por la cual se manifiesta la ruptura en dirección a una superación de este sistema.

No es esto nada más que una expresión suplementaria de la ley del desarrollo desigual por la cual los sistemas son destruidos y superados, no en un núcleo central, sino a partir de sus periferias, que constituyen los eslabones débiles de la cadena, aquellos donde se experimentan las contradicciones con intensidad máxima. Se encuentran en la historia manifestaciones patentes de esta ley general, particularmente en la historia del mundo mediterráneo y europeo: las civilizaciones más antiguas del Oriente (Egipto, Mesopotamia) serán superadas a partir de su periferia

greco-romana, como, a su vez, la civilización de la antigüedad clásica será destruida y superada a partir de su periferia bárbara donde se constituirá, de modo más libre y de manera acabada, la civilización de la Europa feudal cristiana (1). Precisemos, de ser necesario, que la contradicción principal no es la contradicción fundamental del sistema, la cual reside en aquella que opone el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas al carácter estrecho de las formas de la organización social. La contradicción principal no existiría sin la contradicción fundamental. La primera explica únicamente el punto de ruptura, la segunda, en última instancia, la esencia del sistema.

Esta superación del sistema ocupa un tiempo histórico más o menos largo, pero que no es jamás despreciable, precisamente aquel del período de *transición*. Es el tiempo que separa el capitalismo del socialismo acabado. Y para proseguir el paralelo histórico que hacemos, consideraremos de igual manera los primeros siglos de la era cristiana como un período de transición de las formaciones sociales de la antigüedad mediterránea a las formaciones sociales de la Edad Media feudal europea.

Los criterios y las estrategias de la transición: lo universal y lo particular

Definimos pues la transición por el paso gradual, en condiciones históricas concretas dadas —las de la periferia de hoy día, ya integrada al sistema mundial y moldeada como periferia dependiente— del modelo de desarrollo capitalista dependiente a un modelo de desarrollo nacional autocentrado que desemboca en la superación socialista del capitalismo.

La experiencia histórica de la Rusia soviética, aunque traiga consigo —como todas las experiencias de la historia— lecciones útiles, no podría ser traspuesta al “Tercer Mundo” actual. No por razones de opción “ideológica”: por ejemplo, porque se juzgarían los resultados obtenidos, es decir las estructuras nacionales económicas, sociales y políticas de la Rusia actual, “no socialistas”; y se desearía “evitar” desviaciones análogas con referencia a un proyecto socialista definido de otra manera. Si, en efecto, la construcción de una sociedad nacional, no dependiente, como lo es la sociedad rusa actual, fuese posible en el Tercer Mundo de hoy, fuerzas objetivas poderosas actuarían en el sentido de hacerlas “una necesidad histórica objetiva”. Pensamos que esto no ocurre porque una meta de esta naturaleza es objetivamente imposible para los países subdesarrollados del último tercio del siglo XX.

Rusia, en el comienzo de este siglo, no era un país periférico sino un país de capitalismo central retrasado. Sus estructuras eran distintas a las del subdesarrollo, es decir, a las del capitalismo *dependiente*: la marginalización, por ejemplo, era desconocida. Además, la Revolución de 1917 ha permitido simplemente acelerar el proceso de acumulación, sin modificar de una manera fundamental el modelo de acumulación capitalista. La supresión de la propiedad privada de los medios de producción en beneficio de la propiedad del Estado ha sido la condición de esta aceleración. La historia demostró que era posible en las condiciones de Rusia, realizar la tarea de la acumulación como el capitalismo lo habría hecho, pero dentro de formas de propiedad distintas. Esta posibilidad tiene su reflejo en la teoría soviética de la revolución socialista reducida a una subversión de las

formas de propiedad, que permite —por la supresión de la propiedad privada— el ajuste de éstas al nivel de desarrollo de las fuerzas productivas potenciales, es decir, correspondiente al objeto de industrialización alcanzado. Esta teoría conduce a una ideología “economista” de la transición, formulada en términos conocidos: la prioridad de la industria pesada sobre la industria ligera, la de la industria sobre la agricultura, la imitación sin restricciones de tecnologías occidentales, la definición de modelos de consumo por referencia a aquellos de Occidente, en suma, el conjunto de dogmas resumidos en la fórmula ambigua, “alcanzar en todos los dominios de la producción a los países desarrollados”.

Encontrándose en Inglaterra el origen del capitalismo industrial, todos los otros países hoy desarrollados han estado, de cierta manera, en algún momento, “retrasados” con respecto a ella. Pero ninguno de estos países fue jamás periférico en el sentido definido por nosotros. Con un desfase en el tiempo, la Europa continental y la América del Norte alcanzaron (y después superaron, en lo que concierne a Estados Unidos y Alemania) a Inglaterra, dentro de formas ampliamente análogas a las del modelo inglés. Japón alcanzó finalmente el mismo modelo de un capitalismo acabado de primera magnitud, pero ya las formas del período de transición presentaban algunas particularidades interesantes, en especial el rol central del Estado. Rusia se constituye en la última experiencia de un modelo de acumulación semejante, original solamente por el hecho de que la propiedad estatizada no ha sido sólo una forma transitoria sino su forma definitiva, es decir, posiblemente irreversible. En esto radica la ambigüedad proveniente de los orígenes (la revolución *socialista*) y la particularidad de su sistema acabado de capitalismo nacional de Estado.

En todos estos modelos, en cualquier caso, el período de transición ha sido caracterizado por la *sumisión de las masas*, reducidas a un rol *pasivo* de reserva de mano de obra, transferida progresivamente hacia el sector “moderno” en formación y después en extensión, hasta el momento en que él absorbe toda la sociedad. El *koljós* y la opresión administrativa ejercerán esta función como, en el modelo inglés, los “enclosure acts” y las “poor laws” lo habían hecho.

Ahora bien, este camino está cerrado a los países de la periferia actual por el hecho mismo del desarrollo ya avanzado de los procesos de marginalización, de la distancia considerable y creciente entre la tecnología moderna empleada por el capital dominante y la exigencia de un mejoramiento inmediato de la suerte de las masas, etc. La alternativa es aquí: el desarrollo dependiente según el modelo descrito más arriba, o bien el desarrollo autocentrado necesariamente *original* con relación al de los países actualmente desarrollados. Y es en este sentido que encontramos la ley del desarrollo desigual de las civilizaciones: la periferia es *forzada a superar* el modelo capitalista (incluso de Estado), y no lo puede “alcanzar”.

La periferia está en efecto forzada, como consecuencia de los desequilibrios específicos que engendró su integración en tanto periferia al sistema mundial (los que se traducen en la marginalización), a revisar radicalmente el modelo capitalista de asignación de los recursos. Está forzada a rechazar las reglas de la rentabilidad. De hecho, las opciones fundadas sobre la base de la rentabilidad, en la estructura de precios relativos que impone la integración al sistema mundial, mantienen y reproducen el modelo de distribución desigual creciente de las ganancias (por ende la marginalización), luego, a su vez, se encierran en el modelo periférico de asignación de los recursos.

La operación de “recuperación” del proceso de asignación de recursos debe ser ampliamente considerada fuera de las reglas del mercado, por una aprehensión directa de la expresión de las necesidades (necesidades de alimentación, de habitación, educación y cultura, etc.). Al hacer esto, la periferia es forzada a superar

(1) No pretendemos que este esquema dé cuenta de todos los aspectos del problema de “las civilizaciones”, cuya teoría está por formularse. Los trabajos de Pelletier y Groblot (*Matérialisme historique et histoire des civilisations*, París, 1969) constituyen en este campo un primer paso estimulante. También se debe ver, respecto al mundo árabe, Amad el Kodsy (“Nationalism and class struggles in the arab world”, *Monthly Review*, July-Aug., 1970).

el capitalismo, a abrir la brecha hacia la invención de una civilización socialista, a desalienar la humanidad (2).

Todos los problemas "técnicos" de la estrategia de la transición deben ser examinados de nuevo bajo este ángulo fundamental. Especialmente las articulaciones agricultura-industria, industrias pesadas-industrias de base, métodos "trabajo intensivo"-métodos "capital intensivo", deben ser pensados en este cuadro. El problema está en combinar las instalaciones más modernas con los mejoramientos inmediatos en el sector "pobre" (el sector 2 del modelo) donde se concentra la masa de la población, en poner la técnica moderna al servicio del mejoramiento inmediato de la productividad y de la suerte de las masas. Es, en efecto, este mejoramiento inmediato, y sólo él, el que permite liberar las fuerzas productivas, las iniciativas creadoras y movilizar a las masas en el verdadero sentido de la palabra. La movilización, en este sentido, exige evidentemente el pleno desarrollo de formas específicas de una democracia verdadera en todos los niveles: de la población, de la región y del Estado (3).

La combinación específica: técnicas modernas-mejoramiento inmediato de la suerte de las masas, exige, indudablemente, una revisión radical de las direcciones de la investigación científica y tecnológica. La imitación de las tecnologías del mundo desarrollado no puede responder hoy al problema específico del mundo subdesarrollado. Esta es la razón principal del alegato en favor de la autonomía de la investigación científica y tecnológica del "Tercer Mundo" (4).

Así concebidas, las estrategias concretas de la transición aparecen, antes que todo, como estrategias de "self-reliance" (*). "Self reliance" que debe ser aprehendida en distintos niveles, teniendo en cuenta democráticamente los grupos sociales, populares, reales, que componen la nación: la población, la región (especialmente en África, la región verdadera corresponde a una homogeneidad cultural y étnica), el Estado y eventualmente el grupo de Estados. El nivel de madurez alcanzado por las condiciones puede obligar a un país a considerar, por un período solamente, los niveles más elementales de estas estrategias concretas de la transición, concebidas a partir de entonces desde una muy larga perspectiva. Es en este cuadro que nosotros replanteamos la cuestión de los "países pequeños". El ejemplo de Vietnam demuestra de hecho que, incluso en un "pequeño país", y en las más duras condiciones objetivas impuestas por la guerra, una estrategia de "self reliance" puede ser un primer estadio eficaz de transición. La perspectiva, muy larga, de la transición, no es aquí la expresión del "fracaso" de un desarrollo que evidentemente se desearía rápido. Ella testimonia solamente que, en realidad, el problema del subdesarrollo no puede ser definitivamente superado más que en el cuadro de un sistema mundial radicalmente renovado, de una sociedad socialista planetaria. Por esto, además, la expresión de transición es completamente adecuada: transición del sistema capitalista mundial, fundado en la jerarquización de las naciones, a un

(2) El alcance universal de la revolución cultural china se inscribe aquí claramente. Véase Pierre Amon, "La révolution culturelle et le marxisme", *Que Faire*, N° 5, 1970.

(3) Toda la problemática del pseudo "tribalismo" en África debe ser repasada desde este punto de vista. La democracia auténtica necesaria exige el respeto integral de la realidad social. Sólo respetándola se puede integrar positivamente en un proceso que permita su superación. La negación burocrática de la realidad bloquea la evolución y permite la reaparición pèrvida y negativa de esta realidad que se niega oficialmente.

(4) Véase el artículo de Urs Müller-Plantenberg ("Technologie et dependance", *Critiques de l'économie politique*, N° 3, 1971), que define de una manera precisa la naturaleza de la tecnología que puede responder a los problemas del mundo subdesarrollado actual.

(*) "Auto-dependencia". N. del T.

sistema socialista mundial que, desde luego, no puede ser constituido por la yuxtaposición de naciones "socialistas" relativamente aisladas y autárquicas. La solidaridad real de los pueblos en el proyecto de reorganización del mundo manifiesta aquí sus efectos: los límites a las perspectivas inmediatas del progreso en las regiones del "Tercer Mundo", donde las condiciones de superación del sistema capitalista maduran, no traducen nada más que la debilidad actual de las fuerzas del socialismo en el centro del sistema.

La problemática de la transición así formulada ayuda a comprender el carácter limitado del cuadro en el cual se encerró el debate hasta los años 60. La transición exige mucho más que la extensión de la propiedad pública en detrimento de la propiedad privada o la extensión de la industria pesada, etc. Esta extensión del sector público y de la industria pesada, si no es acompañada de una revisión radical de las opciones económicas, sea sacrificando en parte el objetivo de un crecimiento maximal rápido, arriesga a la periferia a perpetuar el modelo de desarrollo dependiente, aunque dentro de formas nuevas. Es, como nosotros veremos, la tendencia espontánea del sistema actual. La problemática de las relaciones evolutivas entre las formas mercantiles y las formas no mercantiles de las categorías de la transición se constituye, en una etapa esencial del debate real, en la problemática de las relaciones evolutivas entre la centralización y la descentralización, el poder y la democracia, etc.

La transición, en las condiciones actuales de desigualdad entre las naciones, recuerda que un desarrollo que no es simplemente desarrollo del subdesarrollo, bajo su forma "clásica" o bajo sus formas "renovadas", es al mismo tiempo nacional, popular-democrático y socialista por el proyecto en el cual se inscribe. Es así que, sólo en la medida en que el objetivo de maduración y de desarrollo de la conciencia socialista no es sacrificado en ninguna de las fases al objetivo del progreso económico rápido, que una estrategia puede ser calificada de estrategia de la transición.

Las tendencias espontáneas del sistema: el fracaso de las políticas de desarrollo y las formas renovadas de dependencia

El análisis que precede de las condiciones de la transición, definidas a partir del modelo actual de generación de la desigualdad entre las naciones permite, por oposición, ubicar las razones del fracaso de las políticas de desarrollo practicadas en el "Tercer Mundo" y poner de relieve la dirección de las tendencias espontáneas del sistema.

¿Es posible una vía de desarrollo distinta? Un examen superficial de los resultados de los 25 últimos años podría sugerirlo. Algunos países del Tercer Mundo presentaron, en realidad, durante períodos más o menos largos, altas tasas de crecimiento, en el cuadro del sistema mundial actual. Fundados sobre un desarrollo hacia el exterior, condicionado por la demanda externa de una u otra materia prima (sector I) y la inversión de capitales extranjeros (en los sectores 1 y 3 de nuestro modelo), estos "milagros" tuvieron como contrapartida la *estagnación* de los países del llamado Tercer Mundo, que son la gran mayoría. Por otro lado, en todas estas experiencias, aparentemente "felices", los caracteres específicos del subdesarrollo (crecientes desigualdades internas y distorsión consecuente de la asignación de recursos, marginalización y dependencia, etc.) no solamente no se redujeron sino que son cada vez más y más marcados (5).

(5) Como lo reconoció la Conferencia de las Naciones Unidas para el Comercio y el Desarrollo (CNUCED) que reunió, en octubre de 1971, a 77 países en Lima.

La "planificación", vaciada de su contenido, aparece entonces como una máscara hueca: una técnica que se revela ineficaz. De hecho, sólo se puede planificar un desarrollo autocentrado. La discusión del modelo de la acumulación en el centro nos indica la base sobre la cual se puede fundar una política económica nacional, que constituye el contenido esencial de la "planificación indicativa", de la "economía concertada" de los países capitalistas avanzados. Esta base es, no lo olvidemos, por un lado, un estado avanzado de monopolización y, por otro lado, una conciencia social democrática de una clase obrera fuertemente organizada. La "economía concertada" encuentra, sin embargo, su límite en la contradicción creciente entre el carácter mundial de la producción y el carácter nacional del "contrato social" (6).

El modelo de acumulación acelerada de la Rusia soviética ha desarrollado, en las condiciones específicas que hemos descrito, las técnicas de la planificación. Describimos el contenido esencial de las estrategias de la transición, necesariamente autocentradas, que puede constituir el fundamento de un tercer tipo de planificación.

En cambio, la tentativa de "planificar" una estrategia de desarrollo dependiente y hacia afuera no tiene rigurosamente ningún sentido. Porque ella es inútil si las condiciones son "favorables", impotente si ellas no lo son. Esta tentativa es probablemente un resultado —menor por cierto— de la alienación tecnocrática y de la imitación servil de las modas, traspuestas sin espíritu crítico del mundo desarrollado al mundo subdesarrollado, además en una versión frecuentemente pobre y a veces caricaturesca. El fracaso de dichas planificaciones se sitúa por entero en la constatación —válida para África, Asia y América Latina— que los "resultados" (en términos de crecimiento) han sido casi absolutamente independientes de las "previsiones" y de los "planes". La insuficiencia de los métodos y de las técnicas, de las administraciones encargadas de la ejecución, invocadas con frecuencia para explicar la incapacidad de los servicios de planificación para orientar verdaderamente la vida económica del país, sólo constituyen apariencias superficiales de una impotencia que tiene origen en otra parte. La acción de las firmas multinacionales dominantes, cuyos centros de decisión son exteriores a los países subdesarrollados donde operan, reduce la "planificación" a la previsión de los comportamientos probables de estas firmas y de las respuestas de la economía "tradicional" y de la pequeña y mediana empresa a estos comportamientos. A lo más, el plan se reducirá a una previsión de las incoherencias de los comportamientos y de los bloqueos posibles que resulten, sin poder actuar eficazmente, o a la elaboración de programas públicos tradicionales de acompañamiento de un crecimiento que no se domina.

La crítica de la ineficacia de la planificación en estas condiciones es hoy trivial. La prueba es que se recomienda abiertamente su abandono, en provecho de la rehabilitación simple del cálculo de la rentabilidad "por proyecto". Esta política preconizada sistemáticamente, en especial por la BIRF,* no resuelve el problema: ella constata solamente el fracaso de las pretensiones.

¿Un desarrollo espontáneo de este tipo puede al menos crear las condiciones de su propia superación en el cuadro del sistema, caso en el que aparecería en definitiva como una etapa primera, "necesaria" históricamente? Se puede dudar muy seriamente ya que el modelo sobre el cual está fundado es un modelo de reproducción de sus propias condiciones. Esta acentuación del desarrollo periférico

(6) Por esto, la crisis del sistema aparece en el campo de las relaciones monetarias internacionales (la crisis actual del dólar, etc.). Triffin (*Le système monétaire international*, Paris, 1969) expresa esta conciencia defendiendo la causa de la utopía: la de una autoridad monetaria supranacional que supone resuelta la contradicción.

(*) BIRF (Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento: Banco Mundial). N. del T.

dependiente toma direcciones ya visibles hoy y que mañana, sin duda, constituirán las formas principales del subdesarrollo "avanzado". La dominación tecnológica resulta necesariamente de la "prioridad" del desarrollo de los sectores "1" y "3", porque estos sectores deben ser competitivos al nivel internacional, sea que se trate de exportaciones, sea que se trate de productos "de lujo" cuya promoción traduce la adopción de modelos de consumo occidentales. Esta dominación "indirecta" podrá sustituir el control "directo" de la empresa por el capital extranjero.

De hecho, en las primeras etapas de la formación de las economías periféricas, siendo la distancia tecnológica todavía reducida, el capital central dominante debe, para garantizar el funcionamiento eficaz del sistema en su provecho, controlar directamente los sectores "modernos" de los cuales asegura la promoción. Son igualmente necesarios, en este período, medios de control político directo, de allí la colonización o la intervención directa en las "semicolonias", que son los países de América Latina y algunos países orientales. En una fase avanzada de desarrollo periférico, la dominación tecnológica, fundada sobre una distancia creciente en este dominio, articulada sobre la existencia de capas y clases sociales locales integradas por su modo de consumo (luego su interés real) y con frecuencia por la ideología que lo acompaña (renuncia al patriotismo nacional, reducción de la ideología al "consumismo", etc.) garantiza las condiciones de reproducción del sistema sin inversión directa de control y sin intervención política directa. Tal es la significación del neocolonialismo o del neoimperialismo que se esboza (7). En estas condiciones, el "ahorro" local, privado o, especialmente, público puede hacerse cargo de las inversiones. El desarrollo de un sector público que puede tornarse muy importante, incluso dominante a escala local, no excluye la dependencia del conjunto del sistema, incluso del sector público, frente al mundo desarrollado. Esta dependencia es garantizada por el juego de fuerzas sociales locales, sean ellas organizadas en un capitalismo de Estado que se pretende "socialista". En una fase muy avanzada incluso se puede imaginar el desarrollo de un sector "4" —es decir de una industria pesada— que sirva de soporte local al desarrollo dependiente del conjunto. En este caso, este sector reviste, como en Brasil, la forma de un sector público.

La teoría política del "subimperialismo" (8) responde a un problema real que se plantea aquí: el de la desigualdad en el desarrollo periférico. Se puede concebir que, en el cuadro de la jerarquización del mundo, algunas regiones de la periferia "se beneficien" de la concentración geográfica en sus territorios de industrias de tipo "3" y "4", no solamente para su propio mercado "nacional", como así también para los vecinos mantenidos principalmente en la función de reservas de mano de obra barata. Estas perspectivas no son sólo visibles en algunos grandes Estados del Tercer Mundo (Brasil es el ejemplo más acabado, sino que se puede igualmente examinar desde esta perspectiva el rol que India podrá ser llamada a jugar), sino también a escala de zonas más modestas en el mundo árabe o en África negra. En África, más que en cualquier otra parte tal vez, la colonización directa y brutal rompió el conjunto de estructuras precoloniales y especialmente la red del comercio africano intercontinental y las relaciones de complementación entre las distintas regiones de este continente masivo. Tendremos la ocasión de ver cómo esta reorganización de África, en el sentido de una economía dependiente y hacia afuera, se ha marcado en la geografía del continente por la polarización costera del desarrollo y, concomitantemente, por el empobrecimiento del interior. Las migraciones masivas

(7) Este estadio no ha alcanzado en África contemporánea, donde la inversión extranjera directa es todavía motor. Por esto, la expresión neocolonialismo jamás nos pareció científica. Preferimos la de neoimperialismo (a falta de una mejor), que sólo se aplica a los países subdesarrollados muy avanzados (como el Brasil).

(8) Debida a Ruy Mauro Marini (Subdesarrollo y revolución, Siglo XXI, México, 1969).

resultantes acentuaron a su vez las desigualdades regionales. La balcanización política, que tiene una de sus bases esenciales en el proceso de desarrollo periférico dependiente desigual, ha creado las condiciones de micro-"subimperialismos" en el cuadro de un sistema en conjunto dependiente.

Más o menos regulado o no por una pseudoplanificación, el desarrollo periférico dependiente, incluso en sus formas "futuras" todavía embrionarias, se traduce necesariamente por la acentuación de la marginalización. Esta marginalización creciente está en el origen del "problema demográfico" del Tercer Mundo contemporáneo. La explosión demográfica, que es un hecho incontestable, no es de ninguna manera *la causa* de la miseria creciente de las masas del Tercer Mundo, como pretenden los razonamientos simplistas de la campaña mundial neomalthusiana de nuestra época. El desarrollo autocentrado de los países actualmente desarrollados se hizo igualmente acompañar de una extraordinaria explosión demográfica secular. El se soldó, sin embargo, pese a los "costos" —reales— de un fuerte crecimiento demográfico siempre acentuado, por un aumento no menos prodigioso de la riqueza. Los beneficios —en términos estrictamente económicos— de densidades más fuertes (economías externas de infraestructura, etc.) como y sobre todo, sin duda, los efectos psicosociales del dinamismo de la confrontación de generaciones, han sido decisivos. No existen además en la historia de la humanidad, períodos de transformación radical de las estructuras de una sociedad que no hayan sido marcados por un fuerte dinamismo demográfico. La explosión demográfica del Tercer Mundo es la expresión de su madurez, es decir, de su exigencia de desarrollo, como también revela la contradicción entre esta exigencia y los efectos de la sujeción al sistema mundial. La marginalización es la manifestación de esta contradicción y debe ser relacionada con el modelo de desarrollo dependiente hacia afuera, y no con la explosión demográfica. Sin duda encontramos aquí de nuevo uno de los aspectos del problema de la desigualdad de desarrollo a escala de las civilizaciones, o sea, una de las formas en las que se manifiesta la necesidad de superación del capitalismo, experimentada más agudamente en la periferia que en el centro.

Esta necesidad objetiva de superación del sistema sólo puede, por supuesto, tornarse realidad si se traduce en la conciencia social. Y es por esto que la problemática de la transición conduce necesariamente a la de la conciencia social.

La problemática de la conciencia social en el centro y en la periferia del sistema

Los problemas relativos a la conciencia política y social no pueden ser abordados correctamente fuera del cuadro de referencia del modelo general de desarrollo propuesto, que distingue el modelo central del modelo periférico, y permite una definición correcta de la problemática de los fenómenos sociales en cuestión.

Este cuadro nos recuerda, en efecto, que el desempleo y el subempleo en el sistema periférico no tienen las mismas formas y no desempeñan las mismas funciones que en el centro. Si en el centro el desempleo reviste una forma claramente definida por sus contornos nítidos, que permiten una medida estadística fácil, no ocurre lo mismo en la periferia. Aquí, la marginalidad no se manifiesta solamente en el desempleo urbano abierto, identificable. Se manifiesta también por: 1) subempleo, 2) rotación en el empleo, 3) autoempleo en actividades de una baja productividad, único medio de sobrevivencia para numerosas capas de la población. Las fronteras entre estos distintos modos de empleo y subempleo son vagas y mutables. La identificación cuantitativa implica, desde luego, definiciones específicas, distintas de las utilizadas en los países avanzados. Fenómenos sociales variados e importantes, como la organización de la solidaridad redistributiva, no pueden ser analizados en términos de "sobrevivencias" de la sociedad tradicional (solidaridades étnicas y aldeanas, etc.),

sino que deben, al contrario, ser reinterpretadas como los medios de resistencia y de sobrevivencia en las condiciones del capitalismo periférico, incluso si se amoldan en formas "tradicionales". Lo mismo ocurre con numerosas actividades económicas "pobres", especialmente en la artesanía, los servicios y el pequeño comercio.

La conciencia social y política, especialmente la conciencia de clase, no puede ser comprendida y situada en abstracto fuera de toda referencia al sistema social real en que están ubicados los grupos sociales estudiados. La conciencia sólo puede ser *toma de conciencia de la realidad*. Esta toma de conciencia permite a los grupos sociales considerar desde ya una acción eficiente, sea en el cuadro del sistema, aceptando los roles que les son atribuidos, sea para modificar radicalmente la organización.

En el sistema central, se constatará que la conciencia de pertenecer a un grupo social (el proletariado, por ejemplo) no define per se la conciencia de clase. Esta puede ser una "conciencia reformista" —una conciencia de clase socialdemócrata— que constituye, como vimos, una condición objetiva del funcionamiento del sistema central en nuestra época. En la periferia, al contrario, una conciencia social de este tipo no es posible si el funcionamiento objetivo del sistema no integra a las masas sino al contrario, las rechaza, las marginaliza. Desde entonces, la toma de conciencia de la marginalización debe conducir al rechazo del sistema. La cuestión que se plantea aquí es saber concretamente si en un país en un momento dado los grupos o los subgrupos marginalizados atribuyen su suerte al funcionamiento objetivo del sistema o ven en éste, al contrario, el efecto de fuerzas sociales extrañas, incluso sobrenaturales, lo que evidentemente reduce su capacidad de acción para cambiar el sistema y obliga a su acción política a no superar la etapa de levantamientos sin estrategia. La respuesta a esta cuestión, la única respuesta que cabe, en nuestra opinión, será evidentemente distinta según los grupos, los lugares y los momentos.

En este cuadro teórico se deberían replantear todos los problemas sociales ideológicos, culturales y políticos del Tercer Mundo contemporáneo.

El debate "tradición-modernidad" opone generalmente de una manera absoluta los dos términos que define; el segundo lo reduce a su forma histórica (capitalista y occidental) —cerrando por lo mismo la puerta a una superación de un capitalismo que sea *planetario*, verdaderamente *universal* (pero *no homogeneizante*)— el primero, sin referencia a las sociedades periféricas actuales, sitúa lo tradicional en un precapitalismo (*y no occidental*) que ya no existe. ¿Dónde están hoy las sociedades "tradicionales"? Sometidas a la función de proporcionar mano de obra barata al sector "moderno" (a los sectores 1 y 3 que están articulados); la sociedad mayoritaria desde el punto de vista del número de hombres que ella engloba, llamada "tradicional", no lo es más: ella es pseudotradicional, es decir con una tradición transformada, deformada, sumisa. Veremos además que, en la experiencia africana, movimientos de transformación social *de tipo tradicional* (movimientos religiosos de protesta que toman formas proféticas, los movimientos teocráticos de reorganización del poder local como los de cofradías musulmanas de África del Oeste —"mourides" de Senegal, "sultanatos" de Nigeria— o el mahdisme sudanés, la evolución de algunas monarquías centralizadas de la África animista como Estados Wolof o dahomeyanos, etc.) son respuestas a los problemas de la integración en el sistema mundial naciente, es decir, en definitiva, movimientos de adaptación, de ajuste a la condición de periferia. Fenómenos que los sociólogos analizan con demasiada frecuencia en términos de "sobrevivencia" —como el "tribalismo" o las solidaridades aldeanas, familiares, de clanes o étnicas en los inmigrantes urbanos— son demasiado tenaces como para no exigir una crítica de esta aproximación dualista mecánica. Su tenacidad se explica cuando uno comprende que estas formas pseudotradicionales esconden un contenido "moderno", aunque pobre; que ellas

constituyen una manera de sobrevivencia en las condiciones dramáticas de la marginalidad (9).

La marginalización plantea un problema real muy serio: el de sus formas (y de las consecuencias de estas formas para la conciencia social) y de sus límites (que son siempre muy vagos). La observación empirista de los fenómenos sociales en este dominio ha llevado a conclusiones que son, en nuestra opinión, frecuentemente demasiado rápidas. El tema de las "culturas de la pobreza" (10) y las analogías entre este tema y el de la lumpen-proletarización, constituye un ejemplo de simplificación cuya crítica está por hacerse. En el otro polo, el tema de la "aristocracia obrera" de los países subdesarrollados es un ejemplo igualmente discutible.

Por cierto, en estadios muy elementales de industrialización, como conocemos todavía muy extensamente en África, la "clase obrera", en el sentido estricto, puede aparecer "privilegiada", cercana a las capas pequeñoburguesas en su status social y su conciencia. La política de las firmas internacionales acentúa este carácter (11). En las condiciones específicas de ciertas regiones de África tropical en particular, el retraso de la valorización colonial (el retraso en el desarrollo del sector "1"), la solidez de las estructuras precapitalistas no mermadas por la periferización de la sociedad (estas estructuras continúan siendo desde ya dominantes en el sector "2"), limitan la sangría que el sector "moderno" ("1" y "3") naciente puede provocar a la sociedad en vías de periferización. En términos económicos, la oferta de mano de obra barata para el naciente sector moderno es limitada; por esto sus remuneraciones son menos malas. Pero la aceleración del proceso de periferización demuestra que en estadios más avanzados, la condición de este núcleo proletario se deteriora en términos relativos y frecuentemente absolutos. Las relaciones de nuevas alianzas aparecen entonces posibles entre este núcleo y la masa marginada, y desde ahora semiproletarizada en el pleno sentido del tiempo, fundadas sobre una solidaridad objetiva (el peso que la cesantía declarada ejerce desde ahora directamente sobre los salarios de las capas con empleo relativamente fijo).

En este momento, las condiciones objetivas están maduras para una verdadera estrategia de la transición, abriendo el camino para la superación del capitalismo.

Traducción de Elisabeth Souza-Lobo y Jorge Málaga

THE THEORETICAL FRAME OF TRANSITION PROBLEM

The transition is essentially the problem of changing from an unequal, dependent, underdeveloped 'development' to an autonomous, real, development. It is here examined as a problem for contemporary third world economies, which are dependent economies at the periphery of imperialism. The development of the Soviet Union was essentially a different situation than one of modern colonialism, as was the development of the European states. As a result of the colonial situation there are certain necessities; food, housing, education and culture, which must condition the decisions concerning the development strategy to be followed by third world nations. The participation of the masses is indispensable.

Development within the capitalist system over the last twenty five years is examined and it cannot serve as a solution to the countries that are underdeveloped. Nationalist movements based on primitive non-socialist concepts serve only to readjust the internal situation for imperialism.

(9) La gran película senegalesa de Ousmane Sembène (*Le Mandat*) constituye una demostración científica viva de esta teoría, ¡mejor que muchos pretenciosos análisis sociológicos!

(10) Oscar Lewis (*Los hijos de Sánchez*) ha inaugurado esta escuela.

(11) G. Arrighi (*International Corporation, labour aristocracies and economic development in Tropical Africa*, documento mimeografiado, Dar-es Salaam, 1969) ha desarrollado este tema en la forma más coherente que conocemos sobre el caso de Tanzania.

PAUL SWEEZY

TRANSFORMACION SOCIO-CULTURAL DE LOS PAISES EN DESARROLLO

(*) Pienso que para introducir en forma adecuada el tema debería haber leído los documentos presentados. Esto me ha sido posible sólo en escasa medida y lo he hecho especialmente a través de los resúmenes. Los autores saben, mejor que nadie, que sería injusto confiar demasiado en tales resúmenes.

Pero pienso que puedo extraer una o dos conclusiones muy generales del material a mi disposición. Los documentos son todos bastante especializados, como es de esperar en esta clase de congresos. En EE. UU. tenemos anualmente muchos encuentros similares de las distintas asociaciones de ciencias sociales y me encuentro familiarizado con el formato de los documentos que se presentan. En consecuencia no encontramos mucho en ellos ni son muy a propósito para motivar la discusión en los aspectos conceptuales e históricos más amplios del tema central: "Transformaciones socioculturales de los países en desarrollo". Por lo tanto, debería quizá permitírseme aventurarme en este terreno más amplio y menos explorado, pero me apresuro a agregar, sin embargo, que no intento ni espero añadir nada a lo que ya es, o debería ser, conocido por todos.

En primer lugar, ¿qué es un "país en desarrollo"? Considero que países

(*) Este artículo corresponde a una ponencia presentada por el autor en el Congreso Internacional de Sociología, celebrado en Roma, en 1970.

como EE. UU. o Japón o Italia, que están cambiando rápidamente, tanto en lo económico como en lo sociocultural, no se encuentran en la "categoría en desarrollo", sin que su destino final sea en absoluto claro. Tampoco están en esta categoría, a juzgar por sus documentos, los países socialistas más grandes, o si se prefiere, los países en transición entre el capitalismo y el socialismo, acerca de los cuales puede afirmarse lo mismo. Por lo menos uno de los documentos se refiere a las sociedades socialistas (o en transición) más pequeñas de Europa Oriental, pero éste parece ser la excepción. Generalmente, parece ser que el término "países en desarrollo" se utiliza como sinónimo de "países del tercer mundo", es decir, los países de Asia, Africa y América Latina que no son en su estructura ni países capitalistas avanzados ni socialistas (en transición). Tomados en su conjunto, estos países tienen más o menos la siguiente importancia en el mundo:

PORCENTAJE DE TOTALES MUNDIALES

	Población	Producción total
Capitalistas avanzados	20	60
Socialistas o en transición	30	30
Tercer Mundo	50	10
	100	100

Estas cifras sugieren que los "países en desarrollo" tienen un camino muy largo que recorrer antes de que puedan alcanzar, mucho menos superar, a los países ya desarrollados. Pero esto no es quizá tan importante como la dirección en que se están moviendo. En términos relativos ¿se están desarrollando? La respuesta evidente es no. Creo que el Tercer Mundo está abarcando una parte cada vez mayor de la población mundial y teniendo una participación cada vez menor en la producción mundial.

Las cosas no son mucho mejores si consideramos los niveles absolutos de desarrollo. En gran parte del Tercer Mundo, el ingreso per cápita crece lentamente si lo hace y parece no haber dudas de que muchos de los índices más básicos de desarrollo —como el consumo de calorías y proteínas, alfabetización, niveles educacionales, etc.— están estagnados o, en algunos casos, en real decadencia.

¿Por qué entonces el nombre de "países en desarrollo"? Creo que no hay una razón válida que lo justifique. Es, pienso, un término apologético y propagandístico, de origen un tanto obscuro, pero con un objetivo absolutamente claro: esconder o disfrazar una fea realidad a los incautos y crédulos. Creo que el término "países subdesarrollados" sería más exacto, y siento decir que incluso éste no es lo suficientemente fuerte para describir la realidad. El término más exacto, pienso que es el de "países en subdesarrollo".

Me gustaría señalar que un trabajo más fructífero sobre los países del Tercer Mundo debería empezar, en todas las ciencias sociales, preguntándose cómo se originó la situación que describo. ¿Por qué la triple división: mundo capitalista avanzado/socialista/tercer mundo?

A menos que tengamos, por lo menos, una respuesta tentativa a esta interrogante, ¿cómo podemos esperar enfrentar efectivamente la cuestión de la "transformación sociocultural", no sólo en el Tercer Mundo sino también en el resto del mundo?

Estoy seguro de que me perdonarán, o por lo menos tendrán paciencia conmigo, si trato de bosquejar con desesperada brevedad las líneas en que creo puede encontrarse una respuesta.

Primero, permítanme referirme, a la que en mi opinión, no es una respuesta, a pesar de que es ampliamente defendida por los científicos sociales de los países occidentales, y también, creo, de los países de Europa Oriental.

Esta errónea respuesta toma la forma de una teoría que comienza postulando que durante gran parte de la historia humana el mundo entero era subdesarrollado en el sentido en que lo es hoy el Tercer Mundo. Entonces, hace 4 ó 5 siglos, una pequeña parte del mundo, Europa occidental y mediterránea, "despegó" hacia el desarrollo, dejando al resto en la línea de partida. Estos países y sus vástagos, especialmente en América del Norte, han llegado a ser los países capitalistas avanzados actuales. Las revoluciones producidas con posterioridad a las dos Guerras Mundiales tuvieron como resultado la aparición de algunos países socialistas que volvieron las espaldas a la empresa privada y al mercado, efectuando su despegue mediante una planificación burocrática centralizada. El resto del mundo, todavía en un estado de subdesarrollo, observaba todo esto y poco a poco empezó a sentir deseos de seguirlos en el desarrollo. Había ahora dos modelos posibles, aunque algunos países han mostrado deseos de combinar los dos modelos en diversas formas.

Esta teoría sustenta en verdad el concepto de "Tercer Mundo" —que, sin embargo, ha adquirido en gran medida un nuevo significado a través de escritores tales como Pierre Jalée— y el de "países en desarrollo". Considero que la teoría es falaz y engañosa de principio a fin.

En primer lugar, es un serio error suponer que a través de gran parte de la historia humana el mundo era subdesarrollado en el sentido en que lo es hoy el Tercer Mundo. Si juzgamos con un criterio como el tecnológico el grado de industrialización y la productividad del trabajo humano, ciertamente podemos decir que todo el mundo era subdesarrollado hasta hace algunos siglos. Al mismo tiempo, es necesario recordar que los más grandes continentes produjeron civilizaciones que para su tiempo eran muy desarrolladas económicamente y que, en otros aspectos, como el arte, la religión y la filosofía alcanzaron niveles que aún hoy nos maravillan. Es absurdo describir el mundo antes de, digamos, el año 1500 a.d.c. semejante al Tercer Mundo de hoy. La verdad es —y esta es la clave para comprender toda la historia contemporánea— que el subdesarrollo del Tercer Mundo es el producto del mismo proceso histórico que dio como resultado el desarrollo del mundo capitalista avanzado. Ambos, desarrollo y subdesarrollo, son los lados opuestos de la misma moneda.

Desde el principio, el capitalismo avanzó subyugando, saqueando y explotando a otros países y territorios. El resultado fue la transferencia de riqueza de la periferia a la metrópoli destruyendo, por un lado, la vieja sociedad en la periferia y reorganizándola como un satélite dependiente y, por el otro lado, concentrando los recursos necesarios para el "despegue" en las metrópolis. Este proceso ha sido repetido una y otra vez, y durante muchos siglos cada vez en mayor escala. Oliver Cox en su excelente libro, *El capitalismo como sistema*, argumenta, pienso que en forma persuasiva, que el primer estado capitalista fue Venecia. Pocos estados italianos —Amalfi, Génova, Florencia— alcanzaron a fines de la Edad Media el avance capitalista de la Liga Hanseática y las ciudades flamencas. Pero la escala no empieza a expandirse para alcanzar las dimensiones actuales sino hasta los grandes descubrimientos de los siglos XV y XVI. El centro de la expansión capitalista estuvo primero en Portugal y España, luego en Holanda y después en Inglaterra y Francia, entre los cuales extendieron finalmente el capitalismo a los cuatro rincones del globo. No fue este el fin del proceso. La segunda mitad del siglo XIX fue un período particularmente activo de expansión capitalista que abarcó primero a Estados Unidos y Alemania y finalmente al Japón, mientras Africa era sometida y convertida en un apéndice de las metrópolis europeas. A fin

del siglo XIX, todo el mundo había sido polarizado en un puñado de ricos países capitalistas y una multitud de colonias y semicolonias.

Veamos ahora qué sucedió a los países y regiones sometidos. Toda vez que el orden social existente era incompatible o se interponía a las actividades de explotación de los conquistadores —lo que casi siempre ocurría— éste era transformado por la fuerza o destruido, con deplorables consecuencias para los habitantes del lugar. En su frenética búsqueda del oro, los portugueses y españoles no sólo se apoderaban de lo que sus manos podían coger, sino que obligaban a los nativos a trabajar las minas, donde morían por cientos. La población nativa de la zona caribeña fue literalmente eliminada en dos o tres generaciones y, en gran parte de América Central y del Sur, los indígenas pudieron sobrevivir refugiándose en las selvas y montañas. A fin de obtener la mano de obra necesaria para las minas y las plantaciones, el comercio de esclavos creció y vastas regiones de África fueron convertidas en zonas de caza de esclavos. Inútil es decirlo, las sociedades de los exportadores de esclavos y la de sus importadores se transformaron totalmente. En América caribeña, Central y del Sur como así también en África vemos funcionando, quizás en su forma más pura, el proceso del subdesarrollo capitalista. Y en la acumulación de enormes fortunas llevada a cabo por los comerciantes de esclavos de Liverpool y otros puertos ingleses, y también por los de Francia y Nueva Inglaterra, podemos ver también el otro lado de la moneda. La generación del subdesarrollo siguió en el Lejano Oriente una forma algo diferente, aunque no menos espectacular. Los holandeses saquearon las Indias y organizaron uno de los más eficientes programas para continuar la explotación del mundo colonial. El caso más notable es probablemente el de los ingleses en la India. La que había sido no mucho antes de la aparición de los ingleses en escena una de las más avanzadas civilizaciones del mundo, fue saqueada sin misericordia y convertida en uno de los países más pobres y atrasados del mundo. Y el otro lado de la moneda, como siempre, fue la acumulación de vastas riquezas en la metrópolis. Eric Williams, ahora Primer Ministro de Trinidad y Tobago, decía en su brillante monografía *Capitalismo y Esclavitud* que la revolución industrial en Inglaterra se financiaba con las utilidades, directas e indirectas, de la esclavitud negra en las Indias occidentales. Brook Adams en su famoso trabajo profético, *La ley de la civilización y la decadencia*, describe el saqueo de India. Ambos tenían razón.

Después de los conquistadores y saqueadores vinieron los inversionistas, los comerciantes, los banqueros, y los administradores y consejeros, todos aquellos que convirtieron en su negocio la conversión de las colonias y semicolonias en duraderas fuentes de utilidades para las metrópolis. Como resultado de sus esfuerzos se desarrolló un característico modelo de relaciones económicas entre el centro y la periferia. La periferia se especializó en la producción de materias primas necesarias para el centro y en el abastecimiento de un mercado para los productos manufacturados de éste. La propiedad de la mayoría de los negocios de la periferia cayó en manos de los capitalistas del centro y la mayor parte de las utilidades cayó en sus bolsillos. En esta forma se congeló, perpetuó y profundizó el subdesarrollo de la periferia, mientras se permitía al centro continuar desarrollándose con ayuda de la riqueza extraída de sus satélites.

Permítanme una pequeña digresión para señalar que este modelo fundamental de centro explotador y periferia explotada no es de ninguna manera un fenómeno internacional. También se produce en el plano nacional, tanto dentro de los países capitalistas avanzados como de los satélites. A través de la historia norteamericana, por ejemplo, la relación entre el noreste, el sur y el oeste ha sido en lo esencial una relación metrópoli-colonia; y lo vemos claramente lo mismo en un país como Brasil donde la riqueza y la industria están concentradas en el pequeño triángulo Río-Sao Paulo-Belo Horizonte, mientras el resto se encuentra estagnado en

una terrible pobreza. Incluso, en el centro del centro, se observa igual cosa: Park Avenue y Harlem están, después de todo, a unas cuantas millas de distancia; y desde los techos de los lujosos departamentos de Copacabana, en Río, uno puede ver en las favelas de las laderas de las colinas circundantes algunos de los peores barrios bajos del mundo.

A la luz de estos antecedentes uno puede ver con facilidad cuán falso y engañoso es dividir el mundo en lugares que despegaron hacia el desarrollo y aquellos que permanecieron en el subdesarrollo. En términos históricos, el desarrollo de la parte desarrollada es el resultado y la contrapartida del subdesarrollo de la parte subdesarrollada. El desarrollo capitalista produce inevitablemente desarrollo en un polo y subdesarrollo en el otro. Los países capitalistas avanzados y los subdesarrollados no son, repito, dos mundos separados, son las dos caras de un mismo mundo.

Cuando se ha comprendido claramente esto, lo demás encaja en un modelo coherente y legible. En primer lugar, es obviamente absurdo esperar (o desear) que las relaciones entre los países avanzados y subdesarrollados conducirán a estos últimos al desarrollo. El comercio, las inversiones y la ayuda son precisamente los medios utilizados por los países avanzados para explotar a los subdesarrollados y mantenerlos en su condición subdesarrollada. En el caso del comercio, esto es ampliamente reconocido. El intercambio de materias primas por productos manufacturados tiende a reproducirse y a perpetuarse, no para convertirse en algo diferente; y es evidente que la tendencia que sigue la relación de los términos de intercambio en tiempos de paz va contra el país exportador de materias primas. No hay en las relaciones comerciales absolutamente nada que lleve al país subdesarrollado al desarrollo. Todo lo contrario.

Lo mismo ocurre con las inversiones del centro en la periferia, aunque esto podría ser sin duda refutado generalmente por los economistas de una doctrina ortodoxa. No tenemos tiempo para entrar en el laberinto teórico de la inversión extranjera, pero puedo citar algunas sólidas cifras estadísticas que serían muy difíciles de explicar si la inversión extranjera realmente promovió ya el desarrollo de los países subdesarrollados. Las cifras a las que me refiero son las de la inversión extranjera inglesa y norteamericana durante sus respectivos períodos de mayor actividad.

El apogeo del imperialismo británico y de la inversión extranjera inglesa tuvo lugar medio siglo antes de la Primera Guerra Mundial. En el período 1870-1913, Inglaterra invirtió en el extranjero una suma neta de 2.4 mil millones de libras esterlinas. Es decir, la inversión realizada en el exterior por los ingleses fue mayor que la inversión extranjera realizada en Inglaterra. Esto equivaldría a alrededor de 12 mil millones de dólares con el doble del poder comprador que éste tiene actualmente, digamos 25 mil millones del dólar actual, mucho dinero desde cualquier punto de vista. Pero —y aquí está lo atractivo— durante el mismo período, el ingreso de Inglaterra por concepto de inversiones extranjeras llegó a 4.1 mil millones de libras esterlinas. En otras palabras, el flujo de ingresos excedió el flujo de capital salido de Inglaterra en un 70%. ¿En verdad, quién ayudaba a desarrollar a quién?

Tomemos las enormes salidas de inversiones norteamericanas hacia el extranjero durante las dos décadas y media posteriores a la Segunda Guerra Mundial. En este caso, limito mi atención a la inversión directa en el extranjero de las corporaciones norteamericanas, lejos el tipo más importante de inversión en el exterior. Las cifras comparables a las señaladas con respecto a Inglaterra son, para el período 1950-1963, flujo neto de capital desde EE. UU. US\$ 17,4 mil millones; flujo de ingreso para los EE. UU. US\$ 29,4 mil millones. La afluencia de ingresos excedió nuevamente la salida de capital exactamente en alrededor del 70%. Una vez más,

uno debe preguntarse: ¿en realidad quién ayuda a quién? ¿Es posible que la forma de desarrollar un país sea transferir al exterior una gran parte del excedente económico producido para que sea utilizado por otros?

En cuanto a la llamada ayuda de los países avanzados a los subdesarrollados, descrita a menudo como el "ábrete sésamo" para el desarrollo económico, los datos son demasiado claros. En general, mientras más ayuda, menos desarrollo. Las razones son numerosas. Una gran parte de la ayuda es de tipo militar, supuestamente para la defensa contra la agresión comunista, aunque todos saben que estos implementos militares no representan nada en la correlación de fuerzas en el plano internacional y sólo sirven para hacer impopulares a los gobiernos. Una parte muy ínfima de la ayuda está relacionada con el desarrollo económico. Gran parte de ella cae normalmente en forma corrupta en los bolsillos de los funcionarios, extranjeros y norteamericanos. Pero lo más importante es que jamás se tuvo la intención de destinarla al desarrollo. Como lo declaró D.A. Fitzgerald, antiguo funcionario de las diversas agencias de ayuda extranjera norteamericanas, en una entrevista que le hiciera la revista norteamericana *News & World Report* (25 de febrero de 1963): "Muchas de las críticas hechas a la ayuda extranjera se deben a que el que crítica piensa que el objetivo que se deseaba alcanzar era el desarrollo económico, y éste no era en absoluto el objetivo. El objetivo puede haber sido comprar una base, obtener un voto favorable en las Naciones Unidas, o evitar el alejamiento de una nación, o impedir que una nación conceda a los rusos el derecho a instalar bases aéreas, o cualquiera de muchas otras razones". Casi cualquier cosa menos el desarrollo económico. En otras palabras, el propósito es, en verdad, mantener el statu quo en el cual los países desarrollados se desarrollan y los subdesarrollados permanecen como tales.

Estos antecedentes aclaran el significado real de las revoluciones comunistas del siglo veinte. Ellas no constituyen una especie de accidente histórico que crea un nuevo modelo de desarrollo económico de acuerdo a las ideas de un profeta, bueno o malo según nuestro punto de vista, llamado Karl Marx. Son simplemente la expresión de la imperativa necesidad de los países subdesarrollados de despojarse de la camisa de fuerza del sistema capitalista internacional en la que se encuentran desde hace mucho aprisionados. Una vez cogidos por ese sistema sólo podrían continuar subdesarrollándose. Sólo fuera de él pueden empezar a desarrollarse.

En qué medida los que han escapado han logrado un desarrollo real y duradero —incluso si realmente han escapado para siempre o si no volverán a caer en la trampa capitalista— son interrogantes para las que no hay todavía una respuesta definitiva. Son, por lo tanto, preguntas que también desafían a los científicos sociales. Espero que en un futuro congreso ellas puedan ser el tema de intervenciones de tan alta calidad como las que vamos a escuchar en las próximas sesiones.

Espero también que al tratar los países subdesarrollados, los científicos sociales puedan en el futuro poner más atención a los antecedentes históricos generales y globales, reconociendo enteramente al subdesarrollo por lo que es: la otra cara de la moneda del desarrollo capitalista.

Traducción de Mónica González

INVESTIGACIONES

José Bengoa

CONCIENCIA CAMPESINA Y CAMBIO SOCIAL

*Nuestro objeto en este trabajo es analizar el desarrollo que ha tenido en Chile, en los últimos años, la conciencia de la clase campesina. Diversos hechos se han producido en el campo desde un tiempo a esta parte. Un cambio profundo en la estructura agraria se está llevando a cabo en nuestro país. Nos parece de gran relevancia analizar las transformaciones que estos procesos provocan en las personas. La conciencia campesina se pone de manifiesto en las acciones que realiza el movimiento campesino; es aquí donde encontramos expresado de manera más directa el proceso de desarrollo de la conciencia del campesinado chileno. Nuestra intención en este estudio es captar la dinámica interna del campesinado, para así concluir sobre potencialidades futuras. Nuestro punto de partida es, por lo tanto, la situación anterior a las leyes agrarias, pues la consideramos como una situación de relativo equilibrio, ya que las manifestaciones colectivas del campesinado eran casi nulas o esporádicas y las condiciones de vida en el campo venían de muy antiguo, sin modificacio-

nes sustanciales. Este equilibrio, planteado como hipótesis, es roto por diversos movimientos extraagrícolas, que afectaron a la totalidad del sistema. La necesidad imperiosa de reforma agraria, a raíz de la demasiado manifiesta desigualdad entre ciudad y campo (desigualdad que se mostraba cada vez más peligrosa), y de la estrechez de los mercados internos, comienza a desatar un movimiento totalmente desconocido en el agro. Los requerimientos de participación económica, política, educacional, etc., de las grandes masas desposeídas, provocan otros tipos de movimientos en la estructura agraria. La conciencia campesina, que se desarrollaba lentamente dentro de los marcos que estableció la dominación patronal, irrumpe en forma violenta y comienza un proceso acelerado de transformaciones. Este proceso, iniciado hace menos de una década, continúa hoy y es de especial interés captar su sentido y contenido.

Por tanto, nuestro concepto de conciencia de clase no quiere ser estático, ni ser un modelo ideal de análisis (tipo ideal, modelo sincrónico). Nuestra pretensión es captar el proceso de desarrollo de las representaciones que el campesinado se hace del mundo, la sociedad, el trabajo, etc. Estas representaciones están en íntima relación con los procesos objetivos que vive el campesinado. Por lo tanto, la conciencia de clase es un proceso determinado (esto es, provocado y delimitado) por el desarrollo general de la sociedad, agraria en este caso, en sus múltiples determinaciones (1).

(*) Este artículo fue escrito en julio de 1971, por tanto su contenido debe ser apreciado desde dicha perspectiva cronológica.

El considerar así la conciencia campesina nos lleva a un problema que debe ser anotado. Existen algunos autores que tienden a tipologizar estos problemas (2). Se establecen así diversos tipos de conciencia, según diversas situaciones objetivas en que se debaten los grupos, y diversas conductas que éstos llevan a cabo. Sin duda que la tipología tiene la virtud de la claridad y distinción; sin embargo, no da cuenta del carácter dinámico de este tipo de proceso. Por otra parte, establecen tipos de situaciones campesinas (fundo o hacienda tradicional, asentamiento, etc.), y relacionar a estos tipos de conciencia campesina, nos parece una hipótesis aventurada, que tiene el gran peligro de caer en un mecanismo. Lo reciente de estos hechos y los datos que manejamos no nos permiten hablar de tipos diferenciados de conciencia campesina, en cambio, nos permiten insinuar diversos procesos simultáneos o paralelos según los casos y que van cambiando velozmente. Por tanto, nuestro análisis será histórico y no tipológico (o sincrónico). Analizaremos los hechos más relevantes en el cambio agrario y sus repercusiones en el cambio de la conciencia campesina.

Nuestro punto de partida teórico es simple. Consideramos, como dijimos, la conciencia campesina como las representaciones que este grupo social hace (3), del trabajo, del mundo, la sociedad, etc. ... y su desarrollo. La conciencia campesina se descubre al nivel del sujeto histórico, no al nivel del sujeto empírico (4). Por tanto, debemos distinguir conciencia psicológica del campesinado, qué es lo que "piensa el campesinado", con conciencia campesina, la cual se revela en el actuar colectivo e histórico del campesinado.

Consideramos, por otra parte, la conciencia campesina, como sumida en la ideología dominante del agro chileno. Esta recubre y limita las posibilidades de desarrollo de la conciencia

campesina. La expresión "toma de conciencia" se refiere a la ruptura inicial que se produce cuando el campesinado sale de los marcos impuestos por la ideología dominante. Ahora bien, la ideología dominante sigue actuando en el campesinado, aunque aspectos de ella hayan perdido su carácter hegemónico. Por lo tanto, se da un continuo salir de la ideología dominante y una continua crítica ideológica. La constitución de la nueva conciencia campesina, se refiere a aspectos muy particulares de la ideología dominante. Sólo los aspectos inmediatos de la vida del campesinado han sufrido cambios y sólo los más relevantes han repercutido en la conciencia campesina. Este proceso continuo de dominación y liberación, condicionado y determinado por la situación objetiva en que vive el campesinado, es el centro de nuestro trabajo. El objeto de lo que aquí presentamos es descubrir el sentido del proceso aquí descrito.

Por último, este trabajo ha sido realizado casi en su totalidad a través de discusiones con campesinos de la Confederación Ranquil. Vayan a ellos mis agradecimientos.

I LA LEGISLACION AGRICOLA Y LA APERTURA DE LOS LIMITES DE DESARROLLO DE LA CONCIENCIA CAMPESINA

1. La legislación agraria en Chile

El cambio cultural en el campo es un proceso en el cual tiene preeminencia teórica y práctica el desarrollo de la conciencia campesina (5). Este desarrollo está limitado, en primer lugar, por las condiciones materiales de vida del campesinado, y, en segundo lugar, por las condiciones generales de funcionamiento de la sociedad. En este sentido, las transformaciones políticas e institucionales son determinantes en el cambio de la cultura.

Aunque la hacienda tradicional no había cambiado en forma sustantiva

en la década del 50, se comienzan a producir cambios en las instituciones políticas del país, por todos conocidas. Es así como comienza a incorporarse el campesinado a la lucha político-electoral, y se llega a las elecciones de 1964 con un amplio debate sobre la situación agraria.

De este debate nacional, nace la ley de sindicalización campesina en abril de 1967 (Ley 16.625) y meses después la Ley 16.640 de Reforma Agraria.

De los 17 sindicatos legales que existían antes de 1960, se pasa a 201 en 1966 y a varios miles hoy. Otro tanto pasa con las huelgas, pliegos de peticiones, etc. Se produce una rápida y violenta movilización campesina y la consiguiente irrupción de la conciencia campesina. ¿Cuál es la importancia de las modificaciones llevadas a cabo en el nivel político y que establecen un nuevo punto focal en la cultura campesina?

Creemos que las leyes promulgadas tienen un doble efecto en la conciencia y establecen un nuevo punto focal en la cultura campesina: el legalismo.

El doble efecto es, por una parte, ampliar los límites objetivos de desarrollo de la conciencia y, por otra, limitar nuevamente sus posibilidades de desarrollo. Se permite, por un lado, organizarse en sindicatos y luchar por la posesión de la tierra, pero por otro, se establecen las formas que tiene que asumir la organización y posibilidades de la lucha campesina. Se abre la posibilidad de aspirar a la tierra, pero se limita a las situaciones prescritas por la ley (6). Estos hechos son tan claros que quienes sobrepasan los límites establecidos por la ley, respecto a las formas de lucha campesina, son reprimidos violentamente.

Por ejemplo: San Miguel en Aconcagua.

Este doble juego que provoca la ley de sindicalización y Reforma Agraria, produce un nuevo "punto focal" en la

conciencia campesina naciente: el legalismo.

2. El legalismo

El legalismo es la consecuencia al nivel de la conciencia de la ruptura de la hacienda, provocada (no causada) por la ley de sindicalización y de reforma agraria, que abre y limita las posibilidades de desarrollo social y cultural del campesinado.

El legalismo posee dos características. Primera, concibe la ley como algo que está sobre los intereses de grupos, partidos políticos, gobiernos, etc., y en segundo lugar, la concibe como el factor liberador y que posibilita la libertad del campesino. Si el campesino no se ha liberado es porque no se ha aplicado convenientemente la ley, o porque el campesinado no la conoce suficientemente.

La primera característica del legalismo se inscribe en la lógica de la cultura campesina tradicional. En ésta no se distinguen matices en la horizontalidad. No se diferencian los grupos fuera de la hacienda, los partidos políticos se perciben en forma confusa (la adhesión a éstos es a través de personas, no de ideas), los grupos que manejan la sociedad no se perciben con claridad, etc. La ley, por lo tanto, es percibida como un beneficio para el campesino y, por lo tanto, se la ubica por sobre los grupos e intereses. Se tiene la convicción de que todo gobierno y todo grupo debe atenerse a la ley.

"Yo digo que la ley sindical, el gobierno que esté, tienen que beneficiar (al campesino): porque la ley es verdaderamente para defender a los campesinos". (Campesino de Duao, provincia de Maule).

Este hecho es tan claro que incluso la utilización política de la ley ha fracasado. Adscribir la promulgación de leyes tan importantes como éstas para el campesinado a un partido político, es algo que sobrepasa las posibilidades

culturales del campesinado. El campesino, desde el momento que la ley es "ley en su conciencia", la objetiva y la independiza de quienes la promulgaron, e incluso puede volverse en contra de quienes la hicieron.

La segunda característica del legalismo es la que considera la ley como el agente de liberación. Este hecho lo encontramos en forma reiterada en las acciones del movimiento campesino. Se debe a la forma que asume la lucha campesina. La ley es un arma de lucha. El lugar donde debe llevarse la lucha está determinado por la ley: las inspecciones del trabajo, los tribunales arbitrales, la Corporación de la Reforma Agraria, etc. El campesino tiene conciencia de que esos lugares de lucha lo favorecen (7). En el campo, el patrón tiene más elementos de persuasión y de control de los campesinos. En el tribunal, ambos están en condiciones de relativa igualdad.

Por otra parte, objetivamente, el campesinado ha ganado en bienestar, en salarios, en tierras, etc., con la ley. Estos hechos y otros conocidos, llevan a concebir la ley como el factor de liberación. Por lo tanto, la liberación depende de la aplicación de ésta y de la capacidad del campesinado para que no le "escamoteen" partes de la misma. Se considera así la liberación del campesinado como un proceso que comienza con la ley y que debe seguir en la aplicación de la misma.

Campeño:

"O sea que hasta aquí, usted sabe que hasta que el campesino conociera la ley sindical que los viene a liberar un poco de la esclavitud, éramos como quien dice, el buey que no están picaneando todo el tiempo; no teníamos libertad ni de hablar en el fundo, ¿no le parece? Llegó la ley sindical y ya hemos conseguido libertad, pero una libertad a medias, y, a lo mejor, con miras a cerrarnos las puertas de un momento a otro, la libertad que tenemos".

Entrevistador:

"¿Cuál es la libertad a medias?"

Campeño:

"Que hasta aquí vamos recién no más dando, como quien dice: un niño en pañales que va dando los primeros pasos, ¿no es cierto?"

3. El legalismo como ideología

El legalismo es un punto central para entender la conciencia campesina en este momento y el desarrollo futuro de la misma.

El legalismo, tal como lo hemos caracterizado, es un nuevo sistema ideológico que tendió y tiende a consolidarse en el campo. Las leyes campesinas tuvieron el doble efecto de abrir y cerrar posibilidades. El cierre de las posibilidades se lleva a cabo a través de este nuevo producto ideológico de la cultura campesina, junto a los procesos específicos que ha tenido el agro chileno.

Dos son las funciones ideológicas que cumple el legalismo en la situación actual del campo.

La primera es una función estabilizadora. El campesino que estaba dirigido por un completo y complejo sistema ideológico tradicional, se ve un momento sin una organicidad y estabilidad ideológico-cultural. El legalismo tiende a reemplazar el equilibrio anterior que ha entrado en crisis.

Hay un paso desde una conciencia dependiente del patrón a una conciencia dependiente de la ley. Este hecho se manifiesta en la aspiración del campesinado, sentida por las autoridades, de reglamentar y legalizar todas las acciones y sistemas de convivencia del campesinado. En este momento, la iniciativa e imaginación del campesinado, dentro de los marcos de la ley, está prácticamente anulada.

La segunda función ideológica del legalismo es el ocultamiento de lo que objetivamente está por detrás de la ley: las clases sociales y sus intereses. Al poner la ley por encima de las cla-

ses y sus intereses se oculta lo que hace posible la existencia de la ley, que es la lucha campesina. La lucha legal, se realiza entre un individuo, ("el patrón de mi fundo") y el campesinado, pero oculta la relación de clase del patrón. La caracterización de "momio" es tan vaga y general que, creo, podemos afirmar que carece de contenido real, posee un contenido político formal, a nivel de consignas.

Por otra parte, al percibirse la ley como el factor básico de liberación, se oculta el fundamento de toda liberación que es la movilización. Se traslada un problema del nivel de lucha de clases, al nivel de lucha institucional, que por ser tal oculta la otra.

Estos dos elementos ideológicos del legalismo tienden a establecerse e institucionalizarse, como toda ideología, en el seno de la conciencia campesina.

4. La ley y los cambios en la visión de las relaciones de trabajo

Al entrar en crisis la hacienda tradicional se producen dos movimientos en la estructura agraria. Uno, que camina hacia la moderna empresa agrícola, y el otro, hacia el asentamiento campesino o empresa reformada.

Estos dos movimientos de la hacienda tradicional implican dos procesos específicos en el desarrollo de la conciencia campesina.

El primer movimiento comienza a producirse al darse las condiciones para el cambio de las relaciones de trabajo dentro de la hacienda. Creemos que lo que caracteriza específicamente a la hacienda son sus relaciones de trabajo y no su tamaño, tipo de propiedad, tecnología ocupada, etc. En nuestro análisis dejamos de lado una serie de factores con que se caracteriza comúnmente al inquilino (medios de trabajo, salario en especies, cuarto de cuadra, regalías, etc.), y a la hacienda (cultivo extensivo, tamaño latifundario, etc.), por estimarlos poco relevantes, para nuestro propósito.

A nuestro entender la hacienda se caracteriza por la existencia de un patrón agrícola (opuesto a empresario agrícola) en relación personal de trabajo con campesinos inquilinos (opuesto a obrero agrícola), lo que caracteriza en última instancia al inquilino en su relación económica con la tierra y su relación social con el patrón.

La sindicalización rompe con un elemento esencial en la hacienda, cual es la relación personal entre patrón e inquilino. Se establece un vínculo de solidaridad entre los campesinos, que los transforma en cuerpo que se enfrenta al patrón. Se corta la relación personal de trabajo, todo el mecanismo de comunicación patrón-inquilino (8).

Hay una transformación cualitativa en lo social que lleva a través de la presión económica a un cambio en la relación económica con la tierra, es decir, a la adscripción a la hacienda como único lugar de satisfacción de necesidades —luchar por el salario es una acción de proletarianización y de liberación de la adscripción al suelo.

Ambos procesos conducen a un cambio cualitativo, que es el paso de inquilino a obrero agrícola. En este último, la relación social básica es la solidaridad entre los iguales y la determinante económica el trabajo asalariado.

Este cambio en los trabajadores lleva consigo un cambio correlativo: el paso de patrón agrícola a empresario agrícola. La existencia de un núcleo obrero, con exigencias y derechos, lleva a la transformación del patrón.

La relación con la tierra que poseía el patrón era equivalente a la relación social con los inquilinos: satisfacción de necesidades a través de un manejo tradicional de la tierra; cumplimiento del deber que daba su condición de patrón y que lo obligaba a ocuparse de sus inquilinos con rectitud y firmeza.

Al cambiar uno de los elementos, cambian las condiciones en que se

ejercía el poder y dominio patronal. Se abre una nueva relación social. Ya no son individuos aislados que se conducen bien o mal, ahora es un colectivo llamado sindicato el que está al frente —la actitud tradicional es culpar al dirigente del sindicato y tratar de arreglar las cosas con él, en forma individual. Es el trato social secular que se ha tenido en la hacienda.

Y junto con esto cambia la relación con la tierra y la producción. La amenaza de reforma agraria, los requerimientos campesinos, etc., lleva a establecer una nueva relación que tiende a basarse en el principio de eficacia, aparece un nuevo grupo social en el campo que es el empresario agrícola.

Estos hechos nos muestran un cambio en la visión del trabajo que existía en el campo.

“Creo que actualmente el campesino está mirando en forma diferente a como era la realidad hace 5 u 8 años atrás. Porque, en primer lugar, antes, uno, el campesino, veía cómo un padre, algo así parecido al patrón. Por ejemplo, nosotros en el fundo nos alegrábamos mucho cuando llegaban máquinas nuevas, felices porque había llegado un tractor nuevo o una camioneta nueva para el fundo y no nos importaba que nosotros no pudiéramos tenerla, ni pensar siquiera en eso; en ese aspecto; y en cualquier otra cosa nosotros nos alegrábamos cuando el patrón salía dos o tres meses en el invierno, iba al extranjero y cuando llegaba, contentos, porque había llegado. Yo creo que nosotros estábamos mirando los intereses del patrón. Ahora, estamos mirando que es un hombre, que tiene más plata, más poder, más educación, pero que es un hombre como nosotros y que podemos enfrentarnos a él”. (Dirigente campesino de Paine).

Se rompe violentamente la visión familiar de la producción y cambian las relaciones de trabajo. La visión del

patrón, central en la visión del trabajador, cambia rápidamente. Este cambio desata el proceso de desarrollo de la conciencia campesina.

Campeño:

“Ahora, yo puedo decir que al patrón lo vemos muy cambiado, muy extraño a como era antes. Porque ahora no puede hacer lo que hacía antes; incluso él mismo de allá ha querido... o sea, y yo mismo le he pegado. Porque un día que se puso a pegarme yo le pegué un “cachuchazo”. Llamó a los carabineros, pero yo negué todo: ¿yo, cuándo...? y eso es muy extraño, porque, ¿cuándo se había visto que un obrero le pega a un fute?, y yo lo hice”.

Entrevistador:

“¿Y qué dijeron los demás compañeros del fundo?”

Campeño:

“Una admiración de todos. De ahí entraron más en conciencia, porque vieron cómo ahora el compañero le pegó al patrón y no le pasó nada”. (Dirigente campesino del Sindicato de la provincia de O'Higgins).

Otro campeño:

“Vamos a poner un ejemplo, el de los españoles: los araucanos pensaban que el español era con el caballo un todo, que era indestructible, invencible; entonces, con la estrategia de Lautaro se vio que el español, desmontándose del caballo, era tan vulnerable como cualquiera, nada más que la armadura; yo creo que eso es lo que pasa ahora: que se vea un compañero que ataca (al patrón), que ve que no tiene una repercusión grande, que ve que no se va a venir el mundo abajo, ni nada, entonces la gente abre los ojos y ve que se puede. Se repite una y otra vez. Yo creo que esa es la actitud ahora del compañero campesino frente al patrón. Nos estamos dando cuenta de las ideas, las ideas antiguas favorecían al patrón, ¿por qué entonces no nos sirven a noso-

tros?”. (Dirigente campesino de Mañeco).

Al establecer una ruptura de esta importancia en la ideología agraria tradicional, se produce una dinámica cultural nueva que conocemos como conciencia espontánea. Esta tiene su lógica propia de crecimiento. Es frenada por la ideología legalista, pero por diversas situaciones obvias del proceso de la sociedad chilena, ha seguido un proceso y desarrollo. Comprender cabalmente el punto de partida es esencial para analizar las etapas y consecuencias de este desarrollo.

II LA LEY DE REFORMA AGRARIA Y LA VISION DE LA TIERRA

1. Introducción

La crisis de la hacienda tradicional conduce a dos soluciones. La primera es lo que hemos llamado la empresa agrícola. La segunda es el asentamiento campesino, o empresa reformada. Ambas soluciones, sobre las cuales se legisló, implican movimientos en la conciencia campesina. El primero ya lo analizamos.

La ley de reforma agraria pone en el ámbito de la conciencia campesina, el problema de la tierra y de su propiedad. La ley se promulgó en medio de un gran “debate nacional” (debate entre los sectores partícipes de la actividad política) sobre el problema del “derecho de propiedad”. Este debate, de una u otra forma, se comunicó y está presente en el campesinado. Desde un primer momento se identificó el problema de la tierra con el problema de la propiedad. En la discusión de la reforma agraria se confunden los dos problemas.

Por otra parte, por haber sido una reforma agraria dictada por ley y no generada por la presión directa del campesinado, es básico preguntarnos cuál era la visión de la tierra de la hacienda tradicional y qué lógica sigue

la conciencia espontánea en este aspecto.

La ley de reforma agraria cumple la función de ampliar los límites objetivos de la conciencia y permitir el desarrollo de la aspiración a la tierra. Al mismo tiempo que permite un desarrollo lo limita. El límite es impuesto por la forma específica que adquiere el proceso de acceso a la tierra (causales de expropiación, CORA, asentamientos, etc.), y por la forma en que se plantea el problema de la tierra (9). Esta es confusa y compleja; la confusión y complejidad del problema de la posesión de la tierra produce la dependencia del desarrollo de la conciencia, en este punto, respecto a los grupos hegemónicos tradicionales y modernos, que fijan las pautas y límites de la aspiración a la tierra. Este hecho parece ser importante para comprender el diagnóstico que el campesino hace de este problema. Se lo concibe como un problema “enredado”. La claridad la otorga el campesino que asume alguna consigna partidista o ideología dominante que toque el problema con alguna claridad.

El límite puesto a la conciencia campesina respecto a la visión de la tierra está dado por la forma dependiente que asuma este problema. Por lo tanto, hay pocas posibilidades de desarrollar una conciencia espontánea que provea formas autónomas de posesión de la tierra.

Una regresión histórica es absurda. El diagnóstico de la situación nos muestra la confusión existente. Será necesario tomar conciencia de la “dependencia cultural” que existe en este aspecto. Será preciso clarificar al campesinado el problema de la tierra y lograr que desarrolle al máximo sus posibilidades, partiendo de esa claridad inicial. Se debe superar, por tanto, la consigna, que se caracteriza por mantener los lazos de dependencia, y no provocar el proceso autónomo de desarrollo de la conciencia. Se deberían

buscar formas que, tomando en cuenta la dependencia en que se encuentra el campesino respecto a este problema, logren superarla y provoquen un desarrollo de la conciencia campesina que sea capaz de crear formas no dependientes, en relación de éste con la tierra.

Nuestro análisis tiene esta intención. No creemos poder lograrlo en este primer intento. Queda camino por recorrer. Lo que aquí presentamos no es más que algunas hipótesis que pueden aclarar el problema.

2. Diagnóstico del problema de la tierra

Al analizar la visión que el campesino tiene de la tierra, nos encontramos con una gama de opiniones increíbles. Hay quienes opinan que el campesino no aspira a la tierra y que prefiere ser asalariado; hay quienes estiman que la única aspiración del campesino es la tierra y poseerla en propiedad, eso es, "su pedazo" en el cual hacer "lo que le da real gana". Otros hablan de que el campesino tiene conciencia de que "lo importante es la producción para toda la sociedad", etc. Por otra parte, si analizamos los diversos hechos que se producen en el movimiento campesino, vemos que hay acciones contradictorias. Por ejemplo, hay quienes defienden al patrón y rechazan la expropiación, quienes luchan por la tierra, y asentados llamados "burgueses" o "nuevos patrones", etc.

En resumen, la situación no es clara desde ningún punto de vista. En cambio, el problema es el más importante. Es tarea científica tratar de aclararlo.

Al entrevistar a campesinos y dirigentes de federaciones se comprueba lo antes dicho. El primer paso es recitar la consigna. Se cree en ella y se actúa en consecuencia. Pero al ir, a través del análisis, más allá de ella, se

reconoce la debilidad del planteamiento y se llega a la conclusión antes señalada. Esta experiencia es general. Campesino:

"Eso es lo que recién les dije denantes. En otra oportunidad no hallaba cómo entender yo; que algunos decían que iba a ser del Estado y otros dicen que sería de la cooperativa, pero eso yo lo digo porque lo han dicho; en la misma última reunión que tuvimos ayer en Porvenir, hemos tenido profesores ahí de distintas organizaciones e instituciones, y también nos han dado esa respuesta, claro que no muy clara. Sí..., por eso, como les dije, hasta los mismos profesores se enredaban solitos y cuando se querían desenredar era cuando ya estaban maneados firmes... estamos confundidos". (Campesino de Duao, provincia de Talca).

Se tiene conciencia del enredo de la "cuestión de la tierra". Por otra parte, se tiene conciencia que éste es el problema que divide al campesinado.

Entrevistador:

"Usted cree que hay diferencias de intereses entre los campesinos; yo creo que los intereses son los mismos. Lo que pasa es que ahora se ha tergiversado la realidad y esto hace que unos digan: la tierra para mí, la tierra para el Estado, y no se dan cuenta que quieren todos lo mismo".

Otro campesino:

(Respuesta seguida en la misma entrevista).

"Porque hay federaciones que están dividiendo a la clase obrera, buscan ellos una triquiñuela parecida a la que han tenido siempre, para tener la masa dividida. A ellos, a mi parecer, les interesa no tener la unidad. Entonces, estando dividida la gente nunca se pueden poner de acuerdo: entonces no podríamos tener toda la tierra, viendo que los mismos compañeros están poniéndose de punta.

Es una facilidad que se le está dando al latifundista, para que se aproveche de eso. El sabe cómo manejar". (Entrevista a dirigentes campesinos. Confederación Ránquil, provincia de O'Higgins).

El campesinado se ve dividido por las diversas interpretaciones frente a la propiedad de la tierra, y se percibe el perjuicio que esta situación implica para el movimiento campesino (10).

3. La visión de la tierra

La visión de la tierra se inscribe dentro de la visión del mundo del campesino.

Se deben hacer algunas distinciones previas. El campesino inquilino de fundo o hacienda de la zona central se diferencia totalmente, en este punto, del pequeño propietario de origen mapuche.

I El pequeño propietario no tiene una relación de trabajo con el patrón más que en grado adjetivo (trabajos esporádicos como temporero). Su relación fundamental es con su tierra y, a través de ésta, con la naturaleza en general. Su aspiración espontánea es el dominio y la posesión de la tierra propia. Más acentado es esto en el caso mapuche, en que éste ha sido expoliado de sus pertenencias y "reducido a reducciones".

Los objetivos de la lucha de campesinos pequeños propietarios son siempre la posesión de la tierra. (11). Las opiniones de éstos, en entrevistas conjuntas con campesinos inquilinos, son concluyentes. Es indispensable para ellos luchar por otra cosa que la tierra y la forma de tener la tierra es clara y definida. La presión sobre la tierra es directa y son otros los problemas que en este grupo social se plantean. Referirnos a ellos rebasaría las posibilidades de este trabajo.

II En el campesino ligado a un fundo o hacienda, la visión de la tierra y la presión sobre ella es diferente.

La tierra es una aspiración que no brota espontáneamente a la conciencia del campesino de las haciendas o "apatronado" (que está ligado a un patrón).

Esta aseveración se ve confirmada por el estudio de las luchas campesinas y sus objetivos. Lo que une al campesinado en sus luchas es la obtención de un pliego de peticiones (mayor salario, regalías, etc...) Los casos de petición de expropiación u otra presión por la tierra son mínimos. Y esto no es sólo por mala conducción del movimiento campesino o por el pecado de "reivindicacionismo". Esto se debe a que la tierra está fuera de la perspectiva inmediata del campesinado.

Además, cabe hacer notar la importancia que asume el agente externo en aquellas luchas por la tierra (12).

La visión de la tierra está enmarcada en la visión del mundo tradicional.

a) La tierra y el orden natural

Por una parte, tener o no tener tierra depende de la condición natural del hombre. Hay quienes tienen tierra y son los señores; hay quienes no la tienen y deben trabajar sumisamente. Los primeros son privilegiados en este mundo. Pero su peligro es mayor, tienen mayores responsabilidades. Los segundos deben sufrir y trabajar, pero tienen la posibilidad de la recompensa, siempre que asuman el puesto natural que les fue otorgado. La posesión de la tierra está íntimamente relacionada con la responsabilidad moral del individuo y con su actividad social.

De este esquemático planteamiento podemos deducir lo que significaría re-

forma agraria en un pensamiento de este tipo. "Para la conciencia dependiente, la distribución de la tierra no es más que un sueño" (13). Poseer la tierra es saltarse el orden natural de las cosas. Sólo es posible hacerlo a través de la dádiva generosa de algo o alguien que esté por encima del orden natural o que lo pueda saltar. La "gracia divina", la "buena suerte" o el "Estado paternal", posibilitará este cambio radical. Cambiará la condición de inquilino, sufriente y pobre, en dueño de tierras, poderoso y rico.

La lógica que aquí planteamos trae como consecuencia la idea de la parcelación de las tierras. El Estado transforma la sociedad rural, convirtiendo a los pobres en ricos y otorgándoles tierras (14).

La reforma agraria, inscrita en la ideología agraria tradicional, no puede plantear otra cosa. Si no produce un cambio en la visión del mundo la aspiración a la tierra no es más que aspiración al cambio de condición social, saltándose el orden natural, dispuesto por un ente superior (Estado), pero sin romperlo. Es la excepción que confirma la regla como nos cuentan tantas historias campesinas; el pobre se hace rico, el que encuentra el oro enterrado, etc.

Al incorporarse otros elementos a la discusión de la propiedad agrícola, como son tamaño, de los predios expropiables, formas posibles de explotación de la empresa reformada, etc., a la vez, al criticar todos los proyectos políticos (Proyecto DC, UP, MCR, etc.), acerca de la propiedad individual, se produce la confusión y "enredo" del problema de la propiedad de la tierra. La conciencia del campesinado inquilino, es susceptible de captar y desarrollar la visión de la parcela como forma de propiedad. Cualquiera otro tipo de visualización de la propiedad de la tierra depende de un cambio radical de la visión del mundo del campesino y ésta en su esencia no ha cambiado.

b) Tierra y propiedad

Existe otro concepto que es importante para entender el problema. Cuando el campesino habla de "su propiedad" o "lo propio" o "mi tierra", etc, se refiere específicamente a la casa y al "cerco" o "goce". La experiencia de propiedad privada que tiene el campesino - inquilino es la de la chacra que rodea su casa, donde cultiva para el consumo familiar. Es un cultivo de subsistencia (15).

Este hecho tiene una gran importancia cultural. La posibilidad de una visión del mundo vertical, tal como lo hemos venido desarrollando, descansa en la existencia, por una parte, de una economía familiar de subsistencia (en una parte del trabajo campesino) y, por otra, en la no-proletarización del mismo (el salario no se paga completamente en dinero).

La posibilidad de una visión del mundo, en que "cada cosa tiene su lugar", descansa en la relación que el campesino mantiene con la tierra, en la condición de arraigado a una determinada tierra. Esta le otorga los medios de subsistencia de una manera directa y lo hace depender de ella. La dependencia de la tierra se da de dos maneras. La primera es una dependencia especial; no se puede trasladar de un lugar a otro, manteniendo la misma relación. La segunda es la dependencia del ciclo de la tierra, que lo arraiga al desarrollo que ésta necesita (barbechos, araduras, plantaciones, etc.).

De estas consideraciones se desprende que el campesino al no ser un proletario agrícola (ligado al trabajo por un "contrato libre"), mantiene una visión del mundo que está de acuerdo con una determinada relación respecto a la tierra que puede ser de dependencia o arraigo.

De ahí la importancia de la propiedad privada en términos de subsistencia y arraigo. Al no cambiar la visión del mundo (no proletarizarse, por

ejemplo), es necesario mantener el arraigo a la propiedad individual del cerco.

El concepto de propiedad estará referido por tanto, a la imagen del "goce" o "cerco". Por eso dice Lehmann: "La propiedad individual siempre ha sido el único modelo conocido por los trabajadores de fundo, y tan sólo la idea de una forma de propiedad cooperativa o colectiva carecía de fundamento en su experiencia histórica y cultural (16).

Un cambio en la visión de la tierra vendría a través de dos canales íntimamente relacionados: la proletarización del campesino y la concepción de la tierra como medio de producción.

El primero se refiere a la función del salario en la vida del campesino y el proceso de desarraigo de una tierra determinada. La posibilidad de trabajar en distintas partes y establecer las mismas relaciones sociales (en cualquier lugar de trabajo se es obrero; en cambio, no en todas partes se es el mismo campesino). Lo segundo se refiere a concebir la tierra como un medio de producción, esto es, como algo que hay que explotar usando toda la racionalidad científica posible, aunque ésta se oponga a las costumbres y formas tradicionales empleadas.

Este concepto tradicional de propiedad se manifiesta en la forma y lugar donde construyen las aldeas los asentamientos campesinos. Muchos de ellos, como hemos visto, lo hacen en el mejor potrero regado del predio. Al preguntar por qué eligen ese lugar para hacer las casas, responden que "son las mejores tierras". Esta conducta nos parece evidente después de lo que hemos planteado.

c) "Trabajo y manejo"

Por último, otros dos conceptos que son importantes para el análisis del problema de la tierra: el concepto de "trabajo" y el de "manejo".

El trabajo es la actividad a la cual

está condenado el hombre que nació trabajador. El concepto de trabajo evoca siempre algo negativo. Esta negatividad se refiere no tanto a las condiciones físicas del trabajo, sino, más bien, a las condiciones sociales de éste. Esto se prueba cuando se diferencia el trabajo en la chacra particular y el del fundo. El primero no es considerado como "duro" o "pesado" y el segundo sí lo es (17).

La contrapartida a este concepto de trabajo es el de "manejo". El patrón es el que maneja el fundo o la hacienda, "maneja la tierra". Esta expresión se refiere específicamente al dominio que ejerce el patrón sobre los inquilinos, y a través de ellos, de la tierra. El patrón domina, porque determina lo que se debe hacer o no se debe hacer en el predio. Manejar la tierra es poder determinar el tipo de plantación que se va a realizar. Manejar la tierra es ordenar los trabajos a la gente y poner un capataz que cuide la realización del trabajo.

Manejar la tierra es un concepto que señala el papel en la producción que tiene el dueño del predio, y el consiguiente dominio que éste adquiere.

Trabajo y manejo son dos conceptos correlativos. El trabajo es la actividad que el campesino realiza para otro, que es quien "maneja" al campesino. Por lo tanto, no es lo esencial la posesión de la tierra en forma de propiedad privada. No es esto lo que caracteriza al patrón y al trabajo en el campo. La propiedad de la tierra, en forma privada, posibilita el manejo de la tierra por parte del patrón y hace del trabajo del campesino un trabajo oneroso y duro.

El cambio que el campesino percibe, es hacia un trabajo que no sea "pesado" ni "duro". Esta posibilidad está dada en el momento en que el campesino maneja la tierra.

El problema del tipo de propiedad no está planteado con claridad en la conciencia campesina. En cambio, el

problema del poder sobre la tierra nos parece de una gran claridad. "Trabajar más aliviado" o "menos aliviado" o "menos duro" y "manejar la tierra uno mismo" son dos expresiones equivalentes que se encuentran detrás de todas las consignas y formulaciones partidistas.

4. Conclusión

Como dijimos al comienzo de este capítulo, la aspiración a la tierra no está en la lógica del desarrollo de la conciencia campesina de la hacienda tradicional.

La relación con la tierra y la visión de ésta, depende de una visión general del mundo. La ley de reforma agraria viene a plantear el problema, abre los cauces de la conciencia en este punto, pero limita sus posibilidades de desarrollo a través de nuevos mecanismos de dependencia cultural. Por la experiencia histórica y cultural, el campesinado tiene posibilidades de conciencia en ciertos aspectos del problema de la tierra. Valoriza la propiedad individual como punto de arraigo a la tierra. Valoriza el manejo de la tierra, como posibilidad de un trabajo menos oneroso.

En este punto es donde se incorporan todos aquellos elementos que complejizan el problema de la tierra. Estos "pueden enredar" la conciencia campesina, porque ésta no tiene posibilidades de un desarrollo espontáneo y, en segundo lugar, porque, en este aspecto, está marcada por la dependencia cultural.

Plantear soluciones en este artículo sería pretencioso. No las tenemos.

Creemos que la superación de la confusión reinante en este aspecto, sólo se puede llevar a cabo mediante una profunda toma de conciencia del campesinado y un cambio radical de su visión del mundo. La lucha de clases es el motor esencial de la conciencia, y todo desarrollo de ésta debe pensarse en la relación que se establece con las

otras clases y con el campesinado como clase.

Por otra parte, tomar en cuenta el carácter dependiente de este aspecto de la conciencia, exige ya no el planteamiento de consignas, sino la educación del campesinado, para desarrollar su capacidad reflexiva autónoma.

III LA AMPLIACION DE LOS LIMITES DE LA CONCIENCIA:

LA COYUNTURA ACTUAL

1. Introducción

Si bien es cierto que lo que se ha descrito es válido para la coyuntura actual que vive el país, es necesario incorporar otros elementos a nuestro análisis. La conciencia campesina se compone de diversos aspectos: orientaciones que surgen de la actividad política, del contacto con el mundo urbano, con el Estado, con los demás grupos campesinos, etc.; no todos estos elementos se desarrollan con la misma velocidad. Se producen continuos "desfases" en el seno de la conciencia. Estos son la expresión del diverso ritmo que lleva el cambio social, y el cambio de las condiciones económicas del campo chileno.

El proceso de toma de conciencia es un hecho reciente. El campesino estaba sumergido en la ideología patronal agrícola y su cultura y conducta estaban regidas por esas representaciones. El momento del despertar masivo de la conciencia campesina se produce al promulgarse la ley de sindicalización campesina y la ley de reforma agraria. Estas son, por una parte, condiciones de posibilidad del desarrollo de la conciencia y, por otra, la marcación de los límites de crecimiento de la misma. Es lo que hemos visto anteriormente. La visión del trabajo y de la tierra, comienza a cambiar con vertiginosa rapidez. No pasa lo mismo con otros aspectos, que aún están imbuidos de la ideología tradicional.

El cambio acelerado que sucede en los aspectos centrales de la conciencia, no es necesariamente seguido por representaciones de otro orden. Es así que una clara conciencia del antagonismo social inmediato (patrón), puede no ir acompañada de una ubicación de la lucha personal en la lucha de una clase social en la sociedad global. La visión política puede ser parcial.

Lo que aquí anotamos tiene importancia, porque un nuevo hecho viene a sumarse a los anteriores, con el triunfo del gobierno de la Unidad Popular. Este significa, en el campesinado, una nueva ampliación de los márgenes de movilización y, por lo tanto, de los límites de desarrollo de la conciencia.

Los partidos que forman la Unidad Popular trataron de llevar, en el período anterior, el desarrollo de la conciencia campesina hasta los límites que las condiciones objetivas les señalaban. La movilización del campesinado era en función de exigir hasta sus límites extremos, lo establecido por las leyes campesinas. El límite que éstas colocaban estaba "avalado", en última instancia, por el sistema represivo que se aplicaba contra aquellos que se salían de los marcos legales. La experiencia del fundo San Miguel de la provincia de Aconcagua, el posterior tratamiento seguido con los campesinos y otros ejemplos similares, mostraron claramente los límites de la lucha campesina y las reglas de juego que había que respetar.

Ahora bien, el ascenso del gobierno de la Unidad Popular borra estos límites, no porque no se use la ley, sino porque destruye su aval represivo. Esto es percibido por el campesinado y actúa como una posibilidad de desarrollo real de la conciencia. Es posible pasar por encima de la legalidad y, por tanto, desarrollar la conciencia por sobre los marcos que la ley establece.

Frente a este nuevo margen, que establecen las condiciones políticas generales del país, se produce un desarro-

llo espontáneo de la conciencia que esquemáticamente puede seguir el siguiente camino.

Quien participa de la ideología tradicional ve las relaciones de trabajo en la hacienda como naturales. El patrón (o los ricos), es bueno o malo, no por el hecho de ser patrón, sino por problemas de índole ético-moral. En un momento, dadas ciertas condiciones objetivas, se produce una inversión del mundo ideológico y se comienza a juzgar al patrón por el hecho de ser patrón. El paso siguiente es la constatación del NO-derecho natural del patrón a mandar y el correspondiente derecho de los trabajadores a valerse por sí mismos y tomar decisiones en contra de la autoridad patronal. Paso lógico en este derecho, es la suplantación del patrón y la apropiación de la tierra. Cada uno de estos pasos, como vimos anteriormente, está sujeto a la existencia de condiciones objetivas que determinen los límites de variación y desarrollo de la conciencia. La ley posibilitaba este desarrollo estableciendo los límites. El ascenso del gobierno de la Unidad Popular, crea las condiciones para que se desarrolle la conciencia espontáneamente, sin tomar en cuenta, más que secundariamente, los aspectos legales que posibilitarán la efectividad de la acción.

Para entender este nuevo proceso, debemos tomar en cuenta la función que cumple la ideología dominante en la conciencia campesina y la relación que existe entre la conciencia espontánea y la conciencia de clase del campesino. Estos dos elementos nos servirán para comprender el desarrollo "desigual" de la conciencia campesina y los problemas que plantea la actual coyuntura.

a) Papel de la ideología en la conciencia política campesina

La ideología agraria tradicional posee una característica, propia de toda ideología, que se expresa en forma re-

levante en el terreno de la política. La ideología, por una parte, establece un sistema coherente en que todas las cosas tienen su lugar y su respuesta. La sociedad está dividida claramente, en términos éticos, entre los buenos y los malos. La ciudad se considera peligrosa y fuente de maldad; el campo, es el lugar bueno, donde se deben establecer todas las relaciones sociales (matrimonios, compadrazgos, etc.). La ideología es capaz de producir coherencia a la conducta del campesinado respecto a "lo político". El mundo está fuera del mundo "bueno", del mundo campesino. Son actividades que el campesino no debe desarrollar por encontrarse fuera de sus obligaciones sociales (18). Esta ideología está tan arraigada en el campesino que todavía nos encontramos con expresiones como ésta, en boca de dirigentes:

"Bueno, todo el mundo tiene ideas políticas, nadie, vamos a decir, es santo". (Campesino de Duao).

Este tipo de expresiones en que se opone lo político a lo bueno o lo santo, como en este caso, son muy comunes en el campo. Revelan una real oposición de mundos. Este es el primer aspecto de la ideología.

El segundo aspecto está ligado con el anterior y se deriva de él. La ideología se caracteriza por oscurecer, ocultar, indiferenciar la realidad. En el caso que analizamos, el campesino concibe el mundo político como una unidad indistinta. Ve "bultos" en vez de figuras diferenciadas. El campesino, sumido en la "ideología agraria tradicional", es incapaz de distinguir diversos grupos sociales en la sociedad urbana, como ver diversos partidos políticos en la sociedad global, diferenciados por ideologías o proyectos distintos. Tampoco tiene posibilidades de globalizar sus problemas y concebir una clase campesina y particularidades en los grupos del campo. Todo lo que describimos como "mundo político", se le aparece en sombras que son difíciles

de identificar, tanto en términos de totalidad como de especificidad.

Las consecuencias de la ideología agraria, en cuanto al movimiento campesino, son evidentes. El mundo político está dominado por la ética y cubierto por la oscuridad ideológica. La conciencia política tendrá limitantes culturales que impedirán, en muchos casos, los planteamientos estratégicos que exigen una visión de la totalidad y de las especificidades particulares de la sociedad. La consigna que la vanguardia use para guiar a la masa será aceptada por razones de fidelidad política, pero no por la comprensión e incorporación a la conciencia política de las masas. Múltiples problemas se derivan de estos planteamientos.

b) Conciencia espontánea y conciencia de clase

Debemos introducir otro elemento de análisis. La distinción entre conciencia espontánea y conciencia de clase (19). Al darse ciertas condiciones objetivas y al ampliarse la base de posibilidades de desarrollo de la conciencia, se produce un proceso espontáneo en ésta. La destrucción de la imagen del patrón y, por lo tanto, el cambio en la visión de las relaciones de trabajo, es un fenómeno de este tipo. La conciencia espontánea adquiere una lógica y una dinámica, que va en la línea del proceso infraestructural que la posibilita. Ahora bien, el desarrollo autónomo de la conciencia espontánea del campesinado, no es capaz de alcanzar la totalidad de la representación del mundo. Esto quiere decir que, por la situación objetiva del campesinado, éste no puede alcanzar por sí mismo, en forma espontánea, la totalidad de la conciencia de clase. No es capaz de establecer, en su quehacer histórico, (no estamos hablando en términos individuales) una relación coherente entre su situación social y la totalidad de la sociedad y sus particulares determinaciones. Esto le im-

pide, objetivamente, ser una clase conductora de un proceso de liberación de la totalidad de la sociedad. Las palabras de Lenin son claras en este sentido:

"La conciencia de la clase obrera no puede ser una verdadera conciencia política, si los obreros no están acostumbrados a hacerse eco de todos los casos de arbitrariedad y opresión, de violencias y abusos de toda especie, cualesquiera que sean las clases afectadas; a hacerse eco, además, desde el punto de vista social demócrata, y no desde ningún otro. La conciencia de las masas obreras no puede ser una verdadera conciencia de clase si los obreros no aprenden, a base de hechos y acontecimientos políticos concretos y, además, necesariamente de actualidad, a observar a cada una de las otras clases sociales, en todas las manifestaciones de la vida intelectual, moral y política de esas clases; si no aprenden a aplicar en la práctica el análisis materialista y la apreciación materialista de todos los aspectos de la actividad y de la vida de todas las clases, capas y grupos de la población". (V. I. Lenin, ¿Qué hacer?).

Por tanto, el desarrollo autónomo de la conciencia espontánea es una parte del desarrollo de la conciencia de clase. Conciencia de clase va a ser el proceso en el cual la conciencia espontánea tiende a incorporar la visión total de la realidad social. Este proceso va a ser el encuentro de la conciencia espontánea del campesinado, con la conciencia de clase campesina expresada en la actividad de la vanguardia política. Esta distinción es esencial para no caer en el error de tomar la conciencia espontánea del campesinado como dato irrefutable, al cual hay que ajustarse. La conciencia espontánea es un dato sobre el cual hay que construir la conciencia de clase. Es papel de la vanguardia desarrollar la conciencia de clase de las masas cam-

pesinas. No es papel de la vanguardia ser mandataria sumisa de la conciencia espontánea (empírica), expresada en un momento por las masas campesinas.

El mundo político se diferencia notablemente de los otros aspectos de la conciencia que antes vimos.

La conciencia espontánea se afina especialmente en aquellas representaciones del mundo inmediato del campesino. Cuando los cambios de la vida material del campesinado son simples y evidentes, el proceso de conciencia se desarrolla con claridad y certeza. Es el caso analizado sobre el cambio de las relaciones laborales. La conciencia espontánea adquiere una dinámica y una lógica. Pero, al revés, en aquellos aspectos de la vida del campesino, la conciencia actúa con menor grado de espontaneidad. La lógica y la dinámica son distintas.

Se pueden producir desfases muy grandes en la conciencia campesina. El movimiento campesino puede luchar por salarios justos, llegando a tomarse las tierras; sin embargo, se movilizará de manera difícil por alguna lucha de obreros urbanos o de política global.

El terreno de lo político requiere un tratamiento diferente. Las condiciones que posibiliten un cambio cultural son menos evidentes y más mediatizadas que las anteriores. El desarrollo de la conciencia de clase campesina, implica un cambio radical en la visión del mundo tradicional. Si cada cual tiene su lugar natural, es imposible ver la dinámica de la sociedad y, por tanto, plantear estrategias y tácticas adecuadas a una coyuntura específica.

Conclusión

c) La coyuntura actual: represión o movilización

Ciertas condiciones han cambiado radicalmente. En este momento se manifiesta, tanto en las palabras como en los hechos, la voluntad de llevar a cabo transformaciones profundas en

la agricultura. Esto lo percibe claramente el campesino. Existen grandes expectativas sobre el futuro del campo y las acciones del gobierno en el terreno agrícola. El campesino percibe que el proceso ya no se puede echar hacia atrás sino que tiene que avanzar cada vez más rápido. La conciencia del campesino se desarrolla con velocidad increíble y, al mismo tiempo, con profundos desequilibrios.

El desequilibrio más profundo que podemos reconocer es el que se produce entre la visión política inmediata (el patrón, la tierra, los ricos, etc.) y la visión política global en la cual se inserta el proceso agrario. Aquí existe un desfase notorio. Por una parte, el campesino toma conciencia de su situación inmediata de explotación y se le presentan caminos accesibles de superación. Por otra parte, estos caminos o medios de lucha, entran en conflicto con la política global que se ha trazado el programa y el gobierno de la Unidad Popular (legalidad, pluralismo, libertad, etc.). El conflicto, en este momento, es de un orden totalmente diferente al que se podía producir en la situación anterior. Tomarse un fundo, en años pasados, no era posible, porque la ley lo prohibía. La ley establecía el mecanismo para acceder a la tierra o para presionar al patrón. En este momento la toma de un fundo es rechazada por motivos de interés de toda la sociedad y por mantener la marcha armónica del proceso. Se establece que los predios no deben ser tomados, porque la producción de alimentos del país se vería afectada, o porque cambiaría violentamente el precario equilibrio de la correlación de fuerzas políticas en el país.

Ambas razones (se puede discutir su validez, ésta no es nuestra intención aquí), están fuera del campo inmediato de preocupación del campesinado. Pertenecen al mundo foráneo, el mundo urbano. Su comprensión es compleja y difícil. Es una oposición

del interés inmediato con el interés global de la sociedad que, por definición, es a largo plazo.

Se nos presenta aquí el problema crucial del carácter de la alianza obrero-campesina. Esta no ha sido definida con claridad por los partidos que integran la Unidad Popular. Sin embargo, podemos establecer algunas interpretaciones tentativas.

La clase social que realmente tiene las posibilidades objetivas de desarrollar una conciencia de clase sustantiva, una real conciencia política, sigue siendo, en términos teóricos y prácticos, en nuestro país, el proletariado industrial. A pesar de los efectos que ha producido la dominación burguesa, y que se dejan ver en fenómenos como el reivindicacionismo, economicismo, etc., la clase obrera industrial es la única que puede dirigir un proceso de construcción socialista. Si esto es así, el campesinado sería un "aliado subalterno" del proletariado. Esto significa que la conducción del movimiento debería estar en manos de éste.

Por otra parte, el campesinado libra una lucha revolucionaria. Pero, como lo hemos establecido a lo largo de este trabajo, la aspiración espontánea del campesinado no es la adopción de formas socialistas de producción. Nada que se le parezca está en la perspectiva histórica del campesinado. Sin embargo, la situación no es del todo clara. El carácter dependiente que asume el problema de la tierra y su propiedad, confieren a la vanguardia política un papel destacado y, sin duda, le otorgan un margen de movimiento mayor que el de otros países, (por ejemplo, la Unión Soviética). Aquí tiene plena vigencia el planteamiento de Lenin frente a los levantamientos campesinos de 1905. "La social democracia ha señalado repetidas veces que el movimiento campesino plantea ante ella una doble tarea. Debemos apoyarlo e impulsarlo de modo absoluto por cuanto es un movimiento demo-

crático-revolucionario. Al mismo tiempo debemos mantener firmemente nuestro punto de vista proletario-clasista, organizando al proletariado agrícola a semejanza del proletariado urbano y, junto con él, en un partido de clase independiente, explicándole la contraposición hostil de sus intereses y de los del campesinado burgués, exhortándole a luchar por la revolución socialista, indicándole que el camino para emanciparse de la opresión y de la miseria no consiste en transformar a varias capas del campesinado en pequeños burgueses, sino en sustituir todo el régimen burgués por el régimen socialista". (20).

El papel de la vanguardia obrera industrial es en este sentido fundamental. Existe la necesidad de encauzar la movilización campesina, en el sentido del proyecto global de la sociedad. Aquí se juega el carácter de la alianza de clases que puede hacer posible una construcción del socialismo en Chile.

En este sentido es posible que los partidos políticos y movimientos políticos de izquierda, dirijan su acción en varios sentidos frente al campesinado.

Cada una de estas acciones significan desarrollar (o detener), de diversa forma, la conciencia del campesinado. Es aquí donde creemos que se juega el problema de la conciencia campesina en la actual coyuntura.

La primera posibilidad es atenerse a la conciencia espontánea del campesinado y ponerse a su servicio, movilizándolo el campo hacia los intereses inmediatos de éste. Esta solución no conduce a un desarrollo de la conciencia de clase, sino a la institucionalización de la espontaneidad. Esto es políticamente peligroso por la falta de claridad que existe en la conciencia campesina y porque no está claro el proyecto social que implica la conciencia espontánea.

Una segunda alternativa es la represión. Se reconoce la existencia de una gran presión por salarios y por tierra. Es necesario fijar los límites de

la acción campesina. Como se conoce la dependencia del campesinado respecto a las vanguardias políticas tradicionales, éstas dirigen su acción a base de consignas. La consigna política es una representación que se asume a través del compromiso que existe entre el grupo campesino y el partido o grupo que la emite. La consigna va en el sentido contrario del desarrollo de la conciencia. Institucionaliza la dependencia con respecto a un grupo político. Si la consigna es clara y convincente surtirá efecto (desmovilizará al campesinado o lo movilizará en acciones a corto plazo y dependientes de las decisiones de los grupos extra-campesinos). Si la consigna no tiene efectos se tendrá que pasar a nuevas formas de represión para terminar en la represión física. El efecto regresivo en el proceso de toma de conciencia del campesinado es evidente.

La tercera posibilidad es aquella que, tomando el desarrollo espontáneo de la conciencia campesina como dato preliminar, tiende a crear condiciones nuevas para desarrollar sus posibilidades. En este sentido es necesario canalizar la acción del campesinado hacia formas reales de lucha. Comités de vigilancia de la producción agrícola con capacidad real de operar; consejos campesinos comunales con atribuciones específicas y la participación de las bases; lucha contra la cesantía agraria, etc., son algunos ejemplos que ya se están realizando para canalizar la acción e intereses campesinos. Es papel de las vanguardias políticas la educación del campesinado y el establecer canales reales de movilidad. Lo expresado aquí, brevemente, nos lleva a plantear el problema crucial de la conciencia campesina chilena en la coyuntura actual, esto es: represión o movilización. Las políticas campesinas que se adopten, de aquí en adelante, se plantearán en esta disyuntiva. El éxito del proyecto socialista en la agricultura depende de que las medidas que se tomen sean en este aspecto correctas.

NOTAS

- (1) Creemos que este concepto es el que implícitamente usa Lenin cuando anota el problema de la conciencia de las masas revolucionarias, o la conciencia del proletariado.
Véase entre otros textos ¿Qué hacer?, y en Una gran iniciativa (El heroísmo de los obreros en la retaguardia. Los "sábados comunistas") del 5/6/7 de Oct. de 1920 en Pravda. Ed. Progreso.
- (2) Alain Touraine, Sociologie de l'action, Le Senie-Paris, 1965, cap. "La Conscience ouvriere", pp. 282-297. Respecto al campo chileno, véase David Lehmann, "Hacia un análisis de la conciencia de los campesinos, Cuadernos de la Realidad Nacional. N° 2, enero, 1970, Santiago.
- (3) El problema de si el campesinado es clase social o no lo es, no lo discutiremos aquí.
- (4) No es posible el análisis de la conciencia a través de un survey. Las opciones que anotamos en el trabajo no tienen más que el carácter de ilustración empírica.
- (5) Consideramos, a lo largo de este trabajo, el cambio cultural como el proceso de transformación al nivel de la superestructura que acompaña al cambio de las condiciones materiales de vida de los sujetos, y que pretende crear nuevas formas culturales adecuadas a las nuevas formas de organización del trabajo que se establezcan. En este sentido, no es lo mismo cambio cultural que cambios en la conciencia campesina. El primero implica otros elementos que aquí no vamos a tratar.
- (6) No es una crítica a la ley y a su importancia. Es una constatación e interpretación de un factor movilizador impuesto por encima de las condiciones del campesinado en su momento. Ver este análisis como crítica a la gestión agraria demócratacristiana, sería un simplismo.
- (7) Nos referimos al campesino de la zona central. El mapuche escapa a esta descripción.
- (8) Opinión de un campesino de Aconcagua, comuna de San Esteban: "... nosotros quedábamos felices por lo que el patrón nos daba; nosotros no evaluábamos el trabajo físico, porque nosotros creíamos una obligación trabajar en lo que sea, y no pedíamos más sala-
- rio, porque creíamos que era una bonificación que nos daban por bondadosos, pero ahora estamos conscientes que no es así la cosa, sino que cobramos lo que es realmente de nosotros".
- (9) "Uno de los objetivos primordiales de esta ley es incorporar un vasto número de familias campesinas a la propiedad de la tierra, promoviendo simultáneamente un aprovechamiento más adecuado y eficiente de los recursos de tierra y agua disponibles".
"Para ello contempla causales de expropiación que afectan a los predios que se encuentren en las situaciones que la ley indica, para que a su vez la Corporación, una vez adquiridas dichas tierras, las transfiera en propiedad a los campesinos", (subrayado en el texto), Rafael Moreno, Introducción. Ley 16.640 de Reforma Agraria, CORA, 1967.
- (10) El artículo 67 de la Ley 16.640, da pie a todas estas interpretaciones, ya que primero habla de las tierras "asignadas a los campesinos, en dominio individual" y luego establece un sinnúmero de excepciones y, por último, dice: "El Consejo podrá asignar las tierras en cualquiera de las formas señaladas en este inciso, cuando los campesinos seleccionados para ser asignatarios así lo soliciten de común acuerdo". Desde la dictación de la ley de reforma agraria está presente la posibilidad de diversas formas de tenencia de la tierra.
- (11) Véase Affonso, Almino y otros, Movimiento Campesino Chileno, t. 2, ICIRA, Stgo. "Estudio de las tomas de fundo", pp. 107 y ss.
- (12) Para un análisis empírico de este problema, véase Affonso, op. cit. Retomaremos este problema al distinguir entre conciencia espontánea y conciencia de clase, y el consiguiente papel de las vanguardias políticas en este aspecto.
- (13) David Lehmann, "Hacia un análisis de la conciencia de los campesinos" en Cuadernos de la Realidad Nacional, N° 2, enero, 1970, Stgo. En esta parte del trabajo seguimos diversas hipótesis de Lehmann que nos parecen muy interesantes.
- (14) La ley de reforma agraria tiene presente este hecho. Por una parte, el modelo central es el de "dominio individual", pero, por otro lado, por ser de origen "tecnócrata", toma en cuenta los problemas de la producción agrícola que, como es sabido, entran en conflicto con la propiedad individual.

- (15) Véase Lehmann, op. cit., donde el autor trata con mucha justeza este tema.
- (16) Lehmann, op. cit., p. 44.
- (17) Lehmann, op. cit.
- (18) Las elecciones no tienen casi ningún matiz político. Es un acto de fidelidad al patrón (o de infidelidad).
- (19) Es necesario aclarar que ambos conceptos corresponden al mismo nivel teórico — conciencia espontánea no se confunde con conciencia empírica o psi-

cológica. Este concepto se refiere a las posibilidades que el campesinado tiene de desarrollar su conciencia, dadas las condiciones materiales de vida del mismo—; conciencia de clase es en cambio la correcta representación de los intereses propios del campesinado y de las demás clases que forman la alianza popular, esto es, proletariado, subproletariado, campesinado, etc.

- (20) V. I. Lenin, V Periodo, N° 11, 23 de marzo de 1905. "El Proletariado y el Campesinado".

REVISTA MEXICANA DE SOCIOLOGIA

Organo Oficial del Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México, 5º Piso, Torre de Humanidades, México 20, D. F.

Segunda Epoca

Director: Lic. Raúl Benítez Zenteno

Secretario: Lic. Ma. Luisa Rodríguez Sala de Gómezgil

VOL. XXXIV Nº 1 1972

I N D I C E

Manuel Castells / **Proposiciones teóricas para una investigación experimental sobre los movimientos sociales urbanos**

Oscar Uribe Villegas / **El progreso: una exploración léxica y una interpretación sociológica**

Jorge Giusti / **Participación y organización de los sectores populares en América Latina. Los casos de Chile y Perú**

André Cortén / **Cuba: críticas y autocríticas**

Frederic Mauro / **El rol de las ciudades en el desarrollo regional en América Latina**

E. Dalmasso y P. Fillon / **Aspectos de la organización espacial del Ecuador**

Edelberto Torres Rivas / **Reflexiones en torno a una interpretación histórico-social de Guatemala**

Joel Gordon Verner / **Heterogeneidad de distrito electoral y competencia entre partidos: el caso de Guatemala**

Sección Bibliográfica / Informativa / Documental

Suscripción anual: MN. \$60.00 US. \$5.00

Números atrasados: MN. \$20.00 US. \$1.60

Números sueltos (del año): MN. \$15.00 US. \$1.30

CRITICA

Ruy Mauro Marini

REFORMA Y REVOLUCION: UNA CRITICA A LELIO BASSO

En el Symposium sobre "La transición al socialismo y la experiencia chilena", realizado por el Centro de Estudios Socio-Económicos de la Universidad de Chile y el Centro de Estudios de la Realidad Nacional de la Universidad Católica en octubre del año pasado (1), Lelio Basso pronunció una conferencia que se titulaba "El uso de la legalidad en la transición al socialismo". Tuve ocasión de plantearle al mismo Basso, en esa oportunidad, mis objeciones a lo que él sustentaba, objeciones que se vertieron después en un texto de circulación interna (2). No volvería hoy al tema si los planteamientos de Basso no hubieran tenido repercusión favorable en ciertos sectores de la izquierda chilena, los cuales han visto en ellos una justificación teórica, establecida en el terreno del marxismo, a determinadas concepciones políticas.

No pretendo enfocar aquí esas concepciones ni tampoco polemizar con los que las defienden. Mi único propósito es demostrar que, cualquiera que sea el valor político de los planteamientos de Basso, ellos se hacen totalmente fuera del campo del marxismo y, aún más, en contradicción flagrante con sus principios fundamentales. Para es-

(1) Los materiales del Symposium aparecen publicados en *La transición al socialismo y la experiencia chilena*, CESO-CEREN-PLA, Stgo. 1972.

(2) *¿Transición, o revolución? Las dos lógicas de Lelio Basso*, CESO, 1971, mimeo.

to, respetaré el rechazo que Basso manifestó a las obras de Marx anteriores a 1859, aunque no esté de acuerdo en ello. No puedo, empero, hacer lo mismo en lo que se refiere a Kautsky, Lenin y demás autores marxistas. De hecho, las tesis de Basso se enmarcan de manera definida en la controversia entre los marxistas a propósito del tema reforma o revolución, polémica que se agudizó a fines del siglo pasado, cuando Bernstein dio a conocer sus planteamientos revisionistas. Recurrir a dichos autores es por tanto no sólo justificable, sino que necesario.

Finalmente, me excuso por lo extenso de las citas, práctica que no suelo emplear; sin embargo, mi intención en este pequeño trabajo no es la de presentar algo nuevo, sino tan sólo restablecer el punto de vista del marxismo revolucionario sobre el tema abordado por Basso.

La lógica "socializante"

Independientemente de las reflexiones de interés que presentó el discurso de Basso sobre la manera cómo la lucha de clases incide en el derecho burgués, nos encontramos allí con cosas verdaderamente extrañas para un marxista. La más notoria es que la acción que el proletariado ejerce sobre la legislación burguesa, imprimiéndole su sello de clase, no se traduce, como siempre se ha creído, en reformas, sino en elementos de la lógica socializante que han sido progresivamente introducidos en el ordenamiento jurídico. Esta idea, repetida hasta la saciedad, nace del planteamiento de Basso, según el cual la sociedad capitalista es el campo donde se enfrentan dos lógicas: la de las relaciones sociales, encarnadas en la burguesía, y la de las fuerzas productivas, protagonizadas por el proletariado. ¡Sorprendente aplicación del famoso pasaje del

prólogo de Marx a la Crítica de la economía política!

Es necesario tener presente que la expresión "lógica" no es un simple recurso retórico, sino un concepto que se registra a lo largo de todo el texto. Por otra parte, a lo que Basso alude con su doble lógica no es, como se podría suponer, de acuerdo a las primeras páginas del texto de su conferencia, a la contradicción entre la burguesía y el proletariado. Ello, evidentemente, no permitiría hablar de dos lógicas, sino de una sola lógica contradictoria, de un proceso comandado por el antagonismo en sus dos polos: en el curso de su desarrollo, el proceso llevaría al sistema a un punto de ruptura y forzaría a la sociedad a superarlo para ingresar a una nueva etapa, regida por una lógica distinta (3). No se trata tampoco para Basso de la dialéctica estructuralista de Bailbar, relativa al enfrentamiento de dos estructuras de relaciones de producción, que definiría la transición del feudalismo al capitalismo y, en general, toda fase de transición (4). Sería, en efecto, excesivo negar la existencia del modo de producción capitalista y convertirlo en un sistema, ya no transitorio (que esto sí el capitalismo lo es), sino de transición.

La idea de Basso es otra: en el seno mismo del sistema capitalista se da "una lógica antagónica al sistema", "la lógica socializante que resulta del desarrollo de las fuerzas productivas". El proceso revolucionario se entiende así "como conflicto permanente de momentos contradictorios presentes en la

estructura y superestructura de la sociedad burguesa, y como construcción progresiva de los elementos de la nueva sociedad que de ese proceso resultan". Hemos llegado así al punto en que la tesis de las dos lógicas muestra su alcance político: el proceso revolucionario se ve reducido a un proceso de reformas obtenidas en el seno mismo de la sociedad burguesa. El problema central de toda política revolucionaria, la conquista del poder político, aparece como una simple condición para que la "lógica socializante" someta a sí la lógica capitalista dominante (5). Basso cree haber resuelto así el problema de la transición pacífica y, en consecuencia, el de la revolución pacífica. El nuevo sistema de relaciones sociales se gesta dentro del anterior, a través del proceso de reformas. Cuando el proletariado llega al poder, (Basso no entra en detalles sobre la manera cómo esto se da) se trata para éste simplemente de afirmar algo ya existente, sin dolor y sin pena. Dejemos la palabra al propio Basso:

"La presencia a la cabeza del país de fuerzas animadas por la clara voluntad de dirigir este proceso en un sentido revolucionario, da a todos los elementos antagónicos un punto preciso de referencia y de coordinación que permite dar cuerpo y sustancia a la lógica socializante que resulta del desarrollo de las fuerzas productivas. De ese modo esta lógica asume finalmente el rol de eje de cristalización de todos los elementos que deben concurrir a la formación de la nueva sociedad socialista".

Si Basso es extremadamente cauto cuando se trata de dar explicaciones, sobre cómo se produce el milagro del poder popular, es explícito en su formal condena de la conquista violenta del poder. Observamos que, en caso de la conquista pacífica del poder, se ha-

(5) Así se expresa textualmente Basso: "Dicho esto, no desconozco que todo el sistema de normas que puede considerarse expresión de una lógica antagónica al sistema, se halla sometido a la lógica dominante en éste, y por lo tanto, normalmente será inoperante o estará distorsionado. Pero las cosas asumen un aspecto completamente distinto cuando la dirección política del país pasa a manos de las fuerzas populares".

bla con eufemismos: "cuando la dirección política del país pasa a manos de las fuerzas populares", "la presencia a la cabeza del país de fuerzas", etc. En el caso contrario, se emplea claramente la expresión "conquista del poder":

"Destaco que lo que distingue al verdadero revolucionario del reformista no es la lucha por la conquista violenta del poder, sino la capacidad de intervenir subjetivamente en los procesos objetivos del desarrollo de la sociedad, subordinando todo momento táctico a una estrategia global socialista rigurosa".

La frase podría considerarse correcta en abstracto, siempre y cuando nos entendiéramos sobre qué es una "estrategia socialista rigurosa". En el marco de la lucha de clases que se desarrolla en la sociedad capitalista, su objetivo central es necesariamente la conquista del poder, y serán las circunstancias las que determinarán su carácter pacífico o violento. En el plano en que sitúa su análisis, a Basso no le debería, pues, preocupar tanto la forma cómo se lleva a cabo la conquista del poder, sino más bien el porqué de la necesidad de poseer el poder para proceder al cambio radical de la vieja sociedad —como lo hizo Marx en el texto que sirve de principal apoyo a Basso.

El mensaje inaugural de la Internacional

Por cierto, el cambio de la vieja sociedad no consiste tan sólo en hacer cristalizar los elementos que han de conformar la sociedad socialista, sino también en la destrucción de las estructuras de explotación y opresión que se oponen a su surgimiento. No plantearlo así lleva, como lo veremos, a borrar las fronteras entre la reforma y la revolución. Conviene, antes de orientarnos en esa dirección, establecer cómo los autores marxistas plantearon el problema.

Reforma y revolución

Es Kautsky quien plantea el problema con mayor claridad. En 1902, refiriéndose a la revolución francesa, escribe:

"La revolución había sido precedida de una serie de intentos reformistas,

particularmente los de Turgot, para no citar los más conocidos, y esos intentos tenían, bajo muchos aspectos, el mismo objetivo que debería orientar después a la revolución. Ahora bien, ¿qué distingue las reformas de las medidas análogas tomadas por los poderes revolucionarios? El hecho de que las segundas resultaban de la conquista del poder político por una nueva clase. Allí reside la diferencia esencial entre las reformas y una revolución" (6).

En lo sucesivo, Kautsky se hace más explícito:

"Medidas tendientes a adaptar las superestructuras política y jurídica de la sociedad a condiciones económicas nuevas son reformas, si emanan de las clases que, hasta entonces, han ejercido en la sociedad la soberanía política y económica. Son también reformas si en vez de haber sido acordadas de buen grado, fueron arrancadas por un esfuerzo de las clases dominadas, o simplemente impuestas por la fuerza de las circunstancias. Inversamente, son fases de una revolución si son la obra de una clase que, hasta entonces oprimida política y económicamente, acaba de conquistar el poder político y lo emplea, como es necesario y, además, fatal, para metamorfosear en su provecho, lenta o rápidamente, la totalidad de las superestructuras política y jurídica, e instituir nuevos modos de relaciones sociales, (7).

Como se ve, el texto de Kautsky establece, con meridiana claridad, no sólo la diferencia entre las reformas y la revolución, sino también el hecho de que las transformaciones superestructurales siguen, no preceden a la revolución política.

La idea se encuentra también expresada por Rosa Luxemburgo, quien establece una relación histórica aún más precisa para los procesos reformistas y revolucionarios:

"Cada constitución política es el producto de una revolución. En la his-

(6) Cito, en traducción libre, La Révolution sociale, Paris, Marcel Rivière, 1912, pp. 16-17.

(7) Ibidem.

toria de las clases, la revolución es el acto de creación política, mientras la legislación es la expresión política de la vida de una sociedad que ha surgido ya. La lucha por las reformas no genera su propia fuerza independientemente de la revolución. Durante cada período histórico, la lucha por las reformas se lleva a cabo sólo en el sentido indicado por el impetu de la última revolución; y continúa en tanto que el impulso de ella sigue haciéndose sentir. O, para decirlo más concretamente, en cada período histórico la lucha por las reformas se lleva a cabo solamente dentro del marco de la forma social creada por la última revolución. He aquí el meollo del problema" (8).

Para Rosa Luxemburgo, las reformas no tienen como efecto crear los "elementos" de la nueva sociedad dentro de la vieja, sino tan sólo mejorar las condiciones a partir de las cuales la clase que niega a la sociedad existente acumula fuerzas para liquidar esa sociedad (9). Es a partir de este punto de vista que ella ataca las posiciones sustentadas por Bernstein, (el reformismo moderno no hace más que resucitar a Bernstein) quien pretendía liquidar progresivamente el sistema capitalista mediante reformas legislativas.

Al contestar la concepción bernsteiniana, Rosa Luxemburgo (en una línea que sería retomada más tarde por Lukacs) se plantea precisamente el problema de si es posible que las relaciones socialistas empiecen a engendrarse aún dentro del sistema capitalista, del mismo modo como éste se gestó dentro del modo de producción anterior, ya que tal posibilidad constituye la condición *sine qua non* de la transición pacífica. Después de constatar que "cuando consideramos la cuestión desde el punto de vista abstracto, y no histórico, podemos imaginar (en vista de las anteriores relaciones de clases) un paso legal, según el método

reformista, de la sociedad feudal a la sociedad burguesa" (10), Rosa Luxemburgo niega enfáticamente que esa posibilidad exista, cuando se trata de la transición del capitalismo al socialismo. Y va aún más lejos:

"Es una nota peculiar del orden capitalista, que en él los elementos de la sociedad futura adquieren primero, en su desarrollo, una forma que no se acerca al socialismo, sino por el contrario, se aleja más y más de él", (11).

Hecho evidente para cualquier persona que no pretenda ver en la nación capitalista moderna más desarrollada, Estados Unidos, la forma más desarrollada de la "lógica socializante" de Basso, sino la expresión por excelencia de todo aquello contra lo que lucha un verdadero revolucionario, es decir, la explotación, la violencia y la degeneración propias de la sociedad capitalista, que el imperialismo lleva a sus últimas consecuencias.

En un plano más inmediato, es lo mismo que Kautsky indica:

"Este idilio (Kautsky se refiere al que proponen los "enemigos del método revolucionario", RMM) sólo tiene validez si se admite que uno de los términos de la oposición, el proletariado, es el único cuya fuerza crece, mientras que el otro, la burguesía, permanece en su situación anterior. En esta hipótesis, el proletariado debe naturalmente triunfar progresivamente, aún sin revolución, sobre la burguesía y expropiarla de modo insensible.

"Pero las cosas cambian si se considera el otro polo. Se ve entonces que la burguesía crece en poder. Cada progreso del proletariado lo impulsa a desarrollar nuevas fuerzas, a inventar y emplear nuevos modos de resistencia y opresión. Si se examina incompletamente la situación, no se ve sino la evolución progresiva hacia el socialismo. Pero, en realidad, masas de combatientes cada vez más compactas se organizan. Las armas que se crean y se emplean son cada vez más poderosas, el campo de batalla se amplía constantemente. La lucha de clases no desaparece, el

(10) p. 91, subr. en el original.

(11) p. 92.

capitalismo no es absorbido por el socialismo. Muy al contrario, la lucha se reproduce con una amplitud cada vez mayor; cada victoria, cada derrota tienen consecuencias cada vez más profundas", (12).

Un planteamiento de Lenin

Lenin combatió constantemente el reformismo y toda forma de pacifismo social. Son muchos los textos en que me podría apoyar para aclarar su punto de vista. Me limitaré a uno de los planteamientos más novedosos que se ha hecho, en la literatura marxista, sobre el problema de las reformas. Me refiero a *La importancia del oro ahora y después de la victoria del socialismo*, de noviembre de 1921 (13), escrito cuando Lenin libraba una fuerte lucha por una política de repliegue, que él llamaba sin ambages "reformista", (p. 94).

En este texto, notable bajo varios puntos de vista, en que hace un balance de la revolución rusa en la celebración de su cuarto aniversario, Lenin se dedica a clarificar el concepto de reforma, a la luz del hecho nuevo que representaba el poder de los soviets:

"La relación entre las reformas y la revolución fue definida de modo exacto y acertado sólo por el marxismo, si bien Marx no pudo ver esta relación más que en forma unilateral, o sea, en las condiciones que imperaban antes del primer triunfo más o menos sólido, más o menos duradero del proletariado, aunque sea sólo en un país. En esas condiciones, la base de una relación acertada era ésta: las reformas son el producto subsidiario de la lucha revolucionaria de clase del proletariado", (p. 100).

Señala más adelante:

"En el terreno de los principios, el problema sigue planteado del mismo modo, pero en cuanto a las formas aparece una modificación, que Marx no pudo prever y que sólo se puede comprender en base a la filosofía y a la política marxista", (p. 100).

(12) Obra citada, p. 87.

(13) Véase Lenin, *El papel de los sindicatos*, Bs. As., Estudio, 1965.

Y concluía:

"Antes del triunfo del proletariado, las reformas son un producto subsidiario de la lucha de clases revolucionaria. Después, constituyen, además, en el país en que aquél ha triunfado (aunque en el plano internacional sigan siendo un producto subsidiario), una tregua necesaria y legítima en los casos en que es evidente que las fuerzas sometidas a la máxima tensión no bastaban para dar tal o cual paso revolucionario", (p. 101).

Se observa que, en la concepción de Lenin, la revolución constituye el mismo principio básico de periodización que en la de Rosa Luxemburgo. Asimismo, las reformas son un producto subsidiario de la lucha de clases revolucionaria: lo fundamental es la lucha revolucionaria, la lucha por la conquista del poder. Lo novedoso está en que Lenin atribuye a las reformas el carácter de elemento táctico, para ser utilizado por el proletariado victorioso en su estrategia de transformación revolucionaria de la sociedad. No se ve allí sombra alguna de los elementos de un nuevo orden social, nada que se parezca a una "lógica socializante" en el período previo a la revolución.

Marx y la Reforma

¿Sería falsa la afirmación de Lenin en el sentido de que éste era el planteamiento de Marx? Intentemos responder a esa cuestión, empezando por distinguir la lucha reivindicativa del proletariado, por un lado, y las reformas legislativas a que ella puede dar lugar, de otro. Si no lo hacemos así, podemos llegar hasta donde llega Basso, cuando afirma que "los aumentos salariales son indudablemente reformas estructurales", (14).

Es evidente que, llegados a este punto, en que los aumentos salariales son reformas, mientras que las reformas significan, como vimos, no sólo lo mis-

(14) Citaré toda la frase: "Los aumentos salariales son indudablemente reformas estructurales, que modifican la vieja tendencia capitalista de contener los salarios y representan una conquista de los obreros, permitiendo al mismo tiempo mantener en alto y acrecentar el nivel de producción, desarrollando las fuerzas productivas".

mo que proceso revolucionario, sino también transición al socialismo, zozobramos en la más completa confusión, en cuyo seno sólo una cosa es cierta: se ha abandonado definitivamente el campo del marxismo. Empecemos por restablecer el planteamiento de Marx sobre la cuestión salarial.

En Salario, precio y ganancia (1865), dice Marx:

"Periódicamente, los trabajadores se oponen a una reducción de salarios; periódicamente, tratan de obtener un aumento de salarios. Esas luchas, como vimos, son inseparables del régimen asalariado, donde el trabajo es asimilado a las mercancías, y en consecuencia, sometido a las leyes que regulan el movimiento general de los precios", (15).

¿Cuál es el resultado de esas luchas? se pregunta Marx. Simplemente, "el trabajo, como toda mercancía, verá a la larga su precio de mercado ajustarse a su valor" (p. 527, subrayado por Marx). En efecto, siendo el salario "el pago del trabajo de acuerdo a su valor o a precios que divergen de éste" (16), sólo mediante la lucha del proletariado las variaciones que implican tales divergencias pueden compensarse, haciendo que el salario tienda a coincidir con el valor de la fuerza de trabajo.

En suma: los aumentos salariales no son sino una expresión —en lo referente a esa mercancía específica que es la fuerza de trabajo— de la ley de la oferta y la demanda, es decir, de esa misma ley en que se basa la economía política del capital, de acuerdo a la expresión de Marx en Mensaje inaugural de la Internacional, que tanto impactó a Lelio Basso.

Se hace así evidente que la idea de que los aumentos salariales sean reformas estructurales es totalmente extraña al marxismo. No lo es, sin embargo, la importancia de las reformas, entendidas como modificaciones introducidas en el ordenamiento jurídico capitalista mediante la presión de las masas —y es a esto a lo que alude Marx cuando se refiere, en el mencionado mensaje, a la "victoria de un

principio". Pero, insistamos en ello: la importancia real de las reformas es que constituyen productos subsidiarios de la lucha revolucionaria del proletariado.

Es en la medida en que lleva adelante esa lucha, cómo el proletariado realiza su desarrollo histórico, que es simultáneamente el desarrollo del sistema capitalista mismo. Como lo señala el "Marx maduro", citando al "joven Marx" del Manifiesto Comunista, al cerrar el primer volumen del Capital, el progreso del capitalismo se traduce en el crecimiento constante del proletariado, que es el producto natural de la gran industria. Pero esta lucha no desarrolla una lógica ajena al capitalismo, ni mucho menos una lógica socialista: el proletariado no es el agente de un principio lógico (lo que sueña más a Hegel que a Marx), él es el fruto del capitalismo y su condición de existencia. Cada avance del proletariado, cada incremento de su capacidad de lucha, es también un avance del capitalismo; en este sentido, el proletariado es sujeto, al mismo título que la burguesía, aunque de manera distinta, del desarrollo capitalista. Medidas como las de defensa de su salario, por ejemplo, impulsan el sistema a avanzar, a llevar hasta el límite la acumulación basada en la plusvalía relativa, a enfrentarse en forma siempre más dramática a la baja tendencial de la tasa de ganancia.

No hay allí ninguna lógica doble: es la propia lógica del capitalismo la que lo lleva a desarrollar la clase llamada a destruirlo. Pero es también a través de esas medidas como el proletariado acumula fuerzas y reúne mejores condiciones para luchar contra la burguesía. La lógica capitalista es una lógica contradictoria, su resultado, en la perspectiva histórica más amplia, es el punto de ruptura a que Marx alude en el prólogo a la Crítica.

No se trata de una fatalidad, ni mucho menos de un resultado automático del desarrollo capitalista, sino de algo que depende de la intervención consciente del proletariado. Por esto, el partido; por esto, también, la revolución política. "Para que las masas laboriosas sean liberadas —escribe Marx en el mismo texto que Basso utilizó, el Mensaje inaugural de la Internacional— la cooperación debe tomar amplitud nacional, y en consecuencia deberá ser favorecida con medios nacionales". Y concluye: "Por lo tanto, la gran tarea de las clases trabajadoras

es conquistar el poder político" (17).

La crítica de Marx al movimiento cooperativo arroja más luz sobre el problema que discutimos aquí: no hay posibilidades que el proletariado lleve a la práctica su forma de organización de la vida social por métodos reformistas; el proletariado no tiene la menor posibilidad de crear algo distinto en el interior del capitalismo, y mientras permanezca bajo la dominación burguesa. Para transformar la economía, necesita conquistar el poder político.

Es por ello que, en los Estatutos de la Internacional, todo el artículo 7º está dedicado a la cuestión del partido y a la conquista del poder, considerada ésta como "el gran deber del proletariado".

Es por ello que, en uno de sus últimos trabajos, la Crítica del programa de Gotha, Marx escribe:

"Entre la sociedad capitalista y la sociedad comunista, se sitúa el período de transformación revolucionaria de una en la otra. A ese período corresponde igualmente una fase de transición política, en que el Estado no podrá ser otra cosa que la dictadura revolucionaria del proletariado" (subrayado por Marx).

La cuestión de la legalidad

Me quedan por hacer algunas apreciaciones sobre el tema mismo de la relación entre la transición al socialismo y la legalidad burguesa, que constituye el objeto del discurso de Basso.

Señalemos inicialmente la manera incorrecta en que el problema está planteado, en el párrafo en que Basso enuncia su posición:

"He querido referirme a los aspectos teóricos del problema, sobre todo para responder a la argumentación de aquellos que, sobre la base de una interpretación a mi juicio errada del pensamiento de Marx, consideran el orden jurídico como un conjunto coherente y orgánico de normas a exclusivo beneficio de las clases dominantes y por tanto exigen que la transición al socialismo suponga la abrogación integral de todo el siste-

ma de leyes existentes y la introducción de un nuevo cuerpo legislativo. Por mi parte, creo por el contrario, que la transición al socialismo, precisamente porque exige la transformación radical del ordenamiento jurídico, político y social, así como los valores éticos y de la propia conciencia de los hombres, no puede ser obtenida con procedimientos desde arriba, sino que debe saber utilizar al máximo el patrimonio cultural existente, evitando, en los límites de lo posible, la ruptura demasiado brusca del proceso histórico. La transformación socialista no se hace eliminando, por un golpe de varita mágica, todo el patrimonio histórico-cultural acumulado, sino apoyándose en la realidad, en los aspectos favorables contenidos en las instituciones y su reflejo en la conciencia", (subrayado por Lelio Basso).

Son muchos los errores que ahí comete Basso, pero me limitaré a los que se refieren al tema específico que nos ocupa. Como se observa, desde un principio Basso se opone a la "abrogación integral, etc." Es decir, se opone a una verdadera revolución, que se ataque a las viejas relaciones de producción, empezando por la destrucción de los elementos institucionales y jurídicos que las apoyan. Para Basso, la transformación del ordenamiento jurídico, político y social no puede obtenerse mediante "procedimientos desde arriba". La afirmación es a todas luces absurda: si se quiere decir que no basta con abolir el viejo derecho para hacer surgir nuevas relaciones de producción, se está descubriendo lo obvio; lo contrario, sería eliminar la problemática misma de la transición. Si se pretende que, para transformar las relaciones de producción, no hay que partir de la supresión de las instituciones jurídicas que las consagran, ello implica que el proletariado victorioso debería plegarse a las trabas impuestas por la vieja clase dominante al desarrollo de la sociedad y limitarse a modificarlas progresivamente.

Habría que señalar aquí los dos supuestos equivocados que subyacen en este planteamiento. El primero, es la razón por la cual Lelio Basso aboga por ese procedimiento: la preservación del "patrimonio histórico-cultural" legado por las sociedades anteriores. Se incurre evidentemente en un error: el ordenamiento jurídico, político y social

(15) Esta cita, como las demás de Marx, está tomada de la edición francesa de sus obras, editada por Maxmillien Rubel, tomo I, p. 527.

(16) Capital, I, ed. Rubel, tomo I, p. 1.034.

(17) Marx se refiere aquí al movimiento cooperativo, de que Owen fue el gran representante en Inglaterra.

no es lo mismo que ese patrimonio, sino más bien uno de los factores que determinan que, en la sociedad capitalista, la mayor parte de la población esté excluida de su goce. Para poner tan sólo un ejemplo, al suprimir las trabas que limitan hoy el acceso a la universidad y al marchar en dirección a la supresión de esa institución, no se estará dañando el patrimonio histórico-cultural; por el contrario, se lo estará poniendo al alcance de toda la sociedad.

El segundo supuesto es que el sistema legal es independiente de la dominación de clase, o sea, el de que una clase puede ejercer su dominación cualquiera que sea el marco institucional y jurídico vigente. Trátase desde luego de un error, ya que no hay leyes ni instituciones neutrales: las leyes de la herencia suponen la apropiación privada de la riqueza, el juego parlamentario burgués no puede llevarse a cabo en una democracia basada en organismos del tipo soviético.

Pero suponer esa neutralidad de la superestructura es más que un error conceptual, tiene implicaciones políticas. Su resultado es el de pedir al proletariado victorioso que no suprima "de golpe" los instrumentos que aseguran la dominación burguesa, lo que es una manera de mantener durante un cierto período, por lo menos, una situación de dualidad de poder. Mediante los cambios progresivos que se harían a partir de allí, el proletariado volcaría progresivamente a su favor el control político y promovería la lenta extinción de la vieja sociedad explotadora y, por ende, de la clase capitalista.

En otras palabras, esto llevaría a la adopción de métodos reformistas después de la toma del poder. Las reformas no serían aquí exactamente lo que pensaba Lenin, al plantear el problema en el período posterior a la toma del poder: un elemento táctico, sino que serían en sí el método de transformación de la sociedad.

Así, para Lelio Basso no es sólo el proceso revolucionario que culmina en la conquista del poder lo que debe reducirse a simples reformas; es la revolución misma, que, a sus ojos, debe ser un conjunto de reformas. Es éste el sentido último de la tesis de las dos lógicas y es por esa razón que ella se ubica fuera del campo del marxismo, en el rincón al que ha sido relegado el reformismo en todas sus variantes. *

José Valenzuela Feijóo

NOTAS SOBRE LA ECONOMIA CHINA (*)

Es mucho lo que se habla y poco lo que se sabe sobre China y, si de su economía se trata, el desconocimiento es aún más profundo. Por eso el libro de Deleyne atrae ya por su título. El autor es economista y periodista. Ello hace que el libro se lea con facilidad y agilidad (méritos del periodista) y, al mismo tiempo, entregue análisis y datos expuestos con vigor y seriedad. El autor no es marxista, pero sí un gran admirador del pueblo chino. Como dice el epígrafe del libro, tomado de un texto de Paul Claudel, "todo me agrada en ella (...) y sobre todo esta intensidad de la propia calidad humana, de lo que yo llamaría la humanidad".

Hasta fines de los años cincuenta, existen recopilaciones estadísticas oficiales. Después comienza el "decenio silencioso" y resulta muy difícil encontrar elementos para el análisis económico cuantitativo del proceso chino. Deleyne intenta llenar algunas de estas lagunas, aproximándose a un cuadro sumario de bastante utilidad. Intentemos un breve recuento de la información más esencial la cual, tal vez, constituye uno de los mejores aportes del libro.

Indicaciones globales

El producto nacional (material), se estima que ha pasado de 28.000 millones de dólares en 1952 a 120.000 millones en 1970. O sea, una tasa acumulativa anual de 8,4%. El ingreso per cápita, estimado en US\$ 45 en 1949, habría llegado a US\$ 160 en 1970, creciendo a una tasa anual de 6,2%. El coeficiente de inversión actual

(*) Jean Deleyne, *L'Economie Chinoise*, Editions Du Seuil, Paris, 1971.

(fines de los sesenta), es estimado por Deleyne en un 20% aproximadamente. Como alrededor de la mitad se orientaría a atender necesidades militares, el crecimiento del producto —dice Deleyne— difícilmente puede sobrepasar un 10% anual. En los primeros tiempos, se estima que la inversión ha ascendido hasta un 30% / 40% del producto. Como el ritmo del crecimiento no se ha alterado sustantivamente, esto implica un alto incremento de la relación producto-capital. Esto puede ser factible si se piensa que a partir del Gran Salto Adelante, se desecha el modelo soviético basado en la marcha forzada de la industria pesada. Esto implica aumentar el ritmo de crecimiento del corto plazo y reducir el del plazo largo, pero también evita el purgatorio de la acumulación socialista primitiva y todas sus secuelas políticas.

Gestión y organización de la economía

Desgraciadamente, el capítulo no incluye referencias a los cambios que puede haber introducido la Revolución Cultural. En él se destacan algunos rasgos característicos del "modelo" chino, como ser:

- la discusión y elaboración democrática del plan. A juicio de Deleyne "lo que se sabe del régimen comunista chino, del comportamiento de sus autoridades, y del sentido atávico de este pueblo por el compromiso, incita a pensar que la base es más escuchada que en otros países socialistas e, incluso, la mayor parte de las veces aceptada. Los dirigentes chinos son lo suficientemente pragmáticos como para dar lugar a la discusión y prefieren la adhesión razonada a la coercitiva".
- Otro rasgo típico —para muchos— es la alta descentralización y la alta autonomía que se concede a las empresas. "El gobierno central se contenta con emitir directivas de orden

general y fijar objetivos aproximados". En China, las empresas medianas y pequeñas son mayoritarias, las estadísticas deficientes y los computadores (disponibles para la gestión centralizada), casi inexistentes. Si a ello se agrega el peso del sector rural-agrícola, es fácil deducir que una planificación central estricta no pasa de ser una fantasía en las actuales condiciones económicas.

- un tercer rasgo se refiere a los indicadores de la gestión empresarial. Aquí son fuertemente rechazadas las tesis libermanianas como "pocotilla venenosa". Durante la Revolución Cultural, el economista Souen Ye-Fang, quien sostenía que el beneficio crea el único criterio válido para juzgar la calidad de la gestión económica, es criticado como ideólogo burgués. Sus principios, de ser aplicados, "impedirían al Estado desarrollar su industria militar pues ella no reportaría ningún beneficio; lo mismo valdría para la industria pesada y la del interior del país; una región, una provincia o una aldea, no podrían establecer un sistema industrial diversificado en previsión de una guerra; la industria, cuya misión es apoyar la agricultura, se vería impedida de desarrollarse, pues su producción es débil y, al menos temporalmente, poco rentable; el Estado no podría satisfacer las necesidades del pueblo en los bienes de uso corriente, las que a menudo deben ser subvencionadas; y sobre todo, sería imposible producir lo que exige el apoyo a la lucha de los pueblos revolucionarios del mundo en el contexto del internacionalismo proletario".
- Otro rasgo típico es el rol de los estímulos no-materiales. El salario mínimo industrial es de 36 yuanes y el máximo (obreros calificados) de 120. Excepcionalmente hay ingenieros que reciben de 200 a 300 yuanes pero, como regla, el director

de fábrica gana menos que los obreros especializados. Después de la Revolución Cultural, el abanico parece haber disminuido.

e) Otro rasgo de interés es la alta diversificación —calificada de irracional por algunos turistas— de las grandes industrias modernas. Su objetivo es hacer de estas empresas “semilleros que envían su mano de obra a las regiones desprovistas de tradición industrial”. Asimismo, dentro de la estrategia de desarrollo, es imposible no mencionar la política de “basarse en los propios esfuerzos”. Entre otras aplicaciones, este principio tiende a generar un mínimo de autoabastecimiento para todas las regiones. Los chinos recuerdan mucho la instrucción de Mao acerca de “hacer preparativos para enfrentar la guerra, hacer preparativos contra las calamidades naturales y hacerlo todo en bien del pueblo”. Refiriéndose al tradicional déficit de cereales del norte chino, recientemente superado, Jung Chiao escribe que “los cereales son una necesidad vital y también un material altamente estratégico. Siempre que exista la amenaza de subversión y agresión imperialista o socialimperialista, debemos fortalecer los preparativos para enfrentar la guerra en todos los aspectos, empuñar firmemente la producción de granos y tener reservas de ellos. Teniendo suficientes reservas de cereales por todas partes de China, se garantiza la satisfacción de las necesidades del ejército y el pueblo en su guerra contra la agresión si los enemigos invasores nos la imponen. Por otra parte, las reservas de cereales nos ayudarán a arreglar bien la vida del pueblo y garantizar el desarrollo de la producción mediante nuestros propios esfuerzos cuando haya menos cosechas. Así, tendremos la iniciativa y seremos invencibles en nuestra guerra contra las calamidades naturales”. (Pekín Informa, N° 3, 19 Enero/72).

Demografía y empleo

Antes de la liberación, el ritmo anual de crecimiento de la población se ha estimado en un 0,5%. Durante el primer plan quinquenal sube a cerca del 2,5%, a causa de la reducción de la tasa de mortalidad; esta se estima de 34% en 1933 y de un 11% en 1957 (igual al yanqui). Hacia fines de los sesenta, la población se estimaba entre 650 y 750 millones de personas. En los últimos años, se viene desestimulando el auge demográfico y se postula una tasa deseable del 1%. El control —persuasivo— parece tener éxito en las ciudades, no así en el campo (donde viven más del 80% de los habitantes). A partir de 1968 se estima que entre 20 a 25 millones de jóvenes se incorporarán a la fuerza de trabajo. Restando a los que se retiran por vejez, se llega a una demanda de 10 a 15 millones de nuevas ocupaciones por año. Frente a esto “la cifra actual de nuevos empleos urbanos no excede los 500.000 por año”. Como los salarios son, por lo menos, dos veces superiores en las ciudades, esto implica un problema serio. Las comunas populares, el estímulo de actividades auxiliares y pequeñas industrias en el campo, son otros tantos métodos para ocupar a la gente en el campo en actividades no agrícolas. El problema de los diplomados (enseñanza media y superior) es especialmente grave. Entre 1960 y 1966 la cifra sube a 23 millones y la gran mayoría ha tenido que volver al campo. Con la Revolución Cultural el reflujo hacia el campo parece haberse incrementado. En cuanto a la estructura ocupacional, según cifras oficiales para 1957, la agricultura absorbía un 72%, el sector secundario un 16 a 17% y el terciario un 11 a 12%. Para el mismo año, la población urbana se estima en unos 50.000 millones de personas, de las cuales un tercio está empleado en la industria (incluida la artesanal). Los trabajadores localizados en la industria moderna se estiman en diez millones. Alrededor de un 20% del empleo urbano es femenino.

Agricultura

En 1949, aporta un 50% del producto y a fines de los sesenta (1968/70), el aporte es del orden del 25%. Sin embargo —y dando fe de su inferior productividad— aporta los 2/3 del empleo. La superficie cultivada en 1966 era de 108 millones de hectáreas (un 11,4% de la superficie total del país), de las cuales alrededor de 40 millones eran irrigadas sobre un máximo posible de 80 millones. La densidad poblacional es una de las más altas del mundo: 1.400/1.600 m² de tierras cultivadas por habitante. El ingreso medio anual por persona activa es $\frac{3}{4}$ veces inferior al de los obreros urbanos. La URSS, escribe Deleyne, ha podido construir su potencia industrial imponiendo a la agricultura, por medios coercitivos, exacciones autoritarias. Pero ella no conocía la sobrepoblación asiática y el nivel del ingreso per-cápita permitía extraer excedentes de la agricultura, con los cuales financiar la industrialización. En China, los excedentes eran casi inexistentes y los dirigentes no podían tratar a los campesinos con el mismo rigor que los dirigentes soviéticos. La revolución china ha sido llevada a buen término por un ejército de campesinos y es difícil de imaginar que el régimen que les debe el poder pueda tratarlos como se le venga en gana. Por el contrario, la intención proclamada por el Gobierno es reducir la disparidad entre los niveles de vida de campesinos y obreros. La producción de cereales, que es un buen índice de la producción agrícola, ha evolucionado como sigue (cifras en millones de toneladas):

1957	185	1965	196	1968	193
1958	200	1966	193	1969	210
1964	195	1967	210	1970	240

Industria

De acuerdo a estimaciones un tanto dispersas en el libro, el crecimiento industrial (tasa simple anual) ha evolucionado como sigue:

1949/1953=25%	1960/1962=30%
1953/1957=12%	1963/1966=15,3%
1957/1960=20%	1966/1970=12%

Entre las ramas industriales importantes, destaca la del petróleo. Aquí la producción ha pasado de 1.400.000 toneladas en 1957 a más de 17 millones en 1968 (estimaciones yanquis). El acero pasa de menos de 1 millón en 1949 a 18 millones en 1970. La electricidad sube de 7.260 millones de kilowatt-hora a 100.000 millones en 1970. El cemento pasa de 2,9 (año 1952) a 12 millones de toneladas en 1970. La producción de algodones sube de 4.200 millones de metros en 1952 a 8.500 en 1970. En ramas claves como la electrónica, mecánica y química los avances han sido considerables. El transporte, por la geografía y la situación heredada, es uno de los principales problemas de la economía china. El parque de camiones no supera las 400.000 unidades y, aunque la construcción de líneas férreas iguala todo lo hecho hasta 1949, el déficit es aún grande. El transporte aéreo es mínimo y la flota mercante muy insuficiente. En cuanto a la investigación se estima que en 1965 ocupa un 1,1% del producto nacional. Hay elementos que permiten esperar una auténtica explosión técnica y científica en un plazo no muy largo.

Comercio exterior

Al igual que en otros estados-continentes, en China la incidencia del comercio exterior no es alta y alcanza de un 4 al 5% del producto nacional. Las importaciones están constituidas principalmente por materias primas y productos intermedios. Son también importantes los items maquinaria y equipos, mientras que los bienes de consumo prácticamente no se importan. Por el lado de las exportaciones, los principales rubros son materias primas, alimentos y algunos productos de la industria ligera (textiles). El valor de las exportaciones habría pasado de 1.000 millones de dólares en 1952 a

1.930 millones en 1969. Las importaciones, desde 1.100 millones de dólares en 1952 a 1.393 millones en 1969. El balance comercial, en los últimos diez años, ha sido favorable, como regla, habiendo desaparecido por completo la deuda externa. Entre 1954 y 1967, la ayuda externa proporcionada a otros países por el Gobierno chino, se estima en alrededor de mil millones de dólares. En 1969, la ayuda china a Vietnam se estimó en 200 millones de dólares, mientras que la soviética en 350 millones. A partir de los cismas ideológicos, la orientación geográfica del comercio se ha alterado en forma notable. Es así que el por ciento capitalista ha pasado desde un 37% en 1955 a un 75% en 1969. Recíprocamente la parte socialista ha bajado desde un 63% a un 25%. •

Fanny Contreras

LA EDUCACION EN EL PERIODO DE TRANSICION (*)

Lenin, al llamar la atención en sus escritos sobre la importancia de la juventud y señalar la labor que a ella le corresponde en un período de renovación y cambio de las estructuras sociales y económicas, hace reflexionar sobre los problemas que atañen al sistema educativo en un período de transición.

Las tareas que debe realizar la juventud en un momento de transición y los problemas educacionales, derivados del desajuste de la nueva situación con el contexto de la sociedad que se reforma, se plantean paralelos a la manera de realizar "una forma singular de transición del capitalismo al socialismo" (p. 127).

En esta situación de transición, le cabe a la juventud la tarea de cons-

truir, petición que no se puede formular a las generaciones educadas bajo la orientación de una sociedad capitalista. En el mejor de los casos, dice Lenin, refiriéndose a esta generación, le corresponde "destruir los cimientos de la vieja vida capitalista basada en la explotación, organizar un régimen social que ayude al proletariado y a las clases trabajadoras a conservar el poder en sus manos y crear una sólida base en la que podrá edificar, únicamente, una generación que empieza a trabajar ya en condiciones nuevas, en una situación en la que no existen relaciones de explotación entre los hombres", (p. 236).

Entre los problemas de carácter práctico que se derivan de la implantación de medidas tendientes a producir el quiebre con la vieja sociedad, se plantea: ¿qué enseñar en una situación de transición? El tipo de educación y la selección de materias deben responder a nuevos fines: la creación de una nueva sociedad. Es el momento en que tiene vital importancia la relación educación-política.

Lenin se ocupa de esta conexión y le asigna un papel relevante a la juventud. "Sólo transformando radicalmente la enseñanza, la organización y la educación de la juventud, conseguiremos que los esfuerzos de la joven generación den como resultado la creación de una sociedad que no se parezca a la antigua, es decir, de una sociedad comunista", (p. 237).

La tarea de crear la nueva sociedad plantea problemas de variado orden. Ante la necesidad de aprender, para realizar el cambio, no se debe producir "un divorcio entre el libro y la vida práctica", teniendo en cuenta que la simple asimilación de los libros no tiene resultados positivos "sin trabajo, sin lucha". La carencia de estos requisitos sólo acentúa el divorcio entre la teoría y la práctica, característica de la vieja sociedad y, como dice Lenin, este divorcio es el "más repugnante rasgo de la vieja sociedad burguesa", (p. 238).

Sin embargo, el problema de cómo y qué aprender, no se reduce a condenar la vieja escuela "saturada de espíritu de clase", que no daba conocimientos más que a los hijos de la burguesía, sino en detectar cuál es la finalidad de la escuela en un período de transición. Luego, importante es saber distinguir "lo que tenía de malo y de útil para nosotros, la vieja escuela".

Aún reconociendo la orientación librecensura de la escuela burguesa, "no se debe deducir de eso que se puede ser comunista sin haber asimilado el tesoro de conocimientos acumulados por la humanidad", (p. 239). No es un error estar instruido en la ciencia, en general, lo erróneo es desterrar cualquiera realización de la sociedad humana, sin analizarla de un modo crítico.

Lenin hace ver que no se trata ni de atacar ni de imitar la vieja escuela, sino de tomar todo lo bueno que tenía y, sin hacer transacciones, someterlo a un análisis crítico, con el fin de crear la cultura proletaria. Se aprecia, con este planteamiento, que crear el socialismo no significa solamente destruir todo lo existente en un sistema caduco. Este proceso de "rescate" de lo que es necesario para alcanzar la nueva sociedad, es característico de un período de transición.

La "cultura proletaria", expresa Lenin, "sólo se puede crear conociendo, con precisión, la cultura que ha creado la humanidad en todo su desarrollo y transformándola". "Tiene que ser el desarrollo lógico del acervo de conocimientos conquistados por la humanidad bajo el yugo de la sociedad capitalista, de la sociedad terrateniente, de la sociedad burocrática", (p. 240).

El planteamiento antes enunciado es el sendero, el camino que conduce a la creación de la cultura proletaria, que será realidad cuando se oponga la disciplina consciente de las fuerzas organizadas y unidas de obreros y campesinos, contra el "adiestramiento

autoritario que se practicaba en la sociedad burguesa en contra de la voluntad de la mayoría", (p. 241).

Lenin, al hablar del analfabetismo, muestra cómo funciona, en la práctica, el método para aprender. Dice "liquidar el analfabetismo es un ejemplo de realizar la educación comunista, al poner trabajo y fuerza al servicio de una causa común". (p. 250). Es necesario ampliar la circulación de libros entre el pueblo, difundir el empleo de las bibliotecas públicas y facilitar el acceso de los niños a ellas. En una frase, el problema de la educación no es un problema exclusivo del Estado, sino una tarea que debe emprenderla en conjunto una sociedad que busca un nuevo destino.

Lenin plantea el problema de ampliar la educación y hacerla asequible a todo el pueblo. El deber de instaurar una verdadera democratización de la educación, es deber de obreros y campesinos, que al luchar juntos contra la vieja sociedad, romperán la oposición que ella hace a una educación concebida como creadora de la socialización revolucionaria, orientada a la creación y conservación de una nueva organización.

La nueva sociedad se crea sobre la base de la instrucción moderna porque la educación está conectada, íntimamente, con la realidad, y la realidad que enfrenta una sociedad en transición, se refiere a dos grandes problemas: los problemas militares de la defensa de la república y los económicos, "hacer renacer la economía sobre una base moderna, conforme a la última palabra de la ciencia".

Lenin aborda, fuera de estos problemas de carácter metodológico de la educación, los relativos a ideales y valores, en los que está implícito la manera cómo enseñar.

La finalidad de una sociedad, en transición, es destruir la antigua sociedad explotadora. El medio que sirve para ese fin es la "moralidad comunista".

La moralidad comunista es la mo-

(*) V. I. Lenin, Acerca de la juventud, Editorial Progreso, Moscú, 1967.

ralidad que une "a los trabajadores contra toda explotación y contra toda pequeña propiedad, pues la pequeña propiedad pone en manos de un individuo lo que ha sido creado por el trabajo de toda la sociedad", (p. 246).

Esta moral se opone a la moral predicada por la burguesía que la deduce de mandamientos divinos. Lenin, refiriéndose a este punto, nos dice: "A este respecto decimos naturalmente, que no creemos en Dios, y sabemos muy bien que el clero, los terratenientes y la burguesía hablaban en nombre de Dios para defender sus intereses de explotadores", (p. 244).

En un período de transición, la lucha de clases continúa y a ella está subordinada la moralidad comunista, que "sirve para que la sociedad humana se eleve a mayor altura, para que se desembarace de la explotación del trabajo", (p. 248).

Sin embargo, la educación no consiste en ofrecer discursos placenteros ni reglas de moralidad, porque no se la puede encerrar en la escuela, separándola de la agitación de la vida, sino que la educación, la instrucción se forjan en la participación de la lucha contra los explotadores, "debe estar vinculada a la lucha común de todos los trabajadores contra los explotadores", (p. 250).

Este concepto es una negación rotunda a la educación basada en el individualismo "de hombres que se ocupan de tener, exclusivamente, lo suyo sin pensar en los demás", (p. 247).

La concepción de Lenin de una educación vinculada a la lucha común de los trabajadores por romper con una sociedad cimentada en la explotación, vincula, a su vez, a la educación con la política.

La existencia de grupos políticos estudiantiles, dice Lenin, es inevitable y necesaria y corresponde a los grupos existentes en la sociedad. El problema radica en ver qué papel político desempeñan los estudiantes. Como los estudiantes no están aislados del resto de la sociedad, la cuestión es "la activi-

dad política, la cual por su propia esencia, está unida inseparablemente a la lucha de los partidos y requiere de una manera ineludible, la elección de un partido determinado". (p. 91). Este problema atañe a la controvertida "unificación ideológica".

El movimiento político no consiste en que los estudiantes revolucionarios proclamen su "solidaridad con el movimiento político general, haciendo abstracción por completo de las discordias fraccionales existentes en el campo revolucionario", (p. 93).

Lenin añade, siempre refiriéndose a este problema, que "quienes protestan contra esta elección en aras de la unificación ideológica de los estudiantes, de su radicalización en general, etc., no hacen otra cosa que embotar la conciencia socialista, propugnan de hecho sólo la vacuidad ideológica", (p. 97).

La escuela, por su esencia, no puede permanecer al margen de la política. Los estudiantes tienen el deber de organizarse. "El agrupamiento político de los estudiantes ha de reflejar por fuerza el agrupamiento político de toda la sociedad y es deber de todo socialista, esforzarse por conseguir el deslindamiento más consciente y consecuente posible de los grupos heterogéneos políticamente", (p. 97).

En un período de transición, la finalidad de la escuela, que antes era un instrumento de la burguesía para la dominación de clases, debe convertirse "en un instrumento de destrucción de la burguesía y de supresión total de la división de la sociedad en clases. La escuela debe convertirse en un instrumento de la dictadura del proletariado, es decir, no sólo en vehículo de los principios del comunismo en general, sino en vehículo de la influencia ideológica, organizadora del proletariado, entre los sectores semi-proletarios y no proletarios de las masas trabajadoras, con vistas a aplastar, por completo, la resistencia de los explotadores y crear el régimen comunista", (p. 18).

RESEÑA DE LIBROS

Almino Affonso, Sergio Gómez, Emilio Klein y Pablo Ramírez

MOVIMIENTO CAMPESINO CHILENO

ICIRA, Santiago, 2 tomos, 1970.

Brian Loveman

EL CAMPESINO CHILENO LE ESCRIBE A SU EXCELENCIA

ICIRA, Santiago, 1971.

Brian Loveman

EL MITO DE LA MARGINALIDAD: PARTICIPACION Y REPRESION DEL CAMPESINADO CHILENO

ICIRA, mimeo, Santiago, 1971.

Estos tres trabajos constituyen en conjunto el grueso del material publicado sobre el movimiento campesino chileno. Sus objetivos son algo diferentes entre sí, pero, si bien constituyen el aporte inicial que era necesario desde hacía años, no cubren todos los aspectos del tema mencionado.

En orden cronológico, el trabajo de Affonso y otros, constituye el primer intento sistemático de abordar en forma exclusiva el problema del campesinado chileno. Responde indudablemente al vacío académico que caracterizaba al fenómeno social y político que, quizás poco notorio hasta la década del 60, irrumpe en la vida nacional en la década pasada y se hace insoslayable. El trabajo consta de cuatro partes (Esbozo histórico y marcos legales; Las organizaciones campesinas; La

orientación de la presión campesina y Estudio del dirigente campesino), de las cuales tienen interés histórico fundamentalmente las dos primeras. En un estudio cuidadoso y sistemático, los autores hacen una descripción de los aparatos legales más importantes en relación a la organización del campesinado chileno, su gestación y su impacto en el curso de este desarrollo; apuntan los hitos del movimiento campesino y caracterizan parcialmente la actitud del gobierno frente al problema. En su objetivo descriptivo el trabajo es prácticamente irreprochable, si bien la segunda parte —sobre las organizaciones campesinas— ganaría muchísimo con una mayor claridad y franqueza respecto a esas organizaciones, así como con un pequeño apéndice que trascienda el período tratado —hasta 1964, más o menos— y relacione esas organizaciones con las que surgieron posteriormente, con la dictación de la ley sobre sindicalización campesina. De otro modo el lector conecta escasamente el tema tratado con la situación actual que es, habitualmente, la motivación fundamental. Fuera ya de sus objetivos manifiestos, el trabajo no presenta una relación entre la evolución descrita y su posible explicación en la situación global del país en la misma época, particularmente en la situación económica y política global. Su estricta atinencia a testimonios legales y oficiales hace del trabajo, necesariamente, una suerte de esqueleto del tema, que la investigación posterior deberá completar en su contenido.

Los trabajos de Loveman son diametralmente opuestos en objetivos y en forma al trabajo de Affonso y otros. El sondeo más o menos exhaustivo de un rico material documental hasta ahora intocado —los archivos de la Dirección del Trabajo— han impactado emocio-

nal e intelectualmente a Loveman y lo han llevado a publicar estos dos trabajos. El libro **El campesino chileno** le escribe a Su Excelencia, es fundamentalmente una colección de documentos recogidos en el archivo mencionado, con cartas en que campesinos solicitan la intercesión del Presidente de la República en conflictos laborales. Los documentos, fundamentalmente ilustrativos y anecdóticos, van acompañados de una brevísima introducción sobre el movimiento campesino chileno, prácticamente complementaria del trabajo de Affonso. Incorpora aquí elementos menos rigurosos, pero de gran utilidad, como es precisamente la inserción del tema en un marco global, económico y político.

El tema es desarrollado por Loveman con mayor detalle en su segundo trabajo, **El mito de la marginalidad: participación y represión del campesinado chileno**. En las palabras del autor, "el propósito de este ensayo ha sido mostrar lo errado del mito de la marginalidad, el mito que hace al campesino chileno, históricamente un elemento pasivo-no participante, y que solamente con el patrocinio del gobierno de Frei viene a actuar en la política de Chile. Delimitando los tipos de participación tradicional del campesino chileno y la represión que ha traído esta participación, se ha planteado como tesis que el campesino chileno no ha sido marginal sino reprimido". Para demostrar esta afirmación, Loveman va describiendo históricamente la legislación social existente —en forma asistemática— y cómo el campesino acude a ella en busca de la solución de problemas económicos y políticos. Esa apelación a las leyes aparece en el trabajo sorprendentemente alta para la marginalidad y apatía que se les atribuyó a los campesinos en forma tradicional. A continuación muestra que esas gestiones conducían inevitablemente al fracaso debido a la burocracia del trabajo, la actuación de la policía, la relación del poder judicial con los latifundistas. De modo que para el campesino —mucho más que para el obrero— jamás se hace justicia. El incumplimiento de la legislación mencionada lleva al campesinado al uso de ciertas formas de presión, como pliegos de peticiones, huelgas, sabotaje sutil, etc. Loveman presenta un interesante cuadro del número de pliegos por año entre 1932-1948 (cuando una ley sobre sindicalización campesina impidió por comple-

to la organización en el campo), analizando los resultados de acuerdo a acontecimientos políticos como la elección de candidatos considerados progresistas para la Presidencia de la República —en que el número de pliegos aumenta notablemente— y épocas de represión (como con la Ley de Defensa de la Democracia) en que el número puede hacerse prácticamente nulo. Un cuadro semejante sobre las huelgas agrícolas, 1932-1966, presenta semejanzas con el anterior, pero con un claro aumento después de 1962, en que unánimemente se considera que el movimiento campesino "irrumpe" en la escena política. Las formas de resistencia del campesinado y su destino inevitable —la represión— son ilustrados en un largo apéndice documental.

La tesis fundamental del trabajo —"para el campesino chileno la garantía mínima de no tener que enfrentarse con el ejército o la policía basta para dar la pasada a una lucha abierta con la clase terrateniente" (p. 16)— sirve de explicación a la fuerza y autonomía que el movimiento campesino alcanzó después de 1964, cuando varios factores disminuyeron el nivel de represión. Concluye Loveman indicando que actualmente el movimiento campesino ya no es tan fácil de manejar o de reprimir, pues ya se encuentra armado.

Una cierta falta de mesura y rigor conducen a este trabajo, muy loable en sus objetivos y contenido, a errores de interpretación. Su misma intención antimarginalista, y en defensa de la hipótesis de la represión, le hace exagerar la nota en el uso de testimonios y en las proyecciones políticas que él deduce del tema tratado. Hay explicaciones de fondo que se dejan en el aire, tales como suponer al campesinado en una especie de estado latente de insurrección, sin referirse a los mecanismos por los cuales esta latencia se mantiene viva, entre otros, se menosprecia el papel de los partidos políticos, de los contactos del campesinado con la clase obrera, de la evolución de la orientación económica de los terratenientes mismos. En resumen, se trata de un trabajo que merece reconocimiento por su lucha contra una deformación ideológica muy difundida. En el terreno político y académico el trabajo puede ser discutido; deja aún el tema abierto a investigaciones futuras. •

Silvia Hernández

Luigi Einaudi y Alfred C. Stepan III

LATIN AMERICAN INSTITUTIONAL DEVELOPMENT: CHANGING MILITARY PERSPECTIVES IN PERU AND BRAZIL

A report prepared for
Office of External Research
Department of State, Rand Corporation, April, 1971.

En un estudio de análisis comparado, Einaudi y Stepan III, plantean algunas importantes cuestiones respecto al militarismo peruano y brasileño. En ambos casos se parte de la premisa de "desarrollo económico y doctrina de seguridad nacional". Vale decir, para los militares —y para los propios autores—, la debilidad de las instituciones políticas y la incapacidad de los líderes civiles en la promoción del desarrollo nacional, creaban las condiciones para una situación de conflictos internos con posibilidades de alcanzar repercusiones internacionales. En ambos casos, la tesis planteada por los militares está basada en los postulados teóricos de las escuelas militares: el Centro de Altos Estudios Militares (CAEM) de Perú, y la Escuela Superior de Guerra (ESG) de Brasil. Como lo señalan los autores, aunque las actividades y roles de los militares latinoamericanos no pueden ser fácilmente comparados con los grandes conflictos como los del sudeste de Asia, o como aquellos que Estados Unidos, después de la Segunda Guerra Mundial, llamó de "defensa de áreas" (habiendo, por tanto, una relativa ausencia de tensiones internacionales), la doctrina de "seguridad nacional-desarrollo económico" fue elaborada para la solución de los conflictos internos existentes, lo que implicaba directamente la toma del poder. Los conflictos intraburgueses, los movimientos obreros y campesinos, la temerosa penetración de ideas izquierdistas en las Fuerzas Armadas, en fin, todo lo que caracterizaba una situación de crisis y tensiones en la sociedad, fueron los elementos o razones reivindicadas para la toma del poder y para la puesta en práctica de la doctrina elaborada. Paralelamente, esa doctrina está directamente relacionada con el desarrollo de la industria nuclear de guerra, que rápidamente cambió los costos de la tecnología militar y generalizó las medi-

das político-sociales con la dirección del desarrollo económico, complicando el cuadro que venía desde 1930.

En la relación "desarrollo económico-seguridad nacional" los autores plantean algunos puntos interesantes: ¿cuál es la mayor amenaza, la interna o la externa; ¿es el subdesarrollo la gran amenaza a la seguridad?; ¿qué rol juegan los militares en el desarrollo?; ¿cuál es la mejor estrategia?; ¿cómo se establece el equilibrio entre desarrollo y seguridad?; ¿puede un país aspirar a un poder mundial y adoptar algunas o todas las características doctrinarias y equipos del poder mundial?; ¿o es un *ultimatum* al logro de un gran poder militar, y se usaría al desarrollo como un falso objetivo? Más aún: dada la complejidad de ambas sociedades ¿en qué medida, el relativo desarrollo del sector industrial de Brasil contribuye a una actitud general favorable de los militares frente a la economía privada y actividades políticas?; ¿en qué medida la más crítica postura de los militares peruanos frente a algunas inversiones de los Estados Unidos refleja una posición económica menos segura para Perú? En ambos países, esa estrategia ¿afecta básicamente sus relaciones con la Iglesia, los trabajadores y la propia burocracia?

Los autores contestan estas interrogantes señalando, desde un punto de vista militar, las condiciones que permitieron la toma del poder, los planes de desarrollo, la evolución del régimen bajo el dominio militar y las relaciones establecidas con los demás grupos sociales. Así, tenemos que en ambos países, los cambios surgen primero entre los oficiales y civiles designados para las escuelas militares y para funciones de inteligencia y, solamente más tarde, afectan la participación militar en la política. En Brasil y Perú, los cambios en las perspectivas militares tuvieron sus orígenes dentro de las instituciones militares y fueron confirmadas, posteriormente, por su interacción con la sociedad. Y, dentro de este aspecto, es colocada la cuestión del "profesionalismo" de las Fuerzas Armadas. Los autores señalan que, al contrario de lo que se piensa (o sea, que el profesionalismo contribuye a disminuir el compromiso militar en la política), el aumento de los expertos militares, su creciente participación en la contrainsurrección, la influencia de las escuelas militares nacionales e internacionales, la idea

de la "construcción nacional" y de planeamiento de desarrollo multisectorial con participación militar, estarían resultando en una relación directa entre "mayor profesionalismo, mayor posibilidad de compromiso militar en la política nacional". Y, esos compromisos, se dan en momentos de tensiones y crisis del sistema, siendo que, hasta 1964 en Brasil y 1968 en Perú, la intervención de las fuerzas armadas en el proceso de decisiones políticas era transitoria. A partir de entonces, las fuerzas militares brasileña y peruana, al tomar el poder, lo hacen presentando un programa de desarrollo económico íntimamente relacionado a la cuestión de la seguridad nacional y por un período indefinido. La tarea inicial que se les plantea es de la "legitimidad" ante la sociedad, principalmente ante aquellos sectores de la clase dominante que hasta entonces se proponían alcanzar las metas desarrollistas y que fueron desplazados de la esfera del poder. Pero, es exactamente la idea defendida por los militares, de que las élites civiles se revelaban cada vez más incapaces de resolver los impasses y crisis del sistema, la que les abre paso al reconocimiento del nuevo orden político. Posteriormente, aunque no sin conflictos entre los militares y algunos sectores de la clase dominante, la cuestión de la legitimidad es pasada a un segundo plano, ya que las medidas adoptadas fortalecen, en última instancia, al sistema.

En esa línea de desarrollo los autores señalan algunas diferencias básicas entre los modelos militaristas brasileño y peruano. Así, por ejemplo, al especular sobre la repercusión de ambos modelos en América Latina, afirman que el régimen peruano resulta "políticamente más simpático que el brasileño" y que eso se debe a la política pronorteamericana del régimen de Brasil. Y, según los autores, esta actitud estaría, en gran medida, determinada por la experiencia adquirida por la Fuerza Expedicionaria Brasileña (FEB) junto a las tropas norteamericanas en la Segunda Guerra Mundial, donde había participado Castello Branco. A eso, los autores agregan la intensa campaña anticomunista después de 1963, principalmente en el seno de las fuerzas armadas, lo que explicaría, en gran medida, el pronto reconocimiento del nuevo régimen por parte de Lyndon Johnson. Además, el régimen militar brasileño se estaría caracte-

terizando por lo que los autores llaman el "estilo aristocrático", es decir, totalmente adverso al populismo de Getulio Vargas, donde las decisiones son tomadas en las altas esferas político-económicas bajo conducción militar.

Por otro lado, el modelo peruano estaría representando una política antinorteamericana en la medida en que fueron tomadas algunas decisiones en contra del capital norteamericano. Y, según Einaudi y Stepan III, la poca ayuda recibida por Perú en el programa de la Alianza para el Progreso, el rechazo a la venta de aviones supersónicos (1965-67) y la fría actitud de los Estados Unidos en 1968 en relación al nuevo régimen, explican la posición antinorteamericana del gobierno militar peruano. En el plan interno, la relativa estabilidad del sistema frente a los movimientos de masas y frente a los movimientos guerrilleros, ha permitido al gobierno militar dedicarse con más énfasis a las tareas del desarrollo, hecho ese que no ocurrió en Brasil, principalmente en el segundo gobierno (Costa e Silva) y parte del gobierno de Garrastazú Médici. Según los autores, esto estaría permitiendo, incluso, una política de movilización de masas en Perú, cosa que no ocurre en Brasil.

Aunque las diferencias señaladas entre ambos modelos sean pertinentes, las explicaciones dadas por los autores no nos parecen satisfactorias. Al enfocar, analíticamente, a la institución militar como una nueva modalidad de poder político, le atribuyen un poder de decisión tal como si fuera posible su existencia por encima de la sociedad. En realidad, sabemos que el militarismo corresponde a una salida del capitalismo latinoamericano para resolver sus impasses y crisis y, como tal, su actuación está determinada o condicionada por las propias relaciones del sistema tanto a nivel nacional como internacional que se dan en los marcos del capitalismo dependiente. La política pro o antinorteamericana revela más bien el grado de desarrollo alcanzado por las economías de ambos países, y la manera cómo esas economías pasan por el proceso de integración al imperialismo en su nueva modalidad iniciada en los primeros años de la década del 60. En este caso particular, el militarismo es uno de sus aspectos más relevantes, ya que fue la solución encontrada por el sistema para resolver los impasses e inestabilidades de las instituciones políticas. De

cualquier manera, el trabajo de Einaudi y Stepan III arroja un poco más de luz sobre el tema, ya que los autores, al realizar el estudio para la Rand Corporation (que tiene como una de sus especialidades la preparación de informes de inteligencia para el Estado) y para el Departamento de Estado Norteamericano, parecen haber tenido acceso a fuentes de informaciónes a las que difícilmente llegarían investigadores latinoamericanos. *

Edimilson Bizelli

Maurice Dobb

ESTUDIOS SOBRE EL DESARROLLO DEL CAPITALISMO

Siglo Veintiuno Editores, Bs. As., 1971

Saludamos la aparición en nuestro idioma del libro ya clásico de Maurice Dobb y que fue publicado originalmente en inglés en 1946 por la editorial Routledge & Kegan Paul Ltd. Desde entonces han aparecido más de ocho ediciones en inglés y ha sido traducido a cinco idiomas. Felicitamos a Siglo Veintiuno Editores por haber reparado esta omisión que existía. La traducción está muy bien lograda, a pesar de ser particularmente difícil traducir una obra de naturaleza tan compleja. La presente edición también se destaca por las explicaciones que los traductores hacen de algunos conceptos y referencias históricas que son propios a la realidad europea y específicamente inglesa. Es así como ciertas palabras no tienen una traducción directa —tales como *gentry*, *yeomanry*, *corvée*— y los traductores prefieren mantener la denominación extranjera y en pie de página explican el concepto. Quizás lo mismo deberían haber hecho con el concepto *tenant*, que tradujeron como terrazguero. El americanismo terrazguero sólo se utiliza en algunos países latinoamericanos, en particular en Colombia. *Tenant*, en otros países, significa huasipunguero, yanacóna, inquilino, colono, yanapero, etc. Los editores, lamentablemente, no incluyeron en el libro el índice de autores y de materias, útiles guías en libros como éste. Su inclusión no habría sido difícil, pues aparecen en la edición inglesa.

Esta obra, en sus aspectos fundamen-

tales, es una sólida reafirmación de las tesis básicas de Marx expresadas en *El Capital*. No cabe duda de que se ha convertido en un complemento indispensable del libro de Marx. Desde su muerte, hace más de un siglo, han aparecido múltiples estudios empíricos y teóricos sobre el desarrollo del capitalismo en Europa, especialmente en Inglaterra, que históricamente es considerado como el caso clásico. Dobb, por su parte, incorpora dicho material científico en su libro, el cual, por supuesto, Marx no tenía a su disposición para enriquecer la teorización sobre el capitalismo. Estudios sobre el desarrollo del capitalismo son una nueva demostración de la genialidad de Marx, pues el cúmulo de investigaciones posteriores, según Dobb, han reafirmado las tesis principales de Marx sobre el capitalismo. El autor inglés ha investigado en cientos de libros y artículos científicos para desarrollar sus abstracciones y comprobaciones de las tesis marxistas. En el libro hay referencias a más de 320 autores, cifra que es algo inusitada en los medios intelectuales latinoamericanos, que caen en un estrecho empirismo o se quedan en las generalizaciones poco concretas del ensayismo.

En el libro se desarrollan los siguientes temas: una conceptualización del capitalismo, la declinación del feudalismo y el crecimiento de las ciudades, los comienzos de la burguesía, el surgimiento del capital industrial, la acumulación de capital y el mercantilismo, el crecimiento del proletariado, la revolución industrial y el siglo 19, el período de entre guerras y su secuela, y, finalmente, el desarrollo del capitalismo después de la Segunda Guerra Mundial. Los dos primeros capítulos son particularmente útiles para aquellos estudiosos que han seguido la polémica marxista, en torno a la transición del modo de producción feudal al capitalista, desarrollada en la revista *Science and Society* de Nueva York, a principios de 1950. Dicha polémica fue publicada en castellano en 1969 por la Editorial Ciencia Nueva de Madrid. Sin lugar a dudas estos dos primeros capítulos en particular, y el libro en general, deberían ser lectura obligatoria para todos aquellos interesados en lograr una clarificación conceptual sobre la polémica del feudalismo y capitalismo en América Latina. (Al respecto, véase también el artículo de Ernesto Laclau aparecido en el número 1 de esta revista).

Recomendamos a los lectores que quieran estudiar *El Capital*, que comienzan por el libro de Dobb, pues ciertas afirmaciones teóricas de *El Capital*, que son de difícil comprensión, quedan muy bien ilustradas por la amplia y rigurosa demostración que de éstas hace Dobb. Analicemos, a modo de ejemplo, el capítulo cuatro sobre el surgimiento del capital industrial para ilustrar el método expositivo de Dobb, que es extremadamente claro y didáctico, aunque requiere de una atenta meditación. El capítulo comienza con una cita de *El Capital* (vol. 3) en que Marx se refiere a las dos vías de transición del modo de producción feudal al capitalista. A una de ellas Marx la denomina "el camino realmente revolucionario", y la otra, el camino que "influyó históricamente como transición", pero que llegado el momento se interpuso como obstáculo al desarrollo del capitalismo y desapareció con éste. Dobb desarrolla todo el capítulo en torno a dicho párrafo de Marx, en que demuestra la corrección del argumento de Marx, enriqueciéndolo a la vez. "Los dos caminos de que habla Marx no se mantienen apartados en todo su trayecto sino que, a menudo, se confunden por un trecho y, en ciertos lugares, se cruzan" (p. 156), o sea, Dobb desarrolla la complejidad de la realidad, pero manteniendo su nitidez y refiriéndolo al modelo teórico de Marx.

Este libro lo recomendamos, especialmente a los economistas e historiadores, pero, sin duda, los sociólogos también podrán aprender de él. Creo que el carácter del libro no es híbrido, es decir, no "se cae entre dos sillas", como dice la expresión inglesa que utiliza Dobb. Por el contrario, el libro se afirma en ambas, tanto en la silla del economista como en la del historiador. Sigue siendo válida también la afirmación del autor en el Prefacio —y que ojalá veamos cumplida, a nivel universitario, en economía e historia— cuando dice que "el análisis económico sólo cobra sentido y rinde frutos si va unido a un estudio del desarrollo histórico". Por nuestra parte agregaría, en relación al análisis histórico, que la colección de materiales y datos históricos no tiene sentido a menos que esté ligado a un marco teórico, que puede y debiera provenir de los propios historiadores, pero que en repetidas circunstancias sólo lo entregan los economistas y sociólogos. Creo que el libro de Dobb constituye un desafío tanto para los historiadores como para los

economistas. Un reto que debe estimularnos a investigar con profundidad el desarrollo de los modos de producción en América Latina y a aplicar correctamente el marxismo a nuestra realidad. Es nuestra convicción que las generalizaciones en que incurren los científicos sociales latinoamericanos, deberán ser acompañadas por muchísimas investigaciones monográficas que estudien concretamente ciertos aspectos específicos del desarrollo de los modos de producción en América Latina, evitando que las abstracciones sean idealistas o dogmáticas, oscureciendo así el debate marxista sobre la caracterización de los modos de producción en América Latina. *

Cristóbal Kay

Aníbal Quijano

NACIONALISMO, NEOIMPERIALISMO Y MILITARISMO EN EL PERU

Ediciones Periferia, Bs. As., 1971.

El autor sostiene que la experiencia del gobierno de las fuerzas armadas peruanas, significa la aparición y cristalización de una alternativa nueva para la evolución de las relaciones de dominación imperialista en América Latina. Esta permitiría renovar la posibilidad de una opción de desarrollo neoimperialista y nacional contra la tendencia a la absorción de los proyectos de las burguesías desarrollistas por procesos netamente neocoloniales, la que predominó en las décadas pasadas.

En síntesis, el proceso peruano se inscribe dentro de las tendencias de redefinición de las modalidades de articulación de los países dependientes en la estructura imperialista internacional que se transforma. El gobierno está directamente en manos de capas militares tecnocráticas de origen pequeñoburgués y de la burguesía burocrática además, pero un examen detenido de las medidas tomadas por dicho gobierno, especialmente desde abril de 1970, lleva a concluir que en el trasfondo prevalecen los intereses a largo plazo de la burguesía nacional, en orden a modernizar y homogeneizar el

capitalismo en el Perú, desplazando e integrando al nuevo proyecto nacional a los sectores burgueses latifundistas más atrasados, desarrollando la industria a través del aporte del capital privado nacional y extranjero con la pretensión de subordinarlos a la orientación del Estado y suprimiendo las trabas precapitalistas en lo económico y sociopolítico para la expansión de las fuerzas productivas en el marco de una estructura capitalista renovada.

Los rasgos originales de la experiencia peruana surgen justamente del carácter de clase del gobierno militar y las peculiares condiciones en que desenvuelve su proyecto. Las drásticas medidas antimperialistas y antioligárquicas, con las que se inician en especial las expropiaciones de la IPC y de las grandes haciendas del norte del país, provocaron el desconcierto no sólo entre los sectores afectados directamente en sus intereses, sino también entre la burguesía industrial a la cual, en última instancia, favorecía la modernización de la economía que se impulsaba y entre los diversos sectores de la izquierda marxista. La primera parte del libro de Quijano trata de hacer un recuento minucioso de esta etapa que se extiende desde octubre del 68 a abril o mayo del 70. La política económica del gobierno expresa entonces las contradicciones no antagónicas entre el proyecto de modernización capitalista y los intereses de determinados sectores del capital imperialista y la oligarquía tradicional. A las medidas de retracción económica con que responden estos sectores se suma la de la propia burguesía industrial nativa, que no comprende la conducta de la Junta. Sin embargo, sólo desde mediados de 1970, el esquema propugnado por el gobierno militar empieza a explicitarse legalmente y los diversos sectores sociales internos y el capital extranjero pueden actuar conociendo las "reglas del juego". El autor dedica la segunda parte del libro a un análisis del "modelo" original que empieza a bosquejarse en el Perú y que tiene como columna vertebral la Ley de Industrias de julio de 1970. Con posterioridad se han promulgado las Leyes Generales de Pesquería, Minería y Telecomunicaciones, repitiéndose en ellas, con algunas variantes, las líneas básicas de política establecidas para el sector industrial.

¿Cuáles son los rasgos del modelo neocapitalista peruano? Las leyes cita-

das anteriormente consagran el sector industrial-urbano como área central de la economía dependiente. Se alienta la inversión extranjera, asegurándole "ganancias razonables", pero pretendiendo controlarla a través de la ampliación y fortalecimiento de la intervención del Estado en la economía. Se persigue hacer partícipes a los trabajadores mediante la original Comunidad Laboral (Industrial, Minera, Pesquera y de Telecomunicaciones), organismo integrado por todos los ejecutivos, obreros y empleados que, sin ser una modalidad de accionariado difundido, no es tampoco una alteración significativa de las relaciones capitalistas de producción, por cuanto descontar obligatoriamente el 15% de las utilidades netas de la empresa para reinvertirlas en acciones a nombre de la Comunidad, con la esperanza de llegar algún día al 50% del capital social y poder así convertir a los trabajadores en accionistas individuales de una cooperativa con la mitad del control de la empresa. Ella no es, por cierto, sino un buen anzuelo para persuadir a los capitalistas para una acumulación acelerada y lograr, de paso, disminuir el descontento de los trabajadores. Que exista un mecanismo, la Comunidad de Compensación, para aminorar las diferencias en la participación accionaria entre las comunidades de cada sector —exceptuando el industrial, cuya ley fue la primera en promulgarse—, no altera la tesis central del autor: se trata de un proceso neocapitalista que producirá cambios "en el carácter concreto de las relaciones capitalistas de producción" (p. 183), al institucionalizar una forma peculiar de accionariado obrero y establecer formas limitadas de cogestión, sin alterar, en consecuencia, las leyes básicas de funcionamiento en la estructura capitalista de producción. Se confirma, por tanto, la inexistencia del "tercer camino, ni capitalista, ni comunista", que los ideólogos del régimen se esfuerzan en inventar.

El libro de Quijano es, sin duda, el primer análisis global del polémico "modelo" peruano hasta mediados del año pasado y sus previsiones, expuestas en el apéndice bajo los títulos Balance y Perspectivas, se han visto confirmadas por los hechos posteriores. En el año 1971 se ha reactivado la economía peruana. Establecidas claramente las "reglas del juego", el capital extranjero acude presto y obtiene concesiones, entre otras, en la Selva Petrolí-

fera. El comercio exterior se multilateraliza y se multiplican las relaciones y acuerdos con los países socialistas, como signo de la mayor autonomía del capitalismo de estado peruano. Los sectores reformistas más avanzados del gobierno pretenden, a través del SINAMOS (Sistema de Apoyo a la Movilización Social), organizar el apoyo popular al gobierno reformista. Por otro lado, éste recibe el respaldo oficial del PDC, quien, seguramente, identifica la Comunidad Laboral con el germen de su utópica y tercerista "sociedad comunitaria". La Sociedad Nacional de Agricultura, otrora omnipotente núcleo de poder, ha sido intervenida por el gobierno para "adecuarla" a las nuevas condiciones y la Sociedad Nacional de Industrias, organismo gremial de la burguesía industrial peruana, "sin duda una de las más raquílicas y mal preparadas de América Latina" (p. 204) ha debido aceptar recientemente modernizar su estructura a requerimiento del Ministerio de Industria y Comercio. El gobierno, a través del organismo financiero COFIDE y la Empresa INDUPERU, amplía los marcos de la intervención indirecta y directa en la propiedad y creación de empresas, para apoyar y suplir a una burguesía dependiente que pierde autonomía frente al Estado. Se robustecen las empresas estatales PETROPERU y MINERO PERU, al calor de los nuevos descubrimientos de petróleo. El imperialismo ha perdido su desconianza y el Ministro de Economía y Finanzas no tiene dificultades en renegociar la deuda externa y concertar un préstamo de 780 millones de dólares del Banco Mundial.

El panorama general del Perú actual señala la tendencia de las clases dominantes y el imperialismo a recuperar o absorber las reformas efectuadas, lograda ya la primera parte del proceso de recondicionamiento de la estructura capitalista peruana. Como bien señala Aníbal Quijano, el proceso no deja de tener problemas, básicamente los que surgen del intento de impulsar un esquema neocapitalista en una economía dependiente como la peruana. La importante huelga del magisterio, el año pasado, la huelga de los mineros del centro del país, los conflictos en algunas cooperativas cañeras de las haciendas del norte, la huelga general de abril pasado en Arequipa, hechos todos que muestran la vitalidad del movimiento popular y que dieron origen a violentas olas represivas (los

tres primeros) y a negociaciones más conciliadoras (la última), son un claro testimonio de las dificultades que enfrenta el "modelo peruano".*

Manuel Lajo L.

Carlos Maldonado

EL ARTE MODERNO Y LA TEORÍA MARXISTA DEL ARTE

Ediciones Universidad Técnica del Estado, Santiago, 1971.

El libro de Carlos Maldonado pretende ser una síntesis de los principales problemas de la teoría marxista del arte. Pero no sólo se trata de una investigación acerca de estos problemas, sino que incluye también una exposición referente a la historia del arte. Es ahí donde empiezan las dificultades de Maldonado.

Es evidente que una síntesis de los "problemas de la teoría del arte" exige una aclaración de las categorías y del método de esta teoría, en especial, porque el autor no está hablando de la teoría única de los idealistas sino de la teoría marxista que, según él mismo lo reconoce, no tiene todavía sus soportes plenamente desarrollados y consuetudinarios.

Maldonado propone como categoría fundamental para el análisis el "estilo" y lo define como "criterios medios que representan el espíritu de su época". Esta definición echa por tierra cualquiera pretensión de rigor marxista. La teoría del arte se confunde entonces con una historiografía de lo que una época piensa respecto de sí misma, o sea, la teoría del arte trabajaría con la ideología de periodos histórico-artísticos. No se problematiza el desglose de estos periodos estilísticos, lo que parece significar que se aceptan los desgloses tradicionales, como si éstos no hubieran sido hechos bajo determinadas categorías que nada tienen que ver con el marxismo. Así, pues, para Maldonado, el desglose de los estilos es un fenómeno natural como su sucesión en la historia, donde el cambio se hace bajo la impulsión de las "nuevas generaciones". Cualquiera teoría estilística tradicional estaría de acuerdo con esta afirmación.

Como método de investigación el autor propone "un análisis pormenoriza-

do de los elementos de la realidad dentro de las condiciones concretas de una época determinada" (p. 17), lo que se complementa con un doble enfoque del fenómeno artístico:

- a) exógeno — análisis del contexto histórico.
- b) endógeno — análisis únicamente de la obra.

En realidad, el método no va más allá de los estudios que hacen, por una parte, la historia social y, por otra, la estética. El segundo tema es, muchas veces, un efecto mecánico de la realidad social. Pero el marxismo más avanzado y ecléctico, en el cual se incluye Maldonado, atribuye a la estética una cierta independencia y piensa las relaciones realidad-obra de arte bajo la definición de relaciones dialécticas. El problema está en que el término "dialéctico" se refiere a la reciprocidad y autonomía de los términos, pero no aclara cómo se hace la mediación entre los términos, los grados de autonomía y, sobre todo, cómo la relación es ella misma variable.

La debilidad del marco teórico se evidencia incluso en el plan del libro. Después de la breve sistematización ya citada, se pasa a una historia social del arte que no pretende agotar el tema. Vale la pena preguntarse acerca de la necesidad de este resumen, una versión simplificada de la *Historia Social de la Literatura y del Arte*, de Arnold Hauser.

Así como no discute en el nivel teórico el problema del desglose estilístico, en el momento que lo realiza el autor acepta las definiciones más generales sobre los periodos de la historia del arte y sus características. Así encontramos una descripción del clasicismo, del barroco, del rococó y del romanticismo, donde se quiere evidenciar el "espíritu" de cada época.

Acercas del arte moderno hay una particular tesis... "a partir del viraje operado a fines del siglo pasado, el arte, en general, rompe esta situación y se sitúa en un lugar de autonomía respecto de la estructura dominante de la sociedad". (p. 67).

Según esta tesis, por su función crítica, el arte moderno consigue arrancarse de la contaminación ideológica. El arte deja de ser una forma superestructural directamente ideológica y su actitud crítica le da una significación revolucionaria.

La identificación arte moderno=arte revolucionario nos parece bastante rara. Por una parte, porque los conteni-

dos del modernismo han sido variados y, en distintas oportunidades, poco críticos respecto a su coyuntura social. En muchos países hay una clara coincidencia entre la ideología fascista y los temas modernistas (en el modernismo portugués, por ejemplo, así como en la temática de tendencias gemelas: futurismo de Marinetti, etc.). Por otra parte, es el marxismo el que proporciona elementos para una nueva teoría del arte. El desarrollo de la ciencia marxista se hace al plantearse la perspectiva de una nueva clase: el proletariado. El desarrollo del arte moderno está todavía ligado a la clase que tiene el control de la cultura y son solamente algunas tendencias del arte moderno que presentan realmente una perspectiva crítica.

El arte no pasó, como quiere Maldonado, de "conservador" a "crítico", tampoco se puede decir que dejó de ser una forma superestructural directamente ideológica. La función crítica del arte es también una función que le asigna la ideología y la relación arte-ideología es en el arte moderno tan compleja y oscura como en el clasicismo, por ende, no se puede arriesgar tesis definitivas basadas en apariencias.

En este punto llegamos a la tercera parte del libro: el estudio de los problemas teóricos, como la especificidad, las relaciones arte-ideología, el realismo y las relaciones contenido-forma.

El autor pretende que, para Marx, el arte es la "objetivación de la esencia del hombre mediante la práctica del trabajo creador" (p. 96). Rechaza así el planteamiento del arte como forma de conocimiento, sin examinar la definición dada por Marx en la *Introducción a la Crítica de la Economía Política* (1857), según la cual el arte es una "forma de apropiación del mundo". "El todo, tal como aparece en la mente como todo el pensamiento, es un producto de la mente que piensa y se apropia el mundo del único modo posible, modo que difiere de la apropiación de ese mundo en el arte, la religión, el espíritu práctico". (*Elementos Fundamentales para la crítica de la Economía Política, Grundrisse, Siglo XXI*, p. 22).

Esta definición introduce una problemática distinta de la que Marx desarrolla en los *Manuscritos de 1844* al considerar la mitología como el terreno en que se nutre el arte griego, pero insistiendo en la no identificación mitología-arte, o sea, ideología-arte.

Esta no identificación nos parece ser la que permite el desvelamiento de la ideología por el arte y su superación. Pero el arte griego no tiene un valor que le adviene de una esencialidad sino que su comprensión se realiza, por una parte, por y dentro de la mitología y, por la otra, por la universalidad o la modernidad de algunos de sus temas. No se trata de una objetivación de aspectos supratemporales de la esencia humana (p. 113), como lo quiere Maldonado. Es evidente que el rol de la ideología no puede estar asignado de manera coherente en una teoría del arte que considera que: "Cada obra es única e irrepetible. Es el fruto de la experiencia, el talento, el trabajo y la visión de un hombre, de un artista, de una individualidad". (p. 149).

Esta afirmación contradice los mismos textos de Marx que utiliza el autor. La obra para Maldonado no es más que el fruto de un talento y una experiencia particular, cuando, para Marx, los temas artísticos son particularizaciones de contenidos más amplios. La tesis de Maldonado significaría separar el individuo de su clase y pensarlo únicamente desde un punto de vista psicológico.

En realidad, los análisis del libro dejan diversas interrogaciones acerca de este problema fundamental. Es cierto que es un tema crítico y justamente por eso sería necesario un desarrollo más sistemático, sin soluciones fáciles tales como que el arte se relaciona con la ideología pero que conserva su autonomía.

Maldonado critica el concepto lukasiano de realismo como pegado al modelo del siglo 19, como así también al realismo socialista por su dogmatismo, para llegar a la conclusión de que es necesaria una nueva concepción de realismo como categoría general del arte. Sin embargo, no consigue definir si el realismo es un valor estético o no.

Entre otros problemas tocados en el libro está el de las relaciones contenido-forma. El contenido es definido como "idea no elaborada" y la forma como "resultado del proceso de elaboración estética". Entre los dos habría una unidad dialéctica, solución tradicional para una problemática tradicional. En realidad, ésta es una falsa separación de una totalidad —la obra de arte— cuya composición debe ser pensada en términos de ideologías componentes, técnicas, estructuras.

El arte moderno y la teoría marxista del arte de Carlos Maldonado no

aporta nuevas ideas ni tampoco aclara antiguas. Como recuento contribuye a una visión ecléctica del marxismo, justo en un momento en que se hace necesario profundizar las investigaciones para criticar y construir. La construcción de una nueva cultura, como así también la de una nueva sociedad exige fundamentos sólidos, visión crítica y audacia, porque es el establecimiento de un orden nuevo. •

Elizabeth Souza-Lobo

PUBLICACIONES RECIBIDAS

Libros:

Robert Brown, **La explicación en las ciencias sociales**, Periferia, Bs. As., 1972, 275 pp. Índice: Reconocimientos, Introducción. Primera parte. Descripción, observación y explicación. I Preguntas acerca de la sociedad. II La descripción social. III La observación social. IV La explicación social. 1 El método genético. 2 Intenciones. 3 Disposiciones. 4 Razones. 5 Funciones. 6 Generalizaciones empíricas. Segunda parte. Métodos de explicación. V El método genético. VI Intenciones. VII Disposiciones. VIII Razones. IX Funciones. X Generalizaciones empíricas. XI Teorías.

Varios autores, **Federico Engels, gran revolucionario y pensador**, Academia de Ciencias de la URSS, Moscú, 1971, 234 pp. Índice: B. Ponomarev, Federico Engels, gran revolucionario y pensador. P. Fedeseév, Federico Engels y algunos problemas de la dialéctica del desarrollo social. B. Kédrov, Una gran obra de Engels. J. Momdzhian, Engels y nuestra época. T. Timoféev, La lucha teórica-ideológica en torno al legado de Federico Engels y el movimiento obrero. M. Mchédlov, La actualidad de las ideas de Engels sobre el Estado. I. Andréev, Federico Engels: la transición del régimen de la comunidad primitiva a la sociedad de clases y el Estado. T. Samsónova, Federico Engels y algunos aspectos de la conducta y la educación del hombre.

Franco Ferrarotti, **Una Sociología Alternativa**, De Donato Editore, Bari, 1972, 319 pp.

Índice: 1. Cos'è la sociologia critica. 2. L'oggetto della sociologia non è la sociologia. 3. La vanificazione metodologica dei problemi. 4. I rivoluzionari innocui ovvero l'opposizione cooptata. 5. Ripensare i contenuti in un quadro teorico alternativo. 6. La nuova legittimazione del potere. 7. L'infortunio come spia delle contraddizioni sociali. 8. Cosa c'è dietro alle cifre. 9. Le leggi inoperanti. 10. Il potere aziendale chiamato in causa. 11. Il mito organizzativistico. 12. La spina dorsale della produzione. 13. L'operaio come persona mutilata. 14. L'operaio tagliato fuori. 15. La razionalità irragionevole. 16. Deprivatizzare la scienza. 17. L'assenteismo: auto-difesa elementare. 18. Il marxismo come scienza di massa. 19. I concetti sociologici non sono metastorici. 20. La tendenza isomorfica. 21. Il problema dell'"uomo nuovo". 22. L'operaio nuovo come ex-marginale. 23. Il rapporto dialettico fra tecnica e società globale. 24. Morfe e trasfigurazione del proletariato. 25. La bipolarità tendenziale. 26. Gli impiegati come parte del proletariato. 27. La proletarizzazione degli addetti ai servizi. 28. La scienza come forza direttamente produttiva. 29. La nuova composizione del proletariato. 30. L'autocensura della sociologia urbana. 31. La città al servizio della produzione. 32. La privatizzazione del pubblico. 33. La nuova bestia trionfante. 34. Lusso e miseria come realtà reciprocamente funzionali. 35. L'isola felice della famiglia. 36. Famiglia estesa, famiglia nucleare: e poi? 37. Il ghetto familiare. 38. El nido violato. 39. L'attacco consumistico alla classe. 40. La creazione del cliente. 41. L'inoculazione dei bisogni. 42. La "classe politica" come classe totale. 43. L'isolamento della "classe politica". 44. Formalismo e parali. 45. Il vero significato della crisi dello Stato. 46. L'insufficienza della dimensione nazionale centripeta. 47. Dal potere discrezionale alla sociocrazia. 48. I nervi del potere. 49. Il potere concentrato. 50. Potere, per che cosa? 51. Orientamenti bibliografici.

Revistas:

Política Internacional, Nº 1, enero 1972, Milán, director: Giampaolo Calchi Novati. Sumario: Julius Aiyegbusi, El segundo decenio dello sviluppo e incominciato. Roberto Aliboni, Mondialismo e regionalismo. Franco Garino, I precedenti di Ginevra e Nuova Delhi.

Renato Sandri, I punti fermi della Dichiarazione di Lima. Franco Salvi, La nuova legge italiana per la cooperazione. Documento, Il problema della riforma agraria nel mondo.

Casa de las Américas, Nº 71, marzo-abril 1972, La Habana, director: Roberto Fernández Retamar. Sumario: José Antonio Portuondo, Crítica marxista de la estética burguesa contemporánea. Adolfo Sánchez Vásquez, Notas sobre Lenin, el arte y la revolución. Ferruccio Rossi-Lendi, Programación social y comunicación. Julia Kristeva, La semiótica, ciencia crítica y/o crítica de la ciencia. Yuri M. Lotman, El problema de una tipología de la cultura. Boris A. Uspenski, Sobre la semiótica del arte. Juan Mukarovsky, El arte como hecho semiótico. Etc.

Revista Latinoamericana, Nº 25-26, enero-marzo, 1972, Bielefeld, director: s/n. Sumario: Fidel Castro, En el acto de homenaje al Comandante Ernesto Che Guevara. Fidel Castro, En el acto de despedida que le brindó el pueblo de Chile. Declaración Conjunta Cuba-Chilena. Salvador Allende, En el acto de la nacionalización del cobre. Hernán Ramírez Necochea, Esquema de la evolución social y política de la República de Chile. Theotonio Dos Santos, La crisis del modelo de desarrollo de América Latina. Brasil: El plan de 30 horas. Ricardo Andino, Colombia: resurgimiento de las guerrillas. Eduardo Galeano, La guerra sucia en América Latina.

Informazioni, Bollettino dell'Istituto di Sociologia Internazionale, Nº 19-22, diciembre, 1971, Trento, director: Franco Demarchi. Sumario: Renzo Gubert, Fattori della situazione confinaría: una ricerca empirica. Anna Maria Boileau, Isole etniche del Mezzogiorno. Onyema Amaechi, Africa: al di là del tribalismo. Franco Demarchi, Minoranze etniche sulle frontiere cinesi. Etc.

Santiago, Universidad de Oriente, Nº 5, diciembre, 1971, Santiago de Cuba, director: Nils Castro. Sumario: Melba Hernández, De la solidaridad. Fabio Grobart, El movimiento obrero cubano de 1925 a 1933. Gunnar Adler-Karlson, La fraternidad militar-industrial en los Estados Unidos. Umberto Eco, La canción de consumo. Etc.

REVISTA LATINOAMERICANA DE CIENCIAS SOCIALES

Publicada por la Escuela Latinoamericana de Sociología (ELAS) y el Instituto Coordinador de Investigaciones Sociales (ICIS) de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO)

Junio 1972 - Nº 3

SUMARIO

- Sergio Bagú / **Capital y capitalismo: dos conceptos decisivos en Marx y Engels**
Almino Affonso / **Esbozo histórico del movimiento campesino chileno**
Ximena Vergara J. y Luis Barros L. / **La Guerra Civil del 91 y la instauración del parlamentarismo.**
Germán W. Rama / **Educación media y estructura social en América Latina**
Manuel Castells / **Las nuevas fronteras de la metodología sociológica**
José Serra / **El milagro económico brasileño: ¿realidad o mito?**
Adolfo Aldunate y Arturo León B. / **Algunas cuestiones en torno a los modelos causales.**
Reseñas
Debate: **El significado de la Guerra Civil del 91.**
Investigaciones: **CESO y CEREN.**
Informaciones: **Seminario de Mérida y Simposio de Lima.**

TARIFAS

CHILE	
Precio del ejemplar:	E° 70
Suscripción anual (dos números):	E° 120
OTROS PAISES	
Cada ejemplar (envío marítimo):	US\$ 4
Suscripción anual área (dos números):	US\$ 10

Rogamos enviar cheques o giros postales a nombre de:

ESCUELA LATINOAMERICANA DE SOCIOLOGIA (ELAS)
Casilla 3213
Santiago de Chile

CRONICAS

Actividades del Cesó

DOCENCIA

El CESO tiene a su cargo actividades docentes en la Escuela de Economía de la Universidad de Chile, donde se ha desarrollado durante el período de marzo a julio del presente año, el siguiente programa:

1. Cátedras obligatorias

Introducción a las Ciencias Sociales

Profesores: Laureano Ladrón de Guevara, Antonio Sánchez, Guillermo Labarca, Mario Toer.

Sociología Sistemática
Profesores: Marco Aurelio García, Edgar Silva S. (profesor colaborador).
Métodos y Técnicas de la Investigación

Profesor: Víctor Molina.
Ciencia Política

Profesores: Edimilson Bizelli, Marcelo García.

Psicología Social
Profesor: Tomás Drexler
Derecho
Profesor: Angel Castro

2. Cátedras electivas

Teoría del cambio socio-político
Profesores: Ruy Mauro Marini, Tomás Vasconi.
Prerrequisito: Sociología Sistemática

Problemas de la transición al socialismo en Cuba.
Profesor: Vania Bambirra
Prerrequisito: Sociología Sistemática

Movimiento obrero en Chile
Profesor: Emir Sader
Prerrequisito: Introducción a las Ciencias Sociales

Estructura Agraria y Cambio Social
Profesor: Cristóbal Kay
Prerrequisito: Sociología Sistemática

Capitalismo Contemporáneo
Profesor: Theotónio Dos Santos
Prerrequisito: Introducción a las Ciencias Sociales
Historia de la estrategia y táctica socialista

Profesor: Theotónio Dos Santos
Prerrequisito: Introducción a las Ciencias Sociales

Formaciones dependientes latinoamericanas y coyunturas políticas.

Profesor: Jaime Torres
Prerrequisito: Sociología sistemática.

Los movimientos sociales y la izquierda en los EE.UU.

Profesor: Patricia Fagen. •

PUBLICACIONES

El Departamento de Publicaciones del CESO ha editado en el primer semestre del presente año los siguientes títulos en sus distintas colecciones:

Cuadernos de Estudios Socio-Económicos

Educación y cambio social, de Tomás Vasconi, segunda edición.

Dependencia y cambio social, de Theotónio Dos Santos, segunda edición.

Imperialismo, dependencia y relaciones económicas internacionales, de Orlando Caputo y Roberto Pizarro, segunda edición.

Chile: ¿una economía de transición?, de Sergio Ramos, en coedición con Prensa Latinoamericana.

En preparación

Capitalismo dependiente latinoamericano, de Vania Bambirra.

Hacienda y economía campesina, de Alejandro Schejman.

El desarrollo del capitalismo en la agricultura. Un estudio comparativo entre Europa y América Latina, de Cristóbal Kay.

Fuera de colección

La transición al socialismo y la experiencia chilena, Symposium CESO-CEREN, en coedición con Prensa Latinoamericana.

Revista

Sociedad y Desarrollo, Nº 1 y 2, en coedición con Prensa Latinoamericana.

Documentos de Trabajo

El sistema educacional: ideología y superestructura, de Guillermo Labarca.

Dialéctica de la dependencia, de Ruy Mauro Marini.

Pampa Irigoín: lucha de clases y conciencia de clases, de José Bengoa.

La crisis en la Universidad de Chile. Del pluralismo a la transacción, de Tomás Vasconi y Yaco Tieffenberg, 2 tomos.

El modelo político brasileño, de Fernando H. Cardoso.

Desarrollo capitalista, socialización y revolución: el modelo clásico, de José Valenzuela Feijóo.

El sector industrial chileno: elementos para evaluación del programa económico de la Unidad Popular, de Ruy Mauro Marini.

Brasil: orígenes y perspectivas de una crisis, de Theotonio Dos Santos.

Cuaderno docente de la cátedra "Estructura agraria y cambio social: latifundistas y campesinos", de Cristóbal Kay.

EXTENSION

Las actividades de extensión del CESO comenzaron en 1972 a partir de la iniciación del año académico.

Estas se prolongarán a lo largo de todo el año, mediante acuerdos que se han firmado con los trabajadores y directivos de tres empresas estatales: ENAFRI, DINAC e IRT. Mediante estos acuerdos, el CESO está dando capacitación sindical a dichos trabajadores en materias tales como participación de los trabajadores, economía política, transición al socialismo, etc.

Estos cursos se están realizando en cada una de las plantas de estas empresas, que se extienden desde Arica hasta Punta Arenas, habiendo comenzado por las plantas de Santiago y próximas a esta provincia. Hasta el momento han participado en la dictación de estos cursos Emir Sader, Fernando Rozas y Juan Reutter.

Las actividades de extensión también se han dirigido hacia sectores profesionales que han solicitado al CESO cursos de perfeccionamiento relativos a materias de ciencias sociales.

En este campo se han desarrollado hasta el momento los siguientes cursos:

a) Ciclo de charlas sobre la Realidad Nacional para el curso de Perfeccionamiento de Asistentes Sociales del Área Oriente en los meses de abril y mayo, en el cual participaron Tomás Vasconi, Marco Aurelio de Almeyda y Cristián Sepúlveda.

b) Curso de Post-Grado sobre Historia Económica y Social de Chile y Latinoamérica, para la Escuela de Salud de la Facultad de Medicina, en el cual intervinieron Ruy Mauro Marini, Cristián Sepúlveda, Alvaro Briones, Vania Bambirra, Edimilson Bizelli y Sergio Muñoz.

c) Curso sobre Realidad Nacional, para el Centro de Perfeccionamiento del Magisterio, dependiente del Ministerio de Educación en el cual participaron Guillermo Labarca y Sergio Muñoz.

SEMINARIO SOBRE DIRECCION OBRERA

Desde el día 16 de junio se está realizando un seminario sobre Dirección Obrera, Central Obrera y Participación, dirigido por Cristina Hurtado, del área de Estado y Clases Sociales del CESO.

El temario del seminario es el siguiente:

1. Dirección y control obrero y participación en Lenin.
 2. Dirección, control obrero y participación en Trotsky.
 3. Dirección, control obrero y participación en Gramsci.
 4. Experiencias de dirección y control obrero; Alemania, Inglaterra, Yugoslavia, Polonia, Suecia, Cuba, China.
 5. La participación en Chile: el convenio CUT-GOBIERNO.
 6. La participación en Chile área social; experiencia de participación. (Consejos de administración, comités de producción, comités de vigilancia en el área privada) tres sesiones con invitados. Tipo Panel.
 7. Evaluación de la experiencia chilena y perspectivas.
- Total: 11 sesiones.

Responsable de cada tema:

1. Cristina Hurtado.
 2. Emir Sader.
 3. Juan Reuter.
 4. Fernando Rosa.
 5. Tomás Drexler.
 6. Bjorn Feuer.
 7. Andrés Ojeda.
 8. Cristóbal Kay.
 9. José Bell Lara.
 10. Guillermo Vitelli.
 11. Pedro Holts.
 12. Clarisa Hardy.
 13. Guillermo Campero.
 14. Oscar Ruiz.
 15. Pedro Gugliemetti.
 16. Dirigentes sindicales y miembros de organismos de participación de Hirmas, Yarur, Sumar, Comandari y otras industrias.
- Invitados: investigadores del CESO, más expositores.

SEMINARIO SOBRE LA CONSTRUCCION DEL SOCIALISMO EN CUBA

Bajo la dirección de Vania Bambirra, el CESO está realizando un seminario sobre "La construcción del socialismo en Cuba", cuyos principales temas son: La reforma agraria; Las estrategias de desarrollo; La polémica sobre la economía socialista; La planificación; El Estado y la dictadura del proletariado en Cuba; La Revolución Cubana y América Latina; La concepción cubana del hombre y de la sociedad.

Participan en este seminario Germán Sánchez, José Bell Lara, Vania Bambirra, Silvia Hernández, Edimilson Bizelli, Emir Sader, Pablo Rivera, Roberto Delgado y un grupo de alumnos de ESCOLATINA.

En el primer semestre de este año se han realizado otros seminarios sobre los orígenes históricos de la Revolución Cubana, así como también un curso

electivo en la Escuela de Economía de la Universidad de Chile acerca de la experiencia cubana de transición al socialismo, dirigido por José Bell Lara y Germán Sánchez.

RECTIFICACION

En el primer número de esta revista se publicó por error en la página 206, primera columna, un texto que no tiene relación alguna con los objetivos del proyecto de investigación sobre "La experiencia cubana de construcción del socialismo", que está realizando Vania Bambirra.

El texto correcto que resume los objetivos de dicha investigación es el siguiente:

"Analizar las características fundamentales de la construcción del socialismo en Cuba, a través del estudio del carácter del Estado y de las políticas económicas que se han implementado bajo la dictadura del proletariado. Tratar de detectar las principales dificultades enfrentadas, las soluciones que se han adoptado para resolverlas y las contribuciones específicas que el proceso revolucionario cubano ofrece en la práctica y en la teoría para el avance del movimiento revolucionario y para la construcción del socialismo.

Se intentará también, definir algunos aspectos que permitan realizar un análisis comparativo entre el proceso de construcción del socialismo en Cuba y la experiencia en curso en Chile.

Se buscará aclarar lo que se puede considerar específico a la Revolución Cubana y lo que se puede generalizar para el estudio de los procesos revolucionarios en países dependientes latinoamericanos".

YANQUI DOLLAR

El North American Congress on Latin America (NACLA), es una organización que agrupa a estudiosos latinoamericanistas y que ha venido publicando en los últimos años una serie de panfletos y folletos sobre aspectos específicos de los procesos económicos, sociales y políticos de América Latina, los cuales han circulado principalmente en sectores académicos y juveniles de Estados Unidos.

A fines del año pasado, NACLA lanzó la proposición de poner en ejecución un proyecto conjunto entre investigadores de América Latina y Estados

Unidos que, trabajando en distintos países, se abocaran al estudio del mayor número de aspectos de la penetración imperialista norteamericana en nuestro continente. Este proyecto, denominado YANQUI DOLLAR, será coordinado por la Oficina Oeste de NACLA, que tiene su sede en Berkeley, California.

YANQUI DOLLAR, que pretende abarcar la mayor cantidad posible de aspectos de las operaciones del imperialismo en América Latina, distingue cinco grandes temas, cada uno de los cuales engloba una serie de problemas particulares: corporaciones específicas; sectores económicos o industriales específicos; países específicos; grupos financieros e instituciones internacionales o gobiernos que proporcionan protección al capital norteamericano.

Un primer informativo, emitido en abril de este año, comunicaba la inscripción como participantes de 32 investigadores individuales o instituciones, de las cuales seis están radicadas en América Latina. Del total de proyectos específicos, también seis tienen por tema central aspectos de la penetración imperialista en Chile y uno de ellos será realizado por el Área de Relaciones Internacionales del CESO, bajo la dirección de Alvaro Briones.

Los primeros adelantos en las investigaciones se tendrán a fines de año, y los informes finales a mediados del próximo. •

Actividades académicas

DECIMO CONGRESO LATINOAMERICANO DE SOCIOLOGIA

La Asociación Latinoamericana de Sociología ha encomendado a Chile, por intermedio de su filial, la Sociedad Chilena de Sociología, la organización del X Congreso Latinoamericano de Sociología a efectuarse en el presente año. Para tales efectos se ha constituido un Comité Organizador compuesto de las siguientes entidades académicas: Departamento de Sociología de la Universidad de Chile, Instituto de Sociología de la Universidad Católica e Instituto Central de Sociología de la Universidad de Concepción,

además de la filial de ALAS, la Sociedad Chilena de Sociología.

Como patrocinantes nacionales de este X Congreso figuran el Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile, la Universidad de Chile, la Universidad Católica de Chile, la Universidad de Concepción, la Oficina de Planificación Nacional (ODEPLAN) y la Comisión Nacional de Investigación Científica y Tecnológica (CONICYT). El patrocinante internacional será la Organización de las Naciones Unidas a través de su oficina correspondiente: UNESCO.

Este evento se efectuará en Santiago, en el edificio de la Comisión de las Naciones Unidas para el Comercio y el Desarrollo (UNCTAD), entre el 28 de agosto y el 2 de septiembre del presente año.

Las ponencias para el Congreso deberán ser dirigidas al Departamento de Sociología de la Universidad de Chile, Avda. José P. Alessandri 832, Casilla 3721, Santiago, Chile, antes del 1º de julio.

La extensión máxima de cada trabajo deberá ser de cuarenta y cinco (45) carillas escritas a máquina, a doble espacio y en hojas de tamaño carta y acompañada de una síntesis de no más de dos carillas.

Las ponencias que se presenten deberán referirse, de alguna manera, a los diferentes apartados previstos en el temario que se adjunta.

Finalmente, cualquier consulta acerca de las modalidades de presentación de los trabajos para el Congreso podrá hacerse al Departamento de Sociología de la Universidad de Chile en la dirección ya señalada.

Temario:

Enmarcado, en términos generales dentro de la problemática del conflicto social, el temario del X Congreso Latinoamericano de Sociología intenta enfatizar los distintos niveles e instancias en que ocurren los conflictos socio-políticos en el continente. Para el cumplimiento de este propósito amplio, se ha elaborado un temario que, avanzando desde las proposiciones y supuestos más generales e inclusivos de la problemática, arribe a especificaciones en torno a las particularidades que reviste el conflicto en las diferentes áreas, sectores y niveles institucionales de cada país del continente.

De esta manera, en torno a cada uno de los subtemas, debiera llegarse a

la formulación de diagnósticos a nivel nacional.

Se desprende de lo expresado que el énfasis del temario descansa en los aspectos dinámicos de las contradicciones sociales, sean éstas de carácter antagónico o no.

Tema Central: La lucha de clases y las transformaciones sociales en América Latina.

Tema 1: La lucha antimperialista en América Latina.

Subtema 1: Estrategias imperialistas.

a) La Alianza para el Progreso y la integración latinoamericana.

b) El subimperialismo.

c) La penetración del imperialismo en los países del continente.

Subtema 2: La crisis norteamericana.

Tema 2: Las experiencias reformistas en América Latina.

Subtema 3: El reformismo obrero.

Subtema 4: El reformismo burgués.

Tema 3: Las luchas por el socialismo.

Subtema 5: Las luchas por el poder político.

Subtema 6: Las luchas a nivel institucional y sectorial en cada país latinoamericano.

Tema 4: Perspectivas en la construcción del conocimiento científico acerca de la realidad social latinoamericana.

Subtema 7: Supuestos teóricos y metodológicos en la construcción del conocimiento sociológico en América Latina.

Subtema 8: Formación y praxis del sociólogo latinoamericano. •

PRIMER CONGRESO NACIONAL DE CIENTIFICOS

El Congreso de Científicos de Chile, organizado por CONICYT, ofrece a los trabajadores de la ciencia la oportunidad de debatir en conjunto problemas específicos, tomando en cuenta los requerimientos tanto del sector productivo como de las universidades.

La incorporación al evento de representantes del área de la producción proporcionará a los científicos el conocimiento de las necesidades tecnológico-científicas y de recursos humanos, planteados por el programa de desarrollo nacional.

Se espera que de este diálogo surjan

las pautas para la elaboración de una política científica y tecnológica nacional que, acompañada de una reformulación de la generación, organización y trabajo de las distintas secciones de CONICYT, permita entregar a cada sector disciplinario un canal concreto para la ejecución de planes de trabajo.

Temario:

El Congreso como tal se llevará a efecto tanto a nivel regional como nacional. Una primera instancia han sido los Comités de Temas cuya finalidad fue elaborar un temario detallado y dar las orientaciones generales en que se desarrollará el Congreso.

Estos han debido estudiar, por tanto, los planes de desarrollo de los diversos sectores productivos, detectando los requerimientos científicos y tecnológicos que se deben satisfacer en cada caso, y conocer los recursos materiales y humanos existentes para la investigación de estos problemas.

Los Comités de Temas que se encuentran trabajando desde el 10 de enero pasado, se han agrupado en cuatro categorías:

A. Los que tienen por objeto realizar un análisis del estado de desarrollo de las distintas disciplinas científicas y tecnológicas: Ciencias Físico-Matemáticas, Ciencias Químicas, Ciencias Biológicas, Ciencias de la Tierra, Ciencias Sociales, Ciencias Humanas, Ciencias Agropecuarias, Ciencias Médicas, Ingeniería.

B. Aquellos dedicados al análisis de los requerimientos actuales y potenciales de investigación científica y tecnológica de los sectores de la actividad nacional: Salud, Producción e Industrias, Agropecuarias y Forestales, Producción del Mar e Industria Pesquera, Desarrollo y Explotación de Recursos Minerales, Industrias Químicas, Industrias Eléctricas y Metalmeccánicas, Desarrollo Social.

C. Recursos Humanos para la Ciencia y la Tecnología.

D. Organización y Legislación adecuada al desarrollo de la Ciencia y la Tecnología.

Participantes:

En la etapa inicial del Congreso, los Comités de Temas han estado constituidos por un grupo de no más de diez científicos y técnicos especialistas de-

signados por el Consejo de CONICYT. A su vez, los distintos comités han extendido invitaciones a personas o instituciones cuya participación se ha hecho necesaria en el curso del trabajo.

En la etapa de funcionamiento de las Comisiones de Trabajo por sede, podrá participar libremente todo miembro de la Comunidad Científica Nacional, previa inscripción en una Comisión de Trabajo.

Para estos efectos, se ha considerado calificado a todo aquel que cumpla al menos con tres de los siguientes requisitos:

1. Haber publicado, en los últimos cinco años, en Revista Científica Nacional o Internacional con Comité Editorial.
2. Estar adscrito a un Proyecto de Investigación aprobado por una Comisión Universitaria, CONICYT o Instituto Gubernamental de Investigación.
3. Estar en posesión de título o grado universitario.
4. Poseer un nombramiento no inferior a media jornada en Unidad de Investigación Universitaria o Gubernamental.
5. Ser socio activo de alguna Sociedad Científica de significación nacional.
6. Ejercer algún cargo directivo en Unidades Académicas o de Investigación.

Además, podrán participar representantes de organismos públicos o privados no universitarios, cuyas funciones tengan estrecha vinculación con el desarrollo científico y tecnológico, en una proporción de uno por cada treinta profesionales funcionarios de dicha repartición que laboren en materias que digan relación con el contenido y objetivo del Congreso.

Participarán también personas invitadas por el Consejo de CONICYT en representación de organismos de significación regional. En la etapa nacional del Congreso participarán con plenos derechos el Consejo de CONICYT, los miembros de los Comités de Temas y los delegados elegidos por las Comisiones de Trabajo Regionales.

Cronología:

Los Comités de Tema que han funcionado desde enero del presente año, terminaron su labor el 21 de abril.

Etapa Regional:

Desde el término del trabajo de los Comités de Temas hasta el 22 de mayo, se realizó la etapa preparatoria de las Comisiones de Trabajo Regionales que se efectuó entre el 22 de mayo y el 22 de junio. La responsabilidad de esta etapa preparatoria fue de las Comisiones de Organización, constituidas por un representante de cada Universidad y de los organismos de Gobierno locales más importantes, más un representante de CONICYT.

Esta etapa regional se efectuó en seis sedes a lo largo de Chile:

Antofagasta, La Serena, Valparaíso, Santiago, Concepción y Valdivia.

Labor de las Comisiones de Trabajos Regionales fue el reunir antecedentes y sistematizar requerimientos a nivel regional, introduciendo problemáticas locales y analizando las necesidades de los sectores de la producción.

Etapa Nacional:

La última etapa se efectuará en Santiago entre el 27 y el 31 de julio, ambas fechas inclusive. A ella concurrirán los representantes designados por las distintas sedes, que junto con plantear los criterios provenientes de los torneos regionales, podrán discutir en conjunto una política a nivel nacional. •

CONGRESO DE PLANIFICACION

Desde el 17 al 22 de septiembre próximo se celebrará en Bogotá, organizado por la Sociedad Interamericana de Planificación (SIAP) y la Sociedad Colombiana de Planificación (SCP), el IX Congreso Interamericano de Planificación y el V Congreso Nacional de Planificación.

El tema general, "Políticas para la planificación del desarrollo urbano en América Latina", estará dividido en las siguientes secciones de estudio: 'Políticas nacionales para el desarrollo urbano y regional'; 'Reforma Agraria y Reforma Urbana'; 'Gobierno y administración de áreas urbanas'; 'Industrialización y urbanización'; 'Costos y financiamiento del desarrollo urbano'; 'Urbanización y cambio social'.

Informes en Sociedad Colombiana de Planificación, Apartado Aéreo Nº 12029, Bogotá, Colombia. •

REVISTA LATINOAMERICANA DE ESTUDIOS URBANOS REGIONALES EURE

Publicada por el Centro de Desarrollo Urbano Regional de la Universidad Católica de Chile, auspiciada por el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales

Julio 1972 - Nº 5

SUMARIO

Alejandro B. Rofman / El fenómeno de la concentración y centralización especial en América Latina: elementos para una discusión

Cergio Boisier / Industrialización, urbanización, polarización: hacia un enfoque unificado

Enrique Browne / La eficiencia de la ineficiencia (y otras notas introductorias a la crítica del funcionamiento de las estructuras urbanas)

Anibal Quijano / La constitución del "mundo" de la marginalidad urbana

Joaquín Adúriz / Así viven y así nacen

Equipo de Estudios Poblacionales del CIDU / Pobladores y administración de justicia (Informe preliminar de una encuesta)

Políticas / programas / proyectos

Guillermo Geises y Alfredo Rodríguez / Reflexiones sobre el post-grado en ciencias sociales

Moisés Bedrack / Desarrollo urbano y vivienda en Chile

Pedidos y Suscripciones a EURE: Casilla 16002 — Santiago — Chile

CUADERNOS DE LA REALIDAD NACIONAL

Nº 13

JULIO DE 1972

Trimestral

SUMARIO

James F. Petras - Robert Laporte / La respuesta de los Estados Unidos al nacionalismo de Chile

Julio López / Sobre la construcción de la nueva economía

David Barkin / La redistribución del consumo en Cuba socialista

Miguel Morales - Lisio Parisi / Modo de producción, proceso de regionalización y relaciones ciudad-campo

Rafael Echeverría - Fernando Castillo, Jorge Larraín / Etapas y perspectivas de la lucha ideológica en Chile

Gabriel Gyarmati / Identificación, alienación y docencia secundaria

Mario Gomberoff - Ramón Florenzano, Liliana Pualuan / Consideraciones sobre el consumo de marihuana y sus motivaciones en adolescentes

Notas de investigación

Tomás Moulian / Acerca de la lectura de los textos de Lenin: una investigación introductoria

Arturo Montes / El análisis de la coyuntura económica y su connotación ideológica

Primer Encuentro Latinoamericano de Cristianos por el Socialismo / Informes y conclusiones

Actividades del CEREN

Comentarios de lecturas

Isabel Gannon y Lucía Ribeiro / El problema que no tiene nombre: la situación de la mujer

Pedidos a: CEREN, Casilla 114-D, Stgo. de Chile. Fonos 34573 y 30091, anexo 243

Oficinas en Alameda 341, tercer piso

Uno speciale numero doppio della rivista Terzo Mondo

UMBERTO MELOTTI

MARX E IL TERZO MONDO

Per un nuovo schema della concezione marxiana dello sviluppo storico

Il pensiero di Marx sull'India, sulla Cina e sulla Russia — sui problemi e sulle prospettive dei paesi in via di sviluppo — sulla rivoluzione anticoloniale e sulla solidarietà militante del proletariato dei paesi industriali avanzati con le forze rivoluzionarie dell'Asia, dell'Africa e della America Latina, in un volume che è anche un importante contributo teorico alla concezione marxista dello sviluppo storico.

Critica delle tradizionali impostazioni unilineari (socialdemocratiche, staliniane, etc.), bilineari (Plechanov, Wittfogel, etc.) e neo-unilineari (Godelier, Chesneaux, Suret-Canale, Varga, Thorner, etc.) e sviluppo delle prime intuizioni multilineari (Hobsbawm, Rodinson, Garaudy, etc.). Un nuovo schema multilineare alternativo: la comunità primitiva e le sue diverse forme di dissoluzione; comunità asiatica, slava, greco-romana, germanica, etc.; la società schiavistica antica e la società feudale; il modo asiatico di produzione; origini e sviluppi del capitalismo; origini e sviluppi del collettivismo burocratico; lo sviluppo del sottosviluppo e le prospettive della rivoluzione socialista nel Terzo Mondo e nelle società industriali avanzate.

Una nuova lettura di Marx che, ricostruendone il vero pensiero al di là di tutte le mistificazioni e le adulterazioni, risponde alle esigenze del tempo presente nello spirito di un marxismo libertario consapevole che il socialismo altro non può essere che "la società in cui il libero sviluppo di ciascuno è la premessa del libero sviluppo di tutti" (II Manifesto) e che altro sviluppo non si dà che non sia "lo sviluppo integrale dello uomo" (II Capitale).

Questo speciale numero doppio di circa 200 pagine: L. 1.800

Abbonamento per il 1972: L. 3.800 (ordinario); L. 10.000 (sostenitore)

Offerte speciali: riservate ai lettori di questa rivista: A) il numero speciale "Marx e il Terzo Mondo" + L'abbonamento per il 1972: L. 5.000; B) la collezione completa dei dodici numeri pubblicati fra il 1968 e il 1971: L. 10.000, con in omaggio il volume "Rivoluzione e Società" di U. Melotti, del valore di L. 3.600.

Versamenti sul conto corrente postale n. 3/56111 intestato a "Terzo Mondo", via G. B. Morgagni, 39 — 20129 Milano, o con assegno, specificando l'offerta speciale richiesta

PANORAMA ECONOMICO

Nº 270

julio-agosto 1972

Mensual

COMENTARIOS EDITORIALES

Lautaro / La "ultra-izquierda": razones y sinrazones de su gravitación actual

TEMA DE ACTUALIDAD

Raúl Gutiérrez / Las dificultades del área de propiedad social

POLEMICA

Calfucurá / ¿Transición al socialismo o inmediatismo populista?

NOTAS E INFORMACIONES

La economía latinoamericana en 1971 - Cobre: producción y precio en el primer semestre - Situación del empleo en el Gran Santiago - El Grupo Andino en cifras.

AMERICA LATINA

Theodore Morán / Después de las nacionalizaciones: problemas e incógnitas

Suscripciones (10 ejemplares al año)

Chile (correo ordinario): E° 150

Otros países (correo ordinario): US\$ 9. Por correo aéreo: Países del Pacto Andino: US\$ 10. Resto de América Latina: US\$ 15. España, EE.UU. y Canadá

US\$ 18. Otros países: US\$ 20

Editorial Universitaria, Casilla 1020, Stgo. de Chile

FORO INTERNACIONAL

Revista trimestral publicada por el Colegio de México

Fundador: Daniel Cosío Villegas / Director: Rafael Segovia / Director Adjunto: María del Rosario Green

VOL XIII

JULIO-SEPTIEMBRE 1972

NUM. 1

I N D I C E

Salo Engel y Gonzalo Sáenz / Los derechos y deberes fundamentales de los Estados: algunas observaciones

Robert W. Cox / Los informes Pearson y Jackson: un análisis ideológico de las doctrinas de asistencia al desarrollo

Surendra J. Patel / La transición de tecnología a los países en desarrollo

Jack J. Rosenblum / El interés norteamericano en la integración económica centroamericana

Alberto Sepúlveda / El militarismo desarrollista en América Latina

NOTA DE INVESTIGACION / RESEÑAS DE LIBROS / LIBROS RECIBIDOS

Suscripción anual (4 números) 60.00 pesos, U.S. Dls. 6.00

Precio del ejemplar: 10.00 pesos, U.S. Dls. 1.60

EL COLEGIO DE MEXICO / Departamento de Publicaciones / Guanajuato 125
México 7, D.F.

REVISTA MENSAJE

Publicación mensual fundada en 1951 y dirigida por un grupo de jesuitas y laicos chilenos

En cada edición

- la actualidad nacional e internacional
- artículos de fondo
- signos de los tiempos
- teatro, cine, libros
- documentos

Destacamos en el número de agosto de 1972

Elecciones, economía y cambio social: a propósito de Coquimbo
Convergencias y divergencias en los proyectos socialistas para Chile
Ampliar la capacidad de producción: tarea urgente
Revolución de Jesús, made in USA
Uruguay, entre la violencia y la represión

Precio de la suscripción anual: E° 150

Precio del ejemplar: E° 18

En venta en las buenas librerías y kioskos

Redacción y Administración:

Almirante Barroso 24, Teléfono 60653, Casilla 10445, Santiago

C E S O

Cuadernos Publicados:

TRANSFORMACIONES TECNOLOGICAS EN LA AGRICULTURA DE CHILE CENTRAL. SIGLO XIX, Silvia Hernández, 1966

PROPIETARIO Y EMPRESARIO AGRICOLA (Algunas características en el caso de Aconcagua), Laureano Ladrón de Guevara, 1967

EDUCACION Y SUBDESARROLLO (I), Proposiciones sobre el marco teórico y metodológico de los estudios sobre educación y desarrollo, Tomás Vasconi, 1967

EDUCACION Y CAMBIO SOCIAL, Tomás Vasconi, segunda edición, 1972

ALCOHOLISMO Y FAMILIA, (Un estudio exploratorio), Carlos Descouvrières, 1968

DEPENDENCIA Y CAMBIO SOCIAL, Theotonio Dos Santos, segunda edición, 1972

IMPERIALISMO, DEPENDENCIA Y RELACIONES ECONOMICAS INTERNACIONALES, Orlando Caputo y Roberto Pizarro, segunda edición, 1972

MODERNIZACION Y CRISIS EN LA UNIVERSIDAD LATINOAMERICANA, Tomás Vasconi e Inés Reca, 1971

UN ESTUDIO DE LAS IDEOLOGIAS CHILENAS (La Sociedad de Agricultura en el Siglo XIX), Gonzalo Izquierdo, 1968

C E S O — P L A

Recién aparecido:

CHILE: ¿UNA ECONOMIA DE TRANSICION?, Sergio Ramos, Premio Casa de las Américas, 1972

En preparación:

CAPITALISMO DEPENDIENTE LATINOAMERICANO, Vania Bambirra
HACIENDA Y ECONOMIA CAMPESINA, Alexander Shejtman

C E S O — P L A — C E R E N

Recién aparecido:

LA TRANSICION AL SOCIALISMO Y LA EXPERIENCIA CHILENA, Symposium
CESO-CEREN

BIBLIOTECA

DE CIENCIAS JURIDICAS Y SOCIALES

UNIVERSIDAD DE CHILE
SEDE SANTIAGO CENTRAL



SOCIEDAD Y DESARROLLO

SUMARIO número 3 / julio - septiembre de 1972

I

La cuestión agraria en Chile

Cristóbal Kay y Peter Winn / La reforma agraria en el gobierno de la UP

Silvia Hernández / El desarrollo capitalista del campo chileno

José Bengoa / Movilización campesina; análisis y perspectivas

Sergio Gómez / El rol del sector agrícola y la estructura de clases en Chile.

David Lehman / La agricultura chilena y el período de transición

II

Revolución, marxismo y ciencias sociales

Ruy Mauro Marini / Razón y sin razón de la sociología marxista

Theotonio Dos Santos / La lucha legal y la estrategia revolucionaria de masas según Engels

José Luis Méndez / El poder negro en las ciencias sociales

Carlos Tablada / Marxismo y socialdemocracia

Crítica

André Gunder Frank / La dependencia ha muerto, viva la dependencia y la lucha de clases

Marie-Noëlle Bilous / Elementos para la crítica del reformismo en la escuela

Reseña de libros / Crónicas

